



**ABRIR CAPÍTULO 9**

#### 9.4.- Análisis del tipo "El asesino sin mano"

(Calvino 1990)

En determinado momento del análisis del cuento de "La niña sin brazos", recordamos, sin duda por la evidente analogía del título, haber leído un cuento florentino, de la recopilación de Italo Calvino, El asesino sin mano (IC 89), versión en que aparece la mutilación de la mano de un hombre como motivo central.

Es una excepción: no hemos encontrado ningún otro con ese motivo.

Es un cuento que, por diversos motivos, nos pareció muy significativo. Y, por las razones que ahora mostraremos, un "negativo" del tipo "La niña sin brazos".

En primer lugar resumiremos el cuento:

"Había una vez un Rey avaro, tan avaro que a su hija única la mantenía oculta en la buhardilla por temor a que alguien pidiera su mano y él tuviera que darle una dote. Un día llegó un asesino a esa ciudad, y se alojó en la hostería que había frente a la casa del Rey. Empezó a recoger información sobre quién vivía allí.  
- Vive un Rey -le dijeron- tan avaro que oculta a su hija en la buhardilla.

¿Y qué hace el asesino? Por la noche se encarama al tejado y abre el ventanuco de la claraboya. La Princesa, que estaba acostada, ve que abren la ventana y que hay un hombre de pie en el alféizar.

- ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!"

El ladrón escapa y nadie cree a la princesa. Tampoco su padre, que se niega a sacarla de la buhardilla a pesar de los ruegos de ella.

La situación se repite otra vez con el mismo resultado.

En la tercera ocasión ella le secciona con un cuchillo la mano que había introducido por la ventana.

El ladrón vuelve a escapar y jura a la princesa que se tomará venganza.

Ahora ya la creen: la felicitan, y el Rey la saca de la buhardilla.

Pasado un tiempo, pidió audiencia al Rey un joven forastero, bien vestido y bien enguantado. El Rey quedó tan complacido con su plática que le cogió simpatía. Hablando de una cosa y de otra, dijo que era soltero, que buscaba una muchacha gentil para casarse con ella, y que estaba dispuesto a aceptarla sin dote, tantas riquezas tenía él por su cuenta. El Rey, al enterarse de que no quería dote, pensó: "Este es el marido ideal para mi hija", y la mandó llamar. La Princesa se estremeció en cuanto vió al forastero, porque le parecía reconocerlo. Y cuando estuvo a solas con su padre, le dijo:

- Majestad, me parece reconocer en ese hombre al ladrón a quien corté la amno.

- Sueñas -dijo el Rey- ¿No has visto que hermosas y enguantadas manos? He aquí a un auténtico señor.

Las bodas se hicieron aprisa y corriendo y, tras ellas, los novios se fueron en una carroza.

A continuación, el novio se identifica y le dice que va a vengarse: ella tendrá que guardar, atada con una cadena a un árbol como si fuera un perro, la puerta de la casa en donde él va escondiendo los productos de sus fechorías.

La casa está junto al mar. La princesa es avistada desde un barco; vienen, la liberan y se llevan también las riquezas del asesino.

Este vuelve, ve lo que ha pasado y persigue al barco que divisa a lo lejos. Allí esconden a la niña entre unos copos de algodón que era su mercancía. El asesino, para localizarla, atraviesa los copos con su espada. En uno de ellos hiere a su mujer, pero la espada sale limpia de sangre por el algodón. El asesino se va. La desembarcan (sólo estaba "apenas herida en un brazo") en puerto seguro.

Pero ella no quería saber nada de volver a tierra y continuaba diciendo:

- ¡Arrojadme al mar! ¡Arrojadme al mar!

Los marineros entraron en consejo, y uno de ellos, que era viejo, casado y sin hijos, se ofreció para llevarla a

su casa con parte de las joyas del asesino. La mujer del marinero era una anciana de buen corazón y se encariñó con la muchacha.

\_ ¡Te cuidaremos como a una hija, pobrecita!

- Sois tan buenos -dijo la muchacha-. Sólo os pido una gracia: quiero estar siempre encerrada en casa y que nunca me vea ningún hombre.

- No te preocupes, pobrecita: a nuestra casa nunca viene nadie.

La muchacha se pone a bordar y la vieja vende sus bordados al Rey vecino. Este, sorprendido y sin creerse la historia que cuenta la vieja -que la tejedora es su hija-, la sigue hasta la casa.

Cuando la vieja estaba a punto de cerrar la puerta de casa, el Rey se adelantó y puso un pie en el intersticio; la vieja lanzó un alarido. La muchacha que estaba en su cuarto, oyó el alarido y pensó que el asesino había venido a buscarla, y del miedo se desmayó.

(..)-¿Pero por qué tienes tanto miedo de que llegue alguien? -preguntó el Rey, a quien esta hermosa muchacha sin duda le gustaba.

- Es mi desgracia -dijo ella, y nada más.

Al cabo del tiempo el Rey pidió la mano de la niña. Los padres adoptivos aceptan. Y ella también, pero con una condición:

No quiero ver a ningún hombre, salvo a tí y a mi padre -(llamaba padre al viejo marinero)-. Ni verlos ni que me vean.

El Rey accedió. Porque ante todo era celoso y le alegraba que ella no quisiera ver a ningún hombre.

Otra boda. En secreto.

Al poco tiempo los subditos empiezan a murmurar: ¿por qué se oculta la reina?: ¿Será una bruja?. ¿Una horrible jorobada?. ¿O será una mona?...

El Rey la pide que se muestre una hora diaria. Cuando aparece a los ojos de la gente, ésta la rodea de admiración, sin embargo:

La Reina, sin embargo, recorría la multitud con la mirada, llena de aprensión. Y en eso, en medio de la multitud, vió la cara de un hombre embozado, todo de negro, un hombre que se llevó una mano a la boca y la mordió en señal de amenaza, y luego alzó el otro brazo y mostró que terminaba en un puñón. La Reina cayó al suelo desvanecida.

La llevaron a su cuarto, la acostaron y llamaron a los médicos, pero no sabían qué mal la aquejaba; quería permanecer encerrada y no ver a nadie, y no dejaba de temblar.

Viene un rico señor forastero que agrada mucho al Rey. Este le invita y aquel corresponde con vino...narcotizado.

Ya están todos dormidos, salvo el señor, que es el asesino, y la reina.

Ella esta echada en la cama, con los ojos desenchajados, tal como si lo esperase.

- Ha llegado la hora de mi venganza -dijo el asesino hablando en voz muy queda-. Levántate y ve a buscar una palangana de agua para lavarme la sangre de las manos cuando termine de degollarte.

La Reina se levantó y corrió junto al marido.

- ¡Despiértate! ¡Despiértate, por caridad!

Pero el marido dormía. Todos dormían en el palacio, y no había forma de despertarlos. Cogió la palangana de agua y volvió.

- Tráeme también el jabón -dijo el asesino que estaba afilando el cuchillo.

Ella fue, sacudió a su marido una vez más, pero fue inútil. Trajo el jabón.

- ¿Y la toalla? -preguntó el asesino.

Ella salió, cogió la pistola del marido dormido, la envolvió en la toalla, y al entregarle la toalla al asesino, le disparó a quemarropa y le metió una bala en el corazón.

El disparo despertó a todos los borrachos, al Rey en primer lugar, y acudieron a ella. Encontraron al asesino muerto y a la Reina finalmente liberada del terror.

Tenemos aquí a otra malcasada (18). El primer lugar, por motivo de un padre que no la desea: lo único que desea es su propio dinero.

En las versiones examinadas de "La niña perseguida" el padre quiere a la niña; y la quiere para sí. Hemos visto que ésta sería la causa -directa o indirectamente- más eficaz del conflicto: no quiere dar la niña a nadie y, naturalmente, tampoco a ningún hombre. Y si tiene que hacerlo es a su pesar y sometiendo al pretendiente a pruebas poco menos que imposibles.(19)

En esta versión, sin embargo, está dispuesto a entregarla "al primero que pase", con una única condición: que no exija dote. El padre quiere desembarazarse de la hija. "Una hija no deseada por el padre". Este motivo es una clara excepción dentro del ciclo de "La niña perseguida" aunque también este cuento comience con la configuración que ya nos es familiar: "un padre y una hija, solos", respecto de la cual algunos autores han afirmado que su sola presencia es representación de una relación incestuosa (R. Almodóvar 1989)

Aquí, por el contrario, se nos aclara que no hay deseo en la relación padre-hija. El rey la tiene escondida, pero no para sí -como es frecuente en muchos cuentos populares-, sino por avaricia de su dinero..



En capítulos precedentes hemos planteado que este deseo paterno es:

- a) causa del conflicto de la historia, del relato
- b) expresión imaginaria de una pieza estructural: la castración simbólica efectuada por la "metáfora paterna" o padre simbólico.

En forma distinta a lo que ocurre en las demás versiones, en ésta sería "el asesino" la expresión incestuosa, violadora, traumática, insimbolizada del padre. El padre-asesino que no seduce simbólicamente sino que pretende hacerlo realmente. Con lo que la castración no se mantiene en el registro simbólico sino que tiende a aparecer en lo real. Lo real del cuerpo, por ejemplo (20) Los posteriores intentos de seducción-desfloración que más adelante analizaremos (barco-espada/palangana-cuchillo) no alcanzan el objetivo: la niña no se "abre" al deseo, y precisamente por ello, además, entra en una relación de terrible rivalidad con el padre-varón.

"El asesino, que se informa de esa situación, pretende llegar hasta esa niña no querida". ¿Para qué?

¿Para conseguirla como esposa? No parece: podría haberla pretendido sin dote, como hará más tarde, y el padre se la hubiera entregado gustoso.

¿Para robar? ¿Qué se puede robar a la hija de este avaricioso rey que la tiene encerrada para no gastar?. Tampoco parece probable.

Sólo puede convencernos la suposición de que le guía el deseo sexual. Entra en la buhardilla como un violador. Se trata también aquí, por tanto, de un intento de seducción violenta de la niña. Sólo que en este caso queda patente su carácter no simbólico ( no efectuado por el padre simbólico).

La niña no queda "castrada", no se ha producido una adecuada desfloración ritual por alguien que representa la función paterna, no ha habido mutilación, separación. O, podríamos decir mejor, que ésta ha sido desplazada al partenaire, al otro . Parece que escuchamos a Freud en "El tabú de la virginidad" (Freud 1918a)

La niña, al no haber sufrido el necesario paso por el mecanismo simbólico de la castración, ha evolucionado hacia lo que Freud, citando a Adler, llamó "la protesta masculina" o "la envidia de pene"

Traslada la castración, no simbolizada, al varón y entra en una brutal rivalidad con él.

Cuesta no pensar en la desfloración cuando leemos el episodio del atravesamiento del brazo de la niña con la espada que debería volver ensangrentada (señal de que la desfloración se habría producido). Pero no es así. Un pequeño rasguño que además es disimulado. La niña ha salido indemne, la desfloración no se ha consumado.

Como la intervención no ha sido efectuada por "quien" debiera -el padre-, ni "cuando" es oportuna -antes de la elección de objeto, marcando el final del complejo edípico-, ni "como" debe ser realizada -simbólicamente y apoyada, identificada además con el deseo y el amor paterno-, la castración-desfloración es vivida como algo persecutorio (un marido-asesino), real (un atravesamiento-perforación, un corte) y muy agresivo (perforación que hiere como la espada, corte que desangra como el cuchillo, que amputa, etc)

Tras ese primer intento, fallido, la niña retorna a unos padres que, ahora sí, parecen quererla y cuidarla. Especialmente a una madre (tendrá más presencia en el texto que el viejo marinero). Como si hubiera una vuelta atrás, más atrás de la configuración psíquica en que comenzó el cuento (padre e hija solos), a un vínculo de amor y protección con una "buena pareja":

- "Soís tan buenos -dijo la muchacha-".

Y añade:

"Sólo os pido una gracia: quiero estar siempre encerrada en casa y que nunca me vea ningún hombre"

Expresión franca de su anhelo regresivo que pretende dejar fuera de sí el deseo heterosexual.

Pero dura poco. De inmediato el texto nos presenta un nuevo personaje: el Rey bueno. Y una pelea de pareja:

Cuando la vieja estaba a punto de cerrar la puerta de la casa, el Rey se adelantó y puso un pie en el intersticio; la vieja lanzó un alarido.

Lo que llega a los oídos de la niña es un forcejeo entre un hombre y una mujer. El quiere forzar la entrada y la mujer se resiste. Un alarido.

La escena bien podría figurar algo que está en la experiencia de todo niño: haber escuchado los ruidos -"ominosos" dice Freud (Freud 1905e)-, procedentes del encuentro sexual de los padres. Experiencia real o fantaseada. Vinculada a los personajes concretos o desplazada a sustitutos (21).

Y esta "escena primaria" o "fantasía de escena primaria" constituye la fantasía de seducción por excelencia: la sexualidad de "afuera" que irrumpe en el sujeto a través de esos "ruidos ominosos" cuyo carácter ya denuncian la existencia de una sexualidad de "adentro" (22)

Cuando la niña oye el forcejeo se desmaya.

La experiencia clínica nos trae a la memoria situaciones muy parecidas en que una joven reacciona, desde un posicionamiento histérico (23), a un estímulo exterior que la conflictúa de alguna manera. Hay conflicto: el estímulo externo entra en compleja relación con otros estímulos internos.

Reacción histérica frente a un estímulo que actualiza un deseo insoportable (estímulo interno): el conflicto es reprimido y el afecto desplazado al cuerpo: reacción corporal sintomática (el desmayo)

Enseguida se tranquiliza con este nuevo Rey que al poco tiempo pide su mano (24). Y ella acepta. Con una condición:

- No quiero ver a ningún hombre, salvo a tí y a mi padre -(llamaba padre al viejo marinero)-. Ni verlos ni que me vean.

Un padre que no es el padre y un esposo que no es el esposo.

Aquí tenemos un buen ejemplo que nos permite distinguir lo que es un símbolo y lo que es la función simbólica paterna.

El viejo marinero que cuida a la niña, que se ha hecho cargo de ella, es sin duda un símbolo del padre. Por eso la niña lo llama padre. Pero sin embargo este sustituto simbólico del padre no puede realizar la operación simbólica reservada al padre simbólico.

De la misma manera, este Rey que pide su mano, es un símbolo del esposo, símbolo del deseo sexual hacia la niña. Pero no puede simbolizar una porción de deseo que ha quedado ligada al esposo asesino.

Y ese deseo insistente (el cuento lo figura magistralmente), sobre el que no ha funcionado la simbolización del padre simbólico, se convierte en deseo traumático y traumatizante: "no quiero verlos, ni que me vean".

Y se realizan las bodas. Irregulares por cierto: la niña está ya casada y ella lo sabe.

Este motivo "polígamo", ¿a qué se debe?. Porque no se suele encontrar entre los cuentos consultados.

Es poligamia porque el matrimonio segundo no acaba con el matrimonio primero. Ella sigue obsesionada con el deseo vengativo y asesino de su primer marido.

Freud afirma que en todo matrimonio, en la primera experiencia, la desfloración es decepcionante por cuanto "no era lo que se creía" y "no era quien se creía".

Este resto del objeto originario (25), no desplazado al objeto actual, tiene una doble función:

- el mantenimiento del deseo. Ya que el objeto actual nunca se superpone enteramente al objeto originario, al objeto de la experiencia de satisfacción, al objeto buscado por el inconsciente. Por tanto, es preciso seguir buscando...

- producir la insatisfacción y el conflicto neurótico.

En este caso el cuento nos dice que el segundo marido no anula al primero, y el primero no anuló al primer objeto (en el texto, por supuesto): el padre. De ahí viene el conflicto, que no es neurótico. En este caso se nos presenta a una joven paranoica.

El Rey accedió. Porque ante todo era celoso y le alegraba que ella no quisiera ver a ningún hombre

Es una alianza loca: el padre la tenía encerrada en la buhardilla; ella quería estar encerrada y no ver nunca a ningún hombre. Y ahora el marido pretende también tenerla encerrada.

Y comienzan a aparecer rumores sobre la monstruosidad de la niña: mona, jorobada, bruja..

Esto nos recuerda los infundios de otras versiones, acerca de la niña. Sólo que allí son maledicencias... aquí, ¿qué son?

Una hora de aparición en público. Y distingue entre la multitud a quien buscaba ávidamente con la mirada. (26)

Un deseo que emerge desde adentro, desde lo "familiar extraño"(sinistro). Un deseo sexual insoportable, mezclado con deseos de violación, con venganza, con deseos de muerte...todo aquello que ella "no quiere ver ni que vean"

Algo que ella, por mediación del marido mutilado, ha desplazado a los hombres (mecanismo paranoico), la falta brutal, real, no simbolizada (por efectos de la forclusión del significante paterno) ha sido violentamente proyectada al exterior y amenaza como real, como siniestro, como alucinación.

Vuelve a desmayarse: cada vez que el deseo reprimido amenaza con retornar.

No sabían qué mal le aquejaba; quería permanecer encerrada y no ver a nadie, y no dejaba de temblar  
¿Lo sabemos nosotros?. Parece la versión, en delirio paranoico, de un encuentro sexual.

La llegada del esposo asesino nos recuerda la vuelta de Ulises a Itaca (Homero 1968). En el mito homérico el deseo de Ulises, fundamentalmente destructivo, está desplazado hacia los pretendientes que quieren sustituirle y a las siervas que no le han sido fieles y han disfrutado con los pretendientes de Penélope. Esta le aguarda, no se libera a la posibilidad (como lo hizo nuestra protagonista) de un segundo matrimonio.

Su velo está inacabado..: nos suena, en el contexto de la lectura de "El tabú de la virginidad", a la imposibilidad de Penélope para reconstruir su himen destruido. No puede ofrecerse a otro que no sea su primer marido. A pesar de que han pasado veinte años y nada se ha sabido de él en este tiempo. Algo que Freud denominaba, citando a Krafft-Ebing, la "servidumbre sexual" (Freud 1918a).



En el cuento toda la destructividad se mantiene en la  
mútua relación.

Mediante un ardid, el asesino-esposo llega hasta la niña  
que estaba echada en la cama, con los ojos desencajados,  
tal como si lo esperase.

Con sorprendente crueldad, él le pide una palangana de  
agua para lavarse la sangre de sus manos (27)

Le pide una palangana, jabón y toalla.

¿Son movimientos propios de un asesino? ¿Se trata de un  
bandido sádico?. ¿Limpio?.

¿No parecen más bien los preparativos de uno de esos  
"hombres cuya profesión es desflorar novias" (Freud  
1918a).

Es una representación inacabada de un coito sádico. En  
realidad, del primer coito o, lo que es lo mismo, de una  
pérdida de la virginidad vívida como una brutal y  
aterradora agresión.

Persiste la rivalidad y la agresión hasta el final: ahora  
toma la pistola del marido-dos (como en su momento "tomó"  
la mano del otro) contra el marido-uno.

Ni el padre la deseaba para sí ni la defendía del peligro  
que suponía la amenaza de violación, al principio del  
cuento.

Al contrario: recuérdese que la entrega al asesino a  
pesar de los avisos aterrados de la niña:

..la princesa se estremeció...

(y el padre:) Sueñas.....He aquí a un auténtico señor

Posteriormente este segundo marido -que también la encierra como el padre-, tampoco la defiende del retorno de ese marido- -pesadilla:

La expone a su vista; le deja entrar en palacio, engañado por una simple apariencia -como también hizo el padre-; permite que narcotice a todos; y finalmente, se duerme, dejando a la niña en manos del asesino. Otra vez.

Podríamos decir, en términos de la falla de la función simbólica paterna: se trata de "un padre" que, desde el punto de vista de la hija, no quiere a esta, no la desea para sí. Se separa de ella sin ningún traumatismo, ni supone una privación para él -que está deseando "desembarazarse" de ella-, ni produce separación y castración simbólica en ella. En cierto modo, deja a otros que hagan lo que tendría que hacer él: desprenderse de la hija en tanto que fragmento narcisista de sí y "mancar" a la hija -hacerla "faltante y deseante"-, introduciéndola así en un mundo fantasmático en donde todo es susceptible de ser deseado porque "algo real falta". ("Real" no es "de la realidad", recuérdese).

Porque algo real falta, se puede organizar simbólicamente la búsqueda (deseo) de los objetos imaginarios.

Pero si eso no se hace desde la posición simbólica del padre, el cuento parece decirnos que "lo real" se desborda: la castración simbólica se puede convertir en mutilación real; la privación y la pérdida en asesinato y destrucción; el deseo en siniestra persecución; y finalmente, la diferencia de los sexos transformarse en una confrontación sin piedad ni cuartel.

-----  
**NOTAS AL CAPITULO 9**  
-----

(0).- Van Gennep dice, a propósito de los ritos de paso ligados a "la primera vez":

"El primer coito de la mujer tiene un carácter ritual, de ahí toda la serie de ritos relativos a la pérdida de la virginidad. El primer matrimonio es el más importante, no sólo a causa de la virginidad perdida, pues en numerosas poblaciones, o bien ha habido un período de coitos preliminares con los jóvenes (casa comunal de las Filipinas, etc.), o bien la muchacha sólo le es entregada al novio tras una desfloración previa" (van Gennep 1986,187)

La importancia ritual de "la primera vez" debe estar ligada, psíquicamente, al surgimiento del deseo.

(1).- La trilogía es:

- Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor.I) (1910h)
- Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor.II) (1912d)
- El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor.III) (1918a)

(2).- No se trata desde luego de personas con preparación "técnica" para ello.

Si se tratara de una necesidad de este tipo, de especialización técnica, se hubiera intentado recurrir a personas que, aun siendo ajenas al grupo, tuvieran ese tipo de preparación: médicos, misioneros, etc. Pero no se trataba de esto en absoluto.

"Salvo en la sociedad occidental, la circuncisión es llevada siempre a cabo como parte de un ritual, hecho éste que debe subrayarse. En ninguna parte, salvo en los hospitales seculares de Europa occidental y de América, se realiza esa operación simplemente por razones prácticas. Si bien muchos pueblos pueden justificar su práctica en términos higiénicos o cosméticos, como en el caso de Occidente, en todas las demás partes está integrada en un ritual de transición y, por lo tanto, semejantes razones no la explican" (La Fontaine 1987, 161-2)

(3).- Añadamos que esta situación ceremonial permite también a la novia el acceso a esos personajes, lo que va a tener la mayor importancia en el razonamiento freudiano que vamos exponiendo

(4).- Unos comentarios sobre las analogías y diferencias entre algunas explicaciones, elaboradas desde ópticas distintas, acerca de la importancia concedida a la virginidad y a su eliminación:

-sociológica: la virginidad como garantía de transmisión patrimonial. Cuestión que ya está presente en Engels y que cobra la mayor importancia en grupos culturales en los que sólo hereda al padre el hijo mayor, el hereu catalán, por ejemplo.  
(Es evidente que tiene mucho que ver con los sentimientos narcisistas del padre, del marido, o de ambos)

-antropológicas: la virginidad establece la pertenencia a un determinado grupo social, es marca de orden social. Es el orden simbólico, no el económico, el que impera.  
Si la virginidad o su ausencia es señal de "paso", debe ser rigurosamente controlada.

-psicoanalíticas: la virginidad no está ligada a un fragmento corporal. La "pérdida" de la virginidad -que aquí no será genital, sino sexual en sentido amplio: no sólo por el carácter simbólico de la sexualidad, sino por su vinculación con el deseo- se produce por la "fantasía de seducción", por el deseo de incesto parental.

No debemos olvidar que esos padres reales o fantásticos -el rey de los cuentos que no se separa de la hija, cuya mano no está dispuesto a conceder- preserva su virginidad (genital) al tiempo que la mantiene en una situación de seudoincesto.  
El acatamiento de la ley de prohibición del incesto implica el paso por la dinámica del deseo y, por ello, la pérdida de la virginidad (no anatómica, sino fantasmática)

También el incesto pueda justificarse, como lo hace Frazer, desde la perspectiva del "control de la herencia" o del "mantenimiento en el poder":

" (...) Casos parecidos de incestos con una hija se conocen en muchos reyes antiguos. Creemos improbable que tales relatos carezcan de fundamento y quizá igualmente improbable que se refieran a explosiones simples y casuales de lascivia innatural. Podemos sospechar que esos relatos se basan en alguna costumbre efectivamente practicada por una razón definida en ciertas

circunstancias especiales. En los países en donde la sangre real se transmitía solamente a través de las mujeres y, en consecuencia, el rey subía al trono sólo en virtud de su casamiento con una princesa heredera, la cual era el verdadero soberano, parece que con frecuencia ocurría que un príncipe se casara con su hermana la princesa real, al objeto de obtener con su mano la corona que de otro modo iría a otro hombre, quizá a un extranjero. ¿Podrá haber dado motivo la misma regla de herencia para el incesto con una hija?. Para ello, creemos corolario natural de tal regla, que el rey estaba obligado a abandonar el trono a la muerte de su esposa la reina, puesto que lo ocupaba tan solo en virtud de su matrimonio con ella.

Cuando el matrimonio terminaba, sus derechos al trono se extinguían y pasaban al momento al marido de su hija; así, si el rey deseaba seguir reinando después, ya viudo, el único recurso que le quedaba para continuar legítimamente en el trono era desposar a su hija, prolongando así a través de ella su derecho, que había sido primeramente obtenido por intermedio de la madre" (Frazer 1989, 386)

(5).- No estamos de acuerdo con Freud, en un matiz, cuando dice que "el marido nunca es más que un varón sustitutivo, por así decir: nunca es el genuino". Es cierto que el marido es un sustituto, un objeto de deseo por la transferencia desde otros objetos (padre, hermano, etc) a él. Pero no es sólo eso. En la relación con cualquier "objeto" nuevo, hay algo que se repite del vínculo con otros objetos -sin transferencia la relación sería imposible-, pero también hay algo original, genuino, que suele ser fuente de atractivo y conflicto para el sujeto.

De manera que el vínculo primitivo con el padre no satura ni explica todo en la relación actual con el marido, como tampoco la relación con el marido es ajena, ni anula el vínculo original con el padre.

(6).- Pero la decepción de la desflorada y su subsiguiente hostilidad tal vez habría que relacionarlas con otra decepción más honda: el objeto actual -el compañero sexual de su primer coito- no es el objeto edípico, paterno; y, mucho menos aún, el objeto auténticamente primitivo: la madre.

La joven, con su primera relación sexual -más aún si ésta supone o puede suponer un vínculo social estable con un hombre-, ingresa en un orden heterosexual, en calidad de mujer, lo que la separa definitivamente del vínculo homosexual con la madre.

El partenaire no es la madre fantasmáticamente anhelada ni un sustituto adecuado de ella. Ser esposa acarrea la pérdida de la fantasía de ser la pareja feliz de la madre.

Esta idea se insinúa como central en el trabajo de Ruiz Domenec (1990). No aparece sin embargo en El tabú de la virginidad de Freud.

Tal vez en nuestro cuento la protagonista lo intenta: el marido parte a no se sabe dónde y ella se queda en un mundo de mujeres, especialmente un mundo materno. Pero este mundo resulta ser terrible: la madre está enojadísima, tal vez representando proyectivamente, el odio de la propia protagonista cuando ella descubrió que la madre no la deseaba a ella en exclusiva, sino que se entregaba al padre ante sus ojos.

En esta ocasión la madre (suegra) es la resentida, le va al hijo-padre "con los cuentos" de la hija-madre utilizando para ello cualquier añagaza, tal es su odio por ser excluida.

La niña parece dispuesta a ofrendar ese hijo a la madre -no necesita al marido más que lo justo para la fecundación-, que lo rechaza por monstruoso. "Un hijo monstruoso": es, sin duda, uno de los pensamientos que debe albergar la mente de la niña edípica, acerca de los siguientes hijos concebidos por la madre. Concebidos, no con ella, sino en esa "monstruosa" relación con el padre.

(7).- Bueno será recordar aquí que el anhelo que ha permanecido inconsciente desde las primeras vivencias de deseo, por ejemplo éste de convertirse alguna vez en la pareja del padre (Dolto 1990), triunfando así sobre la madre -recordemos Blancanieves, Delgadina, etc-, se mantiene inalterable con independencia de los cambios que se hayan producido en la "realidad objetiva exterior". Aunque el padre de la realidad haya devenido luego un ser odioso, o despreciable, o indiferente, o se esté con él en los mejores términos de amistad filial, o haya desaparecido del mundo objetivo, el anhelo original inconsciente se mantiene inalterable, precisamente por su carácter inconsciente (Freud 1899a, 1907a)

(8).- Aunque, muy probablemente, el que ejecuta o sufre un ritual -éste o cualquier otro-, no necesita encontrar en ello ningún sentido, que no sea el de hacer "aquello que debe ser hecho" para mantener el orden simbólico que rige la vida.  
Orden simbólico que no necesariamente tiene que ser entendido; simplemente debe ser cumplido.

"La preocupación aparente de los ritos de iniciación de muchachas por el matrimonio y la maternidad no es, pues, tan solo una preocupación por la reproducción, sino una representación dramática del orden moral que es la constitución de una sociedad." (La Fontaine 1987, 261)  
(9).- "En cuanto a las mutilaciones que afectan a los órganos sexuales, e incluso en el caso de perforación del himen por un coito preliminar al matrimonio, no tienen ninguna significación sexual propiamente dicha, como he expuesto en numerosas ocasiones" (van Gennep 1986,183)

Sin duda el autor se refiere a que no podríamos hablar aquí de una significación sexual en el ámbito de lo personal; que se trata de una expresión sexual institucionalizada, simbolizada, que excede a las personas y atañe a las funciones.  
No obstante, la sexualidad personal habrá de desarrollarse sólo dentro del marco (estructura) que configuran esas funciones y operaciones simbólicas.

(10).- También el cuento representa, en forma más o menos hábil y poética, el "paso" de la niña: su separación de un estatus y su agregación a otro.  
Al modo como se representa en las "puestas de largo": ceremonia en que la púber es introducida en el "mercado sexual" -de una determinada clase social, por supuesto-, generalmente del brazo del padre.  
Recuérdense a este propósito los bailes u otros encuentros sociales -los actos religiosos en la iglesia, en los cuentos rusos-, a los que "la niña perseguida" suele tener vetado el acceso. Pero ella acude, indefectiblemente. Y no necesita que nadie la introduzca. En realidad, ella ya ha sido introducida en el ámbito del deseo sexual por el padre, a través del acontecimiento o vínculo incestuoso que se presenta al comienzo del cuento.

Ahora bien, el cuento no se limita a dar noticia de este cambio iniciático en la vida de la joven. "Explica" la instauración, en la mujer, de la articulación deseo-ley.

(11).- Más específicamente: el primer coito ceremonial o la desfloración ritual estarían encuadrados en los ritos de paso vinculados a "la primera vez" (van Gennep 1986,187)

(12).- Laplanche critica a Freud no haber valorado más el aspecto de castración simbólica que hay en el ritual de la desfloración:



"Freud no va mucho más lejos en ese sentido. Curiosamente, no explora tampoco la significación física del acto de desfloración en cuanto derramamiento de sangre, destrucción del himen, por lo tanto algo que se interpretaría fácilmente como un rito de pasaje, comparable a los rituales de circuncisión en los cuales Freud, por otra parte, ve el equivalente simbólico de una castración.

El ritual de desfloración no es puesto en relación directamente (...) con un ritual de castración simbólica" (Laplanche 1988, 98-99)

No estamos seguros, por cierto, de que Laplanche no incurra en lo mismo que censura a Freud.

(13).- Sobre el tema literario del padre ejecutor, la autora cita a E. Pellizer: Favole d'identità, favole di paura, pp. 102-103

(14).- Otras formas de representar metafóricamente el matrimonio:

"...el matrimonio, del que el rapto mítico es una de sus metáforas" (Bruit Zaidman 1991)

(15).- Resulta interesante que algunas versiones del mito, Ifigenia es salvada por la diosa en el último momento al sustituirla por una cierva. Lo que nos recuerda a múltiples "niñas perseguidas" y condenadas a la muerte por el padre o la madre, que, en el último momento son sustituidas por un inofensivo animal que pasaba por allí.

(16).- Nosotros diríamos que un solo acto -la degollación sacrificial-, condensa muchas cosas:

- La instauración de la ley del incesto: imposibilidad de una relación incestuosa real ("liberadas del padre"),

- por efecto del acto brutal, traumático -aquí degollación, en el cuento mutilación- que simboliza la violación del padre. Concretamente, la violencia que supone la irrupción del deseo del padre en el universo "presexual" de la niña (Freud 1896b; Ferenczi 1961; Laplanche 1976);

- y como no nos quedamos en lo que de simple pueda tener la teoría freudiana del la seducción, o la del "lenguaje de la pasión" irrumpiendo en el "lenguaje de la inocencia" de Ferenczi-: la articulación a esa estructura imaginaria, del deseo de la niña: la normalización de su deseo incestuoso que deberá encontrar para su realización el camino de lo metafórico y metonímico (Laplanche 1989, Gutierrez Terrazas 1989)

(17).- En la versión de los hermanos Grimm, El novio bandido (G40), asistimos al sacrificio cruento de una joven doncella. Se trata de una especie de alter-ego de la protagonista. Las posibles equivalencias de la orgía de sangre con la fantasía puberal de la noche de bodas será comentada a propósito del análisis de la versión de otro "novio bandido": El asesino sin mano (IC 89).

El sacrificio de otra vírgen, Macaria, para salvar a sus hermanos, los heráclidas, es también un motivo clásico en el ciclo de "La niña perseguida". Constituye el subgrupo de "Los siete cuervos" que cuenta, entre otras, con versiones como:

Los siete cuervos (E 115); Los siete cuervos (RA 39), y las muy conocidas de los hermanos Grimm: Los doce hermanos (G 9); Los siete cuervos (G 25) y Los seis cisnes (G 49).

Precisamente sobre estas tres versiones de los hermanos Grimm, realiza un magnífico y paradigmático análisis Bellemin-Noël en su *Les contes et leurs fantasmés* (1983)

(18).- Ver el cuento de los Grimm "El novio bandido" (G 40), el caso de Godelive en La matrona y la malcasada (Duby 1990), y nuestros comentarios acerca del tema en el capítulo 4.

(19).- Esta función de las pruebas está muy documentada en Propp (Propp 1971 y 1974). En otro lugar hemos comentado este aspecto en nuestros cuentos populares (Rodríguez Almodóvar 1989) y, respecto de la renuencia del padre a entregar a su hija a una relación amorosa con otro hombre, ver: "El caballero de la Espada", relato medieval, publicado en español en la editorial Siruela. Por lo que se refiere a la Edad Media, se encontrarán también muchos datos en Ariès y Duby (1989,II), y en Duby (1990)

(20).- Del cuerpo del asesino en este caso.

Nótese que en todas y cada una de las versiones, populares o literarias, las manos de la niña le son devueltas en alguna forma: no ha habido mutilación real, definitiva.

Por el contrario, el asesino muere manco: ha habido una mutilación real, irreversible.

(21).- La "escena primordial" u originaria es una noción freudiana que hace referencia a la "escena de relación sexual entre los padres, observada o supuesta basándose en ciertos indicios y fantaseada por el niño (Laplanche y Pontalis 1979,124)

Nos interesa señalar ahora que los personajes que componen imaginariamente lo real de la escena no tienen necesariamente que ser los padres: dos niños que juegan cuerpo a cuerpo, unos animales intentando una cópula, un

ruido -el "clic" de la paciente de Freud (Gutiérrez Sánchez 1989)-, un grito -como el del cuento-, pueden desencadenar un proceso fantasmático escaso en imágenes y rico en sensaciones (excitación, angustia, miedo, tal vez vivencia de lo siniestro, etc) que es a lo que llama el psicoanálisis "fantasma originario".

Respecto a este tema ya hemos sugerido bibliografía en la introducción. No obstante y aunque repitamos las referencias, dos nos parecen oportunas a lo que estamos viendo:

En cuanto al carácter de "pobreza representacional" del fantasma originario, ver: Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma (Miller 1984).

En cuanto al carácter estructural y estructurante de los fantasmas originarios, ver: Fantasia originaria, fantasia de los orígenes, origen de la fantasia (Laplanche y Pontalis 1976).

(22).- La escena de seducción no tiene por qué tener un carácter intencional, ni siquiera real, por parte del "seductor". Un determinado día, un niño, que había visto eso mismo muchas veces antes, queda fascinado, seducido, por una determinada percepción.

(23).- No necesariamente muy patológico: en determinados momentos de los usos sociales estaba bien vista una cierta predisposición femenina al desmayo. Perrault advierte esto mismo, en un comentario muy a su estilo cortesano, en Pulgarcito.

(24).- El Rey "pide la mano" de la niña. No deja de impactarnos esta fórmula que ya hemos comentado en la nota 3 del capítulo 7 -"pedir la mano de una doncella" como equivalente a pedir a unos padres (¿o a un padre?) su hija en matrimonio-, aunque sepamos que su origen no roza, sino colateralmente, lo que nosotros estudiamos.

En la mencionada nota ya aludimos a la relación que esta expresión tiene con la "manus", uno de los poderes que tenía el pater familias sobre la mujer, en el derecho civil romano, abolidos en la época de Justiniano. (Acerca de su concepto, adquisición, efectos, extinción, aplicaciones y desaparición, ver: Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa Calpe, t.32, p.1079)

No es raro suponer que un cuento como el de "La niña sin manos", que tiene versiones tan antiguas (ver relación de versiones literarias que están fechadas, en el capítulo 3), haya coexistido no sólo con costumbres derivadas de aquella institución, (eso nos puede ser familiar casi hoy), sino con el nombre de dicha institución -"manus"-,

confundido con la mano, al modo como nos parece se da en la expresión "pedir la mano".

Alguna relación debe haber entre la "manus" romana y un argumento en que una niña pierde las manos con su padre y las recupera con su esposo. Perder la manus del padre era perder su protección. Es curioso que en Roma la mujer "bajo mano" de su marido tenía, para él, jurídicamente, el estatuto de una hija. (Thomas, Y. 1991) Para este punto ver también: (Kovaliov 1979)

Respecto a derivación popular hacia la idea de "mano", que aquí nos interesa, desde una palabra culta, por una endeble similitud, hay un ejemplo interesantísimo que no vamos a desarrollar en amplitud en esta ocasión porque necesitamos reunir más información.

Se trata del nombre, escudo y leyendas de la villa de Simancas (Valladolid).

El nombre proviene de "Septimania", por ser ella un emplazamiento romano capital de dicha provincia o división territorial.

El escudo representa una torre reada por una franja en que figuran siete manos seccionadas con la palma abierta y extendida.

La leyenda a que nos referíamos constituye la trama de una comedia de Lope de Vega: "Las doncellas de Simancas". Lope toma el argumento de un manuscrito de Antonio Cabezudo, cura de la parroquia de dicha villa en 1580. Y de la leyenda, más extendida, del tributo de las cien doncellas, sobre la que Lope escribió otras comedias. Sólo citaremos un fragmento que tiene que ver con nuestro cuento:

"Las doncellas son arrancadas de su país, pero Leonor, la más valiente y decidida, las exhorta con ardor a preferir la muerte al deshonor y a mutilarse antes que caer en tal deshonor. Aprovechando un descuido de los guardias, se apoderan de sus armas y se refugian en una torre situada en el camino, en la cual se fortifican, y cuando sus guardianes las exhortan a que se rindan, aparecen en lo alto de la torre enseñando sus brazos izquierdos mutilados, pues se han cortado las manos."  
(Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa Calpe. Negrita nuestra)

(25).- Este marido asesino es un buen ejemplo de cómo el objeto de deseo no tiene nada que ver con una definición romántica del mismo. Ella le busca, le espera, le teme, se le entrega, le mata, etc.

(26).- Este pasaje nos recuerda vivamente un fragmento de un cuento de E.T.A. Hoffmann: "El hombre de la Arena". Cuento que Freud analiza en su estudio sobre "lo siniestro" (Freud 1919h, Gutlérrez Sánchez 1989):

En la escena final del cuento, el protagonista, Nathaniel, que ha vivido obsesionado por la siniestra persecución de un personaje llamado Coppélius, está subido en la torre del Ayuntamiento en un momento de aparente tranquilidad y placidez. De improviso, enloquece: primero intenta arrojar a su novia al vacío. A continuación se arroja él. El motivo: ha visto entre la muchedumbre el rostro de Coppélius:

"Entre las personas reunidas en la calle sobresale el abogado Coppélius, quien ha reaparecido de pronto.

Tenemos derecho a suponer que la locura estalló en Nathaniel cuando vió que se acercaba. Alguien quiere subir para capturar al furioso, pero Coppélius dice sonriendo: "Esperen, que ya bajará él por sus propios medios". De pronto Nathaniel se queda quieto, mira a Coppélius y se arroja por encima de la baranda dando el estridente grito de "Sí, bellos, bellos ojos". Al quedar sobre el pavimento con la cabeza destrozada, ya el Hombre de la Arena se ha perdido entre la multitud." (Freud 1919h,230; Hoffmann 1979)

(27).- ¿Cómo "sus manos"? En este punto el texto desliza una inexactitud. ¿Un error?. ¿O tendrá otra explicación?. En cualquier caso es un error cometido muy frecuentemente con este motivo de lo mutilado que reaparece en el texto.

-----  
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS DEL CAPITULO 9  
-----

- ANONIMO (1984): El caballero de la espada. La doncella de la mula. Siruela. Madrid
- ARIES y DUBY (dir.)(1989): Historia de la vida privada. (6t). Taurus. Madrid
- BELLEMIN-NOEL, J. (1983): Les contes et leurs fantasmés. PUF. Paris
- BRUIT ZAIDMAN, Louise (1991): Las hijas de Pandora. Mujeres y rituales en las ciudades, en: DUBY y PERROT (1991): Historia de las mujeres. En occidente Altea, Taurus, Alfaguara. Madrid
- CALVINO, Italo (1990): Cuentos populares italianos Siruela. Madrid
- DOLTO, Françoise (1990): Sexualidad femenina. Paidós. Barcelona
- DUBY, Georges (1990): La matrona y la malcasada en DUBY (1990): El amor en la edad media y otros ensayos Alianza Universidad. Madrid
- DUBY y PERROT (1991): Historia de las mujeres (t.I) Altea, Taurus, Alfaguara. Madrid

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA.

Espasa Calpe. Madrid

ESPINOSA, Aurelio M.(hijo) (1987-88): **Cuentos populares**

**de Castilla y León** (2t.) CSIC. Madrid

EVANS-PRITCHARD, E. (1987): **Historia del pensamiento**

**antropológico** Cátedra. Madrid

FERENZCI, S. (1961): Confusión de lenguas entre los

adultos y el niño La Psychanalyse vol. VI,

pp.241-253. P.U.F. Paris

FRAZER, J.G. (1989): **La rama dorada** FCE. Madrid

FREUD, S. (1896b): Nuevas puntualizaciones sobre las

neuropsicosis de defensa AE III, p.157

FREUD, S. (1899a): Sobre los recuerdos encubridores AE III

p.291

FREUD, S. (1905e): Fragmento de un análisis de un caso de

histeria. AE VII, p.1

FREUD, S. (1907a): **El delirio y los sueños en la "Gradiva"**

**de W. Jensen** AE IX, p.1

FREUD, S. (1910h): Sobre un tipo particular de elección de

objeto en el hombre. (Contribuciones a la

psicología del amor.I) AE XI, p.155

FREUD, S. (1912d): Sobre la más generalizada degradación

de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología

del amor.II) AE XI, p.169

FREUD, S. (1912-13): **Tótem y tabú** AE XIII, p.1

FREUD, S. (1918a): El tabú de la virginidad AE XI p.185

FREUD, S. (1919h): Lo ominoso AE XVII, p.215

- GENNEP, Arnold van (1986): *Los ritos de paso Taurus*.  
Madrid
- GREEN y otros (1976): *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*. Nueva Visión.  
B.Aires.
- GRIMM, J. y W. (1988): *Cuentos de niños y del hogar*  
(3t.) Anaya. Madrid
- GUTIERREZ SANCHEZ, G. (inéd.): "Comentarios acerca del concepto freudiano de unheimlich. Lo siniestro: un enlace verdadero". Conferencia en el Homenaje a Sigmund Freud, organizado por el Rectorado de la UCM. Noviembre-Diciembre de 1989.
- GUTIERREZ TERRAZAS (1989): *Los dos pilares del psicoanálisis: el pulsional y el inconsciente*. Colección Psicología Dinámica en la Universidad/5. Hogar del libro. Barcelona
- HOFFMAN, E.T.A. (1979): El hombre de la arena, en: FREUD y HOFFMANN (1976): *Lo siniestro - El hombre de la arena*. Olañeta. Palma de Mallorca.
- HOMERO (1968): *La Odisea* (Edición a cargo de José Alsina). Planeta. Barcelona.
- HORNILLA, Txema (1989): *La mujer en los ritos y mitos vascos*. Txertoa. S. Sebastián
- KOVALIOV, S.I. (1979): *Historia de Roma*. Akal. Madrid
- LA FONTAINE, Jean S. (1987): *Iniciación. Drama ritual y conocimiento secreto Lerna*. Barcelona



- LAPLANCHE y PONTALIS (1976): Fantasia originaria.  
fantasia de los orígenes, origen de la fantasía,  
en: GREEN y otros (1976): El inconsciente freudiano  
y el psicoanálisis francés contemporáneo Nueva  
Visión. B.Aires
- LAPLANCHE y PONTALIS (1979): Diccionario de  
psicoanálisis. Labor. Barcelona
- LAPLANCHE, Jean (1988): Castración. Simbolizaciones  
Amorrortu. B.Aires
- LAPLANCHE, Jean (1989): Nuevos fundamentos para el  
psicoanálisis. La seducción originaria Amorrortu.  
B.Aires
- LORAUX, Nicole (1989): Maneras trágicas de matar a una  
mujer, Visor. Madrid
- MILLER, J.Alain (1984): Dos dimensiones clínicas: síntoma  
y fantasma. Manantial. B.Aires.
- PELLIZER, E. (1982): Favole d'identità, favole di paura.  
Roma
- PROPP, V. (1971): Morfología del cuento Fundamentos.  
Madrid
- PROPP, V. (1974): Las raíces históricas del cuento  
Fundamentos. Madrid
- RODRIGUEZ ALMODOVAR, A. (1983-84): Cuentos al amor de la  
lumbre. (2t.) Anaya. Madrid
- RODRIGUEZ ALMODOVAR, A. (1989): Los cuentos populares o  
la tentativa de un texto infinito Universidad de  
Murcia.

RUIZ DOMENEC, José (1990): La mujer que mira (Crónicas de la cultura cortés) Sirmio. Barcelona

THOMAS, Yan (1991): La división de los sexos en el derecho romano en: DUBY y PERROT (1991): Historia de las mujeres. t.I, pp.115 y ss. Taurus. Madrid

**CAPITULO 10**

-----  
**CONCLUSIONES GENERALES**  
-----

Como expusimos en el capítulo 1, el objetivo de este trabajo era tratar de llegar al inconsciente de los textos.

No se trata de conocer (¿se puede?) el inconsciente de los personajes que, imaginariamente, distintos para cada uno, se gestan en el cuento. Podríamos decirlo remedando a Grosrichard -"no buscamos el texto de la psicosis, sino la psicosis en el texto" (Grosrichard 1990)-: no pretendemos averiguar en estos cuentos cómo son los padres, cómo reaccionan las púberes -el "texto de los padres", el "texto de las púberes"-, sino encontrar al padre o a la mujer en el texto mismo.

No obstante, el interés por el inconsciente de estos relatos vino luego. Lo primero fue la atracción que su carácter enigmático ejerció sobre nosotros:

Niñas-mujeres amadas hasta el desequilibrio por un padre solitario y carente de otro amor de mujer.

Bellísimas, inocentes, y perseguidas por padres-amantes celosos y furibundos hasta el límite de horribles castigos y mutilaciones.

Por madres-madrastras celosas de su belleza y de su amoroso vínculo con el padre. O por hermanas, feas, malvadas, envidiosas, de las que jamás se dice en los relatos que recibieran amor del padre, ese amor que la protagonista posee, incluso en el exceso.

Perseguidas por cuñadas advenedizas, mezquinas, que en realidad sólo tendrán brevemente el amor del marido: hasta que se cree el enfrentamiento con la niña-hermana. Esta sin embargo nunca perderá el cariño de su hermano, incluso después de haberla mutilado: siempre lo hace movido por la mala influencia de la odiosa cuñada.

Es difícil escapar a un "imaginario" tan evidente: "debe tratarse del deseo de la niña": ser el blanco de la diana a que apuntan los deseos de todos.

La que hace enloquecer de amor al padre; la que promueve en la madre una alianza cómplice o una enemistad feroz, según las versiones. La que exclusiviza todo el amor del padre hacia los hijos. La que recibe el incondicional cariño del hermano, resistente a cualquier circunstancia.

¿Qué más se puede desear?

Pero, por otra parte, estos relatos son la crónica de continuos amores imposibles cuya carga dramática parece diluirse sólo cuando la niña dirige su deseo hacia alguien que está fuera del "cargado" ambiente endógamo de la familia.

Y en algunas versiones, eso no es suficiente: la protagonista deberá pasar más pruebas. La más importante: la sospecha acerca del origen de su embarazo:

"Los relatos medievales se hallan obsesionados por los problemas de la ascendencia, por la función del hijo y la importancia casi demencial de las relaciones padres-hijos. Los lazos con el padre (...) constituyen el objeto de una febril preocupación en los relatos en que la esposa calumniada se ve acusada de haber traído al mundo un monstruo que evidentemente no puede ser hijo legítimo del marido..." (Régnier-Bohler 1988)

Estas "organizaciones imaginarias" -también podríamos llamarlas "organizaciones fantasmáticas"- que se repiten, muy similares en los distintos tipos de "niñas perseguidas", ¿qué tratan de representar?. Esa riqueza e inercia imaginarias deben aludir a un elemento de la estructura misma del vínculo padres hijos.

Centremos nuestra mirada en los cuentos populares:

"La niña sin manos": los autores dicen que es un cuento incestuoso.

Nos vamos al ciclo ampliado, "La niña perseguida", y

encontramos que en "María de madera" el deseo incestuoso es evidente; que en "Como a la sal" está levemente enmascarado.

¿Qué sentido puede tener?

Si continuamos examinando el ciclo nos encontramos con otra variante: una madre asesina, claramente en "Bella Venecia", y en alianza cómplice con la rivalidad fraterna en "Rosina en el horno"

¿Qué sentido puede tener este odio y estos deseos asesinos?: Nos vamos al Romancero y allí, en Delgadina sobre todo, encontramos a la madre que odia a la hija porque ésta, al entrar en el círculo del deseo sexual del padre, la ha convertido en malcasada.

De manera que la madre asesina viene a ser representación también del vínculo incestuoso con el padre.

En alguna versión no es la madre, sino la cuñada; y no es el padre, sino el hermano. Pero la configuración es la misma: la cuñada desea la muerte de la niña por cuanto su presencia en el deseo del hermano la convierte a ella en malcasada.

También en el romancero encontramos pruebas de incesto entre hermanos, además de las consabidas acerca del incesto padre-hija.

La pregunta anterior cobra más fuerza: ¿cuál es el sentido de este comienzo incestuoso?.

Lo primero que distinguimos es que, en los cuentos populares y versiones escritas correspondientes, no se trata de incestos consumados, sino de un deseo incestuoso que da lugar a toda la sucesión de acontecimientos que constituyen el relato.

Hay una diferencia radical entre incesto y deseo incestuoso. El primero sería señal de no acceso a una categoría de lo social y, desde un punto de vista psicológico, de no acceso a la estructuración psíquica que supone el edipo.

El segundo, por el contrario, es señal de que que está en funciones la ley de la prohibición del incesto que supondría la estructuración psíquica y social.

La presencia, en el origen de los cuentos, de un deseo incestuoso del padre hacia la hija, nos orienta hacia la teoría freudiana de la existencia de una seducción traumática en el comienzo de la sexualidad de la joven (no como origen etiológico de la histeria, sino como fantasía originaria, estructurante de toda sexualidad). Ahora sabemos que es con el complejo edípico con lo que debemos relacionar este "hecho de estructura":

Para que el edipo se instaure es necesario un deseo de



unión incestuosa entre padre e hija y, simultáneamente,  
la imposibilidad de tal unión.

El deseo y la prohibición (ley)subsiguiente, o la  
prohibición y el deseo subsiguiente.

En el sencillo esquema que representa la situación  
edípica:

M (función Madre)  
----- P (función Padre)  
H (lugar de Hijo)

el padre de estos relatos ocupa el lugar de la Madre  
simbólica o "función Madre": aquel lugar simbólico del  
que el Hijo -en el cuento se trata del hijo-mujer: la  
hija-, tiene que separarse. Aquel lugar simbólico que  
tiene que resultar "privado" del hijo, de la unión  
incestuosa con el mismo.

Se trata de un elemento estructural, simbólico, que el  
sujeto tiene que imaginarizar. El cuento sería una forma  
de imaginarización, en historia contada, en mito, de esta  
pieza simbólica.

Por otra parte, esta "historización de la estructura", que serían los mitos, los cuentos, es siempre el relato de múltiples y distintas dificultades para ajustarse a dicha estructura:

"El rey tenía una bella hija, doncella muy cortés. No tenía más hijo ni hija. Mucho la amaba y regalaba. Fue pretendida por nobles caballeros, que mucho hubieran dado por conseguirla. Pero el rey no quería entregarla, pues no podía vivir sin ella ni prescindir de su compañía: día y noche estaba a su lado. La pequeña lo consolaba de la pérdida de la reina. Muchos lo criticaban por ello; hasta los suyos se lo censuraban.

Cuando el rumor adverso se generalizó, al rey le pesó mucho, y sintió gran tristeza. Comenzó entonces a pensar cómo podría salir airoso del trance sin entregar a su hija. Para ello, hizo público en todas partes que quien pretendiese desposarla habría de cumplir con un requisito...." (María de Francia 1987,56)

En el otro extremo, el de la falta de deseo padre-hija, tenemos el ejemplo que hemos analizado extensamente: El asesino sin mano

Recordamos el comienzo:

"Había una vez un Rey avaro, tan avaro que a su hija única la mantenía oculta en la buhardilla por temor a que alguien pidiera su mano y él tuviera que darle una dote..." (Calvino 1990)

Siguiendo la pista freudiana podríamos afirmar que estos cuentos -todos los cuentos maravillosos-, son expresiones populares (en el sentido que le da García Calvo), de las muy distintas formas en que nos confrontamos con la falta estructural.

Un inventario bellamente representado de posiciones subjetivas frente a la castración.

Otro elemento enigmático del cuento que parece estar íntimamente relacionado con el deseo incestuoso es la mutilación de la niña, acerca del cual nos hacemos la misma pregunta: cuál puede ser su sentido.

Ciertos autores, no psicoanalistas, relacionan la mutilación con la castración. A nosotros nos pareció un recurso demasiado fácil acudir a homologías tan manidas. En cualquier caso una solución así planteaba una nueva cuestión: en qué términos se puede hablar de la castración femenina?

Nos decidimos por tanto a utilizar la misma metodología:  
ir a los textos y proceder "por asociación libre".

En los diccionarios nos encontramos que "manco" es también "aquel al que le falta algo". Es decir, que la "manquedad" o la "manquera" es sinónimo de la falta, de la "manque" francesa.

Este tema de la falta es central en psicoanálisis. La falta es la que genera la situación edípica.

Lo expresamos deliberadamente en forma ambigua: "la situación edípica genera la falta", "la falta genera la situación edípica".

Es decir, el edipo como ley y el edipo como normalizador.

La transmisión de esa falta simbólica, su introducción en el universo simbólico del sujeto es algo propio de la función paterna, del padre simbólico.

En un cuento italiano encontramos la pista para un interesante juego metafórico: mutilar --> amputar --> podar.

Podar no es una mutilación cualquiera. Es una mutilación que busca y produce unos efectos de crecimiento y mejora del sujeto podado; que está basada en un complejo saber, que no sólo tiene que ver con la botánica. Es una operación ligada a los ciclos estacionales, al santoral, a las costumbres locales.

La forma de podar refleja la forma de ser, y la forma de ser afectará a la forma de podar (ver Refranero). Podar es por tanto -mucho más, naturalmente, en el ámbito rural- un significante susceptible de recibir muchos significados.

Alguno de los autores que han estudiado el tema aportan alguna idea interesante. Así, Sébillot que nos conduce a Herodoto y al personaje del faraón Micerino. Nos encontramos allí con un amor incestuoso que acaba en muerte de la niña y con unas mutilaciones simbólicas.

Puymaigre nos habla del Papa León y su automutilación porque el deseo había surgido entre padre e hija y la mutilación viene a ser expresión de la imposibilidad. Una imposibilidad simbólica que tiene que ser sostenida desde lo real en este caso. Aunque la mano de este Papa, como las de las niñas mutiladas en los cuentos, le vuelven a salir: señal inequívoca de que eran pérdidas imaginarias.

Se trata por tanto de lo que en psicoanálisis se llama "castración simbólica", que en términos muy amplios podríamos definir como "la inevitabilidad de la separación respecto al objeto":

En el instinto se da una relación de necesidad entre el instinto y el objeto, de forma que si hay instinto debe haber un objeto que lo satisfaga:

instinto -----> objeto

En la pulsión, la castración simbólica rompe esa relación de necesidad entre pulsión y objeto:

pulsión ---//---> objeto

En nuestro caso, repetimos, la hija es inalcanzable para el padre y el padre lo es para la hija. Siempre en el registro de lo simbólico.

Es obvio que, en la realidad, se producen accesos entre padres e hijas. Pero cuando un padre biológico tiene acceso a su hija, abandona con ello su papel de padre para pasar a ser "amante", "esposo", etc. La función del padre simbólico, en el mejor de los casos, será sostenida por otro personaje; no sin trastornos, por lo general.

Una forma análoga en cierto modo a la mutilación de la niña, es representada en la tragedia clásica por el sacrificio de las vírgenes.

Sacrificio que -como lo ha mostrado Loraux citándose a los textos-, equivale automáticamente al matrimonio o, más concretamente, a la pérdida de la virginidad. Equivalente a una desfloración ritual: desfloración o matrimonio traumáticos a los que con frecuencia, la vírgen es conducida de mano del padre.

Freud nos muestra cómo, en la pérdida de la virginidad, una de las importantes decepciones psicológicas del momento de la desfloración lo constituye el pensamiento inconsciente acerca de que no es el padre imaginario el que finalmente tuvo acceso a ella.

Para evitar este desencanto que puede generar muy diversos tipos de síntomas, está, entre otras cosas, la ceremonia de la desfloración ritual, como rito de paso, como ceremonia de iniciación.

Expresión condensada de la fantasía de incesto con el padre (el desflorador) y de desprendimiento del mismo, al comenzar la vida sexual adulta y social.

Lo que nos recuerda esas imágenes, cada vez más infrecuentes, de una niña conducida a la ceremonia de su

"puesta de largo", del brazo de su padre.

Como, según los textos, se dirigía al sacrificio en la tragedia griega. Como, en forma figurada -a través de una escenificación más dramática-, ocurre en los cuentos que hemos estudiado.

El cuento, paralelamente a como lo hace el rito, aunque con lenguajes distintos, representa imaginariamente lo simbólico de estos procesos. En el cuento quedan representados en el lenguaje narrativo, mediante el relato de imaginarios acontecimientos.

Hemos conjugado varios conceptos:

La seducción paterna (la voluntad incestuosa) que aparece en el inicio de todos estos relatos.

Hemos mostrado su carácter estructural, necesario, universal, en la forma que Freud denominó "fantasma originario", mucho más allá del carácter etiológico que concedió al trauma de la seducción en sus primeras conceptualizaciones clínicas.

Hemos mostrado también que el itinerario del pensamiento



freudiano que va, de concebir la seducción traumática paterna como el origen de un tipo particular de neurosis, a concebirla como el mito individual que explica, con carácter universal, el origen de la sexualidad humana, va parejo al proceso conceptual que debe producirse, desde la seducción entendida como un acontecimiento realmente ocurrido en la vida del sujeto, hasta la seducción entendida como una construcción fantasmática, perteneciente por tanto a otra realidad (la realidad psíquica del sujeto), expresión del encuentro del deseo del Otro con el deseo del sujeto.

La mutilación, que especifica al tipo de "La niña sin brazos".

Hemos analizado la naturaleza de tal mutilación y creemos haber mostrado su carácter simbólico que la asimila a la operación central para la constitución de la estructura psíquica: la castración simbólica.

Operación por la que el sujeto queda "sujetado" a la Ley y al deseo. Y constituido además como ser sexuado, es decir, marcado por la diferencia sexual.

Castración que hemos situado en el centro mismo de la trama edípica, como la función principal del padre simbólico o metáfora paterna.

Esta castración no implica ninguna pérdida "en la realidad", o dicho más exactamente: no supone pérdida de ningún objeto de la realidad; lo que se pierde es algo que nunca se tuvo, pues se perdió en el momento -momento lógico, ya que cronológicamente es inidentificable-, en que se instauró el registro simbólico; es decir, desde siempre para el sujeto, ya que lo simbólico le precede, es anterior a él.

Pero el sujeto necesita representar esta operación simbólica, y con frecuencia toma la forma de cercenamiento (circuncisión), de ablación (mutilaciones iniciáticas varias), de incisión (en pene, clítoris, hímen y múltiples partes del cuerpo), de separación y renuncia (de nombre, de grupos, de costumbres), etc, etc.

La desfloración ritual que combina en su seno tanto la seducción paterna como la castración simbólica.

La desfloración ritual significaría para la niña-mujer:

de una parte, la confirmación de que está inmersa en una circularidad del deseo: no sólo ella desea al otro, sino que el otro la desea a ella (aunque esta constatación tenga inicialmente un carácter traumático):

de otra parte, la inevitable renuncia al objeto primordial, incestuoso: la "inicianda" debe desprenderse, a la vez que se desprende de su himen, de su cuerpo infantil, de sus objetos infantiles; también debe renunciar a tener con el que oficia la desfloración otra relación que la ritual.

También aquí insistimos en el carácter simbólico de esta desfloración que no necesariamente está vinculada a un órgano anatómico, ni guarda una relación directa con la actividad o inactividad sexual. Se trata más bien de la socialización de la niña como objeto sexual y de la socialización del deseo sexual de la niña. La "entrada en sociedad".

Tampoco, obviamente, está relacionada con la capacidad para la reproducción; como sí lo está la menarquia: otra manifestación ligada al cuerpo de la joven que es motivo de rituales iniciáticos con mucha mayor extensión y frecuencia (en otros grupos culturales y también en el nuestro hoy) que la desfloración.

Pero esta relación estrecha entre menstruación y capacidad fisiológica real para la reproducción no debe confundirnos. A efectos del ritual, lo que cuenta, también en este caso, es la menstruación como signo de cambio social. Si la aparición de la menstruación no es

acompañada de los correspondientes rituales, esta mujer no es reconocida socialmente como "madre potencial", aunque biológicamente sea innegable.

Lo que está en juego en la desfloración y en la menarquia rituales, es una condición social -nosotros decimos: también psíquica-, de la mujer.

Estas operaciones ( seducción, castración, desfloración ) tienen un elemento en común: no se corresponden con la realidad fenoménica en que, por otra parte, se apoyan para representarse. No son en forma alguna "hechos de crónica de sucesos" y, menos aún, de manual de cirujía. Son "hechos de lenguaje": operaciones simbólicas y en lo simbólico.

Otro elemento común a estas operaciones es su cualidad de originario. Cualquiera de ellas es punto de partida de importantes procesos:

La seducción paterna (deseo de incesto) y la mutilación (castración) constituyen el origen del relato. A partir de ellos la niña se convierte en protagonista de diferentes historias de amor, deseo, persecución y rehabilitación.

La fantasía de seducción es la versión imaginaria de la

operación que hemos situado en el origen de la sexualidad del sujeto.

De igual forma, la castración es la fantasía originaria que representa el origen de la diferencia, de la falta y del deseo.

Y la desfloración ritual sería el origen de la mujer como sujeto social sexuado y deseante.

CAPITULO 11

-----  
ALGUNAS REFLEXIONES Y ALGUNAS PROPUESTAS,  
EN CUANTO A LA LECTURA DE CUENTOS POPULARES,  
EN EL AMBITO EDUCATIVO.  
-----

-----  
**INDICE DEL CAPITULO 11**  
-----

11.1.- La paradoja estructural de la educación

11.1.1.- La alienación del yo en la educación

11.1.2.- La alienación del deseo en la educación

11.2.- El eje imaginario y el eje simbólico en la lectura  
de los textos literarios

11.2.1.- La "lectura de sentidos" (eje imaginario)

11.2.2.- La "lectura basada en la primacía del  
significante" (eje simbólico)

11.3.- Propuestas

Hemos dicho en la Introducción que el objeto de esta Tesis -los cuentos tradicionales-, nos viene interesando desde el inicio de nuestra actividad terapéutica y que, entonces y ahora, encontramos alusiones a ellos, más o menos fragmentarias, en lo que se suele llamar el "material" (verbal, gráfico, etc) de un diagnóstico o una psicoterapia.

Pero ello no supone que nuestro interés por el cuento popular se limite a la aplicación en psicología y, más concretamente, en psicoterapia. Va mucho más allá. Nos atrae de una manera especial el valor profiláctico que pueda deducirse de lo escrito anteriormente.

Dedicaremos el primer epígrafe de este capítulo a mostrar sucintamente, desde un punto de vista teórico, lo que consideramos una paradoja estructural en la relación educador-educando, y cómo entendemos esa profilaxis buscada.

Para ello vamos a tomar como texto de referencia el capítulo: ¿Es posible una pedagogía analítica?, del libro de Catherine Millot: Freud Antipedagogo (Millot 1982). Nos parece sitúa muy adecuadamente esta cuestión.



En el segundo mostraremos un aspecto concreto que nos parece de importancia en la educación: la conveniencia de acercar al niño, y en qué forma, al cuento popular. Lo abordaremos también desde un ángulo teórico: la perspectiva imaginaria y la perspectiva simbólica en la lectura de textos literarios.

Lo que podrá hacerse extensivo a la escucha de narraciones orales o escritas de cuentos populares.

Se trata por tanto de mostrar la posible aplicación de las conclusiones a las que hemos llegado -sobre la viabilidad de leer u oír el "inconsciente de un texto"-, a la profilaxis mental del niño, centrando ésta en la tarea pedagógica que realiza la escuela.

### 11.1.- La paradoja estructural de la educación

Empecemos por unas preguntas: ¿educación de qué?, ¿de quién?.

El psicoanálisis ha planteado, ya con Freud, hace mucho tiempo, la no unicidad de la personalidad humana.

En las dos "tópicas" -modelos espaciales para describir la constitución del aparato psíquico-, Freud nos muestra a éste formado por dos sistemas (Inconsciente/Preconsciente-Consciente) o constituido por varias instancias psíquicas (yo, ello, superyó)

De manera que la actividad de un sistema entra en conflicto con la actividad del otro. Lo que es "bueno", conviene, a una instancia psíquica, es "malo" para otra u otras.

Nunca hay armonía. O dicho de otra manera: el funcionamiento psíquico, por principio, es conflictivo.

Por su propia naturaleza, el inconsciente será ajeno -un elemento extraño-, para la conciencia; de la misma forma que no puede haber perfecta armonía entre el yo y el ello, o entre el yo y el superyó. Y cuando la hay -en el sentido de inexistencia de conflicto-, ello tiene que ver con graves perturbaciones del funcionamiento psíquico. Recuérdese que a la armonía entre el ello y el yo Freud la definió como perversión, y a la ausencia de conflicto que se da entre el yo y el superyó la ejemplificó con el masoquismo moral, con la melancolía, etc. .

No hay armonía. Expresiones como "el yo dividido" (Laing), "el sujeto barrado" (Lacan), se refieren, aunque desde ángulos teóricos y actitudes terapéuticas muy lejanas, a algo en cierto modo análogo: la imposibilidad de armonía, la ex-centricidad del sujeto, la futilidad del concepto de "sí mismo", etc.

Si esto es así, ¿a qué instancia se dirige la educación?. Parece evidente que el educador debe tener al yo del niño como objeto de su trabajo educativo. No tendría ningún sentido hablar siquiera de una educación del ello o del superyó; o en términos más generales, de una educación del Inconsciente. El Inconsciente no es educable.

Pero aunque se trate de la educación "al nivel del yo", el educador no debe desconocer que el yo no es garantía de conciencia, ni de rectitud, porque no es ajeno a la manipulación pulsional del ello, ni a la dudosa legalidad del superyo.

El educador no puede dirigirse sino a la conciencia del sujeto, a su yo consciente, pero sin olvidar que en éste se dan otros procesos de los que sólo podemos tener una noticia indirecta. Procesos que, no obstante, condicionan de forma eficaz, tanto para bien como para mal, su funcionamiento consciente.

¿Qué queremos decir, desde un planteamiento psicoanalítico, cuando afirmamos que la relación pedagógica no puede sino establecerse al nivel del yo; o que el educador ha de dirigirse al yo del alumno?:

Que aunque la relación educador-educando se establezca a todos los niveles psíquicos, y estén involucrados en ella todas las instancias y sistemas de uno y otro, sólo es al nivel del yo como puede en cierto modo, diseñarse, evaluarse y corregirse esa relación. Y por tanto ese es el ámbito tradicional de la pedagogía.

¿Cuál es el ámbito en el cual la relación interpersonal se establece "al nivel del yo": el Imaginario. (Remitimos a lo expuesto, a propósito de los tres registros -R,S,I- en el capítulo dos).

Queremos resaltar dos aspectos del funcionamiento psíquico en el registro imaginario que condicionan de forma importante la naturaleza y función, paradójicas, del vínculo pedagógico: la alienación del yo y la alienación del deseo.

Mostraremos también por qué calificamos de paradójico el vínculo educativo.

### 11.1.1.- La alienación del yo en la educación

En aquella breve exposición mostrábamos el registro imaginario como aquel en que se da la constitución del yo por identificación con la imagen del otro. En un vínculo narcisista -de amor y odio simultáneos a la imagen que define especularmente al propio yo-, que necesita de la existencia de esos dos lugares porque se sustentan el uno al otro: "la imagen necesita de mí para ser, yo necesito de la imagen para existir" (1).

El yo del alumno se organiza en torno a una imagen que viene del otro: el yo-ideal que explícita o implícitamente le propone su educador (persona, institución, sistema, etc). Un yo-ideal por tanto que ni siquiera es "deducido" del propio yo, sino que viene propuesto por otro -como vimos pasaba en la "fase del espejo"-: es el yo-ideal del educador.

Incluso, en los regímenes educativos más liberales, la demanda puede ser de que el niño se independice, precisamente, de la demanda del educador.

En otros muchos casos, ese yo se puede organizar "a la contra", tomando ese ideal como modelo "en negativo", aspirando así a ser "justo lo contrario": la alienación y la dependencia no son por ello menores.

"El proceso educativo descansa fundamentalmente sobre esta relación imaginaria, ella misma profundamente narcisista y alienante"(...) "El educador debería renunciar a aquello que constituye el fundamento, la clave de su poder sobre el educado" (Milot 1982,204)

#### 11.1.2.- La alienación del deseo en la educación

Pero no es sólo el yo el que se constituye alienado en el otro, también el deseo está doblemente alienado:

- en el deseo del Otro
- en la imposibilidad de identificación del deseo sino en la demanda.

Comentaremos esquemáticamente esta segunda alienación del deseo que ahora nos interesa:

El deseo, ya lo hemos dicho con anterioridad, surge por efectos de la función simbólica. Hay algo que no cabe, que no encuentra su lugar en el orden simbólico: el objeto, -lo real del objeto-.

Y ese objeto, que no puede ser simbolizado, que está ya perdido para siempre, es la causa del deseo.

Deseo que por tanto nace "mudo", por cuanto ¿qué puede decir un deseo que lo es de algo que no figura en el orden simbólico, de algo que "no se puede decir"? Si el deseo no sabe del objeto, el sujeto no sabe de su deseo.

Desde otro vértice creemos llegar a lo mismo: por ser el humano un ser de lenguaje, ha de expresar sus necesidades a través de la palabra. Las formula en demandas. Pero entre la necesidad natural y la expresión de la demanda en palabras hay un descolocamiento, algo no coincide, porque el lenguaje no lo sabe todo sobre la necesidad (por ejemplo no sabe acerca del objeto que la satisface), y la necesidad no satura todo lo que la demanda formula: en la expresión verbal de la necesidad, siempre hay algo que no se acierta a decir y siempre se pide implícitamente algo más, algo otro, que aquello que se dice.

Este desajuste es lo que llamamos deseo. Un resto irreductible que queda por poderse decir cada vez que se pide algo, y que, por tanto, también queda por satisfacer. Deseo que no tiene por correspondiente a la satisfacción, sino justamente a la insatisfacción. El deseo es el significante y salvaguarda de la insatisfacción (2).

Pues bien, el deseo sólo puede aspirar a decirse a través de la articulación significativa que es la demanda; por tanto se aliena en esa formulación que lo deforma, que lo traiciona.

Y el niño, que no sabe acerca de su deseo, se dirige al Otro (la madre, los padres, los educadores) preguntándoles acerca de él, demandándoles una contestación acerca de su deseo. Sería algo así: "No sé que quiero. Dime qué es. Dime qué hago. Dime qué quieres que haga".

Convierte la ignorancia sobre su deseo en un saber acerca de la demanda del Otro.

"Para el niño, así como para todo sujeto, la pregunta por su deseo se formula de entrada como interrogación sobre el deseo del Otro, de quien busca obtener una respuesta; tal respuesta no puede ser sino falaz, en la medida en que, en el lugar de una respuesta estructuralmente informable sobre el deseo, sólo, puede obtener, por parte del Otro, una demanda" (Millet 1982,201. Negrita nuestra)

El niño se pregunta constantemente acerca de qué esperará el educador (persona, institución, sistema) de él, en la confianza de que si se adecúa a esa expectativa, obtendrá con ello su amor.



"...intenta conformarse a la demanda del Otro, presentar de sí la imagen narcisista que le permitiría asegurarse el amor del otro, constituirse como Yo-ideal frente al Ideal-del-Yo encarnado por el educador, imagen ideal que lo aliena y lo lleva a sacrificar su deseo..."

Trataremos de mostrar ahora lo que consideramos paradójico de la educación aunque ya ha quedado implícito en lo anterior.

Es evidente que toda pretensión educativa se apoya en la posibilidad de despertar en el educando los dinamismos imaginarios que hemos descrito: la identificación con un yo-ideal propuesto desde afuera e identificado con frecuencia en la persona del educador o en sus demandas. Por otra parte, hemos dicho que el niño trata de llenar el lugar vacío que es su deseo con las demandas que recibe del otro, el educador en este caso.

Seguramente no puede ser de otra manera.

Pero, a la vez, no podemos dejar de mencionar la alienación que supone este funcionamiento. El vínculo, en lo que de imaginario tiene, se basa en algo engañoso, en un malentendido, en un espejismo (3)

Y aquí está la contradicción y la paradoja:

"...para que el deseo del niño no sea alienado por el de los padres o educadores, sería preciso que éstos no se vieran animados por ningún deseo particular con respecto al niño. Pues bien, aunque ello fuera posible, imposibilitaría toda estructuración psíquica de éste, toda formación del Ideal-del-yo, y le vedaría todo acceso al deseo mismo, ya que es a partir del deseo del Otro que el suyo se constituye: no hay más deseo que el deseo alienado" (Milot 1982,202).

Entonces, ¿cómo puede atenuarse el efecto alienante de esta paradoja?. Milot propone:

" Para ello sería menester que él mismo (el educador)se hubiese desprendido de los espejismos de lo imaginario. En efecto, no basta con abstenerse de formular demandas respecto al niño para que éste no sienta el peso de las que están implícitas"(Milot 1982,202).

Sugiere por tanto la necesidad, en el educador, de:

"reducir en su funcionamiento psíquico la importancia de ese imaginario donde el deseo se aliena con tanta facilidad, a fin de que el paciente, o el niño, pueda a su vez desprenderse de él" (Milot 1982,202).

Ahora bien, ¿qué puede significar "desprenderse" del imaginario?.

Es absolutamente impensable. Ya hemos dicho anteriormente que los tres registros (R,S,I) son inseparables. Lacan utiliza, para referirse a ellos, la figura topológica de los nudos borromeos. Se trata de nudos formados por el entrelazamiento de tres o más anillos, de tal manera, que presentan una particularidad: si uno de los tres (o más anillos) se separa, automáticamente quedan liberados -y deshecho por tanto el nudo- todos los demás.

Real, Simbólico e Imaginario forman así una estructura que es mantenida por lo que Lacan denominó Nombre del Padre (o Padre simbólico).

La función imaginaria es imprescindible para el normal funcionamiento psíquico. Trata por una parte de tapar el insoportable "agujero" -de lo real- que produce la función simbólica. Y por otra, de representar esto que la simbolización dejó fuera.

Obturar la falta y representar lo faltante.

Además, sólo tenemos acceso "al mundo", a la realidad interna y externa, en ese punto de encuentro de los ejes imaginario y simbólico:

/ A (Otro)  
/  
/  
a' (yo) -----/----- a (otro)  
/  
/  
/ S (sujeto)

No se trata entonces de renunciar a lo imaginario -si se pudiera no hablaríamos de una contradicción estructural-, pero sí de conocer que la acción educativa está inmersa en esa contradicción de que lo necesario de la educación es a la vez lo nocivo de ella, y tratar de reducir esos efectos, sin renunciar a la paradoja.

Frente a un dato estructural así, sólo queda proponer una ética de la función educativa, lo que hace Millot en los siguientes términos:

"..de la experiencia psicoanalítica puede deducirse una ética en la que la pedagogía podría inspirarse; ética basada en la desmitificación de la función del ideal, como fundamentalmente engañoso y opuesto a una lúcida aprehensión de la realidad.

"Amor" a la verdad que implica el valor de aprehender la realidad, tanto psíquica como exterior, en lo que puede tener de lesiva para el narcisismo.."(4)

## 11.2.- El eje imaginario y el eje simbólico en la lectura de los textos literarios

Si, como venimos diciendo, el trabajo pedagógico debe dirigirse al yo del sujeto, pero entendiendo que la acción pedagógica va a "jugarse" también en otros ámbitos y registros psíquicos, eso nos da pie para proponer dos formas distintas pero simultáneas, en que se produce el acercamiento del sujeto al texto.

En otro lugar (Gutiérrez Sánchez, 1989) hemos desarrollado esta idea con cierta extensión.

Allí propusimos dos ejes en los que se produce la lectura: el eje del registro imaginario y el eje del registro simbólico.

Formulado de otra manera. La lectura:

a) en tanto se establece la preponderancia del significado, de lo imaginario (5);

b) en tanto se marca la preponderancia del significante, de lo simbólico.

11.2.1.- Identificaremos al primer aspecto, que llamaremos "la lectura de sentidos", mediante la enunciación de una serie de afirmaciones que están en su base y la justifican:

"Cada palabra tiene su significación" (La dificultad para encontrar esa significación no pone en duda su existencia).

"A cada significante le corresponde un significado"

"La verdad consiste en la elección correcta de una representación que represente adecuadamente a la realidad"

"El conocimiento del repertorio de significantes y de sus significados correspondientes es un instrumento valioso para el dominio de la realidad por parte del sujeto".

Este es el ámbito de la significación. Donde se pretende que la representación es puro instrumento: Representación de algo para alguien. Esto implica un código. Y todo código, una ideología.

Ámbito de lo imaginario, del narcisismo: de la imitación, de la identificación, de los valores.

La "finalidad didáctica", basada en estos presupuestos, con frecuencia se propone (6):

- la identificación del niño-receptor con determinados personajes del cuento (generalmente los protagonistas).
- el rechazo de otros. Y la complicidad del niño-receptor con el daño o castigo infligido a los mismos.
- el culto a determinados valores: bondad, sagacidad, valentía, honradez, etc.
- el sentido inequívoco de la moraleja (ideológica). Aunque, a veces, la moraleja del cuento pueda consistir en la inversión, o incluso la burla de las moralejas clásicas.
- la aprehensión correcta (?) del significado (7)

11.2.2.- Pasemos ahora a examinar la lectura desde otro eje que no enfoca al yo, como protagonista del proceso, sino que centra su atención fundamentalmente en la función y operación del significante: lectura basada en la "primacía del significante".

Encuentra su fundamento en proposiciones del tipo:

"La representación se inscribe en el sujeto sin que éste se la represente. La representación es sin destinatario"

Pongamos el ejemplo de los sueños: son representaciones que funcionan en mí (se inscriben en mí, en mi proceso mental durante el dormir) sin que yo las represente, sin que yo me sienta agente de esa representación.

Por otra parte, ¿a quién van dirigidas?.

Es decir que, si desde la óptica del yo, nos preguntáramos: ¿quién produce la representación?, ¿para quién se construye tal representación?, no encontraríamos respuesta alguna (salvo, naturalmente, la de considerar los sueños exclusivamente como un producto de deshecho del organismo psíquico durante el dormir).

Lo mismo podríamos decir del síntoma, si aceptamos el carácter representacional, significativa, que puede tener.

Desde el ángulo de la "lectura de sentidos" -o lo que es lo mismo: desde el ángulo del registro imaginario-, en la lectura hay un yo, el del autor, que representa algo, mediante un texto, para un lector. Por indeterminado que éste último pueda ser: "si en toda comunicación hay un receptor, en toda escritura o narración habría un lector o un oyente, real o imaginario".

En esta perspectiva todos los textos han de ser atribuidos a un autor, puesto que siempre un yo habría de hacerse agente responsable de la operación.

El autor, movido por diferentes propósitos, pretendería divertir, asustar, enseñar, prohibir, entretener, etc; y utilizará para ello los medios más convenientes de que crea disponer.



A este respecto volvemos a remitir -ya lo hicimos en el capítulo 1- al magnífico comentario introductorio de Agustín García Calvo a su recopilación: *Ramo de romances y baladas* (García Calvo 1991), en donde analiza esta cuestión de la autoría realmente anónima de la poesía popular (lo mismo habría que decir para la narrativa popular) que, por tanto, carece también de propósito y de destinatario concreto ("la lengua y gramática corriente y popular ... que no es de nadie y que es, por ello mismo, para cualquiera")

Si en el terreno de lo imaginario decíamos que "la representación representa algo para alguien", o mejor, que "un yo representa algo para otro yo" (esquema elemental de la comunicación), desde esta perspectiva del significante hay que decir:

"El significante es lo que representa el sujeto para otro significante" (Lacan 1970)(8)

Si comparamos, superponiéndolas, las dos proposiciones:

"Un yo representa algo para otro yo"

"El significante representa el sujeto para otro significante"

tenemos:

- la caída del yo como agente de la operación.
- el agente es la propia cadena significativa
- no se representa nada de la realidad, nada del orden del significado
- la operación no va dirigida a nadie. Sólo puede entenderse en la estructura simbólica, en la cadena significativa. Podríamos decir: " a cada significativo corresponde...otro significativo"
- finalmente, lo que surge como producto de la operación es la representación del sujeto. O también podríamos decir: el sujeto como representación.

(Hay que aclarar que no nos referimos ahora al sujeto de la comunicación, al sujeto de la conciencia: ése que naufraga en el sueño o en el lapsus; sino al sujeto que emerge precisamente allí: el sujeto del trabajo del sueño, del lapsus. El sujeto del inconsciente)

Estamos en el registro de lo simbólico.

Es desde este registro que podemos entender mejor la acción de leer. El sujeto-lector no es el protagonista de la lectura. Queda marcado como una encrucijada en la conexión entre significantes. Es un puente entre significantes.

Así cobra sentido la experiencia que los poetas nos transmiten: el lector queda atraído, transformado, manipulado:

"Un libro es un engranaje. Guardaos de esas líneas negras sobre el papel blanco: son fuerzas que se combinan, se componen, se descomponen, penetran la una en la otra, se apoyan unas a otras, se dividen, se anudan, se acoplan, trabajan. Esta línea muerde, esta línea aprieta y presiona, esta línea arrastra, esta línea subyuga. Las ideas son un mecanismo. Os sentís atraídos por el libro. Sólo os dejará despues de haber dado cierta forma a vuestro espíritu. A veces los lectores salen del libro completamente transformados"

(En William Shakespeare, de Victor Hugo. Citado por Georges Jean, 1982).

Pedro Salinas lo expresa magistralmente: "el lector es un actor".

Comparación sugestiva en más de un sentido: de una parte, sugiere la función recreadora del lector y por tanto las proyecciones que hace sobre el texto, sobre lo leído. Esto está íntimamente vinculado con lo dicho hasta ahora para el registro de lo imaginario.

De otra parte nos hace pensar que el lector debe sufrir la necesaria escisión que el actor soporta: quedar anulado como persona para dar vida a un determinado personaje. Así, en el genuíno acto lector el sujeto queda

velado aunque el yo (como el personaje del libreto teatral) quede realizado a través de las identificaciones imaginarias. El sujeto queda velado. Representado por una representación, por un significante para otros significantes.

Pedro Salinas dice mucho más, refiriéndose a la actitud del lector: "...es cuando nos olvidamos de nosotros..", "...seducidos por su belleza..". Habla de "entrega", de "embriaguez" y finalmente la compara nada menos que con la actitud que presenta el que sufre de "amor puro" (Salinas 1983), que es el más esclavizante de los amores. El buen lector es por tanto un "olvidado de sí", un "raptado".

Roberto Juarroz, poeta latinoamericano, dice en "Reflexiones sobre el escrito", citando a Antonio Porchia: "Sólo digo lo que digo cuando me ha vencido lo que digo" (Juarroz 1988).

Los libros, los significantes, nos cogen y nos dejan cuando quieren. Nos vencen, nos seducen, nos transforman...

¿Qué quiere decir esto? ¿Podemos aplicar a estas formulaciones poéticas el aparato teórico del psicoanálisis?. Creemos que sí. Y es importante hacerlo para evitar toda trivialización y recuperar la auténtica dimensión de lo que el poeta afirma tal vez, sin saberlo.



Un comentario a esa fórmula, combinación de cuatro signos, transcripción de la frase de Lacan:

Vemos cómo el sujeto queda tachado y por debajo de la barra. "Olvidado" que decía Salinas. "Dividido", "barrado", podíamos decir nosotros. El sujeto de la palabra queda dividido por la palabra misma.

Y también la significación queda por debajo de la barra.

Lo que queda manifiesto es que los significantes del texto leído enlazan con los significantes del sujeto y es precisamente esta conexión  $S_1 \rightarrow S_2$  lo que representa y da lugar al sujeto de la palabra, al sujeto lector en este caso.

Y lo que dará lugar a no se sabe qué significación para ese sujeto. Significación que quedará también bajo la barra, es decir, no conocida.

Lo expresaremos así:

**"El sujeto lee sin saber lo que lee"**

Lo que se desprende de la lectura es mucho más, y otra cosa, que lo que él cree desprender. La significación se desprende, no vale el intento de arrancarla. La significación se produce sin que el sujeto pueda controlar esa producción. Y se produce "olvidada".

Ahora bien, si desde el punto de vista de lo simbólico, el sujeto y la significación misma quedan barrados, "olvidados", ¿el hablar y el leer son un hablar por hablar y un leer por leer?, ¿no van a ninguna parte?, ¿no se dirigen a nadie ni a nada?

Más arriba decíamos que la representación que se inscribe en el sujeto no tiene destinatario. Vamos ahora a matizar esto.

Juarroz, analizando el par expresión-comunicación, dice:

"Claro que todo texto es expresión, pero todo texto es comunicación porque tiende a terminarse en otro, a completarse en otro....toda palabra y todo texto buscan a alguien....desembocan en una atención, en una espera"

Sugiere dos vías bien diferentes:

Todo texto busca un otro, un semejante: un público, un admirador, un imitador. Y este encuentro se produce en lo que hemos llamado lectura de sentidos, en el ámbito de lo imaginario. Pero también el texto, en cuanto cadena de significantes que es, busca un Otro, un Otro simbólico, esos significantes ( $S_1$ ) que el lector porta sin saberlo, pero que van a conectar con el texto.

Dos ejemplos de experiencias muy comunes:

a) Experimentamos un gran placer cuando encontramos escrito claramente en un libro aquello que pensábamos sin conseguir articular o dar una formulación adecuada.

O, en la misma dirección aunque en sentido opuesto, un gran sufrimiento: cuando nos habíamos esforzado por elaborar una idea que luego resulta estar ya publicada por otros, por ejemplo.

Ambos sentimientos -"el otro como mi portavoz", "el otro como mi usurpador"-, no son sino el mismo: un sentimiento de especularidad -grato o intolerable o, mejor, grato e intolerable- que pertenece al ámbito del narcisismo, de lo imaginario.

b) Muchas personas dicen olvidar casi sistemáticamente lo que leen. Saben que han leído determinado libro, pero no recuerdan absolutamente nada de su contenido. Hay incluso quien olvida que leyó determinado título y al disponerse a leerlo se lo encuentra trabajosamente subrayado y con comentarios al margen que él mismo hizo tiempo atrás.

Afirmaríamos sin dudar que la lectura de tal libro ha producido sus efectos aunque estos se le escapen al yo.

A veces, es pasado mucho tiempo que recordamos algo que leímos aunque no sepamos dónde, ni escrito por quién.



Pero dejó huella. Podríamos decir que los  $S_4$  del texto se asociaron felizmente con los  $S_2$  del sujeto sin que éste pueda dar cuenta de ello ( $\$$ ). Y que de tal conexión se han producido unas significaciones (s) en no se sabe qué momento.

Esta significación que así se desprende, por la conexión entre significantes, sin la intervención del yo, es lo que el psicoanálisis entiende por verdad.

Y es esta verdad y no aquella que al principio definíamos ("la elección correcta de una representación que represente adecuadamente a la realidad") la que el método psicoanalítico busca incansablemente, la verdad del sujeto, no la verdad del yo. El yo se siente poseedor de múltiples verdades. Muestra seguridades donde no las tiene, se apropia de verdades que son de todos y por tanto hay que compartirlas y relativizarlas.

El sujeto ( $\$$ ) por el contrario, no posee la verdad, es su portador. Portador de verdades que no conoce. Recuerda a esos personajes de los cuentos a quienes se les ha encargado que entreguen una carta, cuyo contenido no conocen, a un determinado poderoso. En su interior, entre otras cosas, va escrito su destino: se casará con la hija del poderoso o será decapitado por el receptor del mensaje.

Somos los portadores de la Verdad, no sus administradores.

Naturalmente, no es éste el único concepto de "verdad". Pero es tan importante por lo que a la salud psíquica se refiere, que no dudamos en priorizarlo sobre cualquier otro, a la hora de la lectura de un texto.

Pues bien, lo que hemos llamado el Otro, es el lugar al que apunta el texto, el lugar en donde debe producirse la conexión  $S_1 - S_2$ , donde debe producirse la verdad.

El Otro es el lugar en donde se producen los significantes del sujeto, lugar heterogéneo, que tiene forma de texto y que podríamos denominar también como lo inconsciente.

Lo inconsciente, que se suele confundir con un almacén, con un lugar inefable, es un discurso: un texto que el sujeto dice, sin saber que lo dice (9)

"El inconsciente es una cadena de representaciones que "trabajan" al sujeto sin que éste lo sepa".

Es decir, que la lectura, desde la perspectiva simbólica, sí produce efectos y va dirigida a alguien: se encamina al Otro como lugar de la verdad:

"..el problema de la verdad sólo puede ser planteado y sólo es atinente al significante y por lo tanto al Otro como lugar. Si hablar es llamar al otro para situar la verdad de lo que se dice, entonces hablar es hacer resurgir la verdad cada vez que se habla. La verdad entonces no tiene características de permanencia, por así decirlo, sino que no es más que fugacidad" (D'Angelo 1991,40).

Pues bien, el buen texto, el buen cuento, podríamos decir que es aquel que consiguió alcanzar esas representaciones (S<sub>2</sub>) inconscientes del sujeto y generar por ello una verdad, ignorada para el sujeto de la conciencia.

Un texto, un buen texto, tiene algunas características que permiten compararlo a una buena interpretación psicoanalítica: es un dicho que se dirige al Otro, al inconsciente, y lo alcanza. Es difícil saber de antemano si un texto determinado tendrá esa suerte. Como también es difícil pronosticar el efecto que tendrá una interpretación. A veces producen ese efecto mucho tiempo despues. A veces nunca.

Hay no obstante buenos analistas y buenos libros. ¿Qué les hace buenos para un determinado paciente o para un determinado lector?

Deben reunir algunas condiciones de suyo: tener calidad literaria, interés para el lector, etc. Y en el caso del analista poseer una formación adecuada, experiencia, etc. Pero además de ello no olvidemos un dato básico que hace buenos al libro y al analista: la transferencia del lector o del paciente.

Un ejemplo: Bastian, el muchacho protagonista de La Historia Interminable de Michel Ende. Olvidado de sí, apartado del mundo ("la soledad del lector" en que insiste Salinas), reviviendo sus conflictos sin darse cuenta, en la ficción del libro, "tachado" por el protagonista, transfiriendo a ese espacio simbólico e imaginario del relato todo su saber y su ser, sin saberlo...

Es un ejemplo del funcionamiento de la transferencia y sus registros. El niño:

a) se abandona a ese entrecruzamiento de relatos que es la lectura; tiene curiosidad: hay un saber que espera que se vaya produciendo conforme avanza la lectura, en la que cada vez está más inmerso... Hay una transferencia de saber al texto en tanto tal. Hay una entrega a la lectura: algo que se da en los buenos lectores.

Relacionamos esto con el registro simbólico de la transferencia. Una suposición de saber transferida al texto (véase capítulo 2, epígrafe correspondiente a la Transferencia)

b) el niño transfiere, mediante identificaciones proyectivas e introyectivas, no sólo el saber de su inconsciente, sino aspectos de su ser: imaginariamente se reconoce en determinados personajes; repudia aspectos de sí que ha transferido a otros.

Desplaza a la historia del cuento aspectos importantes de la suya y, en sentido contrario: lo vivido en la lectura del relato se transfiere a sus vivencias, a sus vínculos con el mundo de la realidad... Esta es la perspectiva imaginaria de la transferencia, indispensables ambas para el desarrollo del análisis.

Una transferencia así no siempre se logra en el análisis. Tampoco se logra fácilmente la experiencia lectora. Hay lectores y "leedores", decía Salinas.

### 11.3.- Propuestas:

En una primera mirada, creemos ver que hay una cierta oposición entre la tendencia a la proliferación, al exceso de lo imaginario, y la sobriedad del significante. Lo imaginario trata de ver donde no hay, de rellenar cualquier agujero que suscite una pregunta inquietante para el sujeto (el delirio psicótico, las teorías sexuales infantiles, son ejemplos de ello).

El significante, escueto, desligado de toda significación, mudo en sí mismo, nos parece el reverso de lo imaginario.

Ahora bien, si seguimos mirando, la impresión cambia en el sentido justamente contrario: la construcción imaginaria camina a un cierto empobrecimiento. Está construída sobre la ficción de la presencia del significado, no quiere saber de ausencia y, por ello, es poco creadora. Los delirios psicóticos se producen con un repertorio muy limitado.

Por el contrario, el significante es escueto, mudo en sí mismo, pero en cuanto está incluido en una cadena significativa inacabable (aunque no completa, ya lo hemos visto), su capacidad productiva es enorme. Es la renuncia al conocimiento del significado lo que hace del significante un germen constante de producción del mismo (Amitin y otros 1991).

Sugerimos la conveniencia, en el trabajo escolar con textos de cuentos populares, de:

- vaciar al máximo de significación estos relatos.
- mantener los enigmas como tales.
- insistir en la posibilidad de disfrutar (de eso se trata) con el relato mismo, con el juego de los significantes.
- que "el sujeto de la comprensión del significado" de paso a ese otro sujeto que "se deja decir" por el relato, que es en cierto modo producto de la lectura y no al revés.

Y observando este tipo de precauciones educativas, u otras del mismo orden, ¿podríamos evitar la formación de síntomas neuróticos y la enfermedad mental en general?.

Evidentemente, no.

Pero el favorecimiento de la simbolización, de la capacidad para "escuchar" y "decir" metafóricamente, para representar la realidad con palabras, con lo que las palabras tienen de defensa y de búsqueda, de incertidumbre, es muy importante para la elaboración de los conflictos necesarios, aquellos que no pueden ser eludidos en forma alguna.

No podremos evitar el conflicto, el sufrimiento, pero tal vez posibilitaremos el uso de defensas menos nocivas y una elaboración menos sintomática.

-----  
NOTAS AL CAPITULO 11  
-----

(1).- En el sentido en que, por ejemplo, determinadas tribus condenan a muerte a uno de sus miembros: le ignoran, dejan de verle y de hablarle, erradican su nombre de sus conversaciones, funcionan a todos los efectos como si no existiera. El sujeto se mantiene en el ser pero deja de existir para los otros; deja de tener una presencia, una imagen, un rol.

En una línea similar, son muy interesantes determinados temas clásicos en la literatura: "el hombre que perdió su sombra", "el vampiro que no se refleja en el espejo", etc. Son expresión de seres sin, o con otra, existencia.

(2).- "..el deseo de saber es todo lo contrario de la sabiduría. Es el debate apasionado con la ignorancia. Mientras uno desea saber, su sitio es de quien ignora(...) No se escribe un poema para decir lo que se sabe, sino para liberarse del saber ficticio que agobia. (Kovadloff 1991)

(3).- "Freud compara al Yo consciente con el payaso de circo que finge ser la causa de todos los incidentes que le suceden (estos misterios nos superan, decía Cocteau, simulemos ser sus autores). El Yo aspira al dominio, y, cuando éste se le escabulle (por obra del Inconsciente, que es el verdadero amo), aún intenta fingir haberlo conservado. Seguir siendo dueño de la situación, a cualquier precio, salvar el prestigio: así podría resumirse el objetivo "yoico" por excelencia. En esto las doctrinas pedagógicas son decididamente yoicas, pues ante todo apuntan al dominio del niño y de su desarrollo, e implican por esencia el desconocimiento de la imposibilidad estructural de tal dominio" (Millot 1982,198)

(4).- Debemos hacer a esa frase de Millot, aunque sea machaconamente, una pequeña pero importante corrección que sin duda estaba en el espíritu de la autora.... (Nos da la impresión de que insensiblemente se desliza hacia planteamientos verbales que diluirían la paradoja que, por otra parte, ella está situando nitidamente):

De la misma manera que ha afirmado: "no hay más deseo que el deseo alienado"; ahora tendría que matizar: no hay ninguna aprehensión lúcida de la realidad; ya que no se puede prescindir sino relativamente de lo enganoso de lo imaginario.



(5).- No nos referimos a la importancia del significado como vacío, como hueco, como imposible. Con esa fórmula estaríamos de acuerdo. Es la que propone Mannoni en su artículo La elipse y la barra (Mannoni 1979). Más bien se trata ahora a la idea de un significado en "presencia": aquello que supuestamente se iría buscando al leer.

(6) Expresión de esta finalidad didáctica es la costumbre que hoy están imponiendo ciertas editoriales de literatura infantil, de incluir al final de cada cuento una "guía de lectura".

Es un tema polémico entre los expertos en literatura infantil. Sólo quereos decir aquí que tales guías de lectura se confeccionan fundamentalmente desde esta óptica didáctica basada sobre todo en la "lectura de sentido".

Algo muy diferente al trabajo efectuado con los textos por Gianni Rodari, quien por el contrario parece conceder a éstos únicamente un valor significante lo que posibilita el juego, la imaginación, la creación en torno a los textos. Aunque lo haga siempre dirigiéndose al yo del niño. (Rodari 1979)

(7).-Un ejemplo extraído de la práctica cotidiana de la actividad pedagógica: determinadas formas de evaluación.

Nos referimos a todas aquellas formas de examen en las que se diseñan las preguntas, no para averiguar algo acerca de lo que piensa el sujeto o cómo lo piensa, sino que se diseñan para averiguar el grado de adecuación de su pensamiento al del profesor. En cualquier nivel de enseñanza.

Así por ejemplo las hoy frecuentísimas pruebas objetivas y su utilización indiscriminada, más allá de las situaciones en que creemos que tendrían su sentido: cuando se trata de evaluar exclusivamente el grado de información del sujeto sobre un tema previamente desarrollado y delimitado.

De no ser así, las cualidades indudables de la prueba objetiva (precisión, economía, etc.) no atemperan su defecto primordial: no fomentan el proceso personal de pensamiento, enseñan a adecuarse al pensar del profesor. Y es que es claro: la mejor manera de alcanzar la objetividad consiste en prescindir del sujeto.

Y si queremos seguir por este camino abierto habría que establecer una matización importante: este sujeto del que prescinde la prueba objetiva también es del orden del yo. La subjetividad, como la objetividad, son del orden imaginario. Una se sustenta y define en la otra. Es muy distinto el sujeto del que habla la teoría psicoanalítica

lacaniana, que se produce en otro eje -el simbólico-, distinto al eje imaginario en que surge el yo, o el sujeto de la comunicación.

Lacan plantea la cuestión del sujeto en Escritos I (Lacan 1980) y la posición del sujeto en los diferentes discursos en el Seminario 17: El Reverso del Psicoanálisis (Lacan 1992).

No obstante, por acabar con esta digresión, la prueba objetiva, empleada fuera de su campo adecuado, es una exageración de lo imaginario, algo que sobredimensiona la tendencia normal de lo imaginario a la alienación y el desconocimiento.

(8).- Aunque siempre hemos admirado la lúcidas formulaciones de Néstor A. Braunstein, no podemos acoger sin reservas el comentario que, acerca de esta afirmación lacaniana, hace en Lingüistería (Lacan, entre el lenguaje y la lingüística) (Braunstein 1986)

(9).- Freud lo puso claramente de manifiesto en uno de sus trabajos, lleno de intuiciones geniales y de esfuerzo terapéutico, uno de sus más conocidos historiales clínicos: "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" (el Hombre de las Ratas) (Freud 1909d)

Este paciente de Freud mostraba, en su patología obsesiva, cómo se sentía obligado a decir jaculatorias cuyo significado desconocía, a obedecer órdenes que se le imponían sin que pudiera entender el sentido de las mismas, a realizar enojosas y complicadas acciones cuya ejecución a él mismo le parecían absurdas o, al menos, extrañas. Y finalmente toda su conducta se organizaba de manera que pudiera dar una cierta coherencia a este sinnúmero de sinsentidos.

Con toda la distancia que pueda establecer la patología ya estructurada como tal, no debemos olvidar que también el sujeto llamado normal padece una servidumbre de la misma naturaleza. También él "dice" cosas y responde a unos dichos cuyos sentidos se le escapan. También él está zarandeado por la palabra, por los significantes.

-----  
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS DEL CAPITULO 11  
-----

- AMITIN, D. y otros (1991): La creación del arte.  
Incidencias freudianas. Nueva Visión. B.Aires
- BRAUNSTEIN, Néstor A. (1986): Lingüistería (Lacan, entre el Lenguaje y la Lingüística) en:
- BRAUNSTEIN, Néstor A. (1986): El lenguaje y el inconsciente freudiano. Siglo XXI. México.
- D'ANGELO y otros (1991): Una introducción a Lacan. Lugar B.Aires.
- FREUD, S. (1909d): A propósito de un caso de neurosis obsesiva. AE X, p.119
- GARCIA CALVO, Agustín (1991): Ramo de romances y baladas Lucina. Madrid.
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1989): Consideraciones psicoanalíticas acerca de la lectura Clínica y Análisis Grupal Vol.11(2), no.51, pp.306-318. Madrid.
- JEAN, Georges (1982): La lectura, lo real y lo imaginario, en: GFEN (1982): El poder de leer. Gedisa. Buenos Aires.

- JUARROS, Roberto (1988): *Reflexiones sobre el ensayo*. en: Didier-Weill y otros (1988): *El sujeto del arte*. Incidencia freudiana. Nueva Visión, B. Aires.
- LACAN, Jacques (1980): *Escritos I. Siglo XXI*. México.
- LACAN, Jacques (1992): *El Seminario: El Reverso del Psicoanálisis. Libro 17, 1969/70*. Valdes. Barcelona.
- HANNONI, Octave (1979): *La otra escena. Claves de lo Imaginario*. Amereceta. B. Aires
- MILLOT, Catherine (1982): *Fraud Antipedagogos*. Valdes. Barcelona.
- RODARI, Gianni (1979): *Gramática de la fantasía*. Ferraz Pellisa. Barcelona.
- SALINAS, Pedro (1981): *Ensayos Completos Taurus*. Madrid. Vol. II, pp. 294-359.

-----  
**BIBLIOGRAFIA GENERAL**  
-----

- ACTAS del IV Coloquio Internacional del Romancero, Junio  
1987 (1989): El Romancero. Tradición y pervivencia  
fines del siglo XX Fundación Machado. Universidad  
de Cádiz.
- AFANASIEV, A.N. (1987): Cuentos populares rusos  
(3 tomos). Anaya, Madrid
- AFANASIEV, A.N. (1991): Cuentos prohibidos rusos.  
Alborada. Madrid
- AGUILAR CRIADO, Encarnación (1990): Cultura popular y  
folklore en Andalucía. (Los orígenes de la  
Antropología). Diputación Provincial de Sevilla.
- ALBANO, S. y otros (1987): Lo Real en Psicoanálisis.  
Incidencias en la Clínica y en la Dirección de la  
Cura. Simposio del Campo Freudiano. Manantial.  
B.Aires
- ALCALA-ZAMORA, José N. (1989): La vida cotidiana en la  
España de Velázquez. Ediciones Temas de Hoy.  
Madrid.
- ALEMAN, J. y LARRIERA, S. (1981): Notas de la serie en  
Serie Psicoanalítica I pp.15-74. Ediciones CTP.  
Madrid
- ALEMAN, Jorge (1983): Discurso científico y discurso  
psicoanalítico Serie Psicoanalítica 2/3, pp.  
37-80. Madrid.

- ALEMAN, Jorge (1985): *Lacan: El campo del goce*. CTF.  
Madrid
- ALEMAN, Jorge (1985): *La cuestión del fantasma* En: *Notas de la serie. "Serie Psicoanalítica*. Madrid.
- AMITIN, D. y otros (1991): *La creación del arte*.  
Incidencias freudianas. Nueva Visión. B.Aires
- ANDERSON IMBERT, E. (1977): *Los primeros cuentos del mundo*  
Marymar. B.Aires.
- ANDRES GUTIERREZ, Mariano de (1982): La función en el  
cuento popular maravilloso: "La hija del diablo"  
Revista de dialectología y tradiciones populares  
Vol. XXXVII, pp. 93-128.
- ANONIMO (1984): *El caballero de la espada. La doncella de*  
*la mula*. Siruela. Madrid.
- ANONIMO (1985): *Cuentos populares Azerbaidjanos*. Anaya.  
Madrid
- ANSERMET, GROS RICHARD y MELA (1990): *La psicosis en el*  
*texto*. Manantial. B.Aires
- ANUARIO IBERICO DE PSICOANALISIS I (1989): *Sobre la*  
*realidad en Psicoanálisis*. Primer Congreso Ibérico  
de Psicoan. APM. Madrid
- ANZIEU, D. (1971): Le corps et le code dans les contes de  
Borges Nouvelle Revue de Psychanalyse 3,  
pp.177-210. Paris.
- ANZIEU, D. (1978-79): *El autoanálisis de Freud. El*  
*descubrimiento del psicoanálisis 2t. Siglo XXI*.  
Madrid.

- APARICIO, S. y otros (1991): *La sexualidad en los desfiladeros del significante*. Manantial. B.Aires
- ARIES, Phillippe (1987): *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus. Madrid
- ARIES, Ph. y Duby, G. (dirección) (1989): *Historia de la vida privada*. (6 tomos). Taurus. Madrid
- ARRUABARRENA, Héctor (1986): La ideología del incesto en: Braunstein (1986): *El discurso del Psicoanálisis*. Siglo XXI. México
- ASSOUN, Paul-Laurent (1987): *Introducción a la epistemología freudiana Siglo XXI*. México.
- AULAGNIER SPAIRANI (1983): Observaciones sobre la feminidad y sus avatares, en:
- AULAGNIER-SPAIRANI y otros (1984): *El deseo y la perversión*. Editorial Sudamericana. B.Aires
- AULNOY, Madame de (1991): *El cuarto de las hadas*. Siruela. Madrid.
- BAJTIN, Mijail (1974): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Barral. Barcelona.
- BALINT, Michael (1965): La hermana menor y el Príncipe Azul *Revista de Psicoanálisis*. t.XXII, no.1-2. Asociación Psicoanalítica Argentina. B.Aires
- BALMARY, Marie (1979): *L'homme aux statues. Freud et le faute cachée du Père*. Grasse. Paris.
- BALMARY, Marie (1986): *Le sacrifice interdit*. Grasse. Paris.



- BARANDIARAN IRIZAR, Luis de (1981): Antología de fábulas,  
cuentos y leyendas del País Vasco. Txertoa.  
S. Sebastián
- BARANGER, Willy (1976): Posición y objeto en la obra de  
Melanie Klein. Kargieman. B. Aires.
- BARANGER y otros (1980): Aportaciones al concepto de  
objeto en psicoanálisis. Amorrortu. B. Aires.
- BARTHES, Roland (1974): El placer del texto. Siglo XXI.  
B. Aires
- BAUDOUIN, Charles (1972): Psicoanálisis del arte.  
Psique. B. Aires
- BELINSKY, Jorge (1991): El retorno del padre. Ficción,  
Mito y Teoría en Psicoanálisis. Lumen. Barcelona.
- BELLEMIN-NOEL, J. (1979): Vers l'inconscient du texte.  
PUF. Paris
- BELLEMIN-NOEL, J. (1983): Gradiva au pied de la lettre.  
PUF. Paris.
- BELLEMIN-NOEL, J. (1983): Les contes et leurs fantasmes.  
PUF. Paris
- BELLEMIN-NOEL, J. (1989): Psychanalyse et Littérature  
Qué sais-je?. PUF. Paris
- BERCHERIE, Paul (1988): Génesis de los conceptos  
freudianos Paidós. B. Aires
- BERGERET, Jean (1990): La violencia fundamental  
El inagotable Edipo. FCE. Madrid
- BETTELHEIM, Bruno (1977): Psicoanálisis de los cuentos  
de hadas. Crítica. Barcelona

- BETTELHEIM, Bruno (introducción)(1980): Los cuentos de las mil y una noches. Crítica. Barcelona.
- BETTELHEIM, Bruno (introd.)(1980): Los cuentos de Perrault. Crítica.Barcelona
- BILINKIS y otros (1990): El amor en el psicoanálisis. Simposio del Campo Freudiano. B.Aires
- BLEICHMAR, Silvia y otros (1990): Lecturas de Freud. Lugar. B.Aires
- BLOCH, Dorothy (1985): "Para que la bruja no me coma" Fantasía y miedo de los niños al infanticidio. Siglo XXI. Madrid
- BOLTE-POLIVKA (1913): Anmerkungen zu den Kinderund Hausmärchen der Brüder Grimm, vol. I, 298. Leipzig
- BORNAY, Erika (1990): Las hijas de Lilith. Cátedra. Madrid
- BORNSTEIN, Steff (1945-46): Interpretación psicoanalítica de la leyenda "La Bella del Bosque Durmiente" Revista de psicoanálisis t.III, no.2 Asociación Psicoanalítica Argentina. B.Aires
- BRAUNSTEIN,n. (1981): A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud. Siglo XXI. México.
- BRAUNSTEIN (coord.)(1983): La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan. Siglo XXI. México
- BRAUNSTEIN,N.y otros (1985): Psicología: ideología y ciencia Siglo XXI. México.
- BRAUNSTEIN,N. (1986): Lingüística (Lacan. entre el lenguaje y la lingüística) en:

- BRAUNSTEIN (coord.) (1986): El lenguaje y el inconsciente freudiano. Siglo XXI. México.
- BRAUNSTEIN (coord.) (1986): El discurso del psicoanálisis Siglo XXI. México
- BRAUNSTEIN, N. (1987): Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan). Siglo XXI. México.
- BRAUNSTEIN, Néstor (1990): Goce. Siglo XXI. México
- BRAVO-VILLASANTE, Carmen (1972): Historia de la Literatura Infantil Española. Doncel. Madrid
- BRAVO-VILLASANTE, Carmen (selección y prólogo) (1990): Cuentos andaluces. Biblioteca de cuentos maravillosos. Olañeta editor. Barcelona
- BRILL (1991): La traversée mythique. Payot. Paris
- BRILL (1991): Lilith Payot. Paris
- BRUIT ZAIDMAN, Louise (1991): Las hijas de Pandora. Mujeres y rituales en las ciudades, en: DUBY y FERROT (1991): Historia de las mujeres. En Occidente. Taurus. Madrid
- CABABIE, R. y otros (1984): Lecturas de Lacan. Lugar. B. Aires.
- CAILLE, Ph. y Rey, Y. (1990): Había una vez.... Nueva Visión. B. Aires
- CALLIGARIS, Contardo (1987): Hipótesis sobre el fantasma en la cura psicoanalítica. Nueva Visión. B. Aires
- CALVINO, Italo (1990): Cuentos populares italianos (2 tomos). Siruela. Madrid
- CALVO BUEZAS (1985); El cuento y los mecanismos de defensa en el niño. Menores n.10 pp.28-33. Madrid.

- CAMARENA LAUDIRICA, Julio (1985): La bella durmiente en la tradición oral Ibérica e Iberoamericana Revista de dialectología y tradiciones populares Vol.XL, pp. 259-278.
- CAMPBELL, Joseph (1972): El héroe de las mil caras. FCE. México
- CANCINA, Pura H.(1990): Escritura y femineidad. Ensayo sobre la obra de Marguerite Duras. Nueva Visión. B.Aires.
- CARCOPINO, Jérôme (1989): La vida cotidiana en Roma. Ediciones. Temas de Hoy. Madrid
- CARO BAROJA, Julio (1974): Algunos mitos españoles. Ediciones del Centro. Madrid
- CARO BAROJA, Julio (1989): De los arquetipos y leyendas. Círculo de Lectores. Barcelona
- CARTER, Angela (1981): La mujer sadiana. Edhasa. Barcelona
- CARVALHO-NETO, Paulo de (1968): Folklore y Psicoanálisis. Mortiz. México
- CERDA, Hugo (1985): Ideología y cuentos de hadas. Akal. Madrid
- CERDA, Hugo (1978): Literatura infantil y clases sociales. Akal. Madrid
- CLANCIER, Anne (1976): Psicoanálisis, Literatura, Crítica. Cátedra. Madrid
- CLAVREUL, Jean (1983): El orden médico Argot. Barcelona
- COLLODI, C. (1972): Las aventuras de Pinocho. Alianza. Madrid

- COOPER, David (1976): La muerte de la familia. Ariel.  
Barcelona
- COSENTINO, J.C. (1987): Las resistencias en la práctica  
freudiana. Manantial. B.Aires
- COUSTE, Alberto (1978): Biografía del Diablo. Círculo de  
Lectores. Barcelona
- COX, M.R. (1893): Cinderella Londres
- CRUZ ROCHE, Rafael (1991): Psicoanálisis. Reflexiones  
epistemológicas. Instituto de España. Espasa-Calpe  
Madrid
- CRUZ-SAEZ, Michèle (1989): El romancero de Aragón  
(Teruell), en: ACTAS IV Coloquio Internacional  
Romancero (1989): El Romancero. Tradición y  
pervivencia a fines del siglo XX. Fundación  
Machado. Universidad de Cádiz
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1971): Pour une psychanalyse de  
l'art et de la créativité. Payot. Paris.
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1977): La sexualidad femenina  
Laia. Barcelona
- CHAUCER, Geoffrey (1988): Cuentos de Canterbury.  
Clásicos Universales Planeta, Barcelona
- D'ANGELO y otros (1991): Una introducción a Lacan Lugar  
B.Aires
- DAUMLING, H. (1912): Studie über den typus des "Mädchens  
ohne Hände" innerhalb des Konstanze-zyklus Munich
- DE LANNOY y FEYEREISEN (1992): L'inceste. P.U.F. Paris
- DERRIDA, Jacques (1977): El concepto de verdad en Lacan.  
Homo Sapiens. B.Aires.

- DEUTSCH, Hélène (1964): *La psychologie des femmes t.I: Enfance et adolescence*. Presses Universitaires de France. Paris
- DEVEREUX, Georges (1975): *Tragédie et poésie grecques* Flammarion. Paris
- DEVEREUX, Georges (1977): *Essais d'ethnopsychiatrie générale* Gallimard. Paris.
- DEVEREUX, Georges (1984): *Baubo. La vulva mítica*. Icaria. Barcelona
- DEVEREUX, Georges (1989): *Mujer y mito*. FCE. México
- DIATKINE, Gilbert (1988): Verdad histórica y verdad estructural Revista de Psicoanálisis de Madrid. No 8, pp.151-161
- DIAZ, J, DIAZ VIANA, L y VAL, J.D. (1978-79): *Romances tradicionales*. Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid. (2 tomos) Institución Cultural Simancas. Valladolid
- DIAZ ROIG, Mercedes (1986): *Estudios y notas sobre el Romancero*. El Colegio de México. México D.F.
- DIAZ ROIG, Mercedes (1991): Los romances con dos núcleos de interés De balada y lírica, 1 Tercer Coloquio Internacional del Romancero. Universidad Autónoma de Madrid, 1982
- DIEZ DEL CORRAL, Luis (1974): *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*. Gredos. Madrid.
- DIBIE, Pascal (1989): *Etnología de la alcoba* Gedisa. Barcelona

- DIEL, Paul (1976): El simbolismo en la mitología griega.  
Labor. Barcelona
- DIEL, Paul (1989): Los símbolos de la Biblia. F.C.E.  
México
- DIO BLEICHMAR, E. (1985): El feminismo espontáneo de la  
histeria. Adotraf. Madrid
- DOLTO, Françoise (1973): Prefacio, en: MANNONI, M.  
(1973): La primera entrevista con el psicoanalista.  
Granica. B. Aires
- DOLTO, Françoise (1974): Psicoanálisis y pediatría.  
Siglo XXI. México
- DOLTO, Françoise (1987): En el juego del deseo. Siglo  
XXI. México.
- DOLTO, Françoise (1987): Sexualidad femenina. Paidós.  
Barcelona
- DOLTO, Françoise (1990): La imagen inconsciente del  
cuerpo. Paidós. Barcelona
- DOR, Joël (1986): Introducción a la lectura de Lacan.  
Gedisa. B.Aires
- DOR, Joël (1988): La scientificité de la psychanalyse.  
Editions Universitaires 1,2. Paris.
- DOR, Joël (1991): El padre y su función en psicoanálisis  
Nueva Visión. B.Aires
- DU BOULAY, J. (1987): Nueras y suegras, espectos del  
ritual matrimonial de los pueblos de Grecia, en:  
PERISTIANY, John G.(1987): Dote y matrimonio en los  
países mediterráneos. Centro de Investigaciones  
Sociológicas. Madrid

- DUBY, Georges (1988): Diálogo sobre la historia.  
Conversaciones con Guy Lardreau. Alianza  
Universidad. Madrid
- DUBY, Georges (1990): La matrona y la malcasada, en:  
DUBY, Georges (1990): El amor en la edad media y otros  
ensayos Alianza Universidad. Madrid
- DUBY y PERROT (1991): Historia de las mujeres t.I  
Taurus. Madrid
- DUFOURCQ, Ch.-Enmanuel (1990): La vida cotidiana de los  
árabes en la europa medieval. Ediciones Temas de  
Hoy. Madrid
- DURAND, G. (1983): Estructuras antropológicas de lo  
imaginario. Taurus. Madrid.
- ELIADE, Mircea (1973): Mito y realidad. Guadarrama.  
Madrid
- ENGELS, Federico (1972): El origen de la familia, la  
propiedad privada y el estado. Ayuso. Madrid
- ERNY, Pierre (1991): Ethnologie de l'éducation.  
L'Harmattan. Paris
- ESCARPIT, Denise (1986): La literatura infantil y  
juvenil en Europa. FCE. México
- ESPINOSA, Aurelio M. (1946-1947): Cuentos populares  
españoles. (2 tomos) CSIC. Instto. "Antonio de  
Nebrija", de Filología. Madrid
- ESPINOSA, Aurelio M. (hijo) (1987-1988): Cuentos  
populares de Castilla y León (2 tomos). CSIC.  
Madrid



- ESPIRO, Nicolás (1988): El método psicoanalítico y el método historiográfico Revista de Psicoanálisis de Madrid. No.8, pp. 129-150
- EVANS-PRITCHARD, Edward (1987): Historia del pensamiento antropológico. Cátedra. Madrid
- FEDIDA, Pierre (1979): Diccionario de Psicoanálisis. Alianza. Madrid
- FERENZCI, Sandor (1961): Confusión de lenguas entre los adultos y el niño La Psychanalyse vol. VI, pp.241-253. P.U.F. Paris
- FERENZCI, Sandor (1988): Diario Clínico. Conjetural. B.Aires
- FERNAN CABALLERO (1986): Cuentos de encantamiento y otros cuentos populares. Biblioteca de Cuentos Maravillosos. Olañeta editor. Barcelona
- FERRO, N. (19919): El instinto maternal o la necesidad de un mito. Siglo XXI de España. Madrid.
- FLANDRIN, Jean-Louis (1984): La moral sexual en Occidente. Granica. Barcelona
- FORDE, DARYLL y al.(1975): Mundos africanos. FCE. México
- FRAGUAS FRAGUAS, Antonio (1976): Literatura popular en torno al casamiento, embarazo y parto Revista de dialectología y tradiciones populares" Vol.XXXII, pp. 185-196.
- FRANZ, Marie-Louise von (1990): Símbolos de redención en los cuentos de hadas. Luciérnaga. Barcelona
- FRANZ, Marie-Louise von (1991): La femme dans les contes de fées Jacqueline Renard. Paris.

- FRAZER, J.G. (1989): La rama dorada. FCE, Madrid
- FRAZER, J.G. (1986): El folkllore en el antiguo  
testamento. FCE. México
- FREUD, S. (1893a): Sobre el mecanismo psíquico de los  
fenómenos histéricos: comunicación preliminar  
AE II, p.25
- FREUD, S. (1894a): Las neuropsicosis de defensa  
AE III, p.41
- FREUD, S. y BREUER, J. (1895d): Estudios sobre la histeria  
AE II
- FREUD, S. (1986b): Nuevas puntualizaciones sobre las  
neuropsicosis de defensa AE III, p.157
- FREUD, S. (1898b): Sobre el mecanismo psíquico de la  
desmemoria AE III, p.277
- FREUD, S. (1899a): Sobre los recuerdos encubridores  
AE III, p.291
- FREUD, S. (1900a): La interpretación de los sueños AE IV-V
- FREUD, S. (1901b): Psicopatología de la vida cotidiana  
AE VI
- FREUD, S. (1905d): Tres ensayos de teoría sexual  
AE VII, p.109
- FREUD, S. (1905e): Fragmento de análisis de un caso de  
histeria. AE VII, p.1
- FREUD, S. (1907a): El delirio y los sueños en la "Gradiva"  
de W. Jensen AE IX, p.1
- FREUD, S. (1909d): A propósito de un caso de neurosis  
obsesiva. AE X, pp.119-172

- FREUD, S. (1910a): Cinco conferencias sobre psicoanálisis  
AE XI, p.1
- FREUD, S. (1911e): El uso de la interpretación de los  
sueños en psicoanálisis AE XII, p.83
- FREUD, S. (1912b): Sobre la dinámica de la transferencia  
AE XII p.93
- FREUD, S. (1912e): Consejos al médico sobre el tratamiento  
psicoanalítico AE XII, p.107
- FREUD, S. (1912-13): Tótem y tabú AE XIII, p.1
- FREUD, S. (1913c): Sobre la iniciación del tratamiento  
(Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis  
II). AE XII, p.121
- FREUD, S. (1913f): El motivo de la elección del cofre  
AE XII, p.303
- FREUD, S. (1914c): Introducción del narcisismo  
AE XIV, p.65
- FREUD, S. (1914d): Contribución a la historia del  
movimiento psicoanalítico AE XIV, p.1
- FREUD, S. (1914g): Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos  
consejos sobre la técnica del psicoanálisis II)  
AE XII, p.145
- FREUD, S. (1915a): Puntualizaciones sobre el amor de  
transferencia. AE XII, p.159
- FREUD, S. (1915e): Lo inconsciente AE XIV, pp.153 y ss.
- FREUD, S. (1916-17): Conferencias de introducción al  
psicoanálisis. AE XV-XVI
- FREUD, S. (1918a): El tabú de la virginidad AE XI, p.185

- FREUD, S. (1918b): De la historia de una neurosis infantil  
AE XVII, p.1
- FREUD, S. (1919h): Lo ominoso AE XVII, p.215
- FREUD, S. (1920g): Más allá del principio de placer  
AE XVIII, p.1
- FREUD, S. (1923d): Una neurosis demoníaca en el siglo  
XVII. AE XIX, p.67
- FREUD, S. (1926d): Inhibición, síntoma y angustia  
AE XX, p.71
- FREUD, S. (1930a): El malestar en la cultura AE XXI, p.57
- FREUD, S. (1933a): Nuevas conferencias de introducción al  
psicoanálisis AE XXII, p.1
- FREUD, S. (1937d): Construcciones en el análisis  
AE XXIII, p.255
- FREUD, S. (1950a): Los orígenes del psicoanálisis  
AE I, p.211
- FREUD, S. (1984): Epistolario. 1873/1939. Plaza & Janes.  
Barcelona
- FROMM, Erich (1966): El lenguaje olvidado. Hachette.  
B.Aires
- GAGO y otros (1983): Literatura infantil. Papeles de  
Acción Educativa. Madrid
- GARCIA CALVO, A. (1983): Familia: la idea y los  
sentimientos. Lucina. Madrid
- GARCIA CALVO, A. (1984): El amor y los dos sexos - Del  
tiempo de amor y olvido. Lucina. Madrid
- GARCIA CALVO, A. (1991): ¿Qué coños?. Cinco cuentos y una  
charla Lucina. Madrid

- GARCIA CALVO, A. (1991): Ramo de romances y baladas.  
Lucina. Madrid
- GARCIA ESPIL, Silvia (1990): Amor cortés: Un quehacer del  
significante con el goce, en: BILINKIS y otros  
(1990): El amor en el Psicoanálisis. Simposio del  
Campo Freudiano. Buenos Aires.
- GAY, Peter (1989): Freud. Una vida de nuestro tiempo.  
Paidós. Barcelona
- GENNEP, Arnold van (1982): La formación de las leyendas  
Alta-Fulla. Barcelona.
- GENNEP, Arnold van (1986): Los ritos de paso. Taurus.  
Madrid
- GEORGIN, Robert (1988): Lacan. Nueva Visión. B.Aires.
- GEORGIN, Robert (1988): De Lévi-Strauss a Lacan. Nueva  
Visión. B.Aires
- GFEN(Groupe Français d'Education Nouvelle) (1982): El  
poder de leer. Gedisa. B.Aires
- GOMEZ DE LIAÑO, I. (1992): El idioma de la imaginación.  
Tecnos. Madrid
- GOMEZ PIN, V. (1981): El reino de las leyes. Orden  
freudiano. Siglo XXI. Madrid.
- GOMEZ PIN, V. (1984): El Psicoanálisis. Justificación de  
Freud. Montesinos. Barcelona
- GOODE, Elisabeth (1949-50): Un cuento en el análisis de  
una niña. Revista de Psicoanálisis t.VII, no.3  
Asociación Psicoanalítica Argentina. B.Aires
- GRANOFF y PERRIER (1980): El problema de la perversión  
en la mujer. Crítica. Barcelona

- GRAVES, Robert (1985): Los mitos griegos Alianza. Madrid
- GRAVES, R. y PATAI, R. (1988): Los mitos hebreos. Alianza, Madrid
- GREEN, André (1976): El Complejo de Edipo en la tragedia. Tiempo Contemporáneo. B.Aires.
- GREEN, LAPLANCHE, LECLAIRE, PONTALIS (1976): El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo. Nueva Visión. B.Aires
- GREEN, André (1986): Narcisismo de vida, narcisismo de muerte Amorrortu. B.Aires
- GREEN y al. (1989): La pulsión de muerte. Amorrortu. B.Aires
- GREEN, André (1990): Le complexe de castration. Qué sais-je?. PUF. Paris.
- GRIMAL, Pierre (1989): Diccionario de mitología griega y romana. Paidós. Barcelona
- GRIMM, J. y W. (1988): Cuentos de niños y del hogar (3 tomos). Anaya. Madrid
- GRIMM, J. y W. (1976): Cuentos. Alianza. Madrid
- GROSRICHARD, Alain (1984): Estructura del harem. Petrel. Barcelona
- GRUPO "MU" (1987): Retórica General. Paidós. Barcelona
- GUTIERREZ ESTEVE, Manuel (1978): Sobre el sentido de cuatro romances de incesto Revista del Centro de Investigaciones Sociológicas. Monográfico Homenaje a Julio Caro Baroja. pp. 551-579. Madrid

- GUTIERREZ ESTEVE, Manuel (1980): El incesto en el Romancero Español. Tesis Doctoral. Facultad de Filología. UCM.
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1971): Descripción psicodinámica de la personalidad de cinco niños varones de siete a diez años, con dificultades de lectura y escritura Actas y Trabajos III Congreso Nacional Psicología. Publicaciones de la Sociedad Española de Psicología. Madrid
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1975): La sexualidad en los cuentos infantiles Convivencia no. 1. Madrid
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1976): La verdad del cuento. DUO 2 Revista de convivencia y relaciones humanas. Madrid
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1978): Aspectos psicológicos de los cuentos infantiles Enciclopedia Nacer y Crecer tomo VI, pp.155-171. Ediciones Orgaz. Madrid
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (inéd.): Características del comportamiento del niño de ocho a catorce años. Investigación realizada en 1980-81, subvencionada por el INCIE del MEC. Publicación inédita.
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1983): A propósito de los cuentos de hadas., en: GAGO y al. (1983): Literatura infantil. Papeles de Acción Educativa. Madrid

- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1983): Psychanalyse et Université. Bulletin de la Federation Européene de Psychanalyse no. 20-21. Barcelona
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1987): Influencia de los cuentos en el desarrollo afectivo del niño Letragorda (2) (separata). Consejería de Cultura, Educación y Turismo. Murcia
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1988): Der Einfluß der Märchen auf die affektive Entwicklung des Kindes (versión al alemán del artículo anterior), en: HETMAN, F.(ed.)(1988): Spanien(monogr.) Die Märchenzeitung Informationen zu Märchen, Folklore, Fantasy no.10. Nombom/Westerwald.
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1987): Psicoanálisis de los cuentos de hadas Letragorda(2) Consejería de Cultura, Educación y Turismo. Murcia
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1989): Miedos y monstruos CLIJ (Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil).Año 2, no.2, pp.8-14. Fontalba. Barcelona
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1989): Consideraciones psicoanalíticas acerca de la lectura Clínica y Análisis Grupal 1989, vol.11(2), no.51, pp. 305-318. Madrid
- GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1989): La madre oculta CLIJ. (Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil).Año 2, no.9, pp. 12-15. Fontalba. Barcelona



GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (inéd.) Comentarios acerca del concepto freudiano de unheimlich. Lo siniestro: un "enlace Verdadero". Homenaje a Sigmund Freud con motivo del cincuentenario de su muerte. Organizado por la UCM. Nov.-Dic. de 1989. Publicación del Rectorado inéd.

GUTIERREZ SANCHEZ, Gerardo (1990): Los conflictos de personalidad en niños desde un análisis de los cuentos tradicionales Bordon 42(1), pp. 79-84.  
Madrid

GUTIERREZ TERRAZAS, J. (1986): Cuestiones de psicoanálisis. Universidad Autónoma de Madrid

GUTIERREZ TERRAZAS, J (1988): La "realidad psíquica" propiamente dicha no es la realidad psicológica o subjetiva. Revista de Psicoanálisis de Madrid. No.8, pp.69-72

GUTIERREZ TERRAZAS, J. (1989): Psicología dinámica o psicoanálisis: concepto, fundamento epistemológico y actualidad Colección Psicología Dinámica en la Universidad. Hogar del Libro. Barcelona

GUTIERREZ TERRAZAS, J. (1989): Los dos pilares del psicoanálisis: el pulsional y el inconsciente. Colección PDU/5. Hogar del libro. Barcelona

GUTIERREZ TERRAZAS, J. (1990): Los dos pilares del psicoanálisis: la psicodinamia inconsciente. Col.PDU/5. Hogar del Libro. Barcelona

- HARARI, R. (1987): Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis de Lacan: una introducción. Nueva Visión. B.Aires.
- HEISIG, J.W. (1976): El cuento detrás del cuento. Guadalupe. B.Aires
- HELD, Jacqueline (1985): Los niños y la literatura fantástica. Paidós. Barcelona
- HOMERO (1968): La Odisea. (Edición a cargo de José Alsina). Planeta, Barcelona
- HORNILLA Txema (1989): La mujer en los ritos y mitos vascos. Txertoa. S.Sebastián
- HORNSTEIN y otros (1991): Cuerpo, historia, interpretación. Paidós. B.Aires
- IRIGARAY, Luce (1982): Ese sexo que no es uno. Saltés. Madrid
- ISAACS, Susan (1967): Naturaleza y función de la fantasía en: KLEIN y otros (1967): Desarrollos en Psicoanálisis. Paidós. B.Aires
- IZARD y SMITH (1989): La función simbólica. Júcar Universidad. Madrid.
- JACCARD, Roland (dirección) (1984): Historia del psicoanálisis. Juan Granica. Barcelona
- JACKSON, D.D. (1977): Comunicación, familia y matrimonio Nueva Visión. B.Aires
- JAMESON, Frédéric (1989): Documentos de cultura. Documentos de barbarie. Visor, Literatura y debate crítico. Madrid.

- JEAN, Georges (1978): La lectura, lo real y lo imaginario en: GFEN El poder de leer. Barcelona, Gedisa.
- JEAN, Georges (1988): El poder de los cuentos. Pirene. Barcelona
- JONES, Ernest (1979): Vida y obra de Sigmund Freud (3 tomos). Hormé, Paidós. B.Aires
- KALINA Y KOVADLOFF (1991): El dualismo humano. Nueva Visión. B.Aires.
- KAPPLER, Claude (1986): Monstruos, demonios y maravillas. Akal/Universitaria. Madrid
- KLEIN, Melanie y otros (1967): Desarrollos en Psicoanálisis. Hormé. Paidós. B.Aires
- KLIMOVSKY, Gregorio (1988): El carácter científico del psicoanálisis Revista de Psicoanálisis de Madrid. No.8, pp.73-94
- KOFMAN, Sarah (1982): El enigma de la mujer. ¿Con Freud o contra Freud? . Gedisa. Barcelona
- KOVADLOFF, Santiago (1991): La creación del arte, en: AMITIN y otros (1991): La creación del arte. Incidencias freudianas. Nueva Visión. B.Aires
- KREISLER, León (1973): L'enfant et l'adolescent de sexe ambigu ou l'envers du mythe Nouvelle Revue de Psychanalyse no.7, p.118
- KRISTEVA, J. y otros (1985): (El) trabajo de la metáfora. Gedisa. Barcelona.
- LA FONTAINE, Jean S. (1987): Iniciación. Drama ritual y conocimiento secreto. Lerna. Barcelona

- LACAN, Jacques (1953): "Le symbolique, l'imaginaire et le réel". Conferencia del 8.7.53 ante la Société Française de Psychanalyse. (Inédita)
- LACAN, Jacques (1970): Las formaciones del inconsciente. Nueva Visión. B.Aires
- LACAN, Jacques (1974): Télévision. Du Seuil. Paris.
- LACAN, Jacques (1977): Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Barral, Barcelona
- LACAN, Jacques (1978): La familia. Argonauta. Barcelona
- LACAN, Jacques (1980): Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis, en: LACAN (1980): Escritos 1. Siglo XXI. México
- LACAN, Jacques (1980): La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud, en:
- LACAN, Jacques (1980): Escritos 1 Siglo XXI. México
- LACAN, Jacques (1981): El Seminario de Jacques Lacan: R.S.I. Curso 1974-75 Ornicar? no.3, pp.9-35. Petrel. Barcelona
- LACAN, Jacques (1981): El Seminario: Aun. Libro 20. Curso 1972-73. Paidós. Barcelona
- LACAN, Jacques (1988): El Seminario: La ética del Psicoanálisis. Libro 7. Curso 1959-60. Paidós. Barcelona.
- LACAN, J. y otros (1991): Momentos cruciales de la experiencia analítica. Manantial. B.Aires
- LACARRA, Ma. Jesús (1979): Cuentística medieval en España. Los orígenes. Universidad de Zaragoza.

- LACARRIERE, Jacques (1973): Herodoto y el descubrimiento de la tierra. Espasa Calpe. Madrid
- LANGER, Marie (1964): Maternidad y sexo. Paidós. B.Aires
- LANGER, Marie (1966): Fantasías eternas a la luz del Psicoanálisis. Paidos. B.Aires
- LAPLANCHE, Jean (1973): Bisexualité et différence des sexes Nouvelle Revue de Psychanalyse no.7
- LAPLANCHE, Jean (1980): La sexualidad. Nueva Visión. B.Aires
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1979): Diccionario de Psicoanálisis. Labor. Barcelona
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1976): Fantasia originaria, fantasia de los orígenes, origen de la fantasia., en: GREEN y al. (1976): El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo. Nueva Visión. B.Aires
- LAPLANCHE, J. (1988): Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II. Amorrortu. B.Aires
- LAPLANCHE, J. (1989): Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria. Amorrortu. B.Aires.
- LASLETT, Peter (1987): El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo. Alianza Universidad. Madrid
- LE GOFF, Jacques (1989): El nacimiento del purgatorio. Taurus. Madrid
- LE GOFF, Jacques (1991): El orden de la memoria. Paidós. Barcelona

- LE GOFF, Jacques (1991): Pensar la historia. Paidós.  
Barcelona
- LE GUEN, Claude (1976): El edipo originario. Amorrortu.  
B.Aires
- LE GUEN, Claude (1984): La Práctica del Método  
Psicoanalítico. Gedisa. B.Aires
- LE RIDER, Jacques (1984): Freud y la Literatura en:  
JACCARD (1984): Historia del Psicoanálisis. Juan  
Granica. Barcelona
- LECLAIRE, Serge (1972): El objeto del psicoanálisis.  
Siglo XXI. B.Aires
- LECLAIRE, Serge (1977): Matan a un niño. Amorrortu.  
B.Aires
- LECLAIRE, Serge (1978): Para una teoría del complejo de  
Edipo Nueva visión. B.Aires.
- LECLAIRE, Serge (1978): Psicoanalizar. Siglo XXI. México.
- LECLAIRE, Serge (1982): Desenmascarar lo real. Paidós.  
B.Aires
- LEITES, Edmund (1990): La invención de la mujer casta.  
La conciencia puritana y la sexualidad moderna.  
Siglo XX. Madrid
- LEMOINE-LUCCIONI, Eugénie (1990): ¿Las mujeres tienen  
alma?. Argonauta. Barcelona
- LEVI-STRAUSS, C. (1970): Antropología estructural.  
Editorial Universitaria de Buenos Aires
- LEVI-STRAUSS, C. (1976): Elogio de la Antropología.  
Caldén. B.Aires

- LEVI-STRAUSS, C. (1991): Las estructuras elementales del parentesco. Paidós. Barcelona
- LEVI-STRAUSS, C. (1986): El totemismo en la actualidad. FCE. México
- LEVI-STRAUSS, C. (1986): La alfarera celosa. Paidós. Barcelona
- LISON TOLOSANA, Carmelo (1990): Antropología cultural de Galicia. Akal Universitaria. Madrid
- LOMBARDI, Gabriel (1991): La resistencia como máscara del deseo. Puntosur. B.Aires
- LOPEZ BELTRAN y al. (1987): Realidad histórica e invención literaria en torno a la mujer. Servicio Publicaciones Diputación Provincial de Málaga.
- LOPEZ TAMES, Román (1990): Introducción a la Literatura Infantil. Secretariado Publicaciones Universidad de Murcia.
- LORAUX, Nicole (1989): Maneras trágicas de matar a una mujer. Visor, Literatura y debate crítico. Madrid
- MALINOWSKI, Bronislaw (1974): Sexo y represión en la sociedad primitiva. Nueva Visión. B.Aires
- MAMMERI, Mouloud (1991): Cuentos bereberes. Austral Juvenil, Espasa-Calpe. Madrid
- MANNONI, Maud (1976): El niño, su "enfermedad" y los otros. Nueva Visión. B.Aires
- MANNONI, Maud (1973): La primera entrevista con el psicoanalista. Granica. B.Aires
- MANNONI, Maud (1979): La educación imposible. Siglo XXI. México

- MANNONI, Maud (1980): La teoría como ficción. Crítica.  
Barcelona.
- MANNONI, Octave (1975): Freud. El descubrimiento del  
inconsciente Nueva Visión. B.Aires
- MANNONI, Octave (1979): La otra escena. Claves de lo  
imaginario. Amorrortu. B.Aires
- MANNONI, Octave (1989): Poesía y psicoanálisis, en:  
MANNONI, Octave (1989): Un intenso y permanente asombro.  
Gedisa. B.Aires
- MARIA DE FRANCIA (1987): Los lais de María de Francia.  
Selección de lecturas medievales, Siruela. Madrid
- MARINI, Marcelle (1989): Lacan: itinerario de su obra.  
Nueva Visión. B.Aires.
- MARTIN GAITE, Carmen (1985): El cuento de nunca acabar  
(apuntes sobre la narración, el amor y la mentira)  
Destino. Barcelona
- MARTINEZ KLEISER, L. (1978): Refranero General Ideológico  
Español Hernando. Madrid
- MASSON, Jeffrey Moussaieff (1985): El asalto a la  
verdad. Seix Barral. Barcelona
- MASSOTA, Oscar (1977): Lecciones de Introducción al  
Psicoanálisis. Granica. Barcelona
- MASSOTA, Oscar (1985): Introducción a la lectura de  
Jacques Lacan. Corregidor. B.Aires
- MASSOTA, Oscar (1986): El modelo pulsional Catálogos.  
Editora. B.Aires
- MASSOTA, Oscar (1990): Conciencia y estructura.  
Corregidor. B.Aires



- MATAMORO, Blas (1986): Una teoría del héroe, en:  
BRAUNSTEIN (1986): El lenguaje y el inconsciente  
freudiano Siglo XXI. México
- MATTLIOTI, G. (1992): Paradojas en psicoanálisis. Logos.  
Barcelona.
- MAUSE, Lloyd de (1982): Historia de la infancia. Alianza  
Universidad. Madrid
- MAZZUCA, LOMBARDI, LAJONQUIERE (1986): Curso de  
Psicopatología II: Estructuras Clínicas.  
Psicosis-Perversiones. Tekné. B.Aires
- MCDUGALL, Joyce (1987): Teatros de la mente. Ilusión y  
verdad en el escenario psicoanalítico.  
Tecnipublicaciones. Madrid
- MCDUGALL, J. y otros (1991): El diván de Procusto. El  
peso de las palabras, el mal-entendido del sexo.  
Nueva Visión. B.Aires
- MEAD, Margaret (1973): Sexo y temperamento en las  
sociedades primitivas. Laia. Barcelona
- MEAD, Margaret (1975): Adolescencia, sexo y cultura en  
Samoa Laia. Barcelona
- MILLER, Alice (1990): El saber proscrito Tusquets.  
Barcelona
- MILLER, Jacques-Alain (1984): Dos dimensiones clínicas:  
síntoma y fantasma. Manantial. B.Aires
- MILLER, Jacques-Alain (1986): Recorrido de Lacan.  
Manantial. B.Aires
- MILLER, Jacques-Alain (1991): Lógicas de la vida amorosa.  
Manantial. B.Aires

- MILLOT, C. (1982): Freud Antipedagogo. Paidós. Barcelona.
- MORGAN, Lewis H. (1877): La sociedad antigua o  
 investigación acerca de las vías del progreso de la  
 humanidad desde el salvajismo hasta la  
 civilización, pasando por la barbarie Londres.  
 MacMillan and Co.
- MÜLLER, Max (1988): Mitología comparada. Edicomunicación.  
 Barcelona
- MUSAEUS, Johann K.A. (1987): Crónica de las tres  
 hermanas. Olañeta. Palma de Mallorca
- M'UZAN, Michel de (1978): Del arte a la muerte.  
 Itinerario psicoanalítico. Icaria. Barcelona.
- NASIO, Juan D. (1980): La voz y la interpretación  
 Nueva Visión. B.Aires
- NASIO, Juan D. (1984): Acto psicoanalítico. Nueva Visión.  
 B.Aires
- NASIO, Juan D. (1989): Enseñanza de 7 Conceptos Cruciales  
 del Psicoanálisis Gedisa. B.Aires
- NAVARRO, Juan B. (1984): Estudio acerca de la  
 constitución de la fantasía, a partir de la obra de  
 Freud Revista de Psicoanálisis. Vol. VI, nos. 2-3.  
 Buenos Aires.
- OLIVIER, Ch. (1991): Los hijos de Yocasta FCE. México
- ORTEGA y GASSET, J. (1977): Psicoanálisis, ciencia  
 problemática. Ediciones de la Revista de Occidente.  
 Colección El Arquero. Madrid.
- PASQUALINI, Gerardo 1990): Psicoanálisis:  
 Psicopatología<>Etica Nueva Visión. B.Aires.

- PASTORIZA de ETCHEBARNE, Dora (1962): El cuento en la  
Literatura Infantil. Kapelusz. B.Aires
- PAULME, Denise (1976): La mère dévorante. Gallimard.  
Paris
- PAZ, Noemí (1986): El cuento de hadas. Leviatán.  
B.Aires
- PEJU, Pierre (introducción) (1988): Los cuentos de los  
hermanos Grimm. Crítica. Barcelona
- PELLICER, E. (1982): Favole d'identità, favole di paura.  
Roma
- PERISTIANY, John G., comp. (1987): Dote y matrimonio en  
los países mediterráneos CIS. Siglo XXI. Madrid
- PERRAULT, Charles (1983): Cuentos de antaño. Anaya.  
Madrid
- PERRES, José (1989): La problemática de la realidad en la  
obra de Freud: sus repercusiones teóricas y  
epistemológicas., en: SUAREZ, A. (1989):  
Psicoanálisis y realidad. Siglo XXI. México.
- PERRICONI, Graciela y al. (1983): El libro infantil.  
El Ateneo. B.Aires
- PITT-RIVERS, Julián A. (1989): Un pueblo de la sierra:  
Grazalema. Alianza Universidad. Madrid
- POMMIER, Gérard (1983): La interpretación en:  
Serie Psicoanalítica 4. Madrid.
- POMMIER, Gérard (1986): La excepción femenina. Ensayo  
sobre los impases del goce. Alianza. B.Aires
- PROPP, Vladimir (1971): Morfología del cuento.  
Fundamentos. Madrid

- PROPP, Vladimir (1974): Las raíces históricas del cuento. Fundamentos. Madrid
- PROPP, Vladimir (1982): Polémica Levi-Strauss & V. Propp. Fundamentos. Madrid
- PROPP, Vladimir (1983): Edipo a la luz del folklore. Bruguera. Madrid.
- PROPP, Vladimir (1983): El epos heroico ruso. 2 vols. Fundamentos. Madrid
- PROUST, Marcel (1989): Sobre la lectura. Pre-textos. Valencia
- PUIG, Luisa (1990): La estructura del relato y los conceptos de actante y función. Limusina Universidad Nacional Autónoma de México
- PUSHKIN, Alejandro (1973): Cuento del rey Saltán, de su hijo, el príncipe Guidón, glorioso paladín, y de la bella princesa Cisne. Editorial Ráduga. Moscú
- PUYMAIGRE, Conde de (1884): La fille aux mains coupées Revue d'Histoire des Religions Sep.-Oct. Paris
- RABINOVICH, D. (1990): El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica Manantial. B.Aires
- RANK, Otto (1961): El mito del nacimiento del héroe. Paidós. B.Aires
- REBOUL, Jean (1972): Sarrasine o la castración personificada. En: GREEN y al. (1972): Objeto, castración y fantasía en psicoanálisis. Siglo XXI. B.Aires

- REGNIER-BOHLER, Danielle (1988): Ficciones, en: ARIES y  
DUBY (dir.) (1988): Historia de la vida privada  
(6t.) tomo II, pp. 311-392. Madrid, Taurus.1989
- RIBETTES, Jean-Michel (1984): La troisième dimension du  
fantasme. En: ANZIEU y otros (1984): Art et  
fantasme "L'or d'Atalante". Champ Vallon. Mâcon
- RICO, Lolo (1986): Castillos de arena. Alhambra. Madrid
- RICOEUR, Paul (1991): Los caminos de la interpretación.  
Anthropos. Barcelona.
- RIQUER, Isabel de (introd.y traduc.) (1987): Nueve lais  
bretones y La sombra de Jean Renart. Selección de  
lecturas medievales, Siruela. Madrid
- RIVERA GARRETAS, M.Milagros (1990): Textos y espacios de  
mujeres. (Europa siglos IV-XV). Icaria. Barcelona
- ROBERT, Marthe (1973): Novela de los orígenes y  
orígenes de la novela. Taurus. Madrid
- RODARI, Gianni (1976): La gramática de la fantasía.  
Ferrán Pellisa. Barcelona
- RODRIGUEZ ALMODOVAR, Antonio (1982): Los cuentos  
maravillosos españoles. Crítica. Barcelona
- RODRIGUEZ ALMODOVAR, Antonio (1983-84): Cuentos al amor  
de la lumbre (2 tomos). Anaya. Madrid
- RODRIGUEZ ALMODOVAR, Antonio (1989): Los cuentos  
populares o la tentativa de un texto infinito.  
Secretariado de Publicaciones de la Universidad de  
Murcia.

- RODRIGUEZ PASTOR, J. (1990): Cuentos populares extremeños y andaluces. Servicios de Publicaciones de las Diputaciones de Huelva y Badajoz.
- ROSENFELD, David (1976): Trastornos de la piel y el esquema corporal. Identificación proyectiva y el cuento infantil "Piel de Asno", en: ROSENFELD, David (1976): Clínica Psicoanalítica. Galerna. B.Aires
- ROSOLATO, Guy (1974): Ensayos sobre lo simbólico. Anagrama. Barcelona.
- ROSOLATO, Guy (1981): La relación de desconocido. Petrel. Barcelona
- ROUCHE, Michel (1989): Alta edad Media occidental, En: ARIES y DUBY (dir.) (1989): Historia de la vida privada (6t.), tomo I, pp. 403-534. Taurus. Madrid
- RUITENBEEK, Hendrik M. (1973): Psicoanálisis y Ciencias Sociales. F.C.E. México
- RUITENBEEK, Hendrik M. (1973): Psicoanálisis y literatura. F.C.E. México
- RUIZ DOMENEC, José E. (1990): La mujer que mira (Crónicas de la cultura cortés). Sirmio. Barcelona
- SAFOUAN, Moustapha (1975): El estructuralismo en Psicoanálisis. Losada. B.Aires.
- SAFOUAN, Moustapha (1977): Estudios sobre el edipo. Siglo XXI. México
- SAFOUAN, Moustapha (1979): La sexualidad femenina. Crítica. Barcelona

- SAFOUAN, Moustapha (1989): La transferencia y el deseo del analista. Paidós. Barcelona
- SALINAS, Pedro (1983): En defensa de la lectura en:
- SALINAS, Pedro (1983): Ensayos completos Taurus. Madrid
- SAN MARTIN, Javier (1985): La antropología. Montesinos. Barcelona
- SANCHEZ FERLOSIO, Rafael (1972): Prólogo, en: COLLODI, C. (1972): Las aventuras de PINOCHO. Alianza. Madrid
- SANMARTIN ARCE, Ricardo (1982): La albufera y sus hombres. Akal Universitaria. Madrid
- SAUSSURE, Ferdinand de (1970): Curso de Lingüística General Losada. B.Aires.
- SAVATER, Fernando (1976): La infancia recuperada Taurus. Madrid
- SCOTTI, Pietro (1968): La vida social de los pueblos primitivos. CREDSA. Barcelona
- SCHULTZ de MANTOVANI, Fryda (1951): Fábula del niño en el hombre. Sudamericana. B.Aires
- SCHULTZ de MANTOVANI, Fryda (1974): Sobre las hadas. Nova. B.Aires
- SEBILLOT, P. (1911): Le corps humain Revue des Traditions Populaires t.XXVI, no.12, p.388. Paris
- SEDAT, J. y otros (1986): ¿Retorno a Lacan?. La nueva controversia Gedisa. B.Aires
- SIBONY, Daniel (1981): El otro incastrable. Petrel. Barcelona
- SIBONY, Daniel (1986): Le féminin et la séduction. Grasset et Fasquelle. Paris

- SIEBERS, Tobin (1989): Lo fantástico romántico FCE.  
México
- SOFOCLES (1982): Edipo Rey (Versión rítmica de Agustín García Calvo). Lucina. Madrid
- SOPENA, Carlos (1976): Nota sobre la noción de inconsciente en Lacan. Revista Uruguaya de Psicoanálisis XIV, no.2: En torno a Lacan I. Montevideo.
- SOPENA, Carlos (1985): Amadeus: reflexiones acerca de la envidia Revista de Psicoanálisis de Madrid. No.2, pp. 75-87
- SOPENA, Carlos (1990): Metapsicología del inconsciente, en: UTRILLA y otros (1988): El inconsciente Asociación Athénaion. Gijón
- SORIANO, Marc (1975): Los cuentos de Perrault. Erudición y tradiciones populares Siglo XXI. B.Aires
- SPIEL, Christian (1973): El mundo de los caníbales Grijalbo. Barcelona
- SPITZ, René A. (1966): El primer año de la vida del niño. Génesis de las primeras relaciones objetales Aguilar. Madrid
- STEINER, Rudolf y al. (1984): La sabiduría de los cuentos de hadas. Rudolf Steiner. Madrid
- SUAREZ, A.(1989): Interpretación, construcción, realidad y verdad, en: SUAREZ, Armando (coord.) (1989): Psicoanálisis y realidad. Siglo XXI. México.
- SUAREZ-OROZCO, M.M. (1991): Antropología psicoanalítica. Hogar del libro, Colección PDU/9. Barcelona



- SUCHIER, Hermann (1884-85): *Oeuvres poétiques de Philippe de Remi, Sire de Beaumanoir* Tomo I. Paris
- SZPILKA, Jaime (1972): *Bases para una psicopatología psicoanalítica*. Kargieman. B.Aires
- SZPILKA, Jaime (1979): *La realización imposible*. Trieb. B.Aires
- SZPILKA, Jaime (1984): En torno a "un niño es pegado"  
Revista de Psicoanálisis A.P.A. tomo XLI, no. 6,  
pp. 1001-1028. B.Aires
- SZPILKA, Jaime (1988): Sobre psicoanálisis y ciencia.  
Nuestras bases comunes: la crisis del significado  
Revista de Psicoanálisis de Madrid. No.8, pp.  
115-128
- SZPILKA, Jaime (1989): *Sobre la cura psicoanalítica*.  
Tecnipublicaciones. Madrid
- THOMAS, Yan (1991): La división de los sexos en el  
derecho romano, en: DUBY y PERROT (1991): *Historia*  
*de las mujeres*. t.I, pp.115 y ss. Taurus. Madrid
- THOMPSON, Stith (1972): *El cuento folklórico*.  
Universidad Central de Venezuela. Ediciones de la  
Biblioteca. Caracas
- TODOROV, Tzvetan (1974): *Introducción a la Literatura*  
*fantástica*. Tiempo Contemporáneo. B.Aires
- TORRES ARIAS, M.Antonieta (1989): La mujer fálica ¿una  
representación idólatra, en SUAREZ, A. (coord.)  
(1989): *Psicoanálisis y realidad*. Siglo XXI.  
México.

- TUBERT, Silvia (1982): La muerte y lo imaginario en la adolescencia. Saltés. Madrid.
- TUBERT, Silvia (1988): La sexualidad femenina y su construcción imaginaria El Arquero. Madrid.
- TUBERT, Silvia (1991): Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología. Siglo XXI de España. Madrid.
- TURNER, Víctor (1990): La selva de los símbolos. Siglo XXI. Madrid
- URTUBEY, Luisa de (1986): Freud y el diablo. Akal. Madrid
- UTRILLA y otros (1988): El inconsciente. Asociación Athénaion. Gijón
- VALABREGA, Jean-Paul (1984): El problema antropológico del fantasma, en: AULAGNIER y otros (1984): El deseo y la perversión. Sudamericana. B.Aires
- VAX, Louis (1980): La obras maestras de la literatura fantástica. Taurus. Madrid
- VEYNE, Paul (1989): El Imperio romano, en: ARIES y DUBY (dir.) (1989): Historia de la vida privada (6t.). tomo I. pp. 19-228, Taurus. Madrid
- VILLEMARQUE, Hersart de la (1867): Barzaz Breiz. Chants Populaires de la Bretagne. Didier et Cie. Paris (Versión española (1986- 1989): El misterio Celta. Vol.I y II. Biblioteca de Cuentos Maravillosos. Olañeta editor Barcelona)
- VIÑAR, Marcelo (1987): La madrastra de Blancanieves Revista de Psicoanálisis XXIV, n.1, pp.51-61. B.Aires.

- WATZLAWICK, BEAVIN y JACKSON (1991): *Teoría de la comunicación humana* Herder. Barcelona.
- WOLFFHEIM, Welly (1980): *Psicoanálisis y pedagogía infantil*. Icaria. Barcelona.
- WOLFGANG, I. (1987): *El acto de leer*. Taurus. Madrid.
- ZAYAS y SOTOMAYOR, María de (1990): *El castigo de la miseria. La inocencia castigada*. Albatros Hispanófila. Valencia
- ZIOLKOWSKI, Theodore (1980): *Imágenes desencantadas*. Taurus. Madrid

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE EDUCACION

-----  
ESTUDIO PSICOANALITICO DE CUENTOS INFANTILES  
-----

TESIS DOCTORAL

(ANEXO: TRANSCRIPCION DE LOS TEXTOS POPULARES Y LITERARIOS)

---

DOCTORANDO: GERARDO GUTIERREZ SANCHEZ

DIRECTOR: Dr. ANGEL LAZARO MARTINEZ

MAYO DE 1992  
MADRID

-----  
INDICE DEL ANEXO  
-----

Claves para la lectura del presente anexo.....	pág 1
<b>A.- <u>VERSIONES LITERARIAS</u></b> (del tipo "La niña sin brazos") .....	2
1a.- Victorial .....	3
1b.- Vita Offae Primi .....	6
2b.- Histoire de la belle Hélène .....	7
3b.- La Manekine .....	9
4b.- La Historia de la hija del rey de Rusia.....	10
5b.- Historia del Rey de Hungría.....	11
6b.- La historia de la hija del rey de la Dacia..	12
7b.- La historia de la reina Oliva.....	13
8b.- Los Miraculi .....	14
9b.- La Penta Manomoza (Pentamerone).....	15
10b.-Leyenda hispano-arábica (a) .....	16
11b.-Leyenda hispano-arábica (b) .....	17
1c.- Mai Beaflor .....	18
2c.- La condesa de Anjou .....	19
3c.- Ystoria regis Franchorum et filie .....	20
4c.- La hija del rey de Francia.....	21
5c.- El cuento de Emare .....	22
6c.- De origine belli inter Gallos et Britannos..	23
1d.- Vida de Constance (Trivet) .....	25
2d.- Novella di Dionigia (Il Pecorone) .....	26
3d.- Cuentos de Canterbury (Constanza) .....	27

B.- VERSIONES POPULARES  
(del Ciclo de "La niña perseguida").....pág 31

1.- Tipo <u>La niña sin brazos</u> (Tipo 706).....	32
1.1.- La niña sin brazos (E 137).....	32
1.2.- La niña sin brazos (RA 31).....	34
1.3.- Oliva (IC 71) .....	36
1.4.- La muchacha sin manos (G 31) .....	42
1.5.- La pava (IC 141) .....	47
1.6.- La manquita (A 279) .....	54
1.7.- La nuera malquerida (Baran) .....	59
1.8.- La niña sin brazos (Es 99) .....	61
1.9.- La niña sin brazos (Es 100).....	66
1.10.-La niña sin brazos (Es 101).....	69
1.11.-La niña sin brazos (Es 102).....	73
1.12.-El cisquero y el demonio (Es 103).....	75

2.- Niña perseguida por el padre:

2.1.- Tipo <u>María de madera</u> (Tipo 510 B).....	79
2.1.1.- Los tres trajes (RA 32) .....	79
2.1.2.- El pavero del rey (RA 35) .....	82
2.1.3.- María de madera (IC 103) .....	85
2.1.4.- El ropón de piel de cerdo (A 291) .....	89
2.1.5.- Toda-clase-de-pieles (G 65) .....	93
2.1.7.- La zarevna en reino subterráneo (A 211)..	98
2.1.8.- El príncipe Danila-Govorila (A 114).....	100
2.1.9.- Los tres trajes (Es 110) .....	104
2.2.- Tipo <u>Como a la sal</u> (Tipo 923).....	107
2.2.1.- La pavera (E 120) .....	107
2.2.2.- Como la sal en el agua (E 123) .....	110
2.2.3.- Como la sal en el agua (E 124) .....	114
2.2.4.- Como la vianda quiere la sal (RA 34).....	116
2.2.5.- Como a la sal (IC 54) .....	119
2.2.6.- Piel de vieja (IC 70) .....	122
2.2.7.- La pastora gansos manantial (G 179).....	124
2.2.8.- Como la vianda quiere a la sal (Es 107)..	132
2.2.9.- La zamarra (Es 108) .....	134

3.- Niña perseguida por la madre:

3.1.- Tipo <u>La Bella Venecia</u> (Tipo 709) .....	pág 138
3.1.1.- Blancanieves (E 142) .....	138
3.1.2.- La mala madrastra (E 144) .....	138
3.1.3.- Blancaflor (E 143) .....	143
3.1.4.- Blancaflor (E 145) .....	146
3.1.5.- La peña de los enamorados (RA 40) .....	150
3.1.6.- El espejito mágico (A 211) .....	152
3.1.7.- Blancanieves (G 53) .....	160
3.1.8.- La Bella Venecia (IC 109) .....	161
3.1.9.- Blanca Flor (Es 115) .....	165
3.1.10.-La madre envidiosa (Es 116) .....	169
3.2.- Tipo <u>Rosina en el horno</u> (tipo 510 A).....	171
3.2.1.- La fregona (E 119) .....	171
3.2.2.- Estrellita de oro (RA 33) .....	174
3.2.3.- Rosina en el horno (IC 64) .....	178
3.2.4.- El zapatito de oro (A 292) .....	182
3.2.5.- La Tiznada (A 293) .....	184
3.2.6.- La Cenicienta (G 21) .....	186
3.2.7.- La Cenicienta (Perrault).....	186
3.2.8.- Morozco (A 95) .....	186
3.2.9.- La hija y la hijastra (A 98) .....	188
3.2.10.-Las tres gracias por Dios (Es 113) .....	190
6.- <u>Niña perseguida por el esposo:</u>	
6.2.- El asesino sin mano (IC 89) .....	193
Notas a las versiones literarias .....	198

## CLAVES PARA LA LECTURA DEL PRESENTE ANEXO

1).- Los tipos que figuran junto a la denominación de cada subgrupo corresponden al universalmente aceptado Índice de Tipos de Cuentos de Aarne-Thompson, según la siguiente correspondencia:

La niña sin brazos.....Tipo 706: La doncella sin manos  
María de madera.....Tipo 510B: El vestido de oro, de plata y de estrellas  
Como a la sal.....Tipo 923: Amor como sal  
Bella Venecia.....Tipo 709: Blanca Nieves  
Rosina en el horno.....Tipo 510A: Cenicienta  
El pájaro sabio.....Tipo 707: Los tres hijos dorados  
Los siete cuervos.....Tipo 451: La doncella que busca a su hermano

2).- Junto al título de cada versión figuran, entre paréntesis:

- un número .... con el que figura dicha versión en las recopilaciones correspondientes. Numeración que es generalmente admitida y utilizada en los estudios sobre cuentos populares.

- unas letras .....indican el nombre del recopilador:

E.....Espinosa (hijo)  
RA.....Rodríguez Almodóvar  
IC.....Italo Calvino  
G.....Grimm  
A.....Afanasiev  
Es.....Espinosa (padre)  
Pr1t.....Perrault  
Baran.....Barandiarán



-----  
**TEXTOS DE LAS VERSIONES LITERARIAS**  
-----

1a.- Victorial, de Gutierre Dias de Gamez, siglo XV (1440, según Däumling; entre 1435 y 1449, según Suchier))

Puymaigre toma como hilo conductor de su artículo un cuento que conoció al traducir, en 1866, "el libro de Gutierre Dias de Gamez quien, en el siglo XV, bajo el título de Victorial, cuenta la vida accidentada de don Pero Niño, caballero aventurado y un poco aventurero del cual él era el Alférez. Venido a Francia tras este señor, Gamez conoció, no dice cómo, un episodio por el cual él pretendía explicar las causas de las largas guerras que se produjeron entre este reino e Inglaterra" (Puymaigre 1884, 193)

Dado que es la versión que conocemos más "in extenso", la transcribimos completa, en nuestra traducción:

Cierto duque de Guienne concibió, despues de la muerte de su mujer, una horrenda pasión por su hija. La joven recurrió a un servidor de confianza a quien le contó lo que ocurría y cómo su padre le había besado las manos. Y para impedir tan gran pecado ella le dijo: "Quiero que me cortes las manos y que vendas los brazos para que no muera". El servidor se resistió a hacer tal cosa, pero ella le dijo: "Me las cortarás o yo me mataré con este cuchillo. Puedo vivir sin manos. De otra forma tú no me verás más; ni tú ni nadie".

La niña tomó un recipiente de plata y un cuchillo bien afilado que tenía a mano, colocó las manos sobre el recipiente y dijo: "Corta sin temor". El sirviente se las cortó y las colocó en la fuente con la sangre y el cuchillo. Le vendó los brazos, cubrió la fuente con un trapo, lo puso al lado de la niña y se fué.

Al día siguiente vino el duque a ver a su hija y se sentó junto a ella. Al mirarla la vió muy pálida, como nunca la había visto. La quiso coger las manos como tenía por costumbre hacer. Ella entonces levantó sus brazos que estaban vendados y al no verle manos, dijo fuertemente impresionado: "¿Qué es esto, hija?"

Ella respondió: "Padre y señor, no ha sido porque sí: fui engendrada por vos; vos me besásteis las manos; y las manos besadas por un padre, he aquí lo que merecen" Entonces el duque, enfurecido contra su hija, hizo reunir al Consejo y les contó lo sucedido, y les dijo que puesto que su hija no había tenido piedad de él, él no quería tenerla de ella y quería que muriera. Les pedía su opinión acerca de la forma en que debía morir.

Los consejeros respondieron: "La ley no es que ella muera; la ley ordena que una mujer de linaje real que ha cometido una falta no sea ejecutada, sino que se la coloque en una barca, sola, sin ninguna compañía. Si tiene hijos concebidos contra el honor, que se les ocoque junto a ella. Que se le dé su ajuar y todo lo que le pertenezca y aquello que ella pueda necesitar para subsistir; que se conduzca la barca, por mar, tan lejos que no se vea la tierra; que se desplieguen las velas y se la abandone así, sola, sobre las aguas".

Se preparó una barca y se puso dentro a la joven con todo lo que le pertenecía así como la fuente con las manos y la sangre, y varios hombres se metieron en otras barcas para conducir ésta. Cuando hubieron perdido de vista la tierra volvieron a la ribera dejando a la niña totalmente sola.

Durante todo el día y toda la noche, la niña no hizo otra cosa que llorar, clamando a Dios y a Santa María, rogándoles que la socorrieran y la llevaran a buen puerto y que tuvieran piedad de su alma. Y como estaba muy débil a causa de la sangre perdida, al punto se quedó dormida; y la nave, como no había nadie que la dirigiera, se iba de un lado a otro, sin rumbo fijo, empujada por el viento y las olas. Mientras que ella dormía la Virgen Santa María se le apareció en sueños y le dijo: "¿Qué quieres, hija mía?. Mira, yo soy la madre de Dios, que socorro a los tristes y a los afligidos, Soy aquella a quien has invocado hace un momento".

La niña respondió: "Señora, si tú eres la Virgen María, te pido volver a tener mis manos como las tenía, que se me quiten los dolores y que me libres del gran peligro en que estoy y me conduzcas a buen puerto". Y la Virgen le dijo: "Hija mía, desde el primer día que me llamaste he estado contigo para preservarte del pecado, pero como Dios conoce los corazones de cada uno, a veces deja a sus amigos sufrir y caer en algunos males para probar su paciencia y su fuerza a fin de que su gloria y su recompensa sean más grandes. Y para que estés segura de que soy la Virgen María, mira, tienes las manos como antes y pronto llegarás a buen puerto y serás consolada y honrada.

En medio del inmenso gozo que ella experimentó al verse otra vez con las manos y sin dolores, se despertó y no vió ya la aparición, pero efectivamente estaba curada y dió gracias a Dios.

Comenzó a levantarse un dulce viento del lado de Francia y la nave empezó a seguir un camino tan recto que pareciera que alguien la gobernaba. Pocas horas despues la niña divisó Inglaterra, pero ella no sabía qué tierra era.

A la tarde apareció una flota navegando en la misma dirección; era un hermano del rey de Inglaterra que volvía de Irlanda. Desde que divisó la nave, dió orden de ir hacia ella y él y su gente quedaron maravillados de la aventura, cuando recogieron a la niña de la barca. Ella les contó todo lo que había ocurrido y todos sintieron compasión de ella. Esta señor veía esto como una feliz casualidad y condujo a la joven a Inglaterra con todos los honores y se casó con ella.

Al poco tiempo, cuando el duque de Guienne murió sin dejar otros herederos, este señor inglés vino a Guienne con su mujer a reclamar el ducado, pero los franceses no se lo quisieron dar. Al contrario, le expulsaron del país, ya que siempre habían sido sus enemigos. El duque de Guienne, en cuanto había sabido del milagro, como no había querido nunca más a su hija, y al ver que la muerte se aproximaba, dió el ducado al rey de Francia.

Y tal fue el principio de la guerra que dura hasta hoy.

(Puymaigre 1884, 193-96; Däumling 1912, 20, 45-46; Espinosa 1947, 380; Cox 1893, XLVI; Bolte-Polivka 1913, 300; Suchier 1884, XLIX)(1)

1b.- Vita Offae primi, la más antigua versión literaria según Suchier que la sitúa en el siglo XII. Hacia el 1200 según Bolte-Polivka. Däumling la sitúa antes de 1259. Está escrita en latín y publicada a continuación de Matthaei Paris Historia major por Wats (Londres 1640)

Un rey inglés, Offa, que está cazando en el bosque, se encuentra a una hermosa doncella con vestidos reales. Resulta ser la hija del rey de York; su padre, enamorado de ella, había tratado de seducirla y como ella no accedió a sus deseos, había ordenado que la confinaran en una remota tierra y allí fuera cruelmente asesinada y arrojada a las fieras. Pero el encargado de cumplir esta orden le había perdonado la vida.

El rey Offa la lleva con él, le da cuidados de dama de corte y después de algunos años se casa con ella. Tienen muchos hijos.

El rey de Northumbria, hostigado por los paganos escoceses y por parte de los suyos, pide ayuda a Offa y también la mano de una de sus hijas. Obtiene de él ambas cosas

Offa vence y envía noticias a su reino. El yerno, envidioso, intercepta la carta engañando al mensajero y la cambia por otra en que dice que ha sido derrotado, que la derrota es el castigo por haberse casado con la joven del bosque, por lo que ella y sus hijos deben ser confinados en un lugar desierto, abandonados a la muerte, tras cortarles los pies y las manos.

La reina y los niños son llevados al desierto, pero sólo cortan pies y manos a los niños.

Un ermitaño los recibe y por medio de sus oraciones los niños recobran los pies y manos milagrosamente.

A su regreso, Offa escucha con horror lo ocurrido y marcha a buscar a su mujer y a sus hijos. Un día cazando, encuentra la cueva del ermitaño y a su esposa e hijos. En gratitud, promete la construcción de un monasterio donde quiera el ermitaño, pero esta promesa la realizará ya Pinered, descendiente de Offa. Construye el monasterio de San Albani.

(Espinosa 1947,377; Cox,1893,XLVII; Däumling 1912,18,21; Bolte-Polivka 1913,298; Suchier 1884, XXV-XXVII)

2b.- Histoire de la bella Hélène de Constantinople, madre de San Martín y de San Brice. Es un romance en alejandrinos, escrito en francés, perteneciente al siglo XIII.

Existen diversos manuscritos de distintas épocas. Fue puesto en prosa por Wauquelin en 1448. (Suchier 1884)

Resumido por Puymaigre de:  
Nisard, M.Ch. "Histoire des livres populaires", tomo I, pp. 415 y ss.

Helena es hija de Antonio, rey de Constantinopla que estaba casado con la hermana del Papa Clemente IX. Cuando ella tiene quince años muere la madre, y el padre pide permiso al cuñado para casarse con la hija de quien se ha enamorado. El Papa se niega al principio, pero luego cede, siguiendo una orden celestial que le trae un ángel.

Antonio le cuenta sus intenciones a la hija. Esta se arroja llorando a sus pies diciendo que antes se cortará manos y pies que acceder a sus deseos. Antonio no puede aprovechar la autorización papal porque Helena huye. Escapa en un barco y entra en un convento. Antonio, rabioso, la sigue sin hallarla. Ella vive muchos años en su retiro hasta que Cantebron, rey de Sluis, enamorado de ella, dirige a su guardia sarracena contra el convento y la rapta.

Se escapa, llega a Inglaterra y el rey Enrique, cazando, la encuentra. Contra la voluntad de su madre la hace reina de Inglaterra. Ella no quiere revelar su origen al marido a quien sólo dirá que es: "la plus noble Damoiselle de la Chretieneté".

Los sarracenos invaden Roma y el Papa Clemente pide ayuda al rey de Inglaterra que parte a la guerra dejando a su esposa al cuidado de la suegra. El duque de Gloucester queda como regente.

La reina da a luz dos hermosos niños y la misiva que comunica esta noticia al rey es cambiada por la envidiosa suegra quien dice que Helena ha dado a luz dos perros. Contesta al rey ordenando que se cuiden a las criaturas mientras él llega, lo que nuevamente es interceptado por la suegra y sustituido por una orden fulminante de quemar a la reina con sus dos cachorros.

El duque de Gloucester no se decide a cumplir esa orden y embarca a la reina y los dos hijos en una barca sin remos y los echa al mar, después de haber cortado un brazo a la reina.

El duque de Gloucester hace quemar en lugar de la reina y sus dos hijos, a su propia sobrina a quien se le corta también el brazo y a dos figuras de paja con forma humana.

El brazo cortado de la reina se mete en una caja y se sujeta al cuello de uno de los hijos. Helena se duerme y un león y un lobo se llevan a los niños. Ella los busca en vano, preguntando a los vecinos de Nantes, donde ella se refugia y vive de la caridad de los transeuntes. Un ermitaño salva a los niños y llama a uno León y al otro, Brazo. Mientras tanto, el rey ha vencido a los sarracenos, liberado al Papa y regresado a Londres donde sufre por las noticias sobre su esposa y sus hijos.

Está pesaroso cuando Antonio, que nunca dejó de buscar a su hija, aparece. Los dos reyes intiman y se dan cuenta que sufren por la misma persona. El duque de Gloucester revela la verdad y el rey destierra a su madre (la decapita, según Suchier) y organiza una especie de cruzada.

Mientras tanto, el ermitaño ha cuidado a los niños que tiene ya dieciséis años y los envía a descubrir, si es posible, sus orígenes. Llegan a Tours, el arzobispo les recibe y cambia el nombre de León por Martín y el de Brazo, por Brice. Helena va también a Tours y recibe grandes donativos de Martín que no sabe quién es ella. Enrique, Antonio y otros dos reyes más llegan a Tours y los dos jóvenes se presentan a ellos. Cuando Enrique abre la caja de Brice y ve el brazo, sabe que ha encontrado a sus dos hijos.

Martín busca a la mendiga manca que supone que es su madre, pero con la llegada de los reyes ha huido a Roma. Allí es mantenida por el Papa que no sabe que es su tío. Brice va a Londres a declarar la inocencia de su madre y a Palestina con los reyes para luchar contra los sarracenos. Mientras, Martín permanece en Tours con el arzobispo.

Vencidos los sarracenos, los conquistadores van a Roma, al tiempo que Helena huye a Tours, revelando en una carta al Papa que es su sobrina. El rey de Inglaterra sabe por la carta que su mujer está viva y va a reunirse con ella. El arzobispo de Tours permite a Martín colocar el brazo en el muñón de su madre y se unen por un milagro. Antonio, con Brice y su esposa Ludiene, regresa a Constantinopla, Enrique y Helena viven con Clemente en Roma, y Martín se queda en Tours donde llega a ser arzobispo.

(Cox 1893, LV; Puymaigre 1884, 204; Espinosa 1947, 378; Bolte-Polivka 1913, 298; Däumling 1912, 18, 30-36; Suchier 1884, XXVII-XXXII) (2)

3b.- La *Manekine*, poema francés de Philippe de Beaumanoir, Señor de Remy, compuesto en 1270 y publicado en París en 1840, por M. Francisque Michel (Puymaigre 1884, 196) y por Suchier en 1884.

Un rey de Hungría, antes de morir su mujer, le había prometido a ésta que sólo se casaría con una que se pareciera a ella. Urgido por sus barones para volverse a casar, él lo rechaza alegando su promesa. Se busca en vano por todo el mundo una mujer parecida: la única que responde a esas condiciones es Joie, la propia hija del rey y de la reina que es el puro retrato de la madre. Los barones, no viendo otra solución, proponen al rey que se case con su hija. El lo rechaza, pero poco a poco se habitúa a la idea y, cuando se lo pide el clero que cuenta con la autorización del Papa, cede.

La hija, horrorizada ante los deseos de su padre, se corta la mano izquierda que cae al río Yse. Su padre, furioso, la condena a ser quemada viva. Un maniquí ocupa el lugar de Joie en la hoguera, gracias a la compasión del senescal que la abandona en un buque sin velas ni timón en alta mar.

Al noveno día la barca llega a Escocia; el rey la encuentra, se enamora y se casa con ella, a pesar de las objeciones de la madre que el mismo día de la boda deja la ciudad de Dondieu y se retira a Evoluic. Durante la ausencia del marido, que ha ido a participar en un torneo proclamado por el rey de Francia, la reina, que ha ocultado su nombre y su origen, y a la quien se la llama La Manekine porque no tiene más que una mano, da a luz un bello príncipe. La suegra cambia la carta en que le anuncian al rey el nacimiento de su hijo, diciéndole que Joie ha tenido un monstruo. El rey, aunque muy afligido, ordena esperar a su vuelta antes de decidir nada sobre la suerte de la mujer y su hijo. También la madre cambia esta misiva por otra en que se dice que Joie sea quemada con el recién nacido.

El senescal quema dos maniqués, y la reina y su niño son echados al mar en la misma barca que antes, que al noveno día llega a la desembocadura del Tíber. Un senador les recoge. El rey de Escocia vuelve, descubre la verdad, hace emparedar a su madre y se pone a buscar a su mujer.

Al cabo de siete años la encuentra en Roma. El anillo de boda conduce al reconocimiento. Allí está el rey de Hungría que, atormentado por los remordimientos, hace una confesión pública en una iglesia. Joie, testigo de su arrepentimiento, se hace reconocer. Milagrosamente aparece en una fuente la mano que en su día tragó un esturión y que, gracias a la bendición del Papa, se vuelve a unir al brazo de la reina.

(Puymaigre 1884, 196-97; Suchier 1884, XXXIII-XXXV; Cox 1893, XLIX; Espinosa 1947, 379; Bolte-Polivka 1913, 299; Däumling 1912, 18, 25)



4b.- En la Chronique universelle de Jansen Enikel, escrita en alemán a finales del siglo XIII (en torno a 1277, según Däumling y Suchier) se cuenta, en verso, La Historia de la hija del rey de Rusia. Publicada en la Zeitschrift für Deutsches Alterthum por Strauch en 1900. Hay también una versión en prosa siguiendo un manuscrito del siglo XV. (Suchier 1884)

El rey de Rusia hace buscar, en vano, a una mujer que sea parecida a su hija (a su mujer, en la versión en prosa). Se decide a casarse con la hija y obtiene para ello el consentimiento del Papa. La hija no sabe quién será su esposo hasta el mismo día de la boda. Cuando se lo dicen, se corta los cabellos, se araña la cara y se desfigura tratando de parecer una leprosa. Quiere evitar a sí el deseo del padre.

Se la encierra con su vestido de boda en un tonel que se lanza al mar.

Después de una estancia de seis meses (un año, en prosa), en la corte de Grecia, se convierte en la esposa del rey. El la deja para combatir contra los paganos. Cuando se entera, por la falsa misiva, de que ha dado a luz a un diablo, ordena que sea metida otra vez en el tonel y arrojada al mar. Llega así a la desembocadura del Tíber y es recogida en la casa de un anciano romano. Su marido hace emparedar a su malvada madre y parte para Roma a expiar sus crímenes. El padre llega también a Roma después de cinco años, y se produce el encuentro. (Suchier 1884, XXXV-XXXVI; Däumling 1912, 23-24; Cox 1893, LVIII; Bolte-Polivka 1913, 299) (3)

5b.- Historia del Rey de Hungría, publicado por Bofarull en "Documentos de la Corona de Aragón. Documentos Literarios en antigua lengua catalana (Siglo XIV y XV)". pp. 53-79. Barcelona, 1857"

El rey de Hungría se enamora de su hija que tiene manos hermosísimas. La hija se desespera y se corta las manos y las pone en un plato. El padre la destierra y es abandonada en una barca. Llega a Marsella. El conde de Provenza la ve, se enamora y la desposa contra la voluntad de su madre. Al saber la historia de su mujer, el conde visita a su suegro, rey de Hungría, quien le recibe cálidamente arrepentido de su amor culpable. Le retiene junto a él tanto tiempo que da ocasión a la malvada suegra, durante su ausencia, para llevar a cabo el usual complot contra la joven esposa. La condesa es abandonada en una barca y llega a un convento de monjas, donde es acogida por la abadesa y lleva una santa vida como portera del convento.

A los cinco años, estando un día en sus oraciones, ve a un sacerdote que quiere decir la misa y no tiene quién le ayude. Ella experimenta un vivo deseo de ayudarle y, de pronto, ve dos hermosas manos; extiende hacia ellas sus muñones y las manos se sueldan a ellos.

Entretanto el conde ha regresado a Marsella, pero sintiendo ira hacia su madre, determina abandonar sus Estados y no volver en tanto no encuentre a su esposa. Después de trece años de búsqueda la encuentra en el convento. Vuelven a Marsella en donde tienen varios hijos. Las cuatro hijas del conde llegan a ser reinas, la una de Aragón, la otra de Francia, la tercera de Castilla y la cuarta de Inglaterra  
(Puymaigre 1884,199; Cox 1893, LXII; Däumling 1912,19,39-41; Bolte-Polivka 1913,299; Espinosa 1947, 379; Suchier 1884, XLII-XLIII)

6b.- La historia de la hija del rey de la Dacia editada por Wesselofsky: "Novelle della figlia del re di Dacia". Pisa 1866.

El manuscrito único de esta novela es del siglo XV, pero el texto pertenece (según d'Ancona, 1872) al siglo XIV. Däumling la sitúa también en el siglo XIV.

Comienza como "La Manekine": el padre, poseído por un incestuoso deseo, abraza y acaricia libidinalmente a su hija, la rubia Elisa. Durante el abrazo su mano toca al padre nel disonesto loco. Para poder desprenderse de él debe prometerle que más adelante cederá a sus deseos. Ya en su habitación, desesperada, pide la ayuda celestial. Y recibe la orden de cortarse la mano que tuvo el pecaminoso contacto. (4)

Cuando llega el padre, ella le cuenta que la mutilación se ha producido, milagrosamente, por efecto del juicio de Dios, mientras ella estaba dormida. El padre, encolerizado, la destierra.

Tras ser abandonada, Elisa llega a Roma, acompañada de su nodriza. Primero piden limosna y más adelante son recogidas y protegidas por una piadosa viuda.

Las voces celestiales aconsejan a un príncipe alemán, el duque Apardo, casarse con la bella desconocida. La madrastra del duque no ve con buenos ojos esa unión. Los milagros se suceden insistiendo en la boda. Se casan. Ella recobra las manos con la bendición nupcial, y a partir de ahí se suceden los mismos acontecimientos que en otras versiones. Vuelve a huir, ahora a Alemania, donde Elisa es elegida por un gran señor alemán, el conde Marco, como nodriza de su hijo. El duque Apardo, que viene a casa de este señor, reconoce a su esposa.

(Puymaigre 1884,198; Däumling 1912, 19,36-39; Cox 1893,LXII; Bolte-Polivka 1913,299; Suchier 1884, XLIV-XLV)

7b.- La historia de la reina Oliva, en octava rima. Según Däumling la versión más antigua data del 1400.

La historia ha sido dramatizada, siguiendo el poema, bajo el título *Rappresentazione di santa Oliva por d'Ancona* (Pisa, 1863) y en el tomo III de sus *Sacre rappresentazioni dei Secoli XIV, XV, XVI* (Florenca, 1872)

Oliva, hija del emperador romano Juliano, padece cuatro castigos: dos veces es abandonada en el bosque, y dos veces es encerrada en una caja y arrojada al mar.

El comienzo es igual que el de "La Manekine", con la diferencia de que aquí el padre es el emperador romano y que su hija, como en el "Victorial", se hace cortar las dos manos.

Encontrada por el rey de Bretaña, Oliva es conducida a su palacio con el encargo de cuidar al príncipe que todavía está en la cuna.

Un barón se enamora de ella. Rechazando sus requerimientos, ella tira la cuna que no puede levantar de nuevo porque no tiene manos y el barón la acusa de asesinar al niño que ha muerto con la caída. Condenada a muerte, el senescal se apiada de ella y la conduce al bosque donde fue encontrada. La Virgen se le aparece, le devuelve sus manos y le indica un monasterio donde encontrará cobijo.

Un malvado sacerdote le acusa de haber robado un cáliz. Oliva es colocada en una caja que se abandona en la mar. Es reencontrada por unos mercaderes que la llevan al rey de Castilla. Este se casa con ella, pero pronto se marcha lejos de su reino por una guerra. Es entonces cuando Oliva da a luz un hijo. La suegra hará lo mismo que la suegra de "La Manekine".

Oliva, mientras un maniquí se quema en su lugar (una pobre mujer y su hijo, según Suchier), es abandonada una vez más en el mar. Acaba por llegar a Roma en donde encuentra a su marido que había venido a buscar la absolución, pues en la indignación que le habían producido las maquinaciones de su madre, la había hecho perecer. El rey de Castilla reconoce a su esposa, el emperador reconoce a su hija, y todo acaba bien.

(Puymaigre 1884, 197; Suchier 1884, XLVI-XLVIII; Cox 1893, LXI; Däumling 1912, 19, 42-44; Bolte-Polivka 1913, 300)

8b.- Capítulo XI de los Miraculi de la gloriosa verzene Maria, Vicenza 1475

Hay diversas ediciones. Una de ellas, citada por todos los estudiosos se encuentra en le *Salut des pécheurs*, publicada en Venecia en 1641 por Agapios, monje del monte Athos.

El milagro italiano ha sido dramatizado en la *Rappresentazione di Stella*, publicado por Emiliani-Guidici en *Storia del teatro in Italia I*, p.311 y por d'Ancona en el tomo III de las *Sacre rappresentazione* (Florenzia 1872)

El padre, que en esta versión es el emperador de Francia y de Roma, en lugar de desear y perseguir a su hija, toma una segunda esposa y ésta, celosa de la belleza de su hijastra, la hace conducir al bosque y ordena que le traigan las dos manos de la desgraciada. El hijo de un duque la encuentra, la cuida y la desposa. Acude a un torneo invitado por el emperador y allí un mensajero le anuncia el nacimiento de dos hijos. A la vuelta del mensajero la malvada emperatriz cambia la carta y se recibe la orden de matar a la duquesa y sus dos hijos. Se les conduce al bosque en donde son recogidos por un ermitaño. La Virgen María devuelve a la pobre duquesa dos manos celestes. El duque, a su vuelta, pregunta por su mujer y se le explica su ausencia. La busca en el bosque y consigue encontrarla. La malvada madrastra es quemada. (Suchier 1884, L-LII; Puymaigre 1884, 203; Däumling 1912, 48-50; Bolte-Polivka 1913, 300)

9b.- La Penta manomozza está relatada en el número 22 del Pentamerone de Giambattista Basile. Aparece en 1637 y debe su interés al dialecto napolitano en que está escrito. Imita el carácter de un cuento popular pero en un estilo afectado, sin la gracia de aquél.

En esta ocasión no es el padre, sino el hermano, quien quiere casarse con la niña tras enviudar. Lo que más le atrae en ella son sus manos.

Penta se hace cortar las manos y se las envía a su enamorado hermano. Es encerrada en una caja alquitranada que flotará sobre las aguas del mar hasta que la encuentra un rey. Rey que está casado, pero después de la muerte de su mujer se casa con Penta en segundas nupcias. Mientras que él está de viaje, ella da a luz a un hijo.

La segunda vez, Penta se escapa por tierra y va a dar con un brujo con quien recobra sus manos. El brujo parece ocupar el lugar que en otras versiones ocupa el ermitaño. Hay otro personaje, Nuccia, que recuerda, por sus celos y por sus ardides con el mensajero, a la suegra de otras versiones.

(Suchier 1884, LII-LIII; Däumling 1912, 52-53)

10b.- Leyenda hispano-arábiga publicada por Robles en: "Leyendas moriscas". Primera versión en I, 43-53. (Citado por Espinosa).

El rey Aljafre es idólatra y tiene una idola de oro. Se enamora de su hija Arcayona y le declara su criminal pasión. La virtuosa hija se rebela y le dice a su padre: -"¡Oh, padre! ¿Cómo puede ser que siendo vuestra hija, sea vuestra mujer y os queráis poner a un pecado tan grande? Yo no he oído ni hallado que ningún padre se case con su hija".

Un día la hija está cerca de la idola y sobre la cabeza de ésta se para una paloma, que es un ángel en esa forma, y aconseja que Arcayona destruya la idola y siga sólo la religión de Allah.

Arcayona destruye la idola y el padre indignado le corta las manos y la abandona en el bosque. La halla el príncipe de Antioquía y se casa con ella. Se declara la guerra y el príncipe se va. Entonces la suegra manda que echen a la reina y un hijo suyo al bosque. Va la reina a la cueva donde antes estaba, con su hijo. Llega el rey y la suegra le dice que la reina y el hijo se habían escapado. Se va en busca de su mujer e hijo y los halla en la cueva. Su mujer había ya recobrado sus manos milagrosamente durante un sueño.

(Espinosa 1947, 380)

11b.- Segunda versión de la leyenda hispano-arábica. En: Robles "Leyendas moriscas" I, 182-221.

Un rey romano llamado Nachrab se enamora de su hija Carcayona y quiere violarla. Rehusa ella y el rey incestuoso desista de sus propósitos. El ángel de Dios viene a predicar a Carcayona en forma de paloma la religión de Allah, describiéndole sobre todo al rey las penas del infierno. Carcayona destruye la ídola de oro de su padre. Le corta el rey las manos y la echa al mar en una barca. La halla el rey de Antioquía y se casa con ella. Las mujeres de la corte se ponen muy envidiosas. Se va el rey a un largo viaje y durante su ausencia la reina da a luz un hijo. La suegra la despide con su hijo y se mete en el bosque. Se le aparece el ángel otra vez en forma de paloma y le dice que pida a Dios sus brazos. Los recobra milagrosamente durante un sueño. La halla por fin su marido y vuelven ella y su hijo al palacio.  
(Espinosa 1947, 380)



1c.- Mai Beafior, cuento alemán escrito en dialecto bávaro-austriaco, del siglo XIII (años 1256-58, según Däumling), Publicado por Pfeiffer en 1848 (según Bolte-Polivka):

Beafior, hija del emperador romano Telion y de su esposa Sabie, se ve perseguida por su padre que quiere seducirla. Se escapa ricamente vestida, con la corona en la cabeza, en un barco cerrado y llega a Grecia. Allí la encuentra Mei, conde de Meienland, que se casa con ella. Mientras el conde está en la guerra, ayudando a su tío, el rey de Castilla, contra el pagano rey Kobar, ella da a luz un niño. La suegra cambia las cartas y llegan noticias diciendo que hay quemar vivos a la reina y a sus hijos. Son desterrados y echados al mar en el mismo barco de antes. Por fin, al séptimo día, llegan al Tíber y son recogidos por un senador romano y su mujer. Después de ocho años el conde se reúne con su familia. El emperador transfiere la corona del imperio a su yerno.  
(Espinosa 1947,378; Cox 1893,LVII; Däumling 1912,18; Bolte-Polivka 1913,298; Suchier 1884. XXXII-XXXIII)

2c.- La condesa de Anjou, escrita en 1316 por Jehan Alart, (Maillart, según Däumling)  
Está recogido en los "Manuscrits de la Bibliothèque du Roi", por Paulin Paris, tomo VI, 40.

Esta condesa, jugando al ajedrez con su padre, le inspiró un violento amor. Huye con su camarera, primero a Orléans, luego a Lorris, donde se dedica a trabajar con oro y seda. El conde de Bourges la encuentra y la elige por esposa. Durante la ausencia del conde, su tía la condesa de Chartres, furiosa con su sobrino por su mala boda (pues ignora el rango de la esposa de éste), cambia las cartas y ordena tirarla a un pozo. Los verdugos la dejan escapar con su hijo y llega a Orléans donde su marido la encuentra. Confiesa el secreto de su nacimiento al obispo de Orléans, su tío, que le comunica la muerte de su hermano y padre de la condesa. El conde de Bourges se posesiona de la herencia de su mujer.  
(Puymaigre 1884, 205; Cox 1893, LVIII; Bolte-Polívka 1913, 299;  
Däumling 1912, 18; Suchier 1884, XXXVII-XXXVIII)

3c.- Ystoria regis Franchorum et filie in qua adulterium comitere voluit escrito en latin en 1370.  
Publicado por Suchier en Romania, XXXIX, pp.61-76, (1910)  
La heroína es la hija del rey de Francia. Se casa con un conde en el reino de su padre. Tiene dos hijos. Su marido se ausenta para participar en una fiesta en la corte del rey. La primera carta no es cambiada. La condesa llega a Havorcia en donde un cardenal educa a sus dos hijos. Uno será el rey de Inglaterra y el otro sucederá a su padre en el condado.  
(Suchier 1884, XLI; Däumling 1912, 19; Bolte-Polivka 1913, 299)

4c.- La hija del rey de Francia, romance alemán compuesto en 1401 por un poeta alsaciano, llamado Böheler (o Hans von Bühel)

Böheler es el primero que relaciona el origen de la Guerra de los Cien Años con nuestra leyenda.

Un rey de Francia quería casarse con su propia hija porque era la misma imagen de su madre fallecida. Embajada para pedir dispensa al Papa. La hija escapa sola en un pequeño barco para Calais donde ella había estado viviendo con su padre. Lleva provisiones y material para trabajar en la seda. Llega a Inglaterra, cerca de Londres. Colocándose al borde de un camino busca alguien que la tome en matrimonio; ella, a cambio, se ofrece para cuidar el ganado. Hace algunos trabajos de seda muy bonitos y una caminante la compra algunos para venderlos en Londres. Los compra la mujer del mariscal del rey. Este, sorprendido por la calidad de los trabajos, indaga y recoge en su casa a la desconocida princesa extranjera. La trata como si fuera su propia hija.

El rey visita la casa del mariscal, conoce a la niña, se enamora de ella y se casan con gran magnificencia.

El rey parte a la guerra contra los escoceses y siguen los acontecimientos usuales: nacimiento del hijo, comunicación al rey; la madre intercepta los mensajes y ordena quemar a la reina y al niño.

Se quema en el lugar de la reina a dos terneros, uno más grande y otro más pequeño, y se la abandona en una barca, la misma que ella utilizó en su primera huida. Llega a Roma. Allí es recogida por un romano. Más adelante el Papa toma al hijo bajo su protección.

Los reyes de Francia e Inglaterra acuden a Roma buscando el perdón para sus pecados. Es la confesión del padre lo que conduce al reconocimiento. El padre proclama a la hija como su heredera. Cada uno vuelve a su país. El rey francés muere. El inglés tiene que partir, junto con su hijo, a nueva guerra contra los escoceses. Mientras, muere la reina. Está vacante el trono de Francia y surgen otros aspirantes. El rey de Inglaterra, afligido por la muerte de su esposa, abdica de su derecho en su hijo que será el aspirante legítimo al trono francés.

(Suchier 1884, XLIII-XLIV; Däumling 1912, 20; Bolte-Polivka 1913, 299; Cox 1895, LIII)

5c.-El cuento de Emare, poema inglés que se conserva en un único manuscrito del siglo XV, fue publicado por Ritson en *Ancient English metrical romances*, en Londres, 1802, vol.II, pp.204-247.

Un emperador, Artyus, y su esposa Erayne tienen una hija, Emare. A la muerte de la esposa, la hija pasa al cuidado de una nurse, Abro. Un día el emperador ve a su hija con un vestido de oro que le había dado el rey de Sicilia, Sir Tergaunte, y se enamora de ella. Ve la manera de casarse. Obtiene una bula del Papa. Pero ella le rechaza. La embarcan con su vestido a Galys. Allí se convierte en la esposa del rey. Su esposo se une al rey de Francia en la guerra contra los sarracenos y durante su ausencia nace su hijo Segramour. La carta es cambiada por la madre del rey. En la falsa se dice que la reina ha tenido un monstruo. A su vez, la respuesta del rey es convertida en una cruel sentencia. Emare es expulsada. Llega a Roma y va a la casa de un mercader llamado Iurdan.

El rey regresa y destierra a su madre. Después de varios años va a Roma en busca de absolución. Se aloja en la casa donde está Emare y le sirve a la mesa su propio hijo. El viejo emperador, padre de Emare, también va a Roma y se produce el encuentro.  
(Cox 1893, L; Däumling 1912, 19; Bolte-Polivka 1913, 299; Suchier 1884, XLV-XLVI)

6c.- En el siglo XV, Bartolomeo Fazio, secretario de Alfonso I, rey de Nápoles, compuso una novela titulada: *De origine belli inter Gallos et Britannos*, siguiendo un antiguo relato en lengua vulgar. Enseguida esta historia fue contada en italiano por Jacopo di Poggio Bracciolini, en una novela que imprimió con el título: *Storia dell' origine della guerre tra i francesi e gli inglesi* (Florencia, 1542) y reimprimida bajo los de *Novella di incerto autore* (Florencia 1834) y *Novella della Pulcella di Francia* (Lucques, 1850). Tambien Fazio explica con este motivo tradicional, el origen de la Guerra de los Cien Años, pero invierte los papeles: su heroína es hija del rey de Inglaterra y llega a ser reina de Francia.

Eduardo, rey de Inglaterra, tiene una esposa y una hija muy bellas. Cuando su esposa muere hace la promesa de no casarse con nadie que no sea exactamente como ella. Despues de un tiempo los barones urgen al rey para que se case, a fin de asegurar un heredero legítimo. Les cuenta su compromiso y envían embajadores a buscar una novia así a cada provincia de Christendom (de la cristiandad), por Francia, España y otros muchos países, pero todo en vano. Entonces él concibe la horrenda idea de casarse con su hija.

Esta implora a su tío, el conde de Lancaster, y gracias a él consigue retirarse a un monasterio en Viena. Allí es encontrada por el Delfín de Francia que se enamora de ella y la desposa contra la furia de su madre que actúa como las suegras típicas de estas versiones. La princesa huye y se retira a Roma con su hijo. Encuentra un asilo en donde la ve el emperador Enrique escogiéndola para nodriza de un hijo suyo que acaba de nacer. Mientras tanto el Delfín es ya el rey y conoce la falsa noticia de la muerte de su esposa y las infamias de su madre a la que declara la guerra. Despues de una lucha de tres años acaba por vencerla y matarla.

Lleno de remordimientos, llega a Roma a pedir la absolución al Papa. Comiendo con el emperador queda encantado de la gracia de un muchacho y expresa el deseo de pasear con él. Es el hijo de la nodriza en la que el rey de Francia reconoce a su mujer, con la cual vuelve triunfalmente a su reino.

Poco despues de su vuelta tiene otro hijo y para evitar disgustos y protestas, decide que el mayor reinará en Francia y el segundo en Inglaterra que su mujer había heredado, a la muerte de Eduardo.

El rey ordena además en su testamento que todos los años, por Pascuas y por Navidad, el rey de Inglaterra vendrá a Paris y servirá la mesa al rey de Francia

Durante largo tiempo estas disposiciones fueron observadas, pero un día el rey de la Gran Bretaña, mal aconsejado por sus ministros, rehusó someterse a este acto de homenaje y esta fue la causa de una gran guerra y de los odios que duraban todavía en el momento en que escribía el autor de la novela.  
(Puymaigre 1884,203; Cox 1893,LXIII; Däunmling 1912,20; Bolte-Polivka 1913,300; Suchier 1884, XLVIII-XLIX)

Id.-Vida de Constance, en la Chronique anglo-normande de Nicholas Trivet, 1334-1347

De Trivet han tomado la materia para sus poemas sobre Constance, tanto Gower, *Confessio Amantis* (1390), como Chaucer, *Canterbury Tales* (1385)

La heroína se llama Constance y es la hija del emperador Tiberio Constantino y de Ytalia, su esposa. Se casa con el sultán que se bautiza para complacerla. Pero la madre de éste, indignada por la apostasia de su hijo, hace asesinar a todos los cristianos y a su propio hijo y exponer (5) a Contance con su rica dote en una barca sin vela ni remos. Despues de haber flotado durante tres años y ocho meses, llega en la víspera de Navidad a Northumbria. Elda, condestable del rey, y Hermenegilda la recogen en su casa. Enseguida el rey Alle se deja convertir por Contance y se casa con ella.

Mientras que el marido está ausente para combatir a los escoceses, Contance da a luz a un hijo al que llama Mauricio. En Knaresburgh (cerca de York) Domilde, la reina madre, efectúa el cambio de las cartas. Contance es abandonada sobre un barco sin velas ni timón, con sus tesoros y su hijo que tiene diez semanas. Despues de un viaje de cinco años llega a Roma en donde encuentra refugio durante doce años en la casa del senador Arsemius y Heleine, su mujer. Su marido la reencuentra allí. El emperador llega tambien e instituye a Mauricio como corregente y sucesor. Despues de su muerte Tiberio y Constance son enterrados en la iglesia de San Pedro. Elda muere en Tours y es enterrado en la iglesia de San Martín. El rey Alle es sepultado en Winchester.

(Cox 1893,L; Däumling 1912,19; Bolte-Polivka 1913, 299; Suchier 1884, XXXVIII-XLI)



20.- Novella di Dionigia, incluida en "Il Pecorone", de Giovanni Fiorentino (1378).

La princesa Denise de Francia, para evitar una desagradable boda con un viejo príncipe germano, se escapa a Inglaterra vestida de peregrino y entra en un convento. El rey de Inglaterra pasa por allí, se enamora y se casa con ella. Estando él en guerra, en Escocia, ella da a luz, gemelos. La madre de él envía una carta diciendo que han nacido dos monstruos y la respuesta del rey diciendo que no importa, que les prodiguen toda clase de cuidados, la sustituye por otra en que ordena su destrucción y la de la reina.

La persona encargada de la ejecución permite a la reina y a sus gemelos huir a Genoa. Al cabo de unos años la descubre su esposo en Roma. Vuelve triunfante con él a Inglaterra.

(Cox 1893,LI; Däumling 1912,19; Bolte-Polivka 1913,299)

3d.- Chaucer, en Cuentos de Canterbury (h.1385), incluye la historia de Constanza bajo el epígrafe: "Cuento del jurisconsulto"

Dada su excesiva longitud, entresacaremos los párrafos imprescindibles para la integridad de la historia: (6)

Había antaño en Siria una compañía de ricos, discretos y honrados mercaderes, que enviaban por doquier sus especias, paños de galón de oro y sedas de bellos colores...Aconteció que los regidoras de aquella gente necesitaron ir a Roma, no sé si por placer o por asuntos de comercio.

Mientras allá estaban les llegaban cada día noticias nuevas de la gran reputación de Constanza, la hija del emperador. Decíase en todas partes: "El señor emperador de Roma tiene una hija sin par por su bondad y belleza..Tiene gran hermosura sin soberbia, y mocedad sin locura ni libertinaje, y además siempre se guía en sus obras por la virtud y vence toda violencia con humildad. Es espejo de cortesía, asilo de santidad su corazón, y su mano pródiga en limosnas.

Fue el caso que los mercaderes acabaron por ver a la feliz doncella, y luego cargaron sus naves y se encaminaron a Siria.

Era uso del sultán de Siria, cuando regresaban de país extranjero, preguntar con ahínco por las noticias de los diversos reinos..Le hablaron de la gran nobleza de la infanta Constanza con tanto detalle y prolijidad que el sultán acogió con júbilo en su mente la imagen de la doncella y todos sus afanes se consagraron a amarla.

Convocó el sultán su consejo privado y, sin demora, díjoles su resolución, afirmándoles que si no conseguía obtener pronto a la infanta Constanza, moriría inevitablemente

-Pronto estoy a bautizarme antes que preder a Constanza..no puedo vivir más tiempo en esta congoja. Hubo negociaciones y embajadas..acordaron que el sultán y sus barones y vasallos recibirían el bautismo y él obtendría en matrimonio a Constanza... De tal manera quedó la bella Constanza a la merced de Dios todopoderoso.

(El autor describe a continuación con todo detenimiento la despedida romana de Constanza que no va por su deseo sino exclusivamente por respeto y reverencia a su padre. Monta a su nave y se dirige a Siria. Mientras tanto la madre de sultán, "un pozo de vicios", intriga con sus fieles, no aceptando la abjuración de su fe que a todos impone el sultán, su hijo.)

- Pingiremos aceptar la religión cristiana...Yo prepararé despues tal fiesta y algazara..que el sultán quedará bien servido..

(Es recibida Constanza por el sultán y por la insidiosa madre que invita a todos a una fiesta. Esta se celebra inmediatamente y en ella el sultán y todos los cristianos fueron cosidos a puñaladas. Sólo se salvó Constanza)

La pusieron a bordo de una nave sin timón y dijéronla que viajase sola hasta Italia. Llevaba consigo su tesoro privado y también ropas y buen pertrecho de provisiones..Días y años flotó Constanza, siempre a la deriva..

En fin, siempre flotando a través del furioso mar, fue Constanza arrojada hasta nuestro océano y al cabo las olas hicieron varar su nave en la arena, junto a los muros de un castillo de Northumberland

Es recogida por el condestable y su mujer, Heremenegilda, que enseguida se encariñan con esta desconocida que dice haber perdido la memoria y habla en un latín corrompido. Ambos son paganos, pero tardan poco en ser convertidos al cristianismo por la briosa Constanza. Este condestable gobernaba un castillo del rey Alla, soberano de Northumberland, hombre sabio y gran enemigo de los escoceses.

El diablo, que siempre nos acecha para tendernos sus lazos, viendo la perfección de Constanza y tramando cómo perjudicarla, hizo que un joven caballero de la ciudad se enamorase de ella con pasión criminal y ardorosa, al punto de que el mancebo dijese a sí mismo que moriría si no lograba ver satisfecho su deseo al menos una vez. Y empezó a cortejarla, mas en vano, porque Constanza no quería pecar. Entonces él, afrentado, imaginó hacer perecer a la dama con muerte ignominiosa. Aguardó, pues, la ocasión en que el condestable se hallaba ausente del castillo, y esa noche entró con sigilo en la habitación donde Hermenegilda dormía. También lo hacía Constanza, a la sazón fatigada de las horas pasadas en oraciones. El caballero, impelido por Satanás, se aproximó a hurtadillas al lecho de Hermenegilda, la degolló, puso el puñal junto a Constanza y huyó del castillo.

Aunque las circunstancias parecen condenarla nadie, salvo el calumniador caballero, la acusan. Ella solicita ayuda al cielo y cuando el caballero, a petición del rey, jura sobre el libro sagrado que Constanza es la asesina, se opera el milagro. Un manotazo invisible le derriba en tierra mientras una voz le declara perjuro. Ejecutan al caballero y el cielo dispone aue el rey Alla se case con la santa, hermosa y humilde doncella. Pero alguien hubo que miró mal aquel casamiento, y fue Donegilda, madre del rey y mujer muy abundosa en crueldad.

Lo que sigue es conocido: ella embarazada; él parte a guerrear con los escoceses; la deja al cuidado de un obispo y su condestable; ella da a luz, Mauricio; envían cartas al rey; el mensajero es engañado por la reina madre que sustituye las cartas. La que le envían dice:

"La reina ha dado a luz tan hórrida e infernal criatura, que no hay en el castillo persona que ose permanecer un instante cerca de ese ser. Ahora vemos que la madre es un demonio, traído aquí para nuestra desgracia, mediante encantos y brujerías, y todos procuran apartarse de ella"

La contestación del rey:

"Siempre recibiré bien lo que Cristo me dé, pues para algo estoy instruido ahora en su doctrina. ¡Cúmplase, Señor, tu determinación y voluntad; que yo someto mis deseos a tu providencial. Cuidad, pues, al recién nacido, ya sea feo o hermoso, y cuidad también a mi esposa hasta que yo regrese. Cuando plegue a Cristo, me enviará un heredero más satisfactorio"

Vuelve a ser sustituida por esta otra:

"El rey ordena a su condestable que, so pena de la horca y otros suplicios, no consienta que Constanza permanezca en este reino más de tres días y un cuarto de día. Antes bien, la embarcará, con su hijo y todos sus bienes, en la nave donde vino, alejándola luego de tierra, con prohibición de que vuelva jamás"

Todos se extrañan, todos lloran, pero se cumple la sentencia.

Vuelve el rey, averigua lo sucedido y mata a Donegilda por traidora.

Cinco años duró la navegación de Constanza. Al cabo fue a parar al pie de los muros de un castillo de infieles donde recomienzan sus desdichas.

El intendente del señor del castillo (¡maldígale Dios, que era ladrón y renegado de nuestra fe!) fue a buscar a la mujer a solas y le dijo que habría de ser suya, así ella quisiera como sí no.

..clamaba su hijo y ella lanzaba dolorosos lamentos; pero al fin la bienaventurada María le prestó su socorro, y mientras el malvado forcejeaba con su víctima, resbaló y cayó por la borda, ahogándose merecidamente en el mar. De esta suerte mantuvo Cristo pura a Constanza.

El cuento deja a Constanza otra vez a la deriva en su barca, con su hijo, y se interesa por lo que pasó con el emperador cuando se enteró de lo mal que habían acabado las bodas de su hija con el sultán

Encolerizado el César, envió a su senador y a muchos caballeros con patentes reales, para que tomasen cruel venganza de los sirios. Hicieronlo así, y en tierra siríaca incendiaron, mataron y tuvieron a todos los musulmanes en gran tribulación durante muy dilatado tiempo...al cabo retornaron a Roma. Y cuando el senador navegaba con regia pompa, halló, según las crónicas cuentan, el barco en que la entristrecida Constanza flotaba sobre las olas. El dignatario no conoció quién era aquella mujer, ni supo por qué estaba en semejante situación, y ella resolvió callarlo aunque le costase la vida.

Tampoco la reconoce la mujer del senador, tía de Constanza.

Ahora el cuento se ocupa del rey Alla:

Un día Alla sintió tan vivo remordimiento por haber matado a su madre, que resolvió ir a Roma y hacer penitencia.. Corrió por Roma la voz de que habían llegado embajadores del rey Alla, precediéndole en su peregrinación..salio el senador a caballo para encontrarle.

..fue el senador a un festín que Alla le daba en su alojamiento, y llevóse consigo al hijo de Constanza... allí estuvo el infante y mientras comía no dejó, segú le mandara su madre, de mirar al rey Alla a la cara, ya que le tenía delante de él.

El rey empieza a suponer la identidad de la madre del muchacho, va a casa del senador, se reconocen y, tras vencer los recelos y resentimiento de Constanza, conocen lo sucedido y "de tanta ventura gozaron como ninguna persona ha visto ni verá -salvo la dicha perdurable-mientras el mundo exista"

Más adelante es reconocida por el padre. Mauricio es ungido emperador por el Papa. Constanza y el rey Alla marchan a Inglaterra y vivieron felices..por poco tiempo. Al año Alla muere. Constanza retorna a Roma donde "vivieron todos en la virtud, ejecutando santas obras de caridad cristiana, sin nunca separarse mientras la muerte no les desunió.

(Chaucer 1984, 75-93)

-----  
TEXTOS DE LAS VERSIONES POPULARES  
-----

-----  
Ciclo de "La niña perseguida"  
-----

1.- "La niña sin brazos" (Tipo 706)

1.1.-La niña sin brazos (E 137)

Era un molinero que tenía una hija muy buena, y a todos los pobres que iban a pedir les daba la harina. Y la dijo su padre:

-Mira, si das más harina a los pobres, te voy a matar. Y ella, como era muy caritativa, no hacía caso, y seguía dando la harina a los pobres. Y un día su padre la llevó al campo y la cortó los brazos, la sacó los ojos y la ató a un árbol.

Un día el rey iba de caza y oía gemidos por allí, y decía:

-Por aquí debe de haber alguna persona.

Fue por allí y se encontró a la joven, la montó en su caballo y la llevó a palacio. Se quiso casar con ella; pero su madre le dijo que no se casaría, que qué iba a hacer con una mujer sin brazos y ciega. El no hizo caso y se casó con ella.

Entonces el rey se tuvo que ir a la guerra. Y nacieron dos niños, niño y niña, con una estrella en la frente. Y su madre, en vez de decirle que habían nacido dos niños, envió a un hombre diciendo que su mujer había tenido un perro y un gato, y que vendría a matarla. La reina, al oír estas palabras, cogió un borrico con un serón y metió a los dos niños.

Iba caminando y llegaba a un arroyo. Y la dijo un caminante que pasaba por allí:

-Señora, apártese usted, que se va a caer a un arroyo. Después llegó a otro arroyo. Y se le apareció la Virgen y la dijo:

-¿Ves ese arroyo que hay ahí? Mójate los muñones.

Y le salieron los brazos.

-Ahora, con los brazos, lávate los ojos.

Recuperó la vista.

Después llegó a una ciudad. Allí había una casa que nadie quería habitar. Y ella quiso meterse; pero no la dejaban. Después se metió allí, y como no tenía nada, la Virgen le dio ropas, dinero y muchas cosas para que se alimentaran ella y sus dos hijos. Después, allí, todos los pobres que iban a pedir le daba limosna; los que iban desnudos los vestía.

El rey se enteró y fue él también. Cuando fue el rey, sus hijos le reconocieron y decían:

-¡Sí éste debe de ser nuestro padre!

Y entonces la mujer también le reconoció. Y vivieron felices y comieron perdices, y a nosotros nos dieron con el plato en las narices.

Covarrubias, Burgos.

Narrador XLIII, 4 de junio, 1936.



1.2.- La niña sin brazos (RA 31)

Este era un leñador que todos los días tenía que ir al monte a por leña para mantener a su mujer y a una hija muy guapa que tenían. Un día le salió un hombre de detrás de una encina y le dijo:

-Si me das a tu hija, te haré el hombre más rico del mundo.

Y para demostrárselo le entregó un talego lleno de monedas de oro. El hombre regresó a su casa y le contó a su mujer lo que le había pasado. Esta se puso muy contenta, cuando vio tanto dinero, y dijo que, aunque se tratara del mismo diablo, le entregarían a su hija.

Al día siguiente el leñador volvió a hablar con el hombre del monte, que era el diablo, y quedaron en que a la hora de la siesta éste iría a recoger a la muchacha. Y así fue. Aprovechando que la niña estaba dormida, el demonio la montó en su caballo y entregó otro talego de monedas de oro a los padres. Luego se marchó a todo correr. Cuando la niña se despertó, al ver que la llevaba un desconocido, hizo la señal de la cruz.. Entonces el demonio se enfadó mucho, paró el caballo y con su cuchillo le cortó los brazos a la niña para que no pudiera hacer más la señal de la cruz. Luego la desnudó y la colgó por los pelos de la rama de una encina, y allí la dejó.

Muy cerca de aquel lugar se hallaba el palacio del rey. Un día se organizó una cacería y los perros del rey se encontraron a la niña sin brazos. Desde entonces todos los días le llevaban la comida que a ellos les daban en el palacio, de manera que se iban quedando cada vez más flacos. El hijo del rey decía:

-¿Por qué estarán mis perros cada vez más flacos? ¿Es que los criados no les dan de comer?

Pero los criados dijeron que sí, y entonces el príncipe dijo que había que vigilar a los animales. El mismo fue detrás de ellos, y así descubrió a la hermosa niña colgada de un árbol. En seguida mandó que la bajaran de allí y se la llevó al palacio.

Al poco tiempo el hijo del rey les dijo a sus padres que quería casarse con la niña sin brazos. Los padres dijeron que sería una deshonra casarse con una mujer que no podría criar a sus hijos. Pero el muchacho dijo que eso no importaba, teniendo criados. Y se casó con la niña sin brazos.

Al poco tiempo murió el rey. El príncipe heredó la corona y su mujer fue reina. Pero pronto se declaró una guerra y el nuevo rey tuvo que irse a luchar. Estando en guerra, su mujer tuvo dos mellizos como dos luceros y se lo mandaron decir al rey en una carta.

Pero el diablo se hizo con ella en mitad de camino y puso otra donde se decía que la reina había tenido dos monstruos. El rey escribió otra carta donde decía: "Que los críen hasta que yo vuelva". Pero otra vez el demonio se hizo con la carta y escribió otra diciendo: "Coge a los mellizos y degúéllalos inmediatamente." Cuando la reina leyó la carta, se puso a llorar y pensó que a sus hijos no los mataría por nada del mundo. Le contó a su suegra lo que pasaba y ésta la ayudó a escaparse. Le puso unas alforjas sobre los hombros y metió a los mellizos en ellas, uno a cada lado.

La muchacha se fue camino adelante, venga a andar, venga a andar, hasta que sintió hambre y sed, lo mismo que sus hijos. Se acercó a un pastor y a una pastora que estaban por allí cerca y les pidió que le pusieran a sus hijos a mamar, uno en cada pecho. Y así lo hicieron. Luego se los metieron otra vez en las alforjas. Ella les preguntó que dónde podría beber y los pastores le dijeron que muy cerca había un arroyo y más adelante una casa donde podría quedarse.

La niña llegó al arroyo y se agachó para beber. Por más cuidado que puso, se le cayeron los dos niños al agua, y, al quererlos coger para que no se ahogaran, le salieron los dos brazos y con ellos pudo salvar a sus hijos.

Se puso en camino otra vez y, cuando ya se iba haciendo de noche, divisó una lucecita y se encaminó hacia ella. Llegó a una casa donde no había nadie y allí se quedó a vivir con sus hijos.

Al cabo de unos años, ya el rey había vuelto de la guerra y estaba cazando por aquellos lugares, cuando se le hizo de noche. Vió la luz de la casa y se dirigió hacia ella. En cuanto la muchacha le abrió la puerta, le paració que la conocía de algo, pero no dijo nada. Se sentó a comer con ellos, mientras la mujer le contaba su historia, pero él no decía nada. Los dos niños no hacían más que mirarlo también y él a los dos niños, fijándose en ellos y en su madre. Por fin le dijo a ella:

-Si usted no tuviera brazos...

Y siguió comiendo. Y al rato otra vez se lo dijo:

-Si usted no tuviera brazos...

La mujer había preparado de postre un pastel, y dentro había metido el anillo de bodas, de manera que, cuando él se lo encontró, comprendió de pronto que aquella era su mujer y aquellos sus hijos. Los abrazó y todos contentos regresaron al palacio, donde vivieron felices muchos, muchos años.

### 1.3.- Oliva (IC 71)

Sucedió una vez que un judío acaudalado, que había quedado viudo con una niña recién nacida, tuvo que dejarla en manos de unos campesinos cristianos para que la educasen.

El campesino, al principio, no quería aceptar el encargo. -Yo tengo hijos propios -dijo-, y no puedo educar a su hija en la creencia judía. Estará siempre con mis hijos y se habituara a nuestras costumbres cristianas.

-No importa -respondió el judío-, debe hacerme el favor de tenerla con usted, y recibirá su recompensa. Si cuando haya cumplido diez años no vengo a buscarla, haga con ella lo que le plazca, porque querrá decir que ya no he de volver nunca y la niña se quedará con ustedes.

Así fue como el campesino y el judío llegaron a un trato y el judío partió en viaje de negocios por países lejanos. La mujer del campesino hizo las veces de nodriza con la niña, y al verla tan grácil y cariñosa le cobró tanto afecto como si fuera hija propia; la niña pronto aprendió a caminar, a jugar con los otros niños y a realizar las tareas correspondientes a sus pocos años, pero nadie le enseñó jamás las normas cristianas. Escuchaba las plegarias de los demás, pero ella no sabía nada de religión y en esas condiciones llegó a los diez años.

Cuando cumplió los diez, los campesinos esperaban de un día a otro la llegada del judío. Pero pasaron once años, y luego doce, y aun trece y catorce, y el judío no apareció. Los campesinos pensaron que había muerto y dijeron:

-Ya hemos esperado bastante. Es hora de bautizar a esta niña.

La instruyeron en los hábitos de la iglesia, y luego la bautizaron con una gran fiesta, y toda la aldea fue a presenciar el acontecimiento. La llamaron Oliva y la mandaron a la escuela para que aprendiera labores femeninas, y también a leer y escribir. Así llegó a los dieciocho años, y Oliva era realmente una muchacha bien dotada, culta, buena, hermosa y querida por todos.

La familia de los campesinos vivía feliz y sin esperar ningún imprevisto, cuando una mañana oyeron llamar a la puerta. Abren y es el judío.

-He venido en busca de la niña.

-¿Qué? -exclamó la madre-. Usted había dicho que si no volvía en diez años hiciéramos lo que se nos antojara, porque en ese caso era nuestra. Han pasado dieciocho años. ¿Ahora qué pretende? ¡A Oliva la hemos bautizado y ya es cristiana!

-Eso no importa -respondió el judío-, si no vine antes es porque no he podido. Pero es mi hija y la quiero de vuelta.

-¡Pues nosotros no se la devolvemos! -gritaron a coro los campesinos.

Se originó un gran pleito. El judío recurrió al tribunal, y el tribunal sentenció que si la hija era suya no podían quitársela; de manera que esa pobre gente se vio obligada a obedecer la ley. Todos lloraban, y la más desesperada era Oliva, porque su padre era para ella un desconocido, y no sin lágrimas se alejó de esos bondadosos campesinos que habían sido su padre y su madre durante tantos años. En el momento de la despedida, la mujer puso en manos de Oliva el Libro de Horas de la Virgen, y le recomendó que nunca olvidase que era cristiana. Así se separaron esas almas piadosas.

El judío, cuando estuvo en casa, se apresuró a decir: -Aquí somos judíos, y tú también, y creerás en lo que creemos nosotros. Pobre de ti si te encuentro leyendo el libro que te dio tu nodriza: la primera vez lo arrojaré al fuego y te azotaré, la segunda te cortaré las manos y te echaré de casa. Sé juiciosa, lo digo en serio.

Ante semejantes amenazas, la pobre Oliva tuvo que fingir que era judía cuando estaba en público; pero cuando estaba encerrada en su cuarto entonaba las plegarias de la Virgen y las letanías, y su fiel camarera permanecía de guardia por si su padre aparecía de improviso. Pero todo fue inútil, porque un día el judío la sorprendió en el reclinatorio con el libro abierto. Lo arrojó al fuego con furia, y a ella le pegó sin misericordia.

No por eso Oliva se dejó intimidar. Le encargó a la camarera que le comprara un libro igual al primero y siguió leyéndolo. Pero al judío, que desconfiaba de ella, no dejaba de vigilarla a hurtadillas; así un día irrumpió en el cuarto y volvió a sorprenderla. Esta vez, sin decir una palabra, la llevó junto a un banco de carpintero, le hizo extender las manos y se las cortó con una cuchilla. Luego ordenó que la llevaran a un bosque y la abandonaran.

La desdichada estaba más muerta que viva, y sin manos no tenía modo de ayudarse. Empezó a caminar hasta que llegó a un gran palacio. Quería entrar y pedir un poco de caridad, pero alrededor había un murallón alto y sin puertas, en cuyo interior florecía un hermoso jardín. Por encima de la cresta del murallón sobresalían las ramas de un peral buré, cargado de frutos maduros.

-¡Oh! ¡Si al menos consiguiera una de esas peras! -exclamó Oliva-. ¿Pero cómo lo hago para alcanzarlas? Apenas dice estas palabras, el murallón se abre y el peral baja las ramas. De tal manera que Oliva, pese a no tener manos, podía llegar a las peras con los dientes y comerlas aun sin que cayeran del árbol. Cuando estuvo satisfecha, el árbol volvió a levantar las ramas, el murallón volvió a cerrarse, y Oliva se volvió al bosque. Como ya conocía el secreto, todos los días a las once pasaba debajo del peral para desayunar con sus frutos; luego regresaba a las honduras del bosque, donde se quedaba incluso a pasar la noche.

Esas peras eran muy preciadas, y una mañana el Rey que vivía en ese palacio quiso probarlas y mandó a un criado para que le trajera alguna. El criado volvió muy afligido:

-Majestad, hay algún animal que trepa al árbol y roe las peras dejando apenas el rabillo.

-Lo atraparemos -dijo el Rey.

Se construyó una cabaña de ramas y empezó a montar guardia por la noche, pero aunque sacrificaba el sueño las peras siempre aparecían mordidas.. Entonces decidió montar guardia de día, y a las once vió que el murallón se abría, el peral bajaba las ramas y Oliva mordía ya una pera ya otra. El Rey, que estaba listo para abrir fuego, del asombro, dejó caer la escopeta y el murallón volvió a cerrarse y la muchacha desapareció sin que él atinara a hacer nada, salvo admirar la belleza de la muchacha.

Se apresuró a llamar al criado y los dos batieron el bosque en busca de la ladrona. Y así fue como la encontraron dormida en lo más espeso de un matorral.

-¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? -le preguntó el rey-. ¿Cómo osas venir a robarme las peras? ¡Casi te dejo muerta de un tiro!

Oliva, por toda respuesta, le mostró los muñones.

-¡Pobre muchacha! -dijo el Rey-. ¿Quién fue el bribón que te cortó de este modo? -y pidió que le contara la historia-. No me importa lo de las peras -dijo después de escucharla-. Ven a quedarte en mi palacio. Mi madre la Reina seguro que te hará compañía y que te ayudará.

Así Oliva fue presentada a la Reina, pero el hijo no le habló del peral que bajaba las ramas ni del murallón que se abría, por temor a que la madre la considerara una bruja y le tomara odio. De hecho, la Reina no se negó a tener consigo a la muchacha, pero mucho no la quería y la daba de comer escasamente, porque había advertido que su hijo se fijaba demasiado en las bellezas de esta mujer sin manos. Para quitarle de la cabeza cualquier idea que se le hubiese metido, le dijo:

-Hijo mío, es hora de que busques mujer. Hay muchas princesas casaderas de tu mismo rango; toma caballos, criados y dinero y recorre el mundo hasta encontrarla. El Rey partió para no desobedecer a la madre, y pasó seis meses visitando las Cortes de otros países. Pero a los seis meses volvió a casa y dijo:

-Escuchadme, madre, no os enfadéis. Princesas en el mundo no faltan, y basta con querer una. Pero no he encontrado ninguna tan hermosa y gentil como Oliva. Por lo tanto he resuelto casarme con Oliva.

-¿Cómo? -exclamó la Reina-. ¿Una muchacha del bosque, manca y de origen desconocido? ¿Quieres deshonorarte?

Pero el Rey se negó a escuchar a su madre, y sin esperar más concertó las bodas con Oliva.

A la vieja Reina no le gustaba nada esa historia de tener una nuera de estirpe desconocida, así que a Oliva no le ahorraba desdenes ni desaires, aunque siempre tratando de no enemistarse con el Rey. Oliva se callaba por prudencia.

Al poco tiempo Oliva quedó embarazada y el Rey se puso muy contento, pero de pronto otros Reyes vecinos le declararon la guerra y él se vió obligado a marchar al frente de sus tropas en defensa del Reino. Antes de partir, quiso confiarle a su madre el cuidado de Oliva, pero la vieja Reina le dijo:

-No, no puedo hacerme cargo de algo tan delicado; más aún, me iré de palacio y me encerraré en un convento.

Por lo tanto Oliva se quedó sola en palacio, y el Rey le recomendó que todos los días le enviara una carta con el correo. Así el Rey partió al campo de batalla, la vieja Reina para el convento, y Oliva permaneció en la Corte con toda la servidumbre. Cada día un correo salía de la Corte con una carta de Oliva para el Rey,, pero al mismo tiempo una tía de la vieja Reina hacía de correveidile entre la Corte y el convento, para mantenerla al corriente de todo lo que sucedía. Cuando la Reina supo que Oliva había dado felizmente a luz dos hermosos niños, dejó el convento y volvió a palacio con el pretexto de ayudar a la nuera. Se hizo acompañar por los guardias, obligó a Oliva a levantarse de la cama, le puso una criatura en cada brazo y ordenó que la devolvieran al bosque donde el Rey la había encontrado por primera vez.

-Abandonadla ahí para que muera de hambre -dijo a los guardias-. ¡Quien transgreda mis órdenes perderá la cabeza, y también la perderá quien llegue a comentar este asunto!

Después, la Reina vieja escribió a su hijo que su mujer había muerto en el parto junto con las criaturas y, para que la mentira fuera convincente, hizo confeccionar tres fantoches de cera y organizó un gran servicio fúnebre en la capilla real, presentándose bañada en lágrimas y vestida de luto.

El Rey, allá en la guerra, no encontraba sosiego al enterarse de esa desgracia, y ni por un momento sospechó que se trataba de una perfidia de su madre.

Pero volvamos a Oliva, quien sin manos y en medio del bosque, con esas criaturas en los brazos, se moría de hambre y de sed. Caminó y caminó hasta llegar a un pozo de agua, donde una viejecita lavaba la ropa.

-Buena mujer -dijo Oliva-, ¿me harías la caridad de retorcer sobre mi boca uno de esos paños mojados? Me muero de sed.

-No, vale más que hagas lo que te voy a enseñar -respondió la viejecita-. Arrodíllate y baja la boca hasta el agua.

-¿Pero no ves que no tengo manos y debo tener en brazos a mis criaturas?

-No importa. Haz la prueba.

Oliva se arrodilló, pero mientras se inclinaba sobre el pozo, los dos chicos se le resbalaron, cayeron y desaparecieron bajo el agua.

-¡Oh, mis hijitos, mis hijitos! ¡Socorro! ¡Se ahogan! ¡Ayúdenme!

La viejecita no se movió.

-No tengas miedo, no se ahogan. Rescátalos.

-¿Y cómo lo hago? ¿No ves que no tengo manos?

-Sumerge los muñones.

Oliva sumergió los muñones en el agua y sintió que volvían a crecerle las manos, y con las manos agarró a los niños y los sacó sanos y salvos.

-Ahora puedes irte -dijo la viejecita-. Ya no te faltan manos para arreglártelas por ti misma. Adiós.

Y desapareció antes de que Oliva tuviese tiempo de agradecer- le ese inmenso favor.

Oliva caminó al azar por el bosque en busca de un refugio, y encontró una hermosa casita, nueva y con la puerta abierta de par en par. En el hornillo hervía una olla de patatas y otras comidas más sustanciosas. Oliva dió de comer a sus hijos, comió a su vez, y luego se dirigió a un cuarto donde había una cama y dos cunas. Puso a dormir a los niños y luego también ella se acostó. Así vivió en esa casita sin que nunca le faltase nada y sin ver nunca a alma viviente.

Pero dejemos a Oliva y volvamos al Rey, que al terminar la guerra volvió y encontró su país enlutado. Su madre trataba de consolarlo, pero él se desesperaba más a medida que transcurría el tiempo, y para distraerse quiso ir de cacería. En el bosque lo sorprendió una tormenta tan feroz que la tierra parecía partirse bajo los rayos y los truenos. "¡Ojalá me muriera!", se decía el Rey. "¿De qué vale este mundo sin Oliva?". Pero en medio de los árboles vió una lucecita y fue hacia ella en busca de protección. Llamó a la puerta y le abrió Oliva. El no la reconoció, y ella guardó silencio, pero lo recibió con gran gentileza y lo invitó a acercarse al fuego para calentarse, trabajando sin descanso con tal de complacer al huésped y ayudada por sus pequeños.

El Rey la miraba y tenía la impresión de que se parecía mucho a Oliva, pero al verle las manos sacudía la cabeza. Y a los niños que brincaban a su alrededor les decía:

-¡También yo pude tener niños como éstos para mi consuelo! ¡Pero han muerto con su madre, y yo me encuentro solo y desdichado!

Mientras tanto, Oliva se alejó para preparar la cama para el huésped y llamó a los chicos:

-Escuchad -les dijo en voz baja-, cuando volvamos con él, pedidme que os cuente un cuento. Yo diré que no, e incluso os amenazaré con un par de bofetadas, pero vosotros insistid en que queréis que os lo cuente.

-Sí, sí, madre. Haremos lo que nos dices.

Y en efecto, cuando volvieron junto al hogar empezaron:  
-¡Mamá, mamá, cuéntanos uno de tus cuentos!  
-¡Pero os parece oportuno! ¡Es tarde y este señor se aburriría, cansado como está!  
-¡Anda madre, danos este gusto!  
-¡Si no os calláis, os doy un par de bofetadas!  
-¿Por qué, pobrecitos? -intervino el Rey-. Déles el gusto. Yo todavía no tengo sueño y escucharé con mucho placer.

Después de tanto rogar, Oliva se sentó y empezó a contar el cuento. El Rey se puso cada vez más serio. Escuchaba con ansiedad y preguntaba: "¿Y después? ¿Y después?", porque era la historia de la vida de su pobre mujer. Y no se atrevía a confiar en sus esperanzas a causa de ese misterio de las manos, hasta que no pudo más y preguntó:

-¿Y con las manos cortadas, qué pasó?

Y Oliva le contó lo de la viejecita que lavaba.

-¡Entonces eres tú! -gritó el Rey, y se abrazaron y se besaron. Pero después de haber manifestado su alegría, el Rey recobró su expresión adusta-. Ahora hay que volver a palacio -dijo-, ¡porque mi madre lo pagará como debe!

-¡Eso no! -dijo Oliva-. Si de veras me quieres debes prometerme que no le infligirás ningún castigo a tu madre. Bastante tendrá con sus remordimientos. Y además, pobre vieja, creía servir a los intereses del Reino. Déjala con vida, porque yo le perdono todo el mal que hizo.

Así que el Rey regresó a palacio y no le dijo nada a su madre.

-Estaba preocupada por ti -le dijo ella-. ¿Cómo has pasado la noche, en medio de esa tormenta?

-La pasé bien, madre.

-¿Y cómo? -preguntó la Reina con cierta desconfianza.

-En casa de gente bondadosa que supo mantenerme alegre. Es la primera vez que encuentro consuelo desde la muerte de Oliva. Pero decidme, madre: ¿de veras está muerta?

-¿Pero qué estás preguntando? ¡Si todo el pueblo presenció el funeral!

-¿Quisiera ir a depositar unas flores en su tumba, y saber bien cómo sucedió...

-¿Pero qué es ese retintín de sospecha? -dijo la Reina roja de furia-. ¿Te parece que ése es modo de hablarle a tu madre, como si dudaras de mi palabra?

-Vamos, madre. ¡Dejémonos ya de mentiras! ¡Ven aquí, Oliva!

Y entró Oliva trayendo a sus hijos de la mano. La Reina, de roja de rabia pasó a blanca de susto. Pero Oliva le dijo:

-No tengáis miedo, que no os haremos ningún daño. Nos basta con la felicidad que hemos reencontrado.

La Reina volvió a enclaustrarse en el convento, y el Rey y Oliva permanecieron en paz toda la vida.

(Montale Pistoiése)



#### 1.4.- La muchacha sin manos (G 31)

Un molinero se había ido volviendo pobre poco a poco, y al fin no tenía más que su molino, detrás del que había un gran manzano. Una vez que fue al bosque para recoger leña, se presentó ante él un hombre viejo al que no había visto en toda su vida.

-¿Por qué te martirizas cogiendo leña? Yo te haré rico si me prometes lo que está detrás de tu molino.

"¿Qué otra cosa puede ser más que el manzano?", pensó el molinero y dijo:

-Sí -y se lo prometió al forastero. Este se rió, sin embargo, burlonamente y dijo:

-Dentro de tres años vendré y recogeré lo que me pertenece -y se marchó.

Cuando el molinero llegó a su casa, le salió al paso su mujer y dijo:

-Molinero, ¿de dónde viene esta repentina riqueza en nuestra casa? De pronto están llenos de oro todos los cajones y cajas, nadie lo ha traído y yo no sé cómo ha pasado.

El contestó:

-Viene de un forastero que me he encontrado en el bosque y que me ha prometido grandes riquezas; yo le he prometido a cambio lo que está detrás del molino; bien le podemos dar el manzano por esto.

-¡Ay, marido! -dijo la mujer asustada-. Ese es el diablo; no ha pensado en el manzano, sino en nuestra hija que estaba detrás del molino y barría el patio.

La hija del molinero era una muchacha piadosa y hermosa y vivió los tres años siguientes temerosa de Dios y sin pecado. Cuando pasó el tiempo y llegó el día en que la debía recoger el diablo, se lavó cuidadosamente y trazó con una tiza un círculo alrededor de ella. El diablo apareció muy temprano, pero no pudo acercársele. Furioso, le dijo al molinero:

-Quítale toda el agua para que no se pueda lavar más, pues de lo contrario no tendré poder sobre ella.

El molinero sintió miedo y lo hizo. A la mañana siguiente vino otra vez el diablo, pero ella había llorado encima de sus manos y las tenía totalmente limpias. De nuevo no se pudo acercar y le dijo furioso al molinero:

-Córtale las manos, si no, no puedo hacerme con ella.

El molinero se asustó y contestó:

-¿Cómo puedo cortarle las manos a mi propia hija?

Entonces el malvado le amenazó y dijo:

-Si no lo haces, entonces serás tú el que seas mío, y te llevaré conmigo.

El padre sintió miedo y prometió obedecerle.

Después de esto fue junto a la muchacha y dijo:

-Hija mía, si no te corto las manos, me llevará el diablo, y por miedo se lo he prometido, perdóname que te haga daño.

Ella contestó:

-Querido padre, hazme lo que quieras, yo soy tu hija.  
A continuación extendió las manos y se las dejó cortar.  
El diablo volvió por tercera vez, pero ella había llorado tanto sobre sus muñones, que estaban inmaculados. Entonces se vio obligado a retirarse y perdió todos los derechos sobre ella.

El molinero dijo:

-He ganado tantas riquezas gracias a ti, que te mantendré toda la vida de forma excelente.

Ella, sin embargo, contestó:

-Yo no puedo permanecer aquí, tengo que partir. Personas compasivas me darán lo que necesite.

Después de esto se hizo atar sus brazos mutilados a la espalda y a la salida del sol se puso en camino y anduvo toda la jornada hasta que fue de noche.

Llegó entonces a un jardín real, y a la luz de la luna vio que había allí árboles cargados de fruta, pero ella no pudo entrar, pues a su alrededor había agua. Y como había andado tanto y el hambre la martirizaba, pensó: "Ojalá estuviera dentro para poder comer algo de fruta, si no me moriré de hambre".

Se arrodilló e imploró al Señor rezando. De pronto apareció un ángel que cerró con una esclusa el agua, de tal manera que quedara el foso seco, y ella pudo entonces atravesarlo. Entró en el jardín y el ángel con ella. Vio un árbol con fruta, que eran peras preciosas, pero estaban todas contadas. Se acercó y comió una con la boca en el árbol para calmar su hambre, pero no más. El jardinero la vio, pero como el ángel estaba a su lado tuvo miedo y creyó que la joven era un espíritu, se calló y no se atrevió a gritar ni a dirigirle la palabra. Cuando se hubo comido la pera y saciado el hambre, se fue y se escondió en la maleza.

El rey al que pertenecía el jardín bajó al día siguiente, contó las peras, y vio que faltaba una y preguntó al jardinero dónde había ido a parar, ya que no estaba debajo del árbol y había desaparecido. El jardinero contestó:

-La noche pasada entró un espíritu que no tenía manos y cogió una con la boca.

El rey dijo:

-¿Cómo a atravesado ese espíritu el agua y adónde ha ido después de comerse la pera?

El jardinero respondió:

-Alguien vino desde el cielo con un traje blanco como la nieve, cerró la esclusa y detuvo el agua para que el espíritu pudiera pasar por el foso. Y como debía ser un ángel, tuve miedo y ni pregunté ni grité. Después de comerse la pera, el espíritu se fue.

El rey dijo:

-Si ha sido como dices, esta noche permaneceré contigo en vela.

Cuando cayó la noche llegó el rey al jardín, y traía consigo un sacerdote que debería dirigir la palabra al espíritu. Los tres se sentaron bajo un árbol y prestaron atención. A media noche llegó la muchacha saliendo de la maleza, se acercó al árbol y comió otra vez una pera con la boca. Al lado de ella estaba el ángel de blancas vestiduras. Entonces salió el sacerdote y habló así:

-¿Vienes de parte de Dios, o eres de este mundo? ¿Eres un espíritu o un ser humano?

Ella contestó:

-No soy espíritu alguno, sino un pobre ser humano, abandonada de todos menos de Dios.

El rey dijo:

-Si estás abandonada de todos, yo no te abandonaré.

La llevó consigo a su palacio real y, como era bella y piadosa, la amó de todo corazón, hizo que le fabricaran unas manos de plata y la convirtió en su esposa.

Después de un año tuvo el rey que partir a la guerra; encomendó a la joven reina a su madre y dijo:

-Cuando dé a luz, preocúpate de ella y cuidala y escríbeme rápidamente una carta.

Pues bien, ella tuvo un hermoso niño. La madre le escribió inmediatamente y le anunció la buena nueva. El mensajero se sentó a descansar por el camino en un arroyo y, como estaba cansado del largo camino, se durmió. Entonces llegó el diablo, que siempre estaba deseoso de causarle algún mal a la joven reina, y cambió la carta por otra en la que decía que la reina había dado a luz un monstruo. Cuando el rey leyó la carta se asustó y se entristeció profundamente; sin embargo, escribió como respuesta que atendieran bien a la reina y la cuidaran hasta su llegada. El mensajero regresó con la carta, se paró a descansar en el mismo lugar y volvió a dormirse. De nuevo apareció el diablo y le puso otra carta en el bolsillo; en ella decía que mataran a la joven reina con el niño. La anciana madre se asustó sobremanera cuando recibió la carta, no lo quería creer y le escribió al rey de nuevo, pero no recibió ninguna otra contestación porque el diablo le daba al mensajero cada vez una carta falsa. Y en la última carta decía más aún: como prueba debería guardar la lengua y los ojos de la reina.

Pero la madre lloró de tener que derramar sangre inocente, e hizo que le trajeran por la noche una corza, le cortó la lengua, le sacó los ojos y los guardó. Luego le dijo a la reina:

-Yo no puedo dejar que te maten, como manda el rey, pero tú no puedes seguir aquí por más tiempo. Vete con tu hijo por el ancho mundo y no vuelvas nunca más.

Le ató el niño a la espalda y la pobre mujer se fue con los ojos llorosos. Llegó a un gran bosque salvaje; entonces se puso de rodillas y rezó a Dios, y el ángel del Señor se apareció ante ella y la condujo a una pequeña casa. En la casa había una plaquita con la frase: "Aquí viven todos libremente".

De la casita salió una doncella blanca como la nieve:  
-Bienvenida, reina -dijo, y la llevó adentro.  
Entonces le desató al pequeño de la espalda y lo sujetó en su pecho para que mamara y lo puso en una linda camita bien preparada. A esto dijo la pobre mujer:  
-¿Cómo sabes que soy una reina?  
La blanca doncella contestó:  
-Yo soy un ángel enviado por Dios para cuidar de ti y de tu hijo.  
Ella permaneció en la casa siete años y estuvo bien cuidada, y, por la gracia de Dios y a causa de su piedad, le crecieron de nuevo las manos.  
El rey volvió, finalmente, de la guerra y lo primero que hizo fue querer ver a su mujer con el niño. Entonces la anciana madre empezó a llorar y dijo:  
-Hombre despiadado, tú me escribiste que matara a dos almas inocentes -y le mostró las dos cartas que había falsificado el malvado, y siguió hablando-. He hecho lo que me mandaste -y le enseñó como prueba la lengua y los ojos.  
El rey comenzó entonces a llorar mucho más amargamente por su pobre mujer y por su hijito, de tal manera que la madre sintió compasión y le dijo:  
-Tranquilízate, todavía viven; hice matar secretamente a una corza y de ésta tomé las señales de prueba; a tu mujer le até el niño a la espalda y la mandé que se marchase a recorrer mundo y me ha prometido no volver nunca por aquí, debido a que tú estabas tan furioso con ella.  
El rey dijo:  
-Iré hasta los confines del universo y ni comeré ni beberé hasta que haya encontrado a mi querida esposa y mi hijo, si es que mientras tanto no han sufrido una desgracia o se han muerto de hambre.  
Dicho esto se lanzó al mundo durante siete años y los buscó por todas las rocas y cuevas, pero no los encontró y pensó que habían muerto. Durante este tiempo no comió ni bebió, pero Dios le conservó con vida. Finalmente fue a parar a un gran bosque y encontró allí la pequeña casa con la plaquita: "Aquí viven todos libremente". Salió luego la blanca doncella, le cogió de la mano y le llevó adentro diciendo:  
-Bienvenido, señor rey -y le preguntó de dónde venía.  
El contestó:  
-He viajado por ahí durante siete años y busco a mi mujer y a mi hijo, pero no los puedo encontrar.  
El ángel le ofreció comida y bebida, pero no la quiso tomar y solamente quiso descansar un poco. Se echó a dormir y se tapó la cara con un paño.  
A continuación fue el ángel a la habitación donde estaba la reina con su hijo, al que ella llamaba generalmente Rico en Dolores, y le dijo:  
-Sal con tu hijo, tu marido ha llegado.

Ella fue a dónde él estaba y el paño se le resbaló de la cara. Ella dijo:

-Rico en Dolores, levanta el paño a tu padre y cúbrele con él la cara.

El niño lo levantó y le tapó de nuevo la cara. El rey oyó todo esto en sueños y dejó caer el paño otra vez. Entonces el muchachito se puso impaciente:

-Querida madre, ¿cómo puedo yo tapar la cara a mi padre? Yo no tengo padre alguno en la tierra. Yo he aprendido a orar "Padre nuestro, que estás en los cielos"; tú me has dicho que mi padre estaba en el cielo y era Dios. ¿Cómo puedo conocer a un hombre tan salvaje? Este no es mi padre.

Cuando el rey oyó esto, se incorporó y preguntó quién era ella. Ella dijo a esto:

-Soy tu mujer y éste es tu hijo Rico en Dolores.

Pero él vió sus manos y dijo:

-Mi mujer tenía manos de plata.

Ella contestó:

-Las manos naturales me las ha hecho crecer de nuevo el Señor misericordioso.

El ángel fue a la habitación, cogió las manos de plata y se las enseñó. Entonces le cupo la seguridad de que aquellos eran su querida esposa y su querido hijo y los besó feliz y dijo:

-Se me ha quitado un enorme peso del corazón.

El ángel de Dios les dió a continuación de comer a todos y se fueron a casa de su anciana madre. La alegría fue general y el rey y la reina celebraron sus bodas otra vez y vivieron felices hasta el piadoso fin de sus días.

### 1.5.- La pava (IC 141)

Una vez había un Rey y una Reina. La Reina murió al dar a luz un niño. El niño sobrevivió, y quedaron él y una hermana un poco mayor. El pobre padre se tomó tan a pecho esta desgracia que se pasaba los días llorando: un año estuvo así, y al cabo también él murió.

Tenía un hermano, y antes de morir le encomendó a los dos pobres huermanitos. El tío prometió y juró, pero no bien murió el Rey sólo pensó en apropiarse de la corona y dominar el Reino. Era un Rey déspota: a sus dos sobrinitos los tenía encerrados en un sótano, y cuando el varón cumplió los diez años empezó a mandarlo todos los días al campo para que vigilara a los hombres que trabajaban la tierra.

Haciendo diariamente esta vida, el muchacho creció y llegó a los diecisiete sin saber que él y su hermana eran hijos del Rey. Ni siquiera sabían que el Rey era su tío, y pensaban que los hospedaba sólo por caridad.

Así, al acercarse las Navidades, una buena ancianita que vivía de la cría de gansas y pavas y sabía de qué condición eran los huérfanos, les tuvo conmiseración. Se decía: "Mañana es Nochebuena y esos pobres niños están solos y abandonados. ¡Si hubiera vivido el bueno de su padre habrían tenido una mesa bien servida y toda clase de diversiones! ¡Qué no hubiera hecho el bueno del Rey! ¡Todos festejan la Navidad, incluso yo, que vivo de mis gansas! Y ellos, pobrecitos, no tienen nada. Así que llevaré una de mis pavas y se la regalaré a la muchacha, de este modo ellos también celebrarán Navidad. ¿Pero qué puedo hacer para dársela? Por el portón no puedo pasar porque está el guardia... Llamaré a la niña por la ventana".

Dicho y hecho, la mañana de vísperas de Navidad la vieja se levanta, coge la pava más gorda y empieza a llamar por la ventana:

-¡Señorita, eh, señorita! Hoy es Nochebuena y yo quiero regalarle esta pava. ¡Compártala con su hermano, a mi salud!

Se asomó la muchacha.

-Gracias, gracias, buena mujer. ¿Pero yo qué puedo darte? No tengo nada...

Y se negaba a aceptarla. Pero la ancianita tanto suplicó e insistió que la obligó a hacerlo.

Esa mañana, por ser día de fiesta, el hermano no iba al campo y rendía cuentas al Rey. La hermana, mientras lo esperaba, encerró la pava en una habitación oscura para que nadie la viera. La pava en cuanto estuvo sola, se puso a raspar con las patas, a remover la tierra, a escarbar; y escarba que te escarba llegó a encontrar un escotillón. Al caer la noche llegó el hermano y trajo de comer. Se sentaron a la mesa, los dos hermanos, y mientras comían ella dijo:

-¿Sabes una cosa, hermano? Esta mañana una anciana me ha regalado una pava, qué buena.

-¿Y dónde la has puesto? -preguntó el hermano.

-La he escondido en esa habitación oscura y ahora voy a darle de comer.

Una vez que el hermano, cansado, se acostó, la muchacha cogió una vela y fue a ver a la pava. Vió el foso que había cavado, vió el escotillón, y dijo:

-¡Mira lo que ha encontrado la pava!

Abrió el escotillón y había una escalerita.

-Ahora bajo -dijo la muchacha. Bajó y vió un vestido de Rey: yelmo, espada, coraza; sólo faltaba la corona. "¿De quién será todo esto?", se preguntó la muchacha. "Bueno, sea de quien fuere, yo me lo llevo". Y se lo llevó todo a su cuarto.

Por la mañana, al despertarse, el hermano vió yelmo, espada y coraza junto a la cama.

-¿Y esto de dónde ha salido?

-¿Sabes una cosa? -responde la hermana-. La pava se puso a escarbar y en el fondo había una escalera. Bajé a un subterráneo y encontré todo esto.

-¡Pero son vestiduras de Rey! -dice el hermano.

-¡Ah sí! ¡Qué bien! Pruébatelas, hermano, que quiero ver cómo te quedan. ¡Venga, venga!

Y ayudó al hermano a enfundarse en esas ropas, y batía las palmas con gran alegría.

En ese momento se oyeron trompas y tambores: como era Nochebuena, los músicos iban a tocar debajo de las ventanas del Palacio Real.

La muchacha abrió la ventana y ante toda la gente que estaba en la plaza apareció el muchacho vestido de Rey, con yelmo, espada y coraza.

-¡Este es nuestro Rey! -gritaron todos-. ¡Este es nuestro Rey!

Los guardias del palacio, al oír esos gritos, dieron la alarma. La multitud armaba un gran alboroto. Toda la Corte se puso a gritar:

-¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

La gente de afuera, al advertir el tumulto en el palacio, empezó a gritar: "¡Abajo!" y "¡Viva!". Entre tanto gentes de toda la ciudad afluían a la plaza, y cuanto más crecía el bullicio más gente acudía.

El Rey se presentó en la escalinata, pálido, y avanzó para hablar con el pueblo, pero aquella gente, que lo odiaba a muerte por su carácter tiránico, ahora que había empezado quería terminar de una vez, y lo agredieron con pedradas y puñetazos, tirándole a matar. recibió tantas y tantas que al fin murió como merecía. El pueblo mismo cogió la corona de Rey y la colocó en la cabeza del sobrino, entre hurras y salvas.

El joven Rey empezó a gobernar con justicia, y todos estaban contentos y lo querían. Él, por su parte, estaba tan contento que hizo un voto: todos los viernes los pobres acudirían a Palacio, y él en persona les daría una limosna. Llegaban pobres de todas partes y recibían la limosna de sus propias manos. Y así todos los viernes, hasta que una vez que estaba extenuado y a punto de retirarse vió acercarse una vieja ciega con una muchachita de unos doce años. Decía, con una voz que despertaba compasión:

-Real Majestad, ten caridad de esta pobre ciega, Dios te lo pague.

El Rey dió una limosna a la vieja, pero entre tanto no dejaba de mirar a la muchacha, que era muy bella, y dijo: -Buena mujer, regresa todos los viernes, pero manténte alejada de los demás sin mezclarte con los otros pobres para que pueda verte.

Las dos mujeres se alejaron colmándolo de bendiciones y el Rey quedó sumido en la melancolía. Le parecía que faltaba un siglo para el próximo viernes; se sentía ansioso por saber si la vieja y la niña regresarían. Por fin llegó el viernes, y el Rey miraba a todos uno por uno, hasta que un poco más lejos, como él había indicado, vió a las dos mujeres. Les hizo señas con la mano, les dió más dinero de lo habitual, y luego dijo a la jovencita:

-Tira esos harapos y cómprate un vestido nuevo. Póntelo el viernes, cuando vengas.

Al viernes siguiente la joven se presentó con un vestido de algodón y zapatos nuevos, y el Rey le dió más dinero. Y cada semana venía mejor vestida, hasta que trajo un vestido de organdí que la hacía parecer una rosa.

-El viernes -le dijo el Rey- avanza tú en primer lugar.

El Rey estaba enamorado y en casa siempre se le veía melancólico. Su hermana se había dado cuenta y le preguntaba:

-¿Qué te pasa, hermano mío?

-Nada... me duele la cabeza...-Hasta que no pudo ocultar su amor por más tiempo y dijo:- Hay una pobre de quien me he enamorado y la quisiera por esposa.

Pensaba que su hermana jamás habría visto con buenos ojos que se casara con una pobre; pero la hermana, que era bondadosa y amaba a su hermano y también había padecido la pobreza, se limitó a decirle que la quería ver.

Ese viernes la hermana fue con el Rey a dar las limosnas, y las bella mendiga fue la primera. Era tan bella que la hermana le dijo al Rey:

-Obedece los deseos de tu corazón.

Y el Rey se casó con la mendiga.

El día de la boda el Rey le dijo a su hermana:

-Yo me caso, pero nosotros seguimos igual que antes y la que manda en esta casa eres tú.



Pero la esposa, que de pobre había pasado a rica, se ensoberbeció. Empezó a envidiar a su cuñada, que estaba al frente de la casa y poseía todas las llaves y así, poco a poco, instigó a su marido contra la hermana. Le hizo quitar las llaves, lo obligó a reñirla sin razón alguna: y la pobrecita era cada vez más buena. Pero la esposa sembró tanta cizaña que el Rey al fin exclamó:  
-Pero mujer, ¿qué quieres que haga?

Y ella:

-Por la noche, ordena que la lleven al bosque y que la maten; y para asegurarnos de que la han matado que te traigan el corazón, las manos cortadas y la camisa ensangrentada.

El marido no supo negarse. Ordenó al verdugo que a medianoche condujera a la hermana al corazón de un bosque y la ejecutara, y que le trajera el corazón, las manos y la camisa como evidencia.

Así se hizo; a medianoche la joven fue despertada y apresada por dos esbirros.

-¿Qué queréis de mí?

-¡Orden de tu hermano el Rey! ¡Acompáñanos!

La subieron a una carroza y partieron. Cuando llegaron al bosque los dos esbirros se dijeron:

-Y tenemos que matarla así, sin ningún motivo... ¡a nosotros esta pobrecita no nos ha hecho nada!

-Yo seguro que no la mato -dijo el otro-. Mátala tú.

-¿Y ahora qué hacemos? Tenemos que presentar al Rey el corazón, las manos y la camisa ensangrentada. Forzosamente hay que matarla.

En ese momento se oyó un balido: era un corderito que se había extraviado y por la noche se había quedado en el bosque. Lo cogieron y dijeron a la Reina:

-Quítate la camisa, que ahora degollamos el cordero y le arrancamos el corazón. Pero las manos hay que cortarlas, por mucho que nos disguste: ésa es la orden. ¡Paciencia!

Así lo hicieron y se llevaron el corazón del cordero y las manos sangrantes envueltos en la camisa.

La reina se quedó en el bosque, desangrándose por las muñecas. Cuando el Rey vio aquellos míseros restos no pudo contener las lágrimas.

-¡Hermana mía, tan contenta que estabas por mis bodas y ahora has muerto por culpa de mi mujer! -decía. Así, evocando el pasado, se arrepintió de todo lo que había hecho, y clamaba llorando:- ¡Hermana mía, hermana mía!

Mientras él se desesperaba, su hermana se desangraba en el bosque. Quiso la casualidad que justo en ese momento pasara por el bosque, con su calesa, un Lord inglés. Al oír los lamentos, se acercó, la vió y le preguntó quién la había herido. La Reina le respondió que las fieras le habían devorado las manos, y el inglés, recordando que en su calesa tenía algodón, se lo ofreció para contener la sangre. Luego la invitó a subir a la calesa y se la llevó consigo.

El Lord inglés estaba casado y sin hijos; podéis imaginaros la vida feliz que la muchacha llevaba en esa casa. Para que no anduviera así, sin manos, el Lord le hizo poner un par de manos de cera.

Pese a todos sus sufrimientos, la Reina, que andaba por los veinte años, era bella y lozana como una rosa. Estaba asomada al balcón cuando pasó por la calle un Rey forastero y la miró. le cayó en gracia y fue a pedir su mano al inglés. El Lord aceptó la petición, pero con toda honestidad le advirtió que las manos de la muchacha eran de cera. El Rey respondió que no le importaba y se casó con ella y la llevó a su palacio.

Al cabo de unos meses, mientras la Reina esperaba un niño, se declaró una guerra y su marido marchó contra el enemigo a la cabeza de su ejército.

Mientras él se encontraba ausente, la Reina tuvo dos hermosos hijos, un varón y una niña. Pero los ministros, que no soportaban ser gobernados por una mujer cuyo origen ni siquiera conocían, resolvieron aprovechar las circunstancias para librarse de ella.

En efecto, escribieron al Rey una carta donde le explicaban que su mujer había parido dos perritos y aguardaban sus órdenes para saber qué hacer con la Reina. El Rey, medio muerto del disgusto, respondió que esperaran su regreso, que él se encargaría de tomar una decisión. Pero los ministros, que querían quitársela de encima a toda costa, la despertaron por la noche, le colgaron una alforja en bandolera, metieron dentro a los niños, uno a cada lado, y la abandonaron en una playa desierta.

La pobre rompió a llorar; sola, muerta de hambre y de sed, con esos muñones en los brazos, no sabía qué hacer. Encontró un pozo de agua y se agachó para beber. Mientras se agachaba, de la alforja se le cayó un niño, que desapareció bajo el agua. Imaginaos su desesperación: no tenía manos y no podía rescatarlo.

En ese momento apareció un anciano y le dijo:

-Hunde tu brazo cortado:  
Tendrás el niño y la mano.

La Reina hundió el muñón en el agua y sintió que volvía a crecerle la mano; en seguida alcanzó al niño y lo cogió en brazos. Al hacer ese movimiento su otro hijo se le deslizó de la alforja y se hundió en el agua.

El anciano repitió:

-Hunde tu brazo cortado:  
Tendrás el niño y la mano.

Y ella recuperó la otra mano, salvó al niño y pudo amamantar a los dos hijos. Luego el anciano la condujo a la cima de un monte donde se erguía una hermosa casa. La hizo entrar y le dijo:

-Quédate aquí, que no te faltará nada. Yo no te he de abandonar.

Dejemos a la Reina y volvamos a su marido el Rey. Concluida la guerra, volvió a casa, y cuál no fue su dolor al no encontrar a su mujer. Pidió explicaciones y le dijeron que no sabían nada: se había marchado de noche con los dos cachorros que había parido. El Rey no iba a tener paz hasta encontrarla y se puso a batir los campos. El hermano de la Reina, mientras tanto, a causa de su arrepentimiento no había vuelto a salir de casa y se dejó crecer la baraba hasta las rodillas, dolido por haber asesinado a una hermana inocente. Y a la mujer, que lo había incitado a cometer esa injusticia, la confinó a una mazmorra. Tanto insistieron sus ministros que un día lo convencieron de que saliera de cacería, al menos para estirar un poco las piernas. Una vez en campo abierto, sumido como estaba en sus pensamientos, se alejó de sus ministros y se extravió. De pronto empezó a llover y el Rey buscó refugio debajo de una encina.

Quiso la casualidad que el otro Rey, el marido que buscaba a su esposa, estuviera atravesando aquel bosque y buscara refugio bajo la encina, y así los dos se encontraron por primera vez, pues si bien ambos eran reyes nunca se habían conocido personalmente. Vieron una luz y se encaminaron hacia ella bajo la lluvia. Esa luz era nada menos que la casa del anciano, donde vivía la que era hermana de uno y mujer del otro.

Llamaron; el viejo abrió y no vaciló en ofrecerles alojamiento. Entraron y estaba la Reina: ella los reconoció, pero ellos no.

-Como llueve -dijo el viejo-, aquí han venido dos señores que necesitan guarecerse y piden tu hospitalidad.

-Con gusto -dijo ella-, en este momento estaba preparando la comida para mis hijos.

-Entonces comeremos todos juntos -dijo el viejo.

Cuando estaban a punto de terminar la cena, el viejo dijo a los dos niños:

-Niños, ahora contad una historia, así también os oiremos a vosotros. Entonces la hija, que era la más lista, empezó a hablar y contó la historia de su madre, desde el momento en que los esbirros la habían arrastrado al bosque hasta su casamiento. El hermano, a medida que escuchaba el relato, pensaba: "Pero entonces, ésta es mi hermana!".

Cuando terminó la niña empezó el varón, y contó el resto de la historia, desde el casamiento de su madre con el Rey hasta que el anciano los había llevado al monte, a la casa donde ahora vivían. El Rey al escucharlo pensaba: "Entonces esta mujer es mi esposa, estos hermosos niños son mis hijos. ¿Y por qué me escribieron que había parido dos cachorros?".

Y cuando el viejo, una vez que los dos niños terminaron de hablar, les dijo: "Esta historia, señores, es la vuestra", los dos abrazaron a la mujer, y uno pedía perdón y el otro besaba a sus hijos con lágrimas en los ojos. El viejo, que era San José, presenciaba la escena con gran alegría, y como señal de la buena acción su cayado se cubrió de flores.

-Ahora que ya hice mi parte -dijo-, os doy mi santa bendición.

Y con estas palabras desapareció.

(Calabria)

1.6.- La manquita (A 279)

En cierto reino, en cierto país que no era el nuestro, vivía un rico mercader que tenía un hijo y una hija. El mercader y su esposa fallecieron, y entonces propuso el hijo a su hermana:

-Vámonos de esta ciudad, hermanita. Yo abriré una tienda para comerciar, alquilaré una casita para ti y viviremos tan ricamente los dos.

Conque se marcharon a otra provincia. El hermano abrió allí una tienda con buenas mercancías. Luego se le ocurrió casarse, pero la mujer que eligió para esposa era una maga. Cuando el hermano se iba a su comercio, solía decirle a la hermana:

-Cuida de la casa, hermanita.

A la mujer empezó a darle rabia que confiara en su hermana. Un día, cuando calculó que iba a regresar el marido, destrozó todo el mobiliario y, nada más verle aparecer, se lamentó:

-Mira lo que ha hecho tu hermana: ha destrozado todos los muebles.

-Esto tiene arreglo: se pueden comprar otros.

Al día siguiente, cuando se iba a la tienda, se despidió de su mujer y le advirtió a la hermana:

-Haz el favor de cuidar bien de la casa, hermanita.

La mujer calculó la hora en que debía regresar el marido, entró en la cuadra y, con un sable, le cortó la cabeza al caballo que él prefería. Salió a esperarle al porche.

-¡Fíjate cómo es tu hermana! Le ha cortado la cabeza a tu caballo preferido.

-¡Bah! Ya se lo comerán los perros.

Otra vez, y también al marcharse a su comercio, él dijo a su hermana:

-Cuida bien de mi mujer, no vaya a ocurrirle algo o le ocurra a la criatura si de pronto da a luz.

La mujer dio a luz, cortó la cabeza a la criatura y se puso a lamentarse sobre el cuerpo sin vida.

-Mira lo que ha hecho tu hermana -le dijo al marido-. En cuanto he parido a la criatura, ella ha agarrado un sable y le ha cortado la cabeza.

Sin contestar, pero hecho un mar de lágrimas, el marido se alejó de allí.

Por la noche, justo a las doce, se levantó y dijo:

-Hermanita querida: vístete que vamos a ir a misa los dos.

-Hermano mío -contestó la muchacha-: me parece que hoy no es fiesta de guardar.

-Sí que lo es, hermana. Vamos.

-Aún es pronto para salir.

-No es pronto. Procura darte prisa en arreglarte.

La pobre hermana empezó a vestirse para salir de casa, pero no conseguía hacer nada a derechas.

-A ver si te das prisa -la apresuró el hermano.  
 -Pero si todavía es pronto...  
 -Te equivocas. Ha llegado la hora.  
 Terminó por fin de arreglarse la hermana, subieron a un carruaje y partieron. Habían recorrido cierto camino -no sé si poco o mucho- cuando entraron en un bosque.  
 -¿Qué bosque es éste? -preguntó la hermana.  
 -Es la cerca que hay alrededor de la iglesia.  
 En esto se atascó el carruaje en unos matorrales.  
 -Apéate, hermanita, y desatáscalo.  
 -No puedo, hermanito querido: me mancharé el vestido.  
 -Te compraré otro mejor.  
 La hermana se apeó y, cuando estaba empujando el carruaje para apartarlo de los matorrales, el hermano le cortó los brazos hasta el codo, arrió al caballo y allí la dejó.  
 Sola, la hermanita rompió a llorar amargamente y luego echó a caminar por el bosque. Estuvo anda que te anda, anda que te anda..., sin encontrar el modo de salir de allí. Por fin, al cabo de varios años, y con la ropa hecha jirones, una trocha la condujo fuera del bosque.  
 Conque salió de aquel bosque, llegó a una ciudad donde había muchos mercaderes y llamó a la puerta de uno de los más ricos pidiendo una limosna. Aquel mercader tenía un hijo -un hijo único-, y este hijo se enamoró de la mendiga.  
 -Quiero casarme -les dijo al padre y a la madre.  
 -¿Con quién?  
 -Con esa mendiga.  
 -¡Hijo! ¿Te parece que hay pocas muchachas hermosas entre las hijas de los mercaderes de nuestra ciudad?  
 -Pero quiero casarme con ella. Si no me dais vuestro consentimiento, soy capaz de matarme.  
 A los padres les apenó mucho oír aquello de boca del hijo, de su único hijo. Convocaron a todos los mercaderes, a todos los sacerdotes, para que les dieran su parecer sobre si debían o no casar a su hijo con la mendiga.  
 -Se conoce que tal es su destino -opinaron los sacerdotes- y Dios bendice su matrimonio con la mendiga.  
 Conque el hijo del mercader vivió con ella un año, luego otro, y tuvo que hacer un viaje a otra provincia; precisamente adonde el hermano de su mujer tenía su comercio. Al despedirse de sus padres les rogó:  
 -Padre, madre: dejo a mi mujer a vuestro cuidado. Cuando dé a luz escribidme inmediatamente.  
 Se marchó el hijo del mercader, y a los dos o tres meses alumbró su mujer a un niño que tenía los brazos de oro hasta los codos, estrellas en los costados, una luna luminosa en la frente y, sobre el sitio del corazón, un sol resplandeciente.  
 Llenos de alegría, el padre y la madre se pusieron a escribir una carta a su querido hijo. Para que llegara cuanto antes, la enviaron a mano con un viejo servidor.  
 Pero la cuñada, que ya se había enterado de todo, llamó al viejo con muy buenas palabras.

-Entra, bátiushka, y descansa un poco.  
-No puedo. Me han mandado con mucha prisa.  
-De todas formas, bátiushka, pasa a descansar y a comer.  
Finalmente consiguió sentarle a la mesa, se llevó a escondidas su zurrón a otro cuarto, sacó la carta, la leyó, la hizo trizas y luego escribió otra diciendo que la mujer del hijo del mercader había echado al mundo un monstruo mitad perro y mitad oso, engendrado seguramente en el bosque entre las fieras.  
Se presentó el viejo servidor al hijo de su amo, que se echó a llorar nada más leer la carta. Luego contestó con otra carta diciendo que no hicieran nada hasta su llegada, porque quería ver por sus propios ojos cómo era el recién nacido.  
Conque la maga aquella, la cuñada, llamó otra vez al viejo servidor cuando le vio pasar.  
-Ven, entra y descansa un poco.  
Entró el viejo, y ella, aprovechando un momento de descuido, sacó la carta del zurrón, la leyó, la rompió y escribió otra diciendo que, a su recibo, echaran inmediatamente a su mujer de casa.  
Llegó el viejo servidor con la carta. El padre y la madre la leyeron y se disgustaron mucho.  
-¿Cómo puede hacernos esto? Tanto empeño en casarse, y ahora reniega de su mujer...  
Aunque les daba mucha pena, más aún de la criatura que de la madre, le dieron su bendición, le ataron al niño sobre el pecho y la echaron de casa.  
Fue andando la pobrecita -no sé si mucho o poco tiempo-, anegada en amargo llanto, y todo alrededor no eran más que campos y campos, sin un bosque ni una aldea por ninguna parte.  
Llegó a una barrancada, muertecita de sed, y al mirar hacia la derecha vió un pozo. Tenía unas ganas tremendas de beber, pero no se atrevía a inclinarse por temor a que se cayera la criatura.  
De pronto le pareció que el agua estaba más cerca. Se inclinó y el niño cayó al pozo. Llorando empezó a dar vueltas alrededor del pozo porque no sabía cómo sacar de allí a la criatura.  
En esto se le acercó un anciano.  
-¿Por qué lloras, sierva de Dios?  
-¿Cómo no voy a llorar? Me incliné sobre este pozo para beber y se me ha caído mi hijo dentro.  
-Pues inclínate otra vez y sácalo.  
-No puedo, bátiushka: no tengo manos. Los brazos sólo mellegan hasta los codos.  
-Hazme caso...Inclínate y saca a tu hijo.  
Ella obedeció, adelantó los brazos y, por gracia de Dios, se encontró con que los tenía enteros. Se inclinó, sacó a la criatura y luego rogó a Dios mirando a cada uno de los cuatro puntos cardinales.  
Después de rezar se puso en camino hacia la casa donde estaban su hermano y su marido y pidió que le permitieran pasar la noche allí.

-Deja que entre, hermano -dijo el marido-. Las mendigas saben contar cuentos y fábulas y también hechos reales.

-No tenemos sitio -objetó la cuñada.

-De todas maneras, hermano, deja que entre, por favor. Me encanta oír contar cuentos y fábulas a las mendigas. Por fin la dejaron entrar, y ella fue a sentarse con su hijito en el rellano de la estufa. El marido dijo entonces:

-Bueno... Pues cuéntanos algún cuento... O una historia, si no.

-Yo no sé contar cuentos ni fábulas -contestó-. Pero sé contar hechos reales. Conque escuchad, señores, un hecho real. En cierto reino, en un país que no era el nuestro -empezó-, vivía un rico mercader que tenía un hijo y una hija. Murieron el mercader y su esposa, y entonces dijo el hermano: "Vámonos de esta ciudad, hermanita." Llegaron a otra provincia, el hermano se instaló y montó un comercio con buenas mercancías. Luego quiso casarse y tomó como mujer a una maga.

-¡Pero qué tonterías está diciendo esta p...! -rezongó la cuñada.

-Sigue, sigue, máushka -la animó el marido-. A mi me encantan esas historias.

-Conque un día que el hermano se marchaba a su comercio -prosiguió la mendiga-, le recomendó a la hermana que cuidara de la casa. La mujer, enfadada porque él confiaba siempre en la hermana, agarró y destrozó todos los muebles...

Luego, cuando se puso a contar todo lo demás -que el hermano la llevó a misa, que le cortó los brazos, que ella dió a luz y que la mujer de su hermano engañó al viejo servidor-, la cuñada gritó de nuevo:

-Eso que cuenta es una sarta de disparates...

-Hermano, dile a tu mujer que se calle -pidió el marido-. Esta historia es muy curiosa.

La mendiga siguió contando que el marido escribió una carta donde decía que dejaran al niño en casa hasta su regreso. La cuñada rezongó:

-No habla más que sandeces...

Siguió diciendo la mendiga de qué modo había llegado a aquella casa. Y la cuñada gruñó otra vez:

-Qué cosas se inventa esta p...

-Hermano -pidió el marido-: dile que se calle. ¿Por qué interrumpes tanto?

Entonces terminó la mendiga contando cómo la habían dejado entrar en aquella casa y ella se puso a referirles hechos reales. Luego los fue señalando:

-Tú eres mi marido, tú eres mi hermano y tú eres mi cuñada.

-Entonces -dijo el marido corriendo a ella-, enseñame la criatura: quiero ver si de verdad es el retrato de su padre y de su madre.

Tomaron al niño, lo desarrollaron, y toda la casa se iluminó.



-Ahora veo que has contado la pura verdad y que no era ningún cuento. Tú eres mi esposa y éste es mi hijo, con los brazos de oro hasta el codo, estrellas en los costados, una luna luminosa en la frente y, sobre el sitio del corazón, un sol resplandeciente... El hermano sacó entonces de la cuadra a su jaca más brava, ató a su mujer a la cola y la lanzó a campo traviesa para que galopara hasta que la destrozase, hasta que volvió arrastrando solamente su trenza después de desperdigar sus pedazos por los campos. El matrimonio y el niño volvieron a casa del mercader y su esposa, donde vivieron felices y en la opulencia. Yo estuve allí también. Bebí vino, bebí hidromiel, y aunque por el bigote me corrió, en la boca nada me entró.

### 1.7.- La nuera malquerida (Baran)

En cierta ocasión, vivía un matrimonio joven en compañía de la madre del marido.

Un día, el marido se ausentó de casa para hacer un largo viaje a un país muy remoto.

En casa se quedaron, por tanto, la suegra y la nuera.

Apenas habían pasado unos días desde la despedida cuando la nuera dio a luz dos criaturas: un niño y una niña.

La suegra odiaba a muerte a la nuera y no podía ni verla. Así se explica que, al notificar a su hijo el doble alumbramiento de su mujer, le concretara con diabólica intención que el resultado del parto habían sido un perro y un gato.

El hijo, aterrado por la noticia, mandó a su madre que expulsara de casa a su mujer.

Y, en efecto, la suegra mandó a un criado que condujera a la nuera y a sus dos hijos a una remota montaña y que allí los matase a los tres. Además, exigió del criado que, a su vuelta, le trajese las dos manos y el corazón de la nuera.

Emprendieron, pues, el camino el criado con la mujer, sus dos hijos y un perrito que les acompañaba.

Al llegar al mote, el criado manifestó a la mujer las órdenes que traía. La infeliz mujer suplicaba, en medio de profundos sollozos, que le matase a ella pero que dejase con vida a sus dos hijos.

El criado se compadeció pero, por otra parte, tenía a la vieja. Se le ocurrió, entonces, cortar las dos manos a la mujer y arrancarle el corazón al perrito. Así quedaban vivos la madre y sus dos hijos. Y, en efecto, como lo pensó lo hizo.

Después, colgó del cuello de la mujer dos alforjas colocando a uno de los niños por delante y a la otra por detrás. A continuación los abandonó solos en el monte.

La pobre mujer andaba vagando por el monte con sus pequeños a cuestas. En una de sus andanzas se acercó a un río. Los niños le pedían a gritos: "¡Agua, agua!".

Se acercó a la orilla del río y se inclinó para que los niños pudieran sorber el agua con la boca, pero, con tal mala fortuna, que los dos niños se deslizaron al agua y se ahogaron ante sus propios ojos.

La pobre mujer, sentada sobre un peñasco, lloraba desconsolada su desgracia.

En esto, se le apareció en la otra orilla del río una mujer, extraordinariamente hermosa, con una varita en la mano.

-¿Qué haces ahí? -le preguntó.

Ella le contó su desgracia.

-Mete en el agua el brazo derecho -le dijo la mujer.

La desventurada madre obedeció y a continuación vió como salía del agua el brazo juntamente con su delicada mano.

-Mete también el otro brazo -le volvió a mandar.

Y volvió a sacar del agua el brazo con la otra mano.

Inmediatamente, hundió sus brazos en el río y sacó vivos los cuerpos de las dos criaturas.

A continuación aquella bella mujer le dijo:

-Aquí tienes esta varita. Llévala contigo a esa montaña. En la cima encontrarás un amplio espacio llano. Traza una raya con la varita en medio de esa llanada e inmediatamente tendréis la casa que necesitáis.

Dicho esto, la mujer desapareció. Era la Virgen Madre.

Seguendo sus instrucciones, subieron al monte y trazaron la raya, y de pronto, apareció ante sus ojos atónitos una preciosa casa blanca.

Allí vivieron durante algunos años. Tanto el niño como la niña crecieron más bellos que el sol.

En cierta ocasión, aparecieron por aquella montaña tres cazadores. Al anochecer pidieron hospedaje en aquella casa. La señora les acogió amablemente.

Apenas habían cenado los cazadores, cuando uno de ellos llamó en la habitación de la señora y penetró en la misma. Entonces, la señora le dijo:

-Cierra esa ventana.

El cazador cerró la ventana, pero en el mismo momento se le volvió a abrir.

Y, así, entre abrir y cerrar la ventana, se le pasó la noche entera.

Los tres cazadores volvieron a pernoctar al día siguiente en la misma casa.

Otro de los cazadores llamó también aquella noche en la habitación de la señora, pero también a éste, como al anterior, se le pasó la noche tratando de cerrar la ventana.

Llegada la tercera noche, llamó en la puerta de la señora el tercer cazador. Pero a éste no le encargó la señora que cerrara la ventana.

Cuando, a la mañana siguiente, el cazador hizo acto de presencia, se le acercó el niño de la casa con una jarra en las manos mientras le decía: "Padre, aquí tienes el agua para lavarte la cara y las manos".

A continuación se le acercó la niña para ofrecerle una toalla al tiempo que le decía: "Padre, toma la toalla para que te seques las manos y la cara".

El cazador no salía de su asombro al escuchar las palabras de aquellos niños. Por eso, pidió a la señora que le ofreciera alguna explicación. Y fue entonces, cuando la señora le fue desgranando toda la historia completa de su azarosa vida.

El cazador reconoció, entonces, toda la verdad que, tan malévolamente le había sido falseada por su madre, y en el mismo instante, se llevó consigo a su mujer y a sus hijos a su casa. En cuanto a aquella suegra embrujada mandó que fuera quemada en medio de la plaza del pueblo.

1.8.- La niña sin brazos (Es 99)

Era un padre que tenía una hija y pa mantenerla tenía que ir todos los días al monte a por leña, si llovía porque tronaba y si tronaba porque llovía.

Y un día que fué al monte a por leña le salió un hombre de una encina y le dijo:

- Diga usted. ¿Cómo viene usted hoy al monte a cortar leña?  
Y el hombre le contesta:

- Pues vengo porque tengo una hija que mantener.

Y ya le dijo el hombre de la encina, que era el diablo:

- Pues mire que yo le daré a usted todo el dinero que le haga falta. Tenga usted.

Y diciendo esto, le dió un talegón lleno de monedas de oro y plata.

Y luego le dice:

- Váyase usted a su casa con su dinero y esta noche aguardeme en su casa.

Y se fué el pobre leñero pa su casa muy contento.

Y llegó y le contó a su hija lo que le había pasado y le entregó el talegón de dinero y le dijo que iba a hacerles una visita el señor que le había dao el dinero. Y la muchacha era muy cristiana y siempre que llegaba alguno a su casa hacía la señal de la cruz. Y le dijo a su padre:

- Pero, ¿quién será ese señor?

- Esta noche, cuando venga, se lo preguntaremos -le contestó el padre-

Y en éstas estaban cuando llegó el diablo y llamó en la puerta:

- ¡Tran, tran!

Y al momento la muchacha hizo la señal de la cruz y salió a ver quién era. Pero ya no encontró a nadie. El diablo se había desaparecido al hacer ella la señal de la cruz. Conque al otro día fue el hombre otra vez a por leña al monte y le salió otra vez el diablo. Y el leñador le dice:

- ¿Cómo no fue usted anoche a mi casa?

Y el diablo le contesta:

-He tenido el tiempo ocupao y no he podido. Pero mire, coja este saco de dinero y lléveselo a su casa. Y esta noche sí me espera en su casa, que ya iré. Y una cosa le ruego, y es que mande a su hija tirar toda el agua que haiga en la casa.

Y fué el hombre y llegó a su casa y le entregó a su hija el saco de dinero y le dijo lo que había dicho el señor de la encina. Y la muchacha, como era tan buena cristiana, le dijo a su padre:

-Pero si tiro a la calle toda el agua que hay en la casa no podré hacer la señal de la cruz.

Y el padre le dijo:

-Tírala toda, que no hace falta.

Y ella la tiró toda. Y apenas la había acabao de tirar a la calle, cuando va llegando el diablo y llama en la puerta:

-¡Tran, tran!

Y la muchacha, como no había agua en la casa, se mojó los dedos con saliva y hizo la señal de la cruz. Y salió a abrir la puerta, pero no halló a nadie. El diablo se había desaparecido otra vez al hacer ella la señal de la cruz.

Y al otro día fué el leñador al monte otra vez y salió el diablo. Y el leñador le preguntó:

-¿Cómo no ha ido usted anoche?

Y el diablo le contestó:

-Es que estoy siempre ocupao. No he podido.

Y ya le dice al leñador:

-¿Tienen ustedes corral delante de su casa?

Y el leñador le dice:

-Sí.

-¿Y suele su hija echar la siesta allí por la tarde?

-Sí.

-¿A qué hora suele ella echar la siesta?

-A las dos.

Y después de esta conversación le dió el diablo otro saco de dinero y le dijo:

-Váyase usted a su casa con este saco de dinero y cuando le haga falta más venga por más.

Y se fué el leñador pa su casa con otro saco de dinero.

Y ya el diablo determinó robarse a la muchacha. Y a las dos del día siguiente llegó a la casa del leñador cuando la muchacha estaba echando la siesta. Y dormida como estaba la cogió y la subió en su caballo y salió corriendo con ella. Y de repente despertó la niña y levantó un brazo pa hacer la señal de la cruz. Y el diablo cogió un cuchillo grande y le cortó el brazo. Y ya iba la niña a levantar el otro pa hacer la señal de la cruz cuando córtaselo también el diablo con el cuchillo. Y entonces la niña, como pudo, hizo la señal de la cruz con las piernas. Y cuando hacía la señal de la cruz con las piernas el diablo la cogió y la dejó colgada del pelo de un árbol muy alto y se desapareció con su caballo.

Y así se quedó la niña colgada del pelo del árbol y sin brazos onde el diablo la dejó. Y cerca del árbol había un palacio onde vivían un rey y una reina que tenían un hijo. Y los perros del rey subían todos los días al árbol onde estaba colgada la niña y le llevaban pa comer lo que les daban en el palacio. Y de darle la comida a la niña los perros se iban quedando cada día más secos. Y el rey, al verlos tan secos, dijo:

-¿Pero por qué es que mis perros se van quedando cada día más secos? ¿Que los criaos no les dan de comer?

Y dió en reñir con los criaos. Y los criaos dijeron que no, que siempre les daban lo de siempre. Y ya dijo el rey:

-Pues acechar a los perros a ver qué hacen con la comida.

Y acecharon los perros y vieron que subían siempre con la comida y se la daban a una hermosa dama que estaba colgada del árbol. Y la dama era tan guapa que el hijo del rey dijo que la bajaran del árbol. Y fueron los criados del rey y la bajaron, y la llevaron al palacio. Cuando ya la niña estaba en el palacio, el hijo del rey se enamoró de ella y les dijo a sus padres que se quería casar con ella. Y sus padres le dijeron que era una deshonra casarse con una mujer sin brazos, que no podría criar a sus hijos ni nada. Y él les dijo que no le importaba que no tuviera brazos, que teniendo dinero y habiendo criados todo era fácil. Y se casaron el hijo del rey y la niña sin brazos. Y a los pocos meses de estar casados se murió el rey y el hijo quedó de rey y la niña sin brazos de reina. Y pronto tuvo que marcharse el rey a reinar a otro reino y dejó a la niña sin brazos encinta. Y en ese medio tiempo tuvo ella mellizos y se lo enviaron a decir al rey. Y el diablo cogió la carta y puso otra onde le decía al rey que la reina su mujer había dao a luz dos ratones. Y contestó el rey con otra carta onde decía: "Pues si ha dao a luz mi mujer dos ratones que los críe hasta que yo vuelva". Y otra vez cogió el diablo la carta y puso otra onde decía: "Coge a esos dos niños que has dao a luz y deguéllalos. Si no, eres tú víctima". Y cuando llegó la carta, la cogió ella y se echó a llorar y dice que a sus hijos no los mata ni por todo lo que hay en el mundo. Y la agüela empezó también a llorar y le dijo a la niña:

-¿Qué vamos a hacer?

Y le dijo la niña:

-Pues nada. Hágame usted unas alforjas pa echar a uno por delante y a otro por detrás y marcharme sola yo con ellos.

Y la agüela le mandó hacer las alforjas y se marchó la niña sin brazos por el mundo alante con sus dos mellizos en las alforjas.

Y caminando, caminando, ya llegó a una fuente con hambre y sé. Y nadie le daba una limosna ni agua pa beber. Y al llegar a la fuente dijo:

-Tengo sé. Pero si bajo a la fuente no podré subir.

Y se fué camino alante muerta de sé y hambre hasta que allá muy lejos vio a una señora que estaba lavando en unas filas muy majas, y le dijo:

-Señora, ¿me hará usted el favor de unos bocaditos de agua? Porque si bajo a beber no podré subir, y si no bajo me muero de sé.

Y la señora le contestó:

-Mira, vete y llama en aquellas puertas blancas que ves allá lejos, muy lejos, y te saldrán a recibir y te darán todo lo que te haga falta.

Y fue la niña y salió a recibirla San Pedro y la dijo que qué se le ofrecía. Y ella le dijo:

-Quiero que me haga usted el favor de un poquito de agua, que ya me muero de sé. Si bajo por ella a la fuente no podré subir, y si no bajo me muero de sé.

Y ya le dió San Pedro un vaso de agua y le dijo:  
-Si usted nos obedece le vamos a dar todo lo que le haga falta y le pondremos sus brazos pa que pueda criar a sus niños.

Y dijo ella que obedecería. Y San Pedro le puso sus brazos y la llevó a una montería onde nada les faltaba a ella y a sus niños. Y allí en la montería tenía una casa y muchos criaos. Y la dijo San Pedro que no admitiera a nadie en su casa sin que dijera antes tres veces: "Jesús, María y José".

Y ya volvió el rey de reinar por otras partes. Y cuando llegó a su palacio le preguntó a su madre por la reina y ya le contó ella lo que había pasao. Y cuando supo el rey la verdad y el engaño de las cartas sospechó que el diablo era el de la culpa de todo y empezó a maldecirle. Y se le apareció el diablo y le dijo que no se apurara, que él le ayudaría a buscar a su mujer. Y es que el diablo quería cogerlos a los dos. Y se marchó el rey con el diablo y el suegro a buscar a su mujer. Y el suegro estaba tentao del diablo porque le había mandao a su hija que tirara a la calle toda el agua de la casa.

Y caminando el rey por la montería se les hizo de noche y vieron la luz de la casa de su mujer. Y se dirigieron allí sin saber quién vivía y llamaron a la puerta. Y salió la niña a recibirles y les dijo que entraran, pero que todos los que entraran tenían que decir tres veces: "Jesús, María y José" y entró. Y el rey dijo tres veces "Jesús, María y José" y entró. Y el suegro, aunque estaba tentao del diablo, también lo dijo y entró. Pero el diablo, como no pudo decirlo, no entró. Y allí fuera, onde estaba, quería decir "Jesús María y José", pa entrar a hacer de las suyas, pero no pudo. Todo lo que decía era: "Tudú, tudúdu, tudú". Y ya que todos estaban dentro el diablo tuvo que marcharse.

Y pusieron la cena y se sentaron a la mesa, y el rey miraba y remiraba a aquella mujer tan guapa y decía:

-¿Si será esta mujer mi esposa?

Y la miraba y la remiraba y ya le iba a preguntar, pero decía:

-No, no puede ser, porque mi mujer no tenía brazos y ésta tiene brazos.

Y como hacía frío los criaos puson un brasero cerca de la mesa pa que el rey se calentara. Y cuando ya iban a començar a cenar, la niña echó la bendición:

-En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El que esté tentao del diablo que dé un estampido y se salga.

Y el padre de la niña, que estaba tentao del diablo, se volvió cenizas y se desapareció. Y todos quedaron muy elevaos, pero el rey no dijo nada.

Y ya se puson a cenar. Y el rey, como estaba cerca del brasero, se le comenzó a quemar la capa. Y los niños, que por guapos y ricos el rey no dejaba de mirar, le dijeron: -Papá, que se le quema la capa.

Y el rey los miraba y los remiraba, pero no decía nada. Pero se lo dijón tantas veces, que por fin dijo el rey a la niña:

-¿Sabes que no puedo cenar porque me dicen estos niños "Papá, que se le quema la capa"?

Y en este momento fué cuando ella le echó los brazos y le dijo:

-Sí, esposo mío, éstos son tus hijos y yo soy tu esposa. Y ya le contó todo lo que había pasao y como ella había venido a vivir allí. Y el rey se abrazó a ella y abrazó a sus dos hijos loco de alegría.

Y se los llevó a su palacio, donde todos vivieron muchos años muy felices y comieron muchas perdices.

Y a mí no me dieron nada porque no les dió la gana.

Zamora, Zamora.



1.9.- La niña sin brazos (Es 100)

Este era un padre que tenía una hija y todos los días tenía que ir al campo a arar. Y siempre le decía a su hija que no le diera limosna a nadie, que cuando llegara alguno a pedir limosna que le dijera que no tenía nada en la casa pa dar.

Y un día a poco que se fué el padre pal campo llegó una señora con un niño a pedir limosna. Y la hija le dijo que no tenía nada que dar. Y la señora la dijo que sí, que tenía pan y que fuera a buscarlo. Y fué la niña a buscar pan y halló pan y medio. Y se lo iba a dar a la señora, pero la dijo ella que no, que con medio bastaba para ella y el niño. Y se fué la señora con el medio pan.

Y por la tarde llegó el padre y le dijo a su hija si había hecho como él le había mandao. Y ya le dijo la niña que había venido una señora con un niño a pedir pan, y que ella la había dicho que no tenía pan y que la señora la había dicho que sí, que fuera a buscarlo, que al ir a buscarlo había encontrao pan y medio. Y le contó a su padre que al dárselo a la señora le había dicho que con medio bastaba para ella y el niño. Y el padre, al ver que su hija la había dao pan a una mendiga, se enfadó mucho. Y la llevó a un monte y la desnudó y la cortó los brazos y la ató a una encina y se vino a casa.

Y cerca de esa encina un rey tenía su palacio. Y todos los días se iban los perros del rey con la comida que les daban en el palacio y con su boca se la daban a la niña en la boca y ellos no comían y se ponían cada día más flacos. Y el rey un día vió a los perros que estaban muy flacos y les dijo a los criaos:

-¿Qué hacéis con los galgos que cada día se ponen más flacos?

Y los criaos dijeron:

-Se lo trasponen por una esquina y se van no sabemos dónde.

Y entonces el rey mandó que acecharan a los perros pa ver adonde iban. Y los acecharon y ya vieron que le llevaban la comida a la niña que estaba atada a la encina. Y llegaron los soldaos del rey ande estaba la moza y la preguntaron pa qué estaba allí. Y ella les contó todo lo que la había pasao y fueron ellos y se lo contaron al rey. Y dijo el rey que cogieran una manta y la cubrieran, que el rey iba a verla. Y así lo hizon y fué el rey a verla. Y cuando el rey la vió que era tan hermosa se enamoró de ella y la llevó consigo al palacio. Y allí la tuvieron por mucho tiempo en el palacio.

Y ya con el tiempo estaba el rey tan enamoraó de ella, que le dijo a su madre que se iba a casar con ella. Y la reina madre le dijo:

-Pero, hijo, ¿cómo te casas con esa moza si no tiene brazos?

Y él contestó:

-No me importa. Yo la quiero y no me importa que no tenga brazos.

Y se casó el rey con la niña sin brazos.

Y a pocos meses de estar casaos se levantó una guerra y el rey tuvo que marcharse a la guerra y dejó a su esposa encinta. Y estando el rey en la guerra al poco tiempo dió la niña a luz dos hermosos niños. Y la madre le escribió a su hijo que su mujer había dao a luz dos niños como dos rosas. Y el diablo cogió la carta y puso otra donde decía que la niña había dao a luz dos niños como dos diablos. Y el rey escribió que si eran dos diablos que la echaran de casa con ellos. Y cuando la madre recibió la carta no la entendió, pero la niña dijo que la hicieran dos alforjas y que le pusieran a los dos niños en ellas y se marcharía con ellos por el mundo. Y le hizón las alforjas y se fué con sus dos niños por el mundo.

Y andando por el mundo llegó por fin a la cabaña de unos pastores y les dijo:

-Pastorcitos, pastorcitos, si me hicierais el favor de ponerme estos niños a mamar uno de cada pecho.

Y los pastores se los pusón uno a cada pecho y mamarón. Y después se los metieron otra vez en las alforjas y se marchó otra vez por los mundos. Y llegó a un río y decía:

-¡Ay! ¿Cómo pasaré este río con mis dos niños?

Y entonces se le presentó una mujer, que era la Virgen, y la dijo:

-Niña, no llores. Toma tus brazos.

Y al decir eso le puso los brazos y la pasó el río con sus niños. Y entonces la dijo:

-Mira. ¿Ves aquel palacio? Allí vas y tendrás todo lo que necesitas, y el rey tu marido irá a comer allí mañana.

Y ya se fué la niña adonde la había dicho la Virgen y llegó y halló en el palacio todo arreglao. Y había habitaciones y criaos y de todo. Y a los niños mellizos les dijo la madre:

-Mañana cuando venga el rey y sus mande comer no comáis, y decí: "No, no comemos, que no quiere mi mamá."

Y otro día por la noche llegó el rey, su marido, a pedir posada porque andaba de caza y le había cogido la noche muy lejos de su palacio. Y la niña salió a recibirle, pero no la conoció. Y entraron en el palacio y se sentaron a la mesa a comer. Y el rey la miraba y la remiraba y le parecía que era su mujer, pero como la veía con brazos decía que no podía ser. Y cuando estaban comiendo el rey veía que los niños no comían y les decía:

-Comed, niños.

Y los niños contestaban:

-No, no comemos, que no quiere mi mamá.

Y venga el rey a mirar y a remirar también a los niños. Y ya concluyeron la cena y el rey venga a mirar y remirar otra vez a la madre de los niños. Y ya le preguntó la niña:

-¿Por qué me remira usted tanto?

Y él la contestó:

-Si no tuviera usted brazos decía yo que era usted mi mujer.

Y le dijo ella entonces al rey si quería postres. Y él dijo que sí. Y en el postre había ella puesto el anillo de la boda. Y al comerse el rey el postre vió el anillo de la boda, y entonces conoció que aquélla era su mujer y aquéllos eran sus dos hijos. Y se abrazó a ella y abrazó a sus dos niños y la preguntó cómo estaba en aquel palacio. Y ya le contó ella todo lo que la había pasao. Y ya se disponían a marcharse todos pal palacio del rey cuando llamó un pobre a la puerta a pedir que comer. Y salió ella a la puerta y le dijo:

-¿Le gusta a usted comerse la comida que ha sobrao de una comida que hemos tenido hoy?

Y dijo el pobre que sí y le sacaron la comida que sobraba. Y venga el pobre a mirarla y a remirla. Y ella le dijo:

-¿Por qué me mira usted así?

Y el pobre contestó:

-Si no tuviera usted brazos decía yo que usted era mi hija.

Y ella le dijo entonces:

-¿Qué le ha pasao a usted con aquella hija?

Y él contestó:

-Que me salió tan pícara que la llevé al monte y le corté los brazos y la até a una encina y allí la dejé.

Y dijo ella:

-Pues aquí tiene usted a su hija.

Y el pobre padre cayó desmayao. Y de allí se fueron el rey y su mujer y sus dos niños al palacio.

Solosancho, Avila.

1.10.- La niña sin brazos (Es 101)

Estos eran un hombre y una mujer que estaban tan pobres que ya no tenían ni que comer. Y la mujer estaba embarazada. Y un día dijo la mujer:

-Si viniera alguien y nos llenara la casa de trigo y nos diera dinero, aunque fuera el diablo, le daría yo lo que diese a luz.

Y ya vino el diablo y les llenó todo de trigo y les dió mucho dinero, y ya tenían mucho que comer y estaban muy contentos.

Conque dió la mujer a luz una niña muy guapa, que desde el día que nació era santa. Desde el momento que nació se santiguaba y decía:

-¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Y la mujer llamó al diablo y le dijo:

-Mire usted, que la niña que he dao a luz se santigua y dice "¡Ave María Purísima!".

Y el diablo va y le dice:

-Pa que no lo diga córtele usted la mano.

Y la madre fué y le cortó la mano a la niña. Y entonces la niña se santiguaba con el codo que la quedaba. Y llama la mujer al diablo otra vez y le dice:

-Mire, usted, que le he cortao la mano a la niña y ahora se santigua con el codo.

-Pues córtele todo el brazo -le dice el diablo-.

Y le cortó la madre a la niña todo el brazo. Pero entonces la niña se santiguaba con la mano del brazo izquierdo. Y vuelve la mujer a llamar al diablo y le dice:

-Venga usted. Mire que le he cortao a la niña todo el brazo y ahora se santigua con la mano del brazo izquierdo.

Y dice el diablo:

-Pues cortarle esa mano.

Y se la cortó la madre y la niña se santiguaba con el codo de esa mano. Y venga a llamar la madre otra vez al diablo pa contarle que ahora la niña se santiguaba con el codo de la mano izquierda.

-Pues cortarle todo ese brazo también -le dice el diablo-.

Y le cortó la madre todo el brazo izquierdo también. Y entonces la niña se santiguaba con el troncón que le quedaba del brazo y decía siempre:

-¡Ave María Purísima! ¡Ave María purísima!

La madre al ver que la niña seguía santiguándose y que no comía ni bebía nada llamó al diablo y se lo dijo. Y entonces el diablo le dijo que encerrara a la niña en una habitación y que allí la tuviera hasta que fuera moza cuando vendría él a por ella. Y cuando ya estaba mayor y era ya una mocita llegó el diablo a por ella y se la llevó pa su casa. Y llegó a su casa y la metió en una habitación y le dijo:

-Aquí te desnudas y esperas hasta que yo te llame.  
Y se subió el diablo a una habitación que estaba más arriba. Y en ese medio tiempo llegó ande estagba la niña una perrita del diablo y la niña empezó a decirle:  
-Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía. Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía.  
Cuando ya oyó la niña que le dijo el diablo:  
-¿Subes o bajo?  
Y la niña le contestó:  
-Calla, hombre, que me estoy quitando la blusa.  
Y a la perrita le decía muy quedo, muy quedo:  
-Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía. Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía.  
Conque ya dice el diablo otra vez:  
-¿Subes o bajo?  
Y la niña le contesta:  
-Calla, hombre, que me estoy quitando la falda.  
Y a la perrita le decía muy quedo, muy quedo:  
-Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía. Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía.  
Y el diablo ya vuelve a decir y en voz muy alta:  
-¿Subes o bajo?  
Y le contesta la niña:  
-Cala, hombre, que me estoy quitando la enagua.  
Y a la perrita le decía otra vez:  
-Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía. Perrita china, llama a la Virgen María y a toda su compañía.  
Y el diablo ya cansado de esperar le grita:  
-Ya no, ya no me engañas. Ahora bajo yo y en seguida.  
Y bajó y cogió a la niña en sus brazos pa llevársela pa su habitación. Y la niña, al verse en los brazos del diablo, empezó a santiguarse con el troncón del brazo y decía:  
-¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima! ¡Ay, Dios mío!  
¡Ay, Virgen María!  
Y a eso se presentó la Virgen, y el diablo al verla dejó caer a la niña y cayó encima de una zarza sin hacerse daño.  
Y allí estaba la niña cuando pasaron el rey y sus soldaos que venían de cazar. Y los perros del rey vengan a fatearla y vengan a fatearla, hasta que los siguieron los soldaos y hallaron la niña encima de la zarza. Y fueron y le dijeron al rey que encima de una zarza estaba una niña muy guapa, muy guapa y sin brazos. Y fué el rey a verla y cuando vió que era tan guapa se la llevó a su palacio. Y sin decir nada la metió en una habitación y les mandaba a los criaos que le dejaran siempre la mejor sustancia del puchero pa unos perros que tenía. Y los criaos se aburrían y decían:

-¡Ay, qué mareo tener todos los días que sacarle la mejor susutancia del puchero pa los perros!

Y era que el rey se la llevaba a la niña.

Conque ya el rey le dijo a su madre que se iba a casar y que ya había encontrao novia. Y cuando llevó a su madre a su habitación a enseñarle a la novia, la madre se sorprendió mucho y le dijo que cómo se iba a casar con una mujer sin brazos, que no podría cuidar a sus hijos. Pero el rey le dijo que no le importaba, que de todos modos se iba acasar con ella. Y celebraron las bodas y se casó el rey con la niña sin brazos.

Y a los pocos meses el rey tuvo que marcharse a la guerra y dejó a su mujer encinta. Y estando el rey en la guerra dió a luz su mujer dos niños preciosos que parecían dos estrellas. Y le escribieron al rey que su mujer había dao a luz dos niños como dos estrellas y que se viniera pronto. Y el diablo cogió la carta y puso que la reina había dao a luz dos perros. Y llegó la carta y cuando el rey la vió dijo:

-¡Sea por Dios! Si mi mujer a dao a luz dos perros, que los cria hasta que yo vuelva.

Y escribió una carta diciendo que si su mujer había dao a luz dos perros, que los criara hasta que el volviera. Pero el diablo cogió también esta carta y puso que si la mujer había dao a luz dos perros que los mataran porque si no se comerían a su madre.

Y cuando la madre recibió la carta no pudo comprender lo que quería decir, pero como decía que mataran a sus hijos se puso a llorar y le dijo a su suegra:

-¡Ay, no! ¡Matar a mis hijos no! ¡Ay, Dios mío! ¡Eso no lo consiento!

Y le dijo a su suegra que le hiciara dos alforjas pa meter en ellas a sus dos niños y irse con ellos por el mundo. Y entonces les rogó que se los echaran a los hombros y se marchó con sus dos hijitos por el mundo.

Y cuando ya habían andao mucho, los niños tenían sé y empezaron a llorar y a decir:

-¡Ay, madre, agua! ¡Ay, madre, agua!

Y la niña lloraba también y les decía:

-¡Ay, hijos míos, si no hay agua! Y aunque la hubiera no os la podría dar.

Y ya cuando los niños lloraban mucho y la madre con ellos, se encontraron con un agüelillo y una agüelilla, que eran San José y la Virgen. Y le preguntó la Virgen qué pasaba, que por qué lloraban ella y sus dos niños. Y la niña le contó que tenían sé los niños y no lespodía dar agua. Y la Virgen le dijo:

-Vé allí onde están esos dos riscos y entre ellos hallarás agua.

Y fue la niña con sus dos niños y encontró agua. Y se agachó mucho pa que los niños pudieran aloanzar a beber. Y tanto se agachó que los niños se cayeron de las alforjas. Y ella se tiró sobre ellos pa cogerlos y en ese momento le salieron sus dos brazos y los cogió.

Y entonces se puso una tormenta muy grande, muy grande. Y era que el diablo todavía andaba molestándola. Pero la Virgen y San José le dijeron que no tuviera miedo, que se marchara y nada le pasaría. Y se marchó la niña ya con sus dos brazos y muy campante con sus dos niños en dirección de una luz que se veía. Y ya llegaron a una casa onde estaba el rey su marido con su tropa. Y llamó ella en la puerta y salió un soldao a abrir y le dijo ella:

-¡Oiga, usté! ¿Nos quieren recoger por esta noche a mi y a estos dos niños?

Y le dijo el soldao que entrara. Y ella entró con sus dos niños en las alforjas. Y fueron a llamar al rey y le dijeron que había llegao una mujer con dos niños como dos estrallas. Y vino el rey a ver y al momento que los niños le vieron empezaron a decir:

-Tú eres mi papá. Tú eres mi papá.

Y el rey se acercó a mirar a la mujer. Y venga a mirarla y venga a remirla, hasta que le dijo:

-Si usté no tuviera brazos diría yo que usté era mi mujer, la que dejé cuando me fui a la guerra.

Y ella le contestó:

-Pues ella soy y estos dos niños son tus hijos.

Y ya se contaron como había sido todo. Y se abrazó el rey a ella y a sus hijos y no fué más que contento y alegría. Y otro día se fueron todos al palacio del rey.

Cuenca, Cuenca.

1.11.- La niña sin brazos (Es 102)

Este era un padre que tenía ocho hijos. Y todos los días iba a por leña al monte y decía:

-¡Ay, si yo pudiera vender a mi hija mayor!

Y cuando fué una vez al monte se le apareció un hombre cuando dijo eso, y le dijo:

-Yo te compro tu hija. Toma este dinero y mañana a las diez vienes con tu hija mayor y me la entregas aquí mismo.

El padre se fué pa su casa y cuando llegó le dijo a su hija que otro día a las diez tenían que estar en el monte pa entregársela a un hombre. Y otro día por la mañana salieron a caballo. Y llegaron y el padre le entregó al hombre su hija. Y se volvió el padre pa su casa muy triste.

Y el hombre, que era el diablo, le dijo entonces a la muchacha:

-Quitate esa cruz de Carabaca.

Y es que ella llevaba una cruz de Carabaca, que es una cruz que cuando hay nubes se abre. Pero la muchacha no se la quiso quitar. Y entonces el diablo le dijo:

-Allá vienen los tolbones, mis amigos.

Y al decir esto le cortó los dos brazos con un cuchillo y la dejó sola en el monte.

Y estaba ella sola llorando cuando pasó por allí el hijo del rey y la vido, y como era tan bonita les dijo a sus soldaos que la llevaran al palacio. Y cuando ya estaba en el palacio les dijo a sus padres que se iba a casar con la manquita. Los padres le dijeron que cómo se iba a casar con una mujer que no tenía brazos y que no podría cuidar a sus hijos cuando los tuviera. Pero el hijo del rey no hizo caso y se casó con ella.

Y a poco de estar casao se murió el rey, y el príncipe quedó de rey y tuvo que ir a la guerra a otro reinao muy lejos. Y mientras el rey estaba en la guerra tuvo su mujer dos niños muy hermosos. Y la madre del rey le escribió que había parido su mujer dos niños muy preciosos. Pero el diablo cogió las cartas y puso otras onde le decían al rey que su mujer había parido dos monstruos. Y cuando llegaron las cartas el rey mandó a decir que la quemaran viva. Y entonces la niña le rogó a la reina madre que le hiciera dos alforjas pa sus niños y que le preparara el puchero y que así se iría por los montes alante con sus dos niños sola. Y la madre le hizo las dos alforjas y el puchero y se fué la niña con sus dos niños.

Y andando, andando se encontró con un viejecito y le dijo la niña:



-¿Quiere usted darle s sopitas a mis niños?  
Y se acercó el viejecito y les dió sopitas a los niños del puchero. Y de allí se fué sola otra vez hasta que llegó ande había un río. Y sus dos niños tenían sé, pero ella no podía darles agua. Pero como los niños la pedían agua se abajó pa que alcanzaran a beber y se cayeron los dos en el agua. Y con los muñones trató de cogerlos y en ese momento le salieron los dos brazos. Y entonces se le apareció otra vez el viejo, que era San José, y le hizo una casa cerca del río pa que viviera allí con sus dos nijitos.

Y una noche llegó por allí el rey y pidió posada. Y le dieron posada al rey por la noche y cuando estaban comiendo San José y todos le contó la niña a San José toda su vida. Y el rey escuchaba, pero no decía nada. Y ya cuando acabó de contar su vida, San José le dijo a la niña que acostara a sus niños porque ya era muy noche. Y fueron todos entonces a acostarse. Y otro día por la mañana salieron los dos niños y al ver al rey decían:

-¡Este es mi papá! ¡Este es mi papá!

Y entonces el rey ya conoció que esos dos niños eran sus hijos y los abrazó y empezó a llorar. Y entonces llegó la niña y ya se contaron los dos lo que les había pasao. Y todos se fueron entonces muy contentos pal palacio del rey.

Madridejos, Toledo.

1.12.- El cisquero y el demonio (Es 103)

Este era un pobre cisquero que tenía a su mujer y a ocho hijos, y ya apenas podía ganar con que vivir vendiendo ciscos. Y ya estaba muy aburrido sin saber qué hacer cuando un día se le apareció el demonio y le dijo:

-Si me das el alma de tu mujer, te doy ocho mil reales. Y el cisquero se la prometió y le dió el dinero el demonio y se fué pa su casa muy contento y le dió el dinero a su mujer. Y ya estaban muy bien y se iban reponiendo. Y la gente decía:

-Pero, ¿dónde sacará este hombre tanto dinero? Antes andaba por aí de cisquero y ahora ya no trabaja y tiene con que vivir.

Pero fué él otra vez a por carbón al monte y le sale el demonio otra vez y le dice:

-Oye, tú; si me das el alma de lo que tu mujer tiene en el vientre, te doy cuatro mil reales más.

Y se lo prometió el cisquero y le entregó el demonio el dinero. Y con la sangre de sus venas firmó el contrato con el demonio que a los siete años de edad le entregaría a la hija que estaba por nacer. Y se marchó el cisquero pa su casa con el dinero.

Conque al poco tiempo tuvo la mujer una niña, que nació el día de la Santísima Trinidad. Y desde el día en que nació la niña hablaba tres veces al día con la Virgen. A los tres años se confesó y a los cuatro años comulgó.

Y a los siete años ya llegó el demonio a por ella. Y llamó a la puerta y salió el padre y le dijo el demonio:

-Vengo por lo que me prometistes.

-Sí, sí -dijo el padre-.

Y entró el padre y la dijo a su mujer que le había prometido la hija al demonio y que había venido por ella porque ya tenía la niña los siete años que habían puesto en el contrato. Y la madre le dijo:

-Pero y ¿cómo has prometido tal cosa? ¿Que no quieres a tu hija?

Y él la dijo que como eran tan pobres se lo había prometido al demonio por el dinero que les había dado. Y empezó la madre a llorar. Y en este medio tiempo estaban hablando la Virgen la estaba cargando de medallas a la niña y echándola su bendición. Y ya el demonio le dijo al padre:

-Güeno, ¿y cómo no me la bajas?

-Ya baja -le contestó el padre-.

Y al llegar la niña a la puerta la vió el demonio y la dijo:

-¡Quitata eso que traes!

Y la niña le contestó;

-¡No me da la gana!

Y así hablando, el padre la agarró y la montó en las ancas del caballo del demonio, y el demonio echó a correr con ella a las ancas de su caballo.

Y cuando ya iban lejos de la casa empezó el demonio a decirle a la niña:

-¡Quítate eso que traes! ¡Quítate eso que traes!

Y la niña le contestaba:

-¡No me da la gana! ¡No me da la gana!

Y el demonio, al ver que la niña no se quitaba las medallas, le dió un piquetazo al caballo con su lanza y dió el caballo un salto y la niña cayó al suelo. Y el demonio, al caer ella la arrancó los ojos con sus uñas y la dejó allí tirada en tierra.

Y estando allí sola la niña empezó a llorar. Y se le apareció la Virgen y la dijo:

-¿Quieres tu vista?

Y la niña dijo:

-Sí, sí, la quiero y le ruego a la Virgen que me la dé.

Y la Virgen le dió su vista. Y ya la niña vió que estaba en un monte y vió una cueva y se dirigió a ella. En la cueva no había nadie y allí se metió. Y a la cueva iba todos los días un ángel en forma de perro a llevarla la comida.

Y cerca de la cueva estaba el palacio de un rey. Y un día le dijeron al rey que todos los días llegaba un perro y se llevaba la comida de la mesa y se escapaba y que no sabían adonde se iba. Y dijo entonces el rey que le siguieran. Y salió el hijo del rey con sus armas a buscar al perro y ya le vieron que iba a la cueva con la comida que se había robao ese día. Y el hijo del rey sacó sus cuchillos y empezó a tirárselos al perro, pero no le alcanzaban. y así fueron siguiendo al perro hasta que entró en la cueva. Y el hijo del rey se apeó de su caballo y llamó en la puerta de la cueva. Y contestó la niña y le dijo que entrara, que el perro no le haría nada. Y ya entró y vió a la niña, que era muy guapa, y se enamoró de ella.

Y se fué a su palacio y le contó a su padre que había encontrao en una cueva a una niña muy guapa y que se quería casar con ella. Y su padre le dijo que no se casara con ella, que estaría llena de miseria y que el hijo de un rey no debía casarse con una joven pobre. Pero él dijo que no le importaba, que le dejara llevarla al palacio y casarse con ella. Y tanto estuvo porfiando, que el rey su padre se lo permitió y la llevó al palacio y se casó con ella.

Y ya al poco tiempo el rey tuvo que marcharse a la guerra y dejó a su mujer encinta. Y cuando estaba en la guerra, la niña tuvo dos niñitos más hermosos que el sol. Y el padre le escribió a su hijo que volviera, que su mujer había tenido dos niños más hermosos que el sol. Pero el diablo le quitó al soldao que la llevaba la carta y le puso otra donde decía que la niña había tenido dos monstruos. Y el hijo del rey, cuando recibió la carta, se puso muy triste porque su mujer había tenido dos monstruos y escribió que no los mataran, que volvería dentro de poco y verían qué hacían con ellos.

Pero el diablo le quitó la carta otra vez al soldao y le puso otra donde decía que mataran a la niña y a los dos niños. Y cuando llegó la carta el padre estaba en misa y la niña cogió la carta. Y viendo lo que decía su marido llamó a sus criaos y les dijo que la prepararan dos alforjas pa sus niños. Y cuando se las trajeron los puso en las alforjas y se marchó por el mundo alante con sus dos niños.

Y ya había andao todo el día y llegó la noche y se puso a llorar a la entrada de un bosque. Y vino la Virgen y la dijo:

-¿Por qué lloras?

Y ella le dijo:

-¿Cómo no he de llorar, si mi marido, el hijo del rey, escribió que me mataran a mí y a mis dos hijitos y me he escapao pa que no los mate?

Y ya la Virgen la dijo:

-Mira, ves adonde está aquella luz que se ve allá a lo lejos. Entra en esa casa que hallarás allí y tendrás todo lo que te haga falta.

Y se desapareció la Virgen, y la niña se fué en dirección de la luz. Y llegó a la puerta de la casa y llamó y salió una criada a abrir y la dijo que entrara. Y entró la niña y allí había comida y ropas y camas y de todo lo que hacía falta pa ella y sus niños.

Conque en este medio tiempo volvió el hijo del rey de la guerra y subió y preguntó por su esposa y sus dos hijos. Y el padre le contestó que su mujer se había marchao del palacio con sus dos hijos. Y ya le dijeron que mucho lo sentían porque los niños eran más hermosos que el sol. Y dijo él:

-¿Cómo? ¿No me dijisteis que eran dos monstruos?

Y ellos le dijeron que no, que no habían dicho eso. Y ya comprendió él que había engaño, y le dijo al rey su padre, que se iba enseguida a buscar a su mujer y a sus dos niños.

Y anduvieron un año por muchas tierras, pero nada hallaban. Y ya un día se cerró una noche en agua muy temerosa y llegaron adonde vían una luz muy calaos. Y llamaron en la puerta y nadie respondía. Y se bajó el mismo hijo del rey de su caballo y llamó en la puerta y dijo:

-¡Válgame la Santísima Trinidad!

Y se abrieron todas las puertas y entraron. Y salió la niña con sus dos niños a encontrarles. Pero él no la conoció. Y le preguntó él si podían pasar allí la noche. Y ella le dijo que sí, que allí podían quedarse, pero que con la condición que se quedaran por tres días con sus noches. Y esa noche le preguntó el hijo del rey a la niña:

-¿Dónde está tu marido?

Y ella en seguida le conoció, pero no se lo quería decir. Y le dijo:

-Mi marido está en una feria. Mañana vendrá.  
Y él venga a mirar y venga a mirar a los dos niños  
aquellos. Y ya al acostarse la dijo él:  
-Señora, me va usted a hacer el favor de dejar que estos  
niños duerman conmigo.  
Y ella le dijo que no podía ser. Pero tanto la rogó que  
le dijo que dormiría uno de ellos con él. y se acostó el  
hijo del rey esa noche con uno de los niños.  
Y otro día la señora le dijo:  
-¿Qué tal? ¿Le ha molestao el niño?  
Y él la dijo:  
-No, nada. No me ha molestao nada, y esta noche quiero  
que duerman los dos conmigo.  
Y la niña le dijo que no, que no podía ser. Y ya la dijo  
él:  
-Pero y su marido, ¿por qué no viene?  
Y ella le contestó:  
-Mi marido no viene porque ya está aquí.  
Y se le echó a los brazos y le dijo que ella era su  
esposa. Y ya le contó cómo había llegao allí, y él la  
contó a ella cómo había sido el engaño del demonio. Y se  
fueron de allí todos al palacio del rey.

Avila, Avila.

2.- Niña perseguida por el padre.

2.1.- "María de madera (Tipo 510 B)

(Padre quiere casar con la hija)

2.1.1.- Los tres trajes (RA 32)

Esto era un matrimonio que llevaba muchos años sin tener hijos. Por fin tuvieron una hija, pero la madre murió del parto. Antes de morir, le dijo a su marido que nunca se volviera a casar si no era con una como ella.

Pasó el tiempo y la niña se fue haciendo cada vez más mayor y poniéndose cada vez más guapa y más parecida a su madre, de tal manera que el padre se enamoró de la hija y, como su mujer le había dicho que no se casara sino con una que se pareciese a ella, fue y le dijo a su hija que se tenía que casar con él.

La niña fue y le contó a una vecina lo que le había dicho su padre y la vecina le dijo:

-Dile a tu padre que te casarás con él si te trae tres vestidos: uno de sol, otro de luna y otro de estrellas.

Así lo hizo la niña. El padre quedó conforme y salió de viaje en busca de los tres trajes. Anduvo por todas partes, pero sin poder encontrarlos como su hija se los había pedido. Un día se encontró con el diablo por un camino y le contó lo que le pasaba. Entonces dijo el diablo:

-Yo te daré esos trajes, a condición de que tu alma sea mía cuando mueras.

El hombre aceptó el trato. Recibió los tres trajes y se los llevó a su hija. Y como ya había cumplido lo que esta le había pedido, iban a arreglar la boda. Pero la hija volvió a consultar con la vecina y ésta le aconsejó que huyera al monte y que ella la acompañaría. Y así, sin que nadie la viera, se escaparon de la casa y se fueron al monte. Pero la vecina dejó sola a la niña y se volvió a casa.

Después de mucho andar, llegó la niña a la choza de unos pastores. Les pidió ropa de pastora, se la puso y se echó sal en el cuerpo. Vestida de pastora y rascándose el pecho y los brazos siguió camino adelante. Un día llegó a un palacio, llamó a la puerta y pidió por favor que la recogieran como criada. Como les dió lástima por lo andrajosa que iba, le dijeron que sí, le preguntaron cómo se llamaba y ella dijo que Juana. Y así entró de criada en el palacio.

Una vez iban a dar una fiesta muy grande, de tres días, para que el príncipe pudiera escoger novia. Juana pidió permiso para ir al baile. Cuando llegó la primera noche, se fue a su habitación, se quitó la ropa de pastora y se puso el traje de sol que le había regalado su padre. Cuando entró en el baile, el hijo del rey se fijó en ella y la sacó a bailar. Estuvo bailando con ella toda la noche sin hacerles caso a las demás, que se morían de envidia. El hijo del rey se enamoró de Juana, la llevó a la mesa a comer y le regaló un anillo de oro. Pero a las tres de la madrugada dijo ella que se tenía que ir y que la esperara un momento en la puerta del palacio. Entonces, como ella vivía en el mismo palacio, se fue por dentro hasta la cocina sin que nadie la viera. Se puso otra vez los andrajos y al día siguiente le dijo a la reina en la cocina:

-¿A que no sabe usted, señora, lo que pasó anoche en la fiesta?

-¿Qué pasó? -preguntó la reina.

-Pues que el príncipe estuvo toda la noche bailando con una princesa muy guapa que vestía un traje de sol, comió con ella y le regaló un anillo.

-¿Y de dónde era esa princesa?

-Nadie lo sabe -contestó Juana-. De madrugada se fue corriendo del baile sin que nadie la viera y nadie sabe nada de ella.

La reina fue y le preguntó a su hijo si era verdad lo que decía Juana, y él contestó que sí.

La segunda noche de la fiesta el príncipe estaba deseando volver a ver a la joven. Por fin apareció Juana, que esta vez se había puesto el traje de luna. Al príncipe le pareció todavía más guapa que la noche anterior y más se enamoró de ella. Otra vez estuvieron bailando toda la noche, pero a las tres de la madrugada Juana desapareció lo mismo que la noche anterior.

Al día siguiente le contó a la reina lo que había pasado y la reina volvió a consultar con su hijo. Este le dijo que era verdad, pero estaba muy triste.

A la tercera noche Juana se puso el traje de estrellas para ir al baile y volvió a ocurrir como las otras veces. Pero el príncipe la había visto tan guapa y tan enamorado estaba de ella, que al día siguiente cayó enfermo en la cama. No quería ver a nadie y ni comía ni nada. Por fin, después de mucho insistirle su madre, dijo que le apetecía comerse un pastel. La reina bajó corriendo a la cocina para hacérselo, pero Juana le dijo:

-Si usted quiere, señora, yo puedo hacérselo, que los sé hacer muy bien.

-¿Tú, so andrajosa? -contestó la reina-. ¿Cómo vas a hacerle tú un pastel al príncipe?

-Señora, déjeme usted, que no se arrepentirá.

Aceptó la reina y Juana se puso a preparar el pastel. Sin que nadie se diera cuenta, puso dentro de la masa el anillo que el príncipe le había regalado la primera noche. Metió la masa en el horno y, cuando estuvo hecho el pastel, la propia reina quedó complacida. Pero, mientras subía a la habitación del príncipe, pensó mejor decirle que lo había hecho ella, no fuera a darle asco de Juana.

Nada más cortar el pastel, el príncipe se encontró el anillo de oro y dijo:

-Madre, dígame usted la verdad. ¿Quién ha hecho este pastel?

Y la madre no tuvo más remedio que decirselo:

-Ha sido Juana, hijo mío, la criada de la cocina.

El príncipe mandó que se la trajeran inmediatamente, pero ya Juana se había puesto su traje de estrellas y se presentó en la habitación. El príncipe la reconoció y en seguida se puso bueno. Le pidió que se casara con él, y se casaron y fueron felices.

Y colorín colorao, este cuento se ha acabado.



### 2.1.2.- El pavero del rey (RA 35)

Pues, señor, esto era una vez un padre, una madre y una hija. La madre tenía un anillo y, al morir, le dijo al marido:

-Toma este anillo y te casas con la que le esté bien.

La niña se fue haciendo mayor y un día se encontró el anillo en un cajón de la cómoda y le dijo al padre:

-Papá, me he encontrado este anillo, y mira qué bien me está. Seguramente sería de mamá. Yo me quedo con él.

El padre se quedó mirándola y la niña le dijo:

-¿Qué te pasa, papá, por qué me miras?

El padre le contestó:

-Tú no sabes por qué, hija mía. Tu madre me dijo que me casara con quien le estuviera bien este anillo.

Entonces la niña se puso a llorar y estuvo mucho tiempo llorando. Un día se asomó la niña a la puerta, cuando iba pasando una viejecita, que le preguntó:

-¿por qué lloras, preciosa?

Y la niña le contó lo que le había pasado. La viejecita le dijo:

-Pues no llores, vas a hacer lo que yo te diga. Le dirás a tu padre que te tiene que comprar tres vestidos: uno del color del cielo, lleno de estrellas y de luceros; otro con todas las clases de animales, y otro del color de la sombra del pozo. Después te vas de tu casa vestida de chavalillo, con los trajes metidos en un saquito, y te pones a buscar trabajo.

La niña lo hizo todo tal como se lo dijo la viejecita. Le pidió a su padre los tres vestidos y se marchó de su casa sin que la viera nadie. Agarró después y se dirigió al palacio. Le preguntó a uno de los criados que si no necesitaban un zagalillo para hacer algún trabajo. El criado le dijo que si quería quedarse a guardar pavos, y ella -bueno, él- le dijo que sí.

Se lo llevaron a un campo que estaba cerca del palacio y al día siguiente la niña se puso a llamar a los pavos diciendo:

-¡Paví, paví, paví, acudid todos a mí!

Y uno de los pavos le contestó:

-¡Si el hijo del rey lo supiera, se enamoraba de ti, de tí!. Y ella respondió:

-¡Anda y ojalá que te mueras!.

Y de repente el pavo se murió.

El hijo del rey, que lo había visto todo desde el mirador del palacio, se quedó admirado, y al día siguiente, cuando el pavero fue a llevar el pavo muerto, le dijo uno de los criados:

-¡Ay, Juanillo -porque así se hacía llamar-, el primer día y un pavo muerto! Me parece que tú poco vas a durar aquí.

-¡Y yo qué le hago -contestó Juanillo- si se me ha muerto un pavo!

-Bueno, pues entra a hablar con el príncipe.

Entró Juanillo a hablar con el príncipe y éste le dijo:

-A mi me dejás de historias y dime por qué dijo el pavo lo que dijo.  
-Yo no sé nada, majestad -contestó el pavero.  
Al otro día estaba otra vez cuidando los pavos diciendo:  
-¡Paví, paví, paví, acudid todos a mí!  
Y le contestó otro pavo:  
-¡Si el hijo del rey lo supiera, se enamoraba de ti, de ti!. Y contestó el pavero:  
-¡Anda y ojalá que te mueras!  
Y al momento se murió el pavo.  
El hijo del rey lo había visto todo otra vez y, cuando al día siguiente el pavero se presentó para rendir cuentas del pavo muerto, le preguntó otra vez lo mismo y otra vez dijo Juanillo que él no sabía nada. Y al día siguiente hizo Juanillo la misma faena y el príncipe ya se enfadó y lo puso a trabajar en las cochineras.  
Entonces el rey anunció unos torneos y unos bailes, a ver si su hijo encontraba novia. Los demás criados le decían a Juanillo:  
-Anda, hombre, arréglate tú también y te vienes a ver el baile.  
-¿Yo? -contestó el pavero-. Tengo que limpiar la cochinera, y además a mí no me gustan esas cosas. Vayan ustedes.  
Cuando todos se fueron, se metió en su cuarto y se puso el vestido color del cielo que le había regalado su padre y se fue al b. Desde que el hijo del rey la vió se fue con ella y le decía:  
-¿Usted quién es?  
Y ella contestaba:  
-Ya se sabrá.  
-¿Y usted cómo se llama?  
-Ya se sabrá.  
El príncipe estuvo toda la noche bailando con ella y le regaló un anillo, pero ella salió corriendo antes de que terminara el baile. Cuando llegaron los criados, le dijeron:  
-¡Huy, Juanillo, si hubieras ido habrías visto la señorita tan guapa con la que el príncipe ha estado bailando toda la noche!  
Y dice Juanillo:  
-A lo mejor la conozco yo.  
-¡Anda, hombre, más quisieras tú!  
Al día siguiente se fueron todos al baile también y ella se metió en su cuarto y se puso el vestido con todas las clases de animales. Llegó al baile y el hijo del rey estuvo todo el tiempo con ella y le regaló una pulsera y otra vez le preguntó:  
-¿Y usted cómo se llama?  
-Ya se sabrá -contestó la niña.  
-¿Y usted quién es?  
-Ya se sabrá.  
-¿Y usted dónde vive?  
-Ya se sabrá, ya se sabrá.

Igual que la otra noche la niña se marchó sin decir nada, antes de que terminara la fiesta. Cuando llegaron los demás criados le dijeron:

-¡Huy, Juanillo, lo que te estás perdiendo! ¡Si hubieras visto lo guapa que iba esa señorita que estuvo toda la noche bailando con el príncipe! ¡No estaba guapa ni ná!

-A lo mejor la conozco yo -dijo Juanillo.

-¡Anda, hombre, más quisieras tú!

Al día siguiente la niña se puso el último vestido, el de sombra de pozo y pasó lo mismo. El hijo del rey no se separaba de ella. Le entregó una cadena de oro y le hacía las mismas preguntas que las noches anteriores, y ella contestaba lo mismo. El príncipe, al sentarse, le pilló el vestido y, sin que ella se diera cuenta, le cortó un trocito. Pero, cuando estaba más descuidado, se marchó ella.

El príncipe, ya que pasaba el tiempo y no daba con aquella señorita, se puso enfermo y tuvo que meterse en la cama. Ningún médico, por sabio que fuera, daba con la enfermedad que tenía. La reina madre y todos los de la corte estaban muy preocupados, porque el príncipe estaba enfermo de gravedad y se le habían quitado las ganas de comer. Un día Juanillo le dijo a la reina:

-¿Usted quiere que su majestad se ponga bueno? Le voy a hacer una tarta que me hacía a mí mi abuela. Verá como se pone bueno.

Y le contesta la reina:

-¡Ay, mi hijo, con lo escrupuloso que es! ¡Para que se encuentre un pelo o algo!

-Usted me deja a mí, verá como el príncipe se pone bueno, y, si quiere, le dice que se la ha hecho su tía la monja. Tanto insistió, que la reina dijo que sí. Entonces Juanillo le hizo no una, sino tres tartas, y en cada una de ellas metió uno de los regalos que el príncipe le había hecho mientras bailaban: el anillo, la pulsera y la cadena de oro.

Nada más partir la primera tarta, vió el príncipe el anillo y se sentó en la cama dando voces y saltos. En seguida acudió la madre y le preguntó que qué le pasaba.

-¡Ahora mismo me traes aquí a la persona que haya hecho esta tarta!

La reina no se atrevía a decirle verdad ni mentira. Pero su hijo partió la segunda y tercera tarta y se encontró los otros regalos, y cada vez estaba más contento y gritaba más fuerte que le trajeran a la persona que había hecho las tartas. Tanto gritaba, que hasta Juanillo se enteró. Se fue corriendo para su cuarto y se colocó el vestido de sombra de pozo, que, como todos los pozos, ya reflejaba las estrellas y los pájaros del cielo. Y así se presentó en la habitación del príncipe. Este se quedó al pronto embobado, pero reconoció el vestido por el trocito que le faltaba y que lo tenía debajo de la almohada. La niña entonces le contó su historia y él le pidió que se casara con él. Y se casaron, y fueron felices y comieron perdices, y a mí no me dieron, porque no quisieron.

2.1.3.- María de madera (IC 103)

Había una vez un Rey y una Reina, y la hija de este Rey y esta Reina, que era una verdadera belleza. Cuando esta hija, que se llamaba María, tenía quince años, su madre cayó enferma y estaba a punto de morir. Su marido, a la cabecera del lecho, decía llorando que jamás volvería a casarse, y ella replicó:

-Esposo mío, aún eres joven y tienes una hija para criar. te dejo este anillo; deberás casarte con la mujer que pueda ceñirlo en su dedo.

Terminado el periodo de luto, el Rey buscó una nueva esposa, pero todas las que se presentaron se marcharon después de probarse el anillo: a unas les venía muy ancho, a otras les apretaba en exceso.

-Esto quiere decir que el destino nada ha resuelto -dijo el Rey-. Por ahora dejémoslo así.

Y conservó el anillo.

Un día la hija, mientras hacía las tareas domésticas, encontró el anillo en el cajón de una cómoda. Se lo puso y no se lo pudo quitar del dedo. "¡Quién sabe lo que me dirá mi padre ahora!", pensó. Cogió un lienzo negro y se vendó el dedo. El padre, al verla con el dedo vendado, le preguntó:

-¿Qué te pasa, hija mía?

-Nada, padre. Me he hecho un pequeño rasguño.

Pero al cabo de unos días el padre quiso ver qué tenía en el dedo, le quitó la venda y vio el anillo.

-Ah, hija mía -dijo-, ¡tú debes ser mi mujer!

Ante esa impertinente exclamación, María salió corriendo y fue a confiarse a la nodriza.

-Si vuelve a decírtelo, respóndele que sí -aconsejó la nodriza-, pero dile que quieres un vestido de novia del color de los prados, que luzca todas las flores que hay en el mundo. No hay en toda la tierra un vestido así, y de ese modo tendrás una buena razón para no corresponder a sus deseos.

El Rey, cuando recibió esa respuesta, llamó de inmediato a un criado de confianza, le dió un saco de monedas de oro y un buen caballo y lo envió a recorrer el mundo en busca de un vestido del color de los prados que luciera todas las flores. Viajó durante seis meses, pero no hubo manera de encontrarlo: por fin llegó a una ciudad llena de judíos y buscó en la tienda de un mercader de paños.

-¿Tendría una tela de seda así y así?

Y el judío:

-¡Cómo que sí la tengo! Tengo otras más bellas, además.

Y así el Rey consiguió el vestido de novia de la hija.

María corrió sollozando a ver a la nodriza.

-No te desanimes, hija mía. Pídele otro para la proclama: un vestido del color del agua del mar, que luzca todos los peces recamados en oro.

Al cabo de unos meses el criado encontró también ese vestido, allá en la ciudad de los judíos.. La nodriza sugirió entonces que María pidiese un vestido para el día de la boda cuya belleza superara a la de los anteriores: del color del aire, con el Sol, los planetas y todas las estrellas. El criado emprendió un nuevo viaje y a los seis meses el vestido estuvo listo.

-Ahora -dijo el Rey-, hija mía, no hay tiempo que perder. Nos casaremos dentro de ocho días.

Se fijó la fecha para la ceremonia, pero entre tanto la nodriza había confeccionado para la muchacha un vestido de madera que la cubría de pies a cabeza y flotaba sobre las aguas.

El día de la boda María dijo a su padre que quería darse un baño y metió una paloma en la tinaja del agua, sujeta por las patas a otra paloma que estaba fuera de la tinaja. La paloma de fuera quería alejarse volando pero estaba sujeta a la de dentro, y cada una tiraba por su lado. La paloma que estaba en la tinaja revoloteaba en el agua, agitándola como una persona que se lava. Entre tanto María se puso el vestido de madera y debajo el vestido del color de los prados, el del color del agua y el del color del aire y escapó. El padre seguía oyendo el bullicio que producían las palomas y no se dió cuenta de nada.

María se dirigió al mar y empezó a caminar sobre las aguas con el vestido que flotaba. Caminando sobre las olas llegó a un lugar donde un hijo de Rey pescaba en compañía de varios pescadores. Vió aquella mujer de madera que caminaba por el mar y dijo:

-Nunca he visto un pez así; pesquémoslo y veamos de qué se trata.

Echaron las redes y la arrastraron a la orilla.

-¿Quién eres? ¿Y de dónde vienes? -le preguntaron.

Y María respondió:

-Soy María de Madera,  
Hecha con maestría verdadera,  
Hecha con verdadero arte,  
Y viajó a todas partes.

-¿Y qué sabes hacer?

-Todo y nada.

Entonces el hijo del Rey la llevó a Palacio y la puso a cuidar las ocas. En la Corte la noticia de que había una cuidadora de ocas hecha de madera causó gran revuelo, y de todas partes venían a verla mientras seguía a las ocas por los prados y los estanques, caminando o flotando a voluntad.

Pero el domingo, cuando nadie la veía, María de Madera se quitaba el vestido flotante, derramaba sus bellas trenzas negras sobre los hombros desnudos y se subía a un árbol. Allí empezaba a peinarse mientras las ocas rodeaban el árbol y cantaban:

-Pi-pipiripi  
Bella mujer, la que está aquí,  
Parece la Luna, parece el Sol,  
hija de Rey o Emperador Todas las tardes María de  
Madera volvía a Palacio con un cesto de huevos, y una  
tarde se encontró con el hijo del Rey, quien se disponía  
a asistir a una fiesta, y empezó a bromear:

-¿Adónde vas, hijo de Rey?  
-A ti no te lo diré.  
-¿Por qué no me has invitado?  
-¡Te pegaré con mi calzado!

Y le arrojó una bota. María se fue al corral, se puso el  
vestido del color de los prados, que lucía todas las  
flores del mundo, y también ella asistió al baile.

En el baile esta dama desconocida era la más bella de  
todas, con ese vestido como jamás se había visto otro  
igual. El hijo del Rey la invitó a bailar y le preguntó  
de dónde venía y cómo se llamaba.

-Soy la Condesa de Pegabota -respondió María.  
El hijo del Rey no podía creerla porque jamás había oído  
ese nombre, pero nadie conocía a esa dama y ella sólo  
respondía Pegabota. El hijo del Rey se había enamorado de  
ella y le regaló un alfiler de oro que ella se clavó  
entre las trenzas. Luego se esfumó riendo de la fiesta.  
El hijo del Rey dió orden de que la persiguieran y vieran  
adónde se dirigía, pero ella arrojó al suelo un puñado de  
monedas de oro y los criados se pusieron a recoger las  
monedas y a pelear entre ellos.

A la tarde siguiente, el hijo del rey se preparaba para  
asistir a la fiesta, entre melancólico y esperanzado.  
Llegó María de Madera con sus huevos.

-Majestad, ¿esta noche también vas al baile?  
-No me fastidies; ¡tengo otras cosas en que pensar!  
-¿Y a mí no me invitas?

Entonces el hijo del Rey perdió la paciencia, cogió un  
palito de leña y le pegó con él.

María de Madera se fue al corral, se puso el vestido del  
color del agua, que lucía todos los peces del mar y se  
fue a la fiesta. El hijo del Rey estaba muy contento de  
bailar con ella.

-Dime quién eres, esta vez.

-Soy la Marquesa de Pegapalo -dijo esta vez María, y no  
hubo modo de sonsacarle otra palabra. El hijo del Rey le  
dió un anillo de brillantes y ella se esfumó como la  
noche anterior, confundiendo a los criados a fuerza de  
arrojarles puñados de monedas. El Rey estaba más  
enamorado que nunca.

La tarde siguiente no tenía la menor gana de soportar las  
salidas de María de Madera. En cuanto ella le pidió que  
le invitara al baile, le dió con las riendas por la  
espalda, pues estaba preparando los arreos del caballo.

En el baile encontró a la dama con un vestido aún más bello que los anteriores, del color del aire y con el sol, los planetas y las estrellas, quien se presentó como la Princesa de Pegarrienda. El hijo del rey le regaló un medallón con su retrato.

y tampoco esa noche los criados pudieron alcanzarla.

El hijo del rey enfermó de mal de amores, y los médicos no sabían qué hacer, y él no quería probar ni una cucharada de sopa. Un día le dijo a su madre, que siempre le insistía para que comiera algo:

-Sí, me han entrado ganas de comer pizza. Prepárala tú, mamá, con tus propias manos.

La reina fue a la cocina y allí estaba María de Madera.

-Permitid que os eche una mano, Majestad -dijo, y se puso a amasar y hornear la pizza.

El hijo del Rey empezó a comérsela y la encontró muy sabrosa y felicitó a su madre. de pronto sintió algo duro entre los dientes; el alfiler que había regalado a la bella desconocida.

-Mamá, ¿quién ha preparado esta pizza?

-Yo, ¿por qué?

-No puede ser, dime de veras quién la ha hecho.

Y la Reina tuvo que admitir que la había ayudado María de Madera. El hijo inmediatamente pidió que le hiciera otra. Llegó la segunda pizza de María de Madera y dentro el hijo encontró el anillo de brillantes. "María de Madera debe de saber algo acerca de la bella desconocida", se decía el joven, y encargó una tercera pizza. Y cuando encontró el medallón con su retrato, se levantó con el mejor de los ánimos y corrió al corral. Encontró a las ocas cantando alrededor del árbol:

-Pi-pipiripí,

Bella mujer, la que está aquí,

Parece la Luna, parece el Sol.

Hija de Rey o Emperador.

Y cuando alzó los ojos hacia la enramada vió a la bella desconocida que salía del caparazón de madera y se peinaba las trenzas. María le contó su historia y en menos de lo que tardó en decirlo se casaron y fueron felices.

(Roma)

#### 2.1.4.- El ropón de piel de cerdo (A 291)

Erase una vez un pope y su mujer, que tenían una hija. Murió la esposa, y el pope ordenó a su hija:

-Vístete, hija, que vamos a casarnos.

La hija corrió a la sepultura de la madre y se puso a llorar. La madre salió de su tumba y le preguntó:

-¿Por qué lloras, hija?

-¿Cómo no voy a llorar, si mi padre quiere casarse conmigo?

-Entonces, hija, pídele que te regale un vestido que se parezca a la luna y el sol y todo el aderezo que haga juego.

El padre le regaló el vestido que había pedido, con todo el aderezo haciendo juego, y le dijo otra vez:

-Vístete, hija, y vamos a casarnos.

La hija fue a llorar de nuevo a la sepultura de su madre.

-¿Por qué vienes a llorar otra vez? -preguntó la madre.

-¿Cómo no voy a llorar, si mi padre me ha regalado el vestido como tú dijiste y de nuevo quiere que me case con él?

-Entonces, hija, dile que te regale un vestido como la aurora y todo el aderezo que haga juego.

El pope le regaló a la hija todo lo que había pedido y repitió:

-Vístete, hija, y vamos a casarnos.

Por tercera vez acudió la hija a la sepultura de la madre, y ésta le preguntó:

-¿Por qué vienes otra vez a llorar, hija?

-¿Cómo no voy a llorar, si mi padre me ha regalado todo lo que tú dijiste y ahora insiste en que quiere casarse conmigo?

-Pues dile a tu padre que te regale un ropón de piel de cerdo con unas botas y una pañoleta que hagan juego.

el padre le regaló a la hija el ropón y todo lo que quería, repitiendo como siempre:

-Ahora vístete, hija, y vamos a casarnos.

La hija contestó:

-Espera un poco, padre. Saldré en cuanto esté vestida.

Se encerró con sus muñecas para vestirse. Ella se puso el ropón de piel de cerdo y a las muñecas les puso los vestidos que su padre le había regalado. Luego salió al campo, puso a las tres muñecas en fila y ella en el centro. Una de las muñecas dijo:

-Ábrete, tierra húmeda, para que esta hermosa doncella baje a tu seno.

Otra muñeca dijo lo mismo, la tercera también, y juntas se encontraron bajo tierra. Anda que te anda por otro reino, por otro país, llegaron a un bosque y vieron una casita montada sobre patas de gallina. Después de pensar mucho lo que podrían hacer, se sentaron al lado de la casita. Las muñecas estaban muy quietas y la hija del pope se puso a bordar en oro.

Pasó por allí un zarévich y dijo:



-Hola. Sube a mi carruaje.  
 -¿Cómo voy a subir a vuestro carruaje -objetó ella-, si sois un zarévich, mientras que yo soy la hija de un pope y voy vestida con un ropón de piel de cerdo?  
 Entonces él dijo a un criado:  
 -Hazla subir tú.  
 El criado obedeció. Se pusieron en marcha y llegaron a casa del zarévich. Este condujo a la hija del pope a los aposentos de su madre y pidió:  
 -Madre: permitidme que me case con ella -objetó la madre-, si tú eres un zarévich y ella la hija de un pope vestida con un ropón de piel de cerdo?  
 -Bueno, pues haremos que se esconda debajo de la estufa. Esto ocurría en sábado. Al día siguiente, domingo, el zarévich se levantó temprano y le gritó al criado:  
 -Trae un jarro de agua.  
 Ella salió en seguida de debajo de la estufa y llevó el jarro. El zarévich le pegó con él diciendo:  
 -¡Largo, debajo de la estufa, piel de cerdo!  
 Ella corrió a esconderse otra vez, hasta que el zarévich se marchó a la iglesia. Entonces le pidió permiso a la zarina, se vistió debajo de la estufa y también fue a la iglesia. Llegó y se colocó a la derecha del coro. Nada más verla, el zarévich se acercó a ella.  
 -¿De dónde eres, preciosa? -le preguntó.  
 -Soy de Villa de los Jarros -contestó la hija del pope. En cuanto terminó el oficio, salió de la iglesia, corrió a casa y se metió debajo de la estufa, poniéndose otra vez el ropón de piel de cerdo.  
 Volvió el zarévich de la iglesia y le dijo a su madre:  
 -He visto a una preciosa doncella en misa. Le he preguntado de dónde es y me ha contestado que de Villa de los Jarros.  
 Tanto le gustó la hermosa doncella al zarévich, que el pobre se fue a buscar Villa de los Jarros. Viajó toda una semana y volvió el sábado diciéndole a su madre:  
 - No he encontrado a la hermosa doncella.  
 Mientras, la hija del pope seguía debajo de la estufa. Llegó el domingo, el zarévich se levantó temprano y le gritó al criado:  
 - Trae una toalla.  
 La hija del pope corrió a presentarle la toalla, pero el zarévich la apartó de mala manera y le pegó un golpe con la toalla. Luego se marchó él a la iglesia. La muchacha le pidió permiso a la zarina, se puso el vestido parecido al sol y la luna, fue a la iglesia y se colocó a la derecha del coro. El zarévich se acercó de nuevo a ella y también le preguntó:  
 - ¿De dónde eres?  
 - De Puebla de las Toallas.  
 - ¿Quieres que cambiemos nuestros anillos, corazón?  
 - No. Yo tengo bastante con los míos.

En cuanto terminó el oficio, la hija del pope corrió a casa, se desvistió y volvió a su sitio debajo de la estufa. También regresó el zarévich de la iglesia y le dijo a su madre:

- ¡Qué hermosa doncella he visto!

Partió el zarévich en busca de Puebla de las Toallas, anduvo mucho tiempo de un lado para otro, pero no encontró nada y, de vuelta a su casa, le contó a la madre su pesar. Desde debajo de la estufa, la hija del pope se reía al oírle.

Llegó el domingo, el zarévich se levantó temprano y gritó al criado:

- ¡Eh! Dame el peine.

La hija del pope salió en seguida de debajo de la estufa y le presentó el peine, pero el zarévich le pegó con el diciendo:

- ¡Largo de aquí, piel de cerdo! -y la hizo volver a su sitio debajo de la estufa. Luego, en cuanto él se marchó a la iglesia, la hija del pope le pidió permiso a la zarina y, con su vestido como la aurora, también fue a misa. Se colocó a la derecha del coro. El zarévich la vio y le preguntó de dónde era.

- De Puente de los Peines.

- ¿Cambiamos nuestros anillos, corazón?.

- Bueno -contestó ella.

Y así lo hicieron.

Luego, apenas terminada la misa, la hija del pope corrió a casa. Vió que las criadas de la zarina estaban preparando bollos de requesón.

- ¿Me dejáis que amase yo uno? -pidió.

- Si quieres...

La hija del pope amasó un bollo de requesón y metió dentro el anillo que le había dado el zarévich a cambio del suyo.

Volvió el zarévich de la iglesia, y la hija del pope estaba ya debajo de la estufa

- Creo, madre, que es hora de comer -dijo el zarévich-.

Manda a las muchachas que traigan algo. ¿O es que no han hecho bollos de requesón?.

Colocaron una fuente de bollos encima de la mesa y el zarévich que tenía mucha hambre, pinchó uno en seguida con el tenedor -tan doradito, tan apetitoso-, se lo metió en la boca y notó que algo le rechinaba entre los dientes. Se fijó y vió que era el anillo que le había dado a la hija del pope. Lanzó un grito que se oyó en toda la casa.

- ¿Quién ha hecho estos bollos de requesón?. ¡Que venga aquí inmediatamente!

Las criadas se asustaron.

- Los hemos hecho nosotros, señor. De verdad que sí. Solamente amasó uno la hija del pope, que está debajo de la estufa.

Llamaron a la hija del pope. Ella se puso primero el vestido más bonito y luego acudió, tan linda que no se podría encontrar otra igual en el mundo. Entró en la sala y le besó la mano a la zarina.

El zarévich, loco de contento, fue hacia la hija del pope, la tomó de la blanca mano y dijo:

- Danos tu bendición, madre, y que un pope una nuestras manos para dicha nuestra y para contento tuyo.

La zarina les dió su bendición. Ellos se casaron y vivieron felices, sin agobios y haciendo el bien a su alrededor.

### 2.1.5.- Toda clase de pieles (G 65)

Erase una vez un rey que tenía una esposa con el cabello de oro, y era tan hermosa que no había otra igual en la tierra. Sucedió que ella se puso enferma y, cuando sintió que iba a morir, llamó al rey y le dijo:

-Si después de mi muerte quieres casarte, prométeme que no tomarás por esposa a otra que no sea tan bella como yo y que no tenga mis mismos cabellos de oro.

El rey estuvo inconsolable durante mucho tiempo, y no pensó en tomar otra mujer. Finalmente dijeron los consejeros:

-No hay otra salida. El rey debe casarse de nuevo para que tengamos una reina.

A continuación se enviaron mensajeros por doquier para buscar una novia que pudiera igualarse en belleza a la reina muerta. Pero no se pudo encontrar a ninguna que fuera igual y, aunque la hubieran encontrado, no había ninguna otra que tuviera sus mismos cabellos de oro. Así que los mensajeros regresaron con las manos vacías sin cumplir el encargo.

El rey tenía una hija que era tan hermosa como su madre y tenía sus mismos cabellos de oro. Cuando se hizo mayor, el rey la contempló y vio que era el vivo retrato de su madre muerta, y sintió de pronto un amor apasionado por ella. Entonces les dijo a sus consejeros:

-Quiero casarme con mi hija, puesto que es el fiel retrato de mi mujer muerta, y en ningún lugar puedo encontrar otra novia igual.

Cuando los consejeros oyeron esto, se asustaron y dijeron:

-Dios ha prohibido que el padre se case con la hija. De un pecado no puede venir nada bueno, y el reino se verá arrastrado a la perdición.

La hija se asustó todavía más cuando supo la decisión de su padre. Sin embargo, esperaba hacerle desistir de su proyecto.

Entonces le dijo a su padre:

-Antes de que se cumpla vuestro deseo, tengo que tener varios trajes: uno tan dorado como el sol, otro tan plateado como la luna, y otro tan brillante como las estrellas; luego quiero un abrigo de toda clase de pieles. Cada animal de vuestro reino debe dar un trozo de su piel para confeccionarlo.

Ella pensó: "Es casi imposible lograr esto, y mientras tanto puedo apartar a mi padre de sus malos pensamientos".

El rey no cedió, y las doncellas más hábiles del reino tejieron los tres vestidos: uno tan dorado como el sol, otro tan plateado como la luna y el tercero tan brillante como las estrellas. Y sus cazadores apresaron a todos los animales del reino y le quitaron a cada uno un trozo de su piel; con ellos se hizo un abrigo de toda clase de pieles.

Finalmente, cuando todo estuvo preparado, el rey hizo traer el abrigo, lo extendió ante ella y dijo:

-Mañana se celebrará la boda.

Cuando la princesa vió que no había esperanza alguna de cambiar los sentimientos de su padre, tomó la decisión de huir en la noche, mientras todos dormían. Se levantó y cogió tres de sus tesoros: un anillo de oro, un torno de hilar de oro y una devanadera de oro; metió los tres vestidos de sol, de luna y de estrellas en una cáscara de nuez, se puso el abrigo hecho con toda clase de pieles y se tiznó la cara y las manos. Luego se encomendó a Dios y partió, andando toda la noche hasta que llegó a un gran bosque. Como estaba muy cansada, se sentó en un árbol hueco y se durmió.

Salió el sol y ella seguía durmiendo; se hizo completamente de día y aún continuaba durmiendo. Entonces sucedió que el rey al que pertenecía el bosque fue a cazar allí. Llegaron sus perros al árbol, lo olfatearon y corrieron a su alrededor ladrando. El rey dijo a los cazadores:

-Mirad a ver qué clase de animal salvaje se ha escondido ahí.

Los cazadores obedecieron el mandato y, cuando regresaron, le dijeron:

-En el árbol hueco hay un animal maravilloso, como no hemos visto otro igual; su pellejo es de toda clase de pieles, está echado y duerme.

-Mirad a ver si podéis apresarle vivo -dijo el rey-; atadlo luego al carruaje y traedlo con vosotros.

Al apresar los cazadores a la joven, ésta se despertó sobresaltada y les dijo:

-Soy una pobre criatura, abandonada de padre y madre; compadeceos de mí y llevadme con vosotros.

Entonces ellos dijeron:

-"Toda-clase-de-pieles", tú sirves para estar en la cocina; vente y barrerás la ceniza.

Así pues, la sentaron en el carruaje y la llevaron hasta el palacio real.

Le asignaron un cuchitril bajo la escalera, donde no entraba la luz, y dijeron:

-Animalillo salvaje, ahí puedes vivir y dormir.

Luego la enviaron a la cocina y ella traía el agua, la leña, atizaba el fuego, desplumaba las aves, limpiaba las verduras, barría la ceniza y hacía todo el trabajo ingrato.

Así vivió "Toda-clase-de-pieles" pobremente durante mucho tiempo. ¡Ay, pobre princesa, qué será de ti!

Pero sucedió que una vez se celebró una fiesta en el palacio, y ella le dijo entonces al cocinero:

-¿Puedo subir y mirar un poco? Me colocaré ante la puerta.

El cocinero dijo:

-Ve, pero en media hora tienes que estar de vuelta y recoger la ceniza.

Ella cogió su lamparita de aceite, fue a su cuchitril, se quitó la piel y se lavó el hollín de la cara y las manos, de manera que su belleza volvió a salir a la luz del día. Luego abrió la nuez y sacó el vestido que brillaba como el sol. Hecho esto, subió a la fiesta y todos le cedían el paso, pues nadie la conocía y pensaban que era una princesa. El rey le salió al paso, le dió la mano y bailó con ella pensando para sí: "Nunca he visto otra mujer más hermosa."

Terminó el baile, se inclinó y, cuando el rey miró a su alrededor, había desaparecido sin que nadie supiera a dónde había ido. Se llamó a los vigilantes que estaban ante palacio, pero nadie la había visto. Entretanto, ella fue a su cuchitril, se quitó rápidamente el vestido, se tiznó la cara y las manos, se puso el abrigo de pieles, y otra vez quedó convertida en "Toda-clase-de-pieles". Cuando llegó a la cocina y quiso ponerse a trabajar y barrer la ceniza, dijo el cocinero:

-Déjalo hasta mañana. Hazme la sopa para el rey, pero no dejes que se te caiga ningún pelo; si no, no comerás más pan en el futuro.

El cocinero se fue y la muchacha hizo la sopa para el rey. Le hizo una sopa de pan todo lo mejor que supo y, cuando estuvo terminada, cogió de su cuchitril su anillo dorado y lo puso en la fuente en la que estaba preparada la sopa. Cuando el baile terminó, el rey pidió la sopa y la comió, y le gustó tanto que pensó que nunca había comido otra igual. Al llegar al fondo de la fuente, vió el anillo de oro y no pudo comprender cómo había llegado hasta allí. Entonces ordenó al cocinero que se presentara ante él. El cocinero se asustó cuando oyó la orden y le dijo a "Toda-clase-de-pieles":

-Seguro que has dejado caer algún pelo en la sopa. Como sea verdad, te pego una paliza.

Cuando llegó ante el rey, éste le preguntó quién había preparado la sopa. El cocinero respondió:

-¡La he preparado yo!

Pero el rey dijo:

-Eso no es verdad, estaba hecha de otra manera y mejor que por lo general.

El cocinero contestó:

-Tengo que confesar que no la he hecho yo, sino el animalillo salvaje.

Dijo el rey:

-Hazla que suba.

Cuando "Toda-clase-de-pieles" llegó, le preguntó el rey:

-¿Quién eres?

-¡Yo soy una pobre criatura que no tiene padre ni madre!

El siguió preguntando:

-¿Para qué estás en mi palacio?

Ella contestó:

-Para nada bueno, solamente para que me tiren los zapatos a la cabeza.

El siguió preguntando:

-¿De dónde has sacado el anillo que estaba en la sopa?

Ella contestó:

-No sé nada de ese anillo.

Así que el rey no pudo aclarar nada y le dijo que se fuera.

Pasado algún tiempo, se celebró de nuevo una fiesta, y "Toda-clase-de-pieles" le volvió a pedir al cocinero que la dejara mirar como la última vez. El contestó:

-Sí, pero vuelve dentro de media hora y hazle al rey la sopa de pan que tanto le gusta.

Ella se dirigió entonces a su cuchitril, se lavó velozmente, sacó de la nuez el traje que era tan plateado como la luna, y se lo puso. Subió y parecía una princesa.

El rey salió a su encuentro y se alegró de verla de nuevo y, como empezaba en ese momento el baile, bailaron juntos. Pero cuando terminó el baile, desapareció tan rápidamente que el rey no pudo ver a dónde se dirigía.

Ella corrió a su cuchitril y se convirtió de nuevo en animalillo salvaje y fue a la cocina para preparar la sopa de pan. Aprovechando que el cocinero estaba arriba, cogió el torno de hilar de oro y lo metió en la fuente, de tal manera que preparó la sopa por encima del torno.

Luego se la llevaron al rey, que la comió y le supo tan bien como la vez pasada, e hizo venir al cocinero, que tuvo que confesar de nuevo que "Toda-clase-de-pieles" había preparado la sopa. "Toda-clase-de-pieles" se presentó de nuevo ante el rey, pero ella contestó que solamente estaba allí para que le tiraran los zapatos a la cabeza y que no sabía nada del torno de oro.

El rey organizó una fiesta por tercera vez y pasó lo mismo que las veces anteriores. De modo que el cocinero le dijo:

-Tú eres una bruja, animalillo salvaje. Siempre echas algo a la sopa para que esté muy rica y le sepa al rey mejor que la que hago yo.

Pero como se lo pidió tan insistentemente, la dejó ir un rato. Se puso el traje que brillaba como las estrellas y entró con él en la sala. El rey bailó nuevamente con la hermosa doncella y pensaba que nunca había estado tan hermosa. Mientras bailaban, sin que ella se diera cuenta, le puso en el dedo un anillo de oro. Había ordenado que el baile durara mucho tiempo y cuando éste se acabó, quiso retenerla por las manos, pero ella se soltó y se mezcló entre la gente tan rápidamente que desapareció de su vista. Corrió todo lo que pudo hasta su cuchitril, bajo la escalera, pero como se había entretenido mucho más de media hora, no pudo quitarse el hermoso traje, sino que se echó el abrigo de pieles sobre él, y con la prisa no se tiznó del todo, sino que un dedo se le quedó blanco. "Toda-clase de pieles" se dirigió corriendo a la cocina, hizo la sopa de pan para el rey y en un momento en que el cocinero salió, puso dentro la devanadera de oro.

Cuando el rey encontró la devanadera en el fondo, hizo llamar a "Toda-clase-de-pieles"; entonces vió su blanco

dedo y el anillo que le había puesto en el baile. La cogió por la mano y la sujetó. Ella quiso soltarse y escapar, pero el abrigo de pieles se le abrió un poco y el rey pudo entrar el brillo del traje de estrellas. El rey tiró del abrigo, descubriendo los cabellos de oro de la princesa, que apareció ante él en todo su esplendor y ya no pudo ocultarse por más tiempo.

Cuando se quitó el hollín y la ceniza de la cara, era lo más hermoso que se había visto nunca en la tierra.

El rey dijo:

-Eres mi querida prometida y no nos separaremos nunca más.

A continuación se celebró la boda y vivieron felices hasta su muerte.



2.1.7.- La zarevna en el reino subterráneo (A 211)

Eranse un zar y una zarina que tenían a un hijo y a una hija. Le ordenaron al hijo que, cuando ellos murieran, se casara con la hermana. Algun tiempo después de haberle ordenado al hijo que se casara con la hermana -no sé si poco o mucho- murieron los padres.

El hermano le dijo entonces a la hermana que se preparase para la ceremonia y él fue a pedirle al pope que los desposara. Cuando iba a vestirse para el casamiento, la hermana tomó tres muñecas, las colocó en las ventanas, ella se plantó en medio de la habitación y dijo:

-¡Cucú, muñequitas!

La primera preguntó:

-¿Qué ocurre?

-El hermano quiere desposar a la hermana -dijo la segunda.

-Abrete, tierra, y trágatela -pronunció la tercera.

Lo mismo dijeron todas otra vez, y luego otra.

Vino el hermano a preguntarle a la hermana:

-¿Estás ya vestida?

-Todavía no he terminado -contestó la hermana.

El volvió a sus aposentos a esperar que se vistiera la hermana.

La hermana dijo otra vez:

-¡Cucú, muñequitas!

La primera preguntó:

-¿Qué ocurre?

-El hermano quiere desposar a la hermana -dijo la segunda.

-Abrete, tierra, y trágatela -pronunció la tercera.

Efectivamente, se la tragó la tierra y fue a parar al otro mundo. Cuando el hermano volvió a buscarla no la encontró, y así se quedó.

Ya en el otro mundo, la zarevna, anda que te anda, llegó a un sitio donde se alzaba un roble. Se acercó al roble y se desnudó. El roble se abrió. Ella colocó su ropa en aquel agujero y, vestida de viejecita, continuó su camino. Anda que te anda, se encontró ante un palacio y pidió que la admitieran de sirvienta. Y la admitieron para encender las estufas.

El zar, en cuyo palacio servía la zarevna, tenía un hijo soltero. El domingo, cuando el hijo del zar se disponía a ir a la iglesia, le mandó a aquella sirvienta que le diera un peine. Ella tardó un poco en cumplir su orden; el zarévich se enfadó y la pegó con el peine en la mejilla. Luego terminó de arreglarse y fue a la iglesia. La zarevna, vestida de viejecita, se encaminó hacia el roble, donde había escondido su ropa, y el roble se abrió. Ella se vistió, convirtiéndose en una preciosa zarevna y fue a la iglesia también.

Al verla en la iglesia, el zarévich le preguntó a su lacayo de dónde era. Y el lacayo, a sabiendas de que era la viejecita dedicada a encender las estufas en los aposentos del palacio y de que el zarévich la había pegado con el peine, contestó:

-Es de la ciudad de Pegapeinetazos.

El zarévich volvió a palacio y se puso a indagar dónde se encontraba esa ciudad en su reino, pero no la encontró. Sucedió otra vez que, estando enfadado, el zarévich pegó a aquella sirvienta con una bota y luego se fue a la iglesia. Allí estaba ella también, con el vestido que guardaba en el roble. Al ver nuevamente a aquella hermosa desconocida, el zarévich le preguntó a su lacayo si sabía de dónde era.

-Es de Pegabotazos.

El zarévich estuvo buscando aquella ciudad por su reino, pero no la encontró. Se puso entonces a pensar y cavilar en el modo de hablar con aquella hermosa doncella, pues se había enamorado y deseaba desposarla. Hasta que se le ocurrió ordenar que untaran resina en el lugar de la iglesia donde ella solía colocarse.

El domingo acudió la zarevna a la iglesia, vestida con su traje, y fue a ocupar el sitio de siempre. Terminado el oficio, en cuanto dió un paso para volver al palacio, uno de sus zapatos se quedó allí pegado. De modo que volvió con un zapato solo.

Dió el zarévich orden de que despegaran el zapato, lo llevó a palacio y luego hizo que se lo probaran todas las muchachas del reino. Pero a nadie le sirvió más que a la viejecita encargada de encender las estufas. El zarévich empezó a hacerle preguntas, y ella confesó quién era y de dónde.

Entonces él la desposó. Yo estuve allí también. Bebí vino, bebí hidromiel, que por las barbas me chorreó, pero en la boca no me entró.

## 2.1.8.- El príncipe Danila-Govorila (A 114)

Erase una vieja princesa que tenía un hijo y una hija muy fuertes y muy hermosos. Pero no le gustaban a una bruja malvada, que no hacía más que pensar en el modo de inducirlos a cometer alguna falta. Por fin se le ocurrió una idea. Con muchos arrumacos, se presentó a la madre y le dijo:

-Querida comadre, te traigo este anillo para que se lo pongas a tu hijo. Así será rico e ingenioso, siempre que no se lo quite y se case con la doncella a quien este mismo anillo le venga bien al dedo.

La vieja princesa creyó sus palabras, se alegró mucho y, al morir, le hizo prometer al hijo que se casaría con la doncella a quien le viniera bien el anillo.

Pasó el tiempo, creció el hijo y comenzó a buscar novia. Una le gustaba, otra le parecía bien; pero, en cuanto se probaban el anillo, a ninguna le servía: o les estaba grande o les estaba chico.

Después de mucho viajar por ciudades y aldeas y buscar todas las mozas casaderas sin encontrar ninguna que pudiera ser su prometida, volvió a su casa muy meditabundo.

-¿Qué te ocurre, hermanito, que tanto te preocupa? -le preguntó su hermana.

El le descubrió el secreto y le contó sus penas.

-¿Pues que anillo tan especial es ese? -inquirió la hermana-. Deja que me lo pruebe yo.

Se puso el anillo, que se ajustó a su dedo, resplandeciendo, lo mismo que si lo hubieran hecho a su medida.

- Tú eres la que estaba predestinada para mí. ¡Tú serás mi esposa!

- Pero, hermano mío, ¿te has olvidado de Dios?. Eso es un pecado. Nadie se casa con una hermana.

El hermano no le hacía caso y, bailando de alegría, le ordenó que se preparara para desposarse. Ella se puso a llorar amargamente, salió de su aposento y se sentó a la puerta hecha un mar de lágrimas.

Acertaron a pasar por allí unas viejecitas, y ella les ofreció comida si lo deseaban. Las viejas le preguntaron a qué se debía su tristeza y su aflicción. Como no tenía por qué ocultarlo, se lo refirió todo.

- Bueno, pues no llores ni te aflijas, y sigue nuestro consejo. Haz cuatro muñecas y colócalas en los cuatro rincones de tu cuarto. Cuando tu hermano te diga que vayas a la iglesia a desposarte, obedecele; cuando te diga que vayas a su aposento, no te apresures; adiós, y confía en nuestro Señor.

Se marcharon las viejas, el hermano se casó con la hermana y luego pasó a su aposento diciendo:

- Hermana Katerina, ven a compartir mi lecho.

- Ahora mismo, hermanito -contestó ella:- estoy quitándome los pendientes.

En esto, desde los cuatro rincones empezaron a cantar las muñecas:

¡Cucú, príncipe Danila!  
¡Cucú, Danila-Govorila!  
Cucú, que quiere a su hermana,  
Cucú, para desposarla.  
¡Cucú, ábrete tierra!  
¡Cucú, trágate a la hermana!

La tierra empezó a abrirse y la hermana a hundirse en ella. El hermano gritó:

- ¡Hermana Katerina, ven a compartir mi lecho!  
- Ahora mismo, hermanito: estoy desatándome el cinturón.  
Las muñecas siguieron cantando:

¡Cucú, príncipe Danila!  
¡Cucú, Danila-Govorila!  
Cucú, que quiere a su hermana.  
Cucú, para desposarla.  
¡Cucú, ábrete tierra!  
¡Cucú, trágate a la hermana!

Sólo se veía ya la cabeza de la hermana. El hermano volvió a llamar:

- Hermana Katerina, ven a compartir mi lecho.  
Las muñecas repitieron su canción, y Katerina desapareció bajo tierra.

El hermano siguió llamándola, cada vez más fuerte; pero ella no aparecía. Muy enfadado, corrió al otro aposento, empujó la puerta, que voló hecha pedazos, y miró por todas partes, pero no había ni rastro de su hermana. Sólo en los cuatro rincones estaban las muñecas repitiendo: "Abrete tierra, trágate a la hermana". Agarró un hacha, les cortó la cabeza a las muñecas y las echó al fuego.

Entre tanto, la hermana fue caminando bajo tierra hasta vió una casita que tenía patas de gallina y giraba sobre sí misma.

- Colócate como estabas antes, casita: de espaldas al bosque y de cara a mí.

La casa giró y la puerta se abrió. Dentro de la casa se encontraba una doncella muy linda, bordando un lienzo en plata y oro. Acogió a su visitante con mucho afecto, pero al poco rato suspiró diciendo:

- Yo te recibo encantada como a una hermana querida, y te ofrezco mis cuidados y mi cariño mientras no esté mi madre. Pero, cuando ella vuelva, tú y yo vamos a pasarlo mal porque es una bruja.

A Katerina la asustaron aquellas palabras; pero, como no tenía a dónde ir, se puso a ayudarla en su labor y, mientras cosían, charlaban. Pasó algún tiempo, poco o mucho, y entonces la muchacha, que sabía cuando acostumbraba a regresar su madre, convirtió a Katerina en una aguja y la escondió en una escoba que dejó en un rincón.

Acababa de hacerlo, cuando apareció la bruja en la puerta.

- Hija mía querida, hija mía linda: aquí huele a huesos rusos.

- Señora mía mátushka: será de unos caminantes que entraron a beber un poco de agua.

- ¿Y por qué los dejaste marchar?.

- Eran viejos, querida; demasiado viejos para tus dientes.

- En adelante, invita a pasar a todo el que aparezca por aquí, pero no dejes que se marche nadie. Y, ahora, me largo otra vez en busca de alguna presa. Cuando se marchó, las jóvenes volvieron a su labor, charlando y riendo mientras cosían.

Volvió la bruja, husmeó por la casa y dijo:

- Hija mía querida, hija mía linda: aquí huele a huesos rusos.

-Es que acaban de estar aquí unos viejecitos que entraron a calentarse un poco las manos. Los invité a quedarse, pero ellos no quisieron.

La bruja, que tenía hambre, regañó a su hija y salió otra vez volando. Katerina, que había pasado todo ese tiempo oculta en la escoba, abandonó su escondrijo y las dos muchachas se pusieron a terminar el bordado muy aprisa, planeando cómo podrían escapar y salvarse de la malvada bruja. Apenas habían intercambiado unas miradas y unas palabras, apareció precisamente la bruja en la puerta, pillándolas desprevenidas.

-Hija mía querida, hija mía linda: aquí huele a huesos rusos.

- Es esta bella muchacha, que está esperándote, mátushka. La bella muchacha miró a la bruja y se quedó sobrecogida: tenía delante a la bruja Yagá pata-de-hueso, con la nariz que le llegaba al techo.

- Hija mía querida, hija mía linda: enciende una buena lumbre en la estufa.

Trajeron leña, de roble y de arce, y encendieron una lumbre tan fuerte que las llamas escapaban por la boca de la estufa.

La bruja agarró una pala ancha de hornear y le dijo a Katerina:

- Siéntate aquí, guapa.

La muchacha obedeció pero, cuando la bruja quiso deslizarla por la boca del horno, metió una pierna dentro y con la otra hizo fuerza en la pared de la estufa.

-¿Es que no puedes estarte quieta, muchacha?. ¡Siéntate bien!

La muchacha se acomodó como le mandaban; pero, en cuanto la bruja quiso deslizar la pala por la boca del horno, volvió a hacer fuerza con una pierna en la pared de la estufa. Rabiosa, la bruja retiró la pala.

- ¡Déjate de tonterías, muchacha! ¡Estáte quieta de una vez! ¡Mírame a mí!

Se dejó caer ella sobre la pala, estiró las piernas y las muchachas aprovecharon el momento para meterla a ella en el horno, cuya puerta cerraron bien cerrada, luego apuntalaron con unos troncos y taparon las rendijas con masilla y brea. Enseguida escaparon a la carrera, llevándose el lienzo bordado, un cepillo y un peine. Llevaban mucho tiempo corriendo, cuando, al mirar hacia atrás, vieron que la bruja había logrado escapar del horno y, al descubrirlas, las llamaba ahora silbando:

-¡Eh, eh, eh!... Vosotras...

¿Qué podían hacer?. Arrojaron el cepillo y surgió un cañaveral tan tupido, que ni una culebra habría podido deslizarse por él. La bruja sacó las uñas, arañó hasta abrirse paso, y otra vez fue dándoles alcance... ¿Qué salvación tenían? Arrojaron el peine; surgió un robledal tan oscuro y tan tupido que ni una mosca habría podido pasar. La bruja se afiló los dientes, puso manos a la obra y árbol que tocaba, árbol que arrancaba de raíz. Tirándolos así a un lado y otro se abrió camino... Ya estaba a punto de alcanzarlas... ¡Ya estaba muy cerca! Ellas corrían y corrían, hasta que ya no pudieron más; estaban agotadas. Arrojaron el lienzo bordado en oro y surgió un mar llameante, ancho y profundo. La bruja se remontó mucho, con la idea de cruzarlo volando pero se cayó al fuego y se abrasó.

Se quedaron las dos muchachas como palomas sin nido. Tenían que seguir andando; pero ¿hacia dónde? No lo sabían. Se sentaron a descansar un poco. Al rato se les acercó un hombre que les preguntó quiénes eran y luego fue a a informar a su señor de que en sus tierras había, no dos avecillas de paso, sino dos preciosas muchachas, idénticas de cuerpo y altura, igualitas de cara y que una de ellas debía de ser precisamente su hermana, aunque resultaba imposible decir cuál.

El señor fue a verlas y las invitó a entrar en su casa. Se dió cuenta de que el criado no le había mentido y una de ellas era su hermana, aunque no hubiera podido decir cuál. Y, como ella estaba enfadada, no se delataría. ¿Qué hacer?.

- Se me ha ocurrido una cosa, señor -dijo el criado-. Voy a llenar de sangre una vejiga de cordero y usted se la coloca debajo del brazo. Cuando esté hablando con las muchachas, yo me acercaré y le clavaré un cuchillo en el costado. Al ver la sangre, su hermana se delatará.

- Está bien.

Conque, dicho y hecho: el criado fingió que le clavaba un cuchillo a su amo en el costado, brotó la sangre, el hermana se desplomó y la hermana corrió a abrazarle llorando y gimiendo:

-¡Hermano! ¡Hermano mío querido!

El hermano se incorporó entonces, sano y salvo, abrazó a la hermana y la casó con un hombre de bien. En cuanto a él, tomó por esposa a la amiga de su hermana, a quien el anillo le vino justo al dedo, y todos vivieron felices y contentos.

## 2.1.9.- Los tres trajes (Es 110)

Este era un matrimonio que eran ya muy ancianos y no habían tenido familia. Y fué la esposa y le rogó a San Antonio que le diera una hija de tres colores, blanca, negra y colorá; lo blanco pa la cara, lo negro pal pelo y lo colorao pa la hermosura. Y les dió San Antonio la hija, pero al dar a luz la madre murió y quedó viudo el anciano.

Y al morir la esposa le había dicho a su marido que se casara sólo con una joven que se pareciera a ella, y como la hija fué la que llegó a parecerse a ella dijo el padre que con ella se casaría. Y ya el padre estaba tan enamorado de su hija que la dijo que tenía que ser su mujer. Y fué la niña y se lo contó a una vecina y esta le dijo:

-Dile a tu padre que te casas con él si te trae tres vestidos, uno de sol, otro de luna y otro de estrellas. Y se fué el padre en busca de los tres vestidos y en Roma los halló y se los trajo a su hija y fué luego la hija y se lo contó todo a una vieja hechicera, y la hechicera la dijo que doblara los vestidos y que se marchara por esos mundos a ganar la vida. Y se marchó la niña con los tres vestidos por los mundos. y cuando ya había caminado un día y una noche se encontró en el monte a la misma vieja hechicera que la dió un vestido de pelincanito y la dijo: -Toma este traje de pelincanito y pónelo y vete a aquel campo y ponte allí en aquella fuente por donde ha de pasar el rey cuando vaya de caza. No te hará daño. Cuando llegue déjate coger por él.

Fué allí la niña y pasó a poco el rey con sus soldados de caza. Y cogieron el pelincanito y se lo llevaron al palacio.

Y el hijo del rey ya estaba en disposición de poderse casar, y le dijo la madre que se casara. Y él la dijo que ya se buscaría novia, que no tenía prisa. Y ya fué la madre y le dijo:

-Pon baile una de estas noches desde la una hasta las tres pa que vengan mozas y escojas una pa que sea tu esposa.

Y dijo el hijo que estaba gueno y arreglaron el baile. y cuando ya se había ido el hijo del rey al baile dijo el pelincanito que si le dejaban ir al baile. Y la madre le dijo que fuera si quería. Y fué el pelincanito y se quitó el traje de pelincanito y se puso el de sol y se fué al baile. Y al llegar al baile todos salieron a recibir a la niña, que estaba muy guapa con su traje de sol. El hijo del rey no la conoció y fué y la sacó a bailar y comenzó a hablar con ella y la dijo que si se casaba con él. Y ella le decía que no, que era muy joven y que no quería su papá. Y estuvo bailando con ella toda la noche y la dió una pulsera.

Y ya antes de acabarse el baile dijo ella que la molestaba el aire de una ventana, y en lo que él fué a correr la ventana se escapó ella y se fué a casa sin que la vieran. Y salió el hijo del rey preguntando por onde se había escapao, pero nadie lo supo decir.

Y el pelincanito fué y la contó a la reina madre todo lo que había pasao en el baile. La contó que había ido al baile una moza vestida de un traje de sol que no había otra en el mundo de guapa y que el rey había bailao toda la noche con ella y la había regalao una pulsera. Y cuando llegó el rey su madre le preguntó si era verdá lo que decía el pelincanito y él la dijo que sí y que a la noche siguiente quería dar otro baile pa ver si iba otra vez esa moza.

Y la segunda noche fué el pelincanito otra vez, esta vez vestido de el traje de luna, y estaba la niña más guapa que la noche anterior. Y otra vez bailó el rey toda la noche con ella y la dijo que sí se quería casar con él. Pero ella le dijo otra vez que no, que no podía ser porque era muy joven y no quería su papá. Y la preguntó el rey si sabía cantar y ella dijo que sí. Y todos la rogaron que cantara y cantó y más enamorado quedó el rey de ella de lo bien que cantaba. Y esta vez la regaló el rey un anillo de oro. Y ya antes de que se acabara el baile dijo la niña que quería salir afuera un momento y salió a la puerta y se desapareció sin que la vieran. Y salieron todos en busca de ella y viendo ella que ya se acercaban se puso su traje de pelincanito y se puso en la escalera. Y así la vió el rey y le dió una patada y le dijo que se fuera a casa porque creyó que era el pelincanito que andaba así molestando. Y se fueron a palacio y el pelincanito le contó a la reina todo lo que había pasao esa noche. La contó que había ido otras vez la moza, esta vez vestida de un traje de luna y más guapa que antes, y que el rey había bailao toda la noche con ella y la había regalao una anillo de oro. Y el rey dispuso otro baile pa la noche siguiente.

Y la tercera noche la niña se quitó el traje de pelincanito y se puso el de estrellas, que era el más bonito de todos, y estaba más reguapa que nunca. Y fué al baile y estuvo toda la noche bailando con el rey. Y otra vez la dijo que se casara con él, pero ella le decía siempre que no, que no podía ser porque era muy joven y su papá no quería. Y esa noche el rey le regaló unos pendientes muy preciosos. Y cuando ya se acababa el baile dijo la niña:

- Ya me voy, ya me voy, que ya suenan los esquelitos del coche y si mi padre lo sabe que estoy aquí a deshoras me pega.

Y salió y se fué. Y otra vez llegó el pelincanito y le contó a la reina madre lo que había pasao en el baile. La contó que había ido la moza vestida de un traje de estrellas mucho más bonito que lo dos otros trajes y que el rey había bailao con ella toda la noche y la había regalao unos pendientes.



Y el rey ya que no la volvió a ver se puso malito en la cama y ni quería comer. Y ya fué el pelincanito y hizo tres pasteles y en cada uno puso uno de los regalos del rey y fué y se lo dió a la reina pa que se lo diera a su hijo. Y fué ella y le dió primero el de la pulsera. Y al partirlo él vió la pulsera y se alegró y la dijo a su madre:

- Madre, ¿quién ha hecho este pastel?

Y la madre contestó que el pelincanito lo había hecho pa que comiera y que había hecho dos pasteles más. Y él la dijo:

- Traígalos.

Y le trajo los otros dos y al partirlos halló el rey en ellos el anillo y los pendientes. Y gritó entonces:

- ¡Esto me da la vida, madre! ¡Dígale usted al pelincanito que venga enseguida!

Y cuando la madre salió a llamarla, ya la niña venía vestida con el traje de estrellas. Y al momento él la reconoció y la dijo a su madre que ésa sería su esposa. Y se casaron y fueron muy felices y comieron perdices. Y a mí no me dieron nada porque no les dió la gana.

Jaraiz de la Vera, Cáceres.

2.2.- "Como a la sal" (Tipo 923)

(Padre quiere palabras de amor)

2.2.1.- La pavera (E 120)

Era un rey que tenía tres hijas y iba a marchar forastero. Mandó llamar a las tres y las dijo que cuál de ellas le quería más. Dijo la mayor:

-Yo te quiero más que mi vida.

La segunda:

-Yo más que a mi corazón.

La tercera:

-Yo más que a la sal en el agua.

Y la dijo:

-Bueno, pues si tú me quieres más que a la sal en el agua, yo te mandaré matar.

Pues mandó dos guardias de palacio a que la sacaran al campo y que la sacaran los ojos y la lengua y la cortaran el dedito pequeño de la mano derecha. Y ella era tan buena que todos en palacio la querían mucho, ¡verdad! Y al sacarla al campo se compadecieron de ella y la cortaron el dedito pequeño de la mano derecha y no la sacaron los ojos. Pensaron de sacarlos a una perrita -y la lengua-, porque pensaron que si la sacaban los ojos y la lengua, moriría.

Ella se llevó su ropa y marchó andando a nación extranjera. Encontró a una pobre que iba pidiendo y la dijo que la haría el favor de entregarla sus ropas y ella la daría uno de sus vestidos. Y la pobre la dijo que no podía ser eso, que si ella llevaba uno de sus vestidos, nadie la daría limosna. Y entonces la dijo que si la haría el favor de dárselas, y ella la daría dinero para comprarse otras.

Se las dió la pobre, y, buscando casa donde trabajar, encontró trabajo en casa del rey de aquella nación. Necesitaban una pavera para cuidar de los pavos.

Bien, ya se quedó en la casa. Y un día, estando cuidando los pavos, vieron que se marchó del sitio donde tenía los pavos -cuando ya ven que sale una dama muy elegante que salía con una varita de oro, bailando. Y en el baile, decía:

-Pavín, pavera, si mi padre me viera, ¿qué me dijera?

Y al terminar de bailar tiró la vara de oro y mató un pavo.

El hijo del rey la vió desde arriba, desde una galería. Ella se marchó a quitarse los vestidos elegantes y se puso los andrajos que la dió la anciana. Subió arriba, y dice a la reina:

-¡Ay, señora ama! ¡Se ha muerto un pavo!

Y la dice la señora:

-Pues, ¿qué hace usted, mujer? ¿Qué, no tiene cuidado de ellos?

Y ella dice:

-¡Ay, mire usted! Yo no sé qué habrá pasado. Estaba bien y de momento ha caído al suelo muerto.

-Pues, tenga gran cuidado de no volver a dejar morir otro. Porque si no, la echaremos.

Ya pasaron ocho días, y se olvidó de que había matao al pavo. Y vuelve a vestirse con un traje mucho más elegante que la vez anterior. Y vuelve a cantar otra vez:

-Pavín, pavera, si mi padre me viera, ¿qué me dijera?

El hijo del rey la estaba viendo desde la galería lo mismo que la vez anterior. Llamó a su madre para que la viera. Y entonces la vieron bailar. Y al terminar de bailar, soltó la varita de oro y mató otro pavo. Se marchó a toda prisa a quitarse los vestidos y a ponerse los andrajosos. Y subió otra vez a decir a la señora que se le había muerto un pavo:

-¡Ay, señora, se me ha muerto otro pavo!

Y la señora la dijo:

-Pues, ¡mire usted! Tenga gran cuidado de que no se le mueran más. Porque si no, la echaremos a la calle.

A los ocho días se le volvió a olvidar que había matao al pavo. Y volvió a vestirse con un traje mucho más elegante que el de los días anteriores, mucho más elegante. Vuelve a salir a bailar, y el hijo del rey, que la ve, llama a su madre y la dice:

-Mira, ésta no es una pavera. Ésta es la hija de algún rey. Así que te ruego que no la dejes salir de casa, que he de casarme con ella.

Ella no sabía que la estaban viendo y seguía bailando... Cuando tiró la vara y mató a otro pavo. Entonces fue a quitarse las ropas elegantes y se puso las andrajosas. Subió y dice:

-¡Ay, señora ama! ¡Se ha caído un pavo al estanque y se ha ahogado!

-No, señora, no es que se ha caído. Es que usted lo ha matado.

Dice ella:

-Sí; él se cayó y se ahogó.

Dice la reina:

-Va a decirnos usted quién es.

-Soy una mendiga que implora caridad. Pero como encontré trabajo en su casa me quedé.

-Y, ¿esos vestidos tan elegantes que usted tenía cuando bailaba?

-Ah, no, señora. Yo no tengo vestidos elegantes. No tengo más que estos andrajosos que usted me ve.

-Yo la veo los andrajosos y también vi los elegantes. Así que usted tiene que ser hija de un rey.

-Ay, no, mire usted; soy una pobre llena de piojos.

Y dice la reina:

-No, señora, no tiene usted piojos. Ha de declararnos usted de quién es hija.

-Ya les he dicho a ustedes que soy una pobre y que tengo mucha miseria. Y si no, pasen ustedes a la cocina y verán qué puñados me sacan.

Y ella entró en la cocina, y, disimuladamente, se metió en el pecho puñados de sal sin que los otros la vieran. Y levantó la chapa de la lumbre y echaba los puñados de sal a la lumbre. Y como la sal chirrisquea, ella decía:

-Ven ustedes, cuántos piojos tengo.

Y la dice la señora:

-No tiene usted piojos. Usted ha de casarse con mi hijo.

Y ella dice:

-No me casaré con su hijo, porque antes me marcharé de esta casa.

La señora mandó cerrar todas las puertas, y no la dejaron salir. Y ella, viendo que era imposible la salida, aceptó casarse con el hijo del rey. Y dijo que tenían que invitar a su padre a la boda. Y ellos dijeron que sí. Invitaron a todos los reyes del mundo.

Hicieron gran convite, y ella dijo que el plato de su padre se pondría completamente sin sal. El primer plato que le sacaron no le apetecía, y los demás reyes decían:

-¿Cómo su majestaz no come? ¿Es que esta enfermo?

Y él dijo:

-No, es que no tengo gana.

Sacan el segundo, de la misma forma, soso, sin sal. Y tampoco le apetece. Y dicen los demás:

-¿Cómo su majestaz no come? ¡Si es una comida tan buena, tan sabrosa!

-No puedo comerlo. No sé lo que me pasa -contestó el rey. Al tercer plato le dicen los demás:

-Pero, ¿ningún plato de los que le han sacado a usted le apetece?

-Ve ahí, yo no sé qué puede ser esto.

Entonces su hija, que le estaba oyendo, le puso la mano derecha encima de la mesa donde él estaba comiendo. Y él, que reconoció que era la mano de su hija, cayó al suelo sin conocimiento. Entonces lo levantaron, y, vuelto en sí, le dice a su hija:

-¡Ay, hija! ¡Ya veo que tú eras la que me querías, porque no se puede comer nada sin sal!

La dotó en muchos millones, y vivieron felices.

Roa, Burgos.

2.2.2.- Como la sal en el agua (E 123)

Este era un rey que tenía tres hijas. Un día las llamó y les dijo:

-De las tres hijas que tengo, quiero saber cuál es la que me quiere más.

-Pues yo como mi vida -contestó la hija mayor.

-Yo como mi alma -dijo la segunda.

Y la más pequeña dijo:

-Y yo, como la sal en el agua,

Por haber dicho eso, el padre se enfadó mucho con ella y la dijo:

-Véte de aquí, que no me quieres.

Entonces la pobre niña se marchó de la casa. Y por fin llegó en ca de una reina viuda que tenía un hijo. Y preguntó si hacía falta una criada. Y dijeron que no, pero que necesitaban una pavera para criar pavas. Y ella dijo que estaba bien, que se quedaría. Pues ya la reina la dió la zamarra y la echó a la cuadra.

Se ha levantao por la mañana, y la ha echao a la era con los pavos. Y estando en la era ha empezado ella:

-¡Paví, paví, paví, paví!

Si el hijo del rey me viera,

¿se enamoraría de mí?

Y todos los pavos venían corriendo y hacían:

-Sí, sí, sí, sí, sí...

Y una media vuelta...y uno muerto.

Ha cogido el pavo ella y ha ido corriendo al palacio:

-¡Ama, se me ha muerto un pavo!

-¡Jesús, qué pavera! A usted la tengo que echar como a la otra. ¡Véte a la cuadra con los pavos!

Y la tiró la escoba.

Ya por la noche iba a haber una función. Y ella tenía la varita de la virtud para hablar con ella. Esa noche dijo:

-Varita de la virtud, con la virtud que Dios te ha dado, que me presentes con un traje de terciopelo negro que no lo haiga en el salón como el mío.

Y esa noche ha ido al baile. Y el hijo de su ama ha ido a bailar, sin conocerla. Y se ha enamorado de ella. Al bailar, como el hijo no la conocía la preguntó que de qué pueblo era.

-Del pueblo del Escobazo.

-Pues no recuerdo de ese pueblo.

-Pues está muy cercano de aquí.

Y echó mano y le regaló el reloj. Ella, cuando le vió distraído, dió una media vuelta y se volvió para la cuadra.

Al día siguiente salió otra vez con los pavos y ha empezao:

-¡Paví, paví, paví, paví!  
Si el hijo del rey me viera,  
¿se enamoraría de mí?

-Sí, sí, sí, sí, sí...-los pavos.  
Y una media vuelta...y otro pavo muerto.  
Ha cogido el pavo ella y ha subido a la cocina. Y ha entregao el pavo muerto.  
-¡Ama, otro pavo muerto!  
-¡Jesús, ¡qué pavera! ¡A usted la voy a echar! ¡Véte a la cuadra!  
Y le ha tirao las tenazas.  
Y por la noche iba a haber otro baile, y dice ella:  
-Varita la virtud, con la virtud que Dios te ha dado, que me presentes con un traje blanco como la nieve, que no le haiga en el salón como el mío.  
Esa noche va al baile, y se ha acercado el hijo de su ama a ella. Y dice:  
-Esta noche tengo que observar de dónde es para ir con ella.  
Y la preguntó que de qué pueblo era:  
-¿De qué pueblo eres, que no recuerdo del pueblo que me dijistes la otra noche?  
-Del pueblo del Tenazazo.  
-Esta noche -dice-, aunque no baile, la tengo que acompañar.  
Y la ha regalao una pulsera. Cuando ella le vio distraído, pues pescó el dos y se marchó.  
Al siguiente día salió otra vez con los pavos y ha empezao:

-¡Paví, paví, paví, paví!  
Si el hijo del rey me viera,  
¿se enamoraría de mí?

-Sí, sí, sí, sí, sí...-los pavos.  
Y una media vuelta...y otro pavo muerto.  
Ha cogido el pavo y ha subido arriba:  
-¡Ama, otro pavo muerto!  
-¡Jesús, qué pavera! A usted no la puedo resistir más.  
¡La voy a echar mañana!  
Y la tiró el badil y la dijo:  
-¡Véte a la cuadra!  
Y esa noche iba a haber otra función. Ha subido ella y ha hablado con la varita de la virtud:  
-Varita la virtud, con la virtud que Dios te ha dado, que me presentes con un traje negro que no lo haiga en el salón como el mío.  
Y esa noche ya era la última noche. Y la ha bailado el hijo de la reina. Y la volvió a preguntar de qué pueblo era.  
-Del pueblo del Badilazo.  
Ha llegao y le ha regalao un anillo. Una vez ya que le vio ella distraído, se marchó. Ha llegao a casa él.

-¡Madre, vengo malo!  
 -Hijo, ¿qué te pasa?  
 -Pues, vengo malo -dice.  
 Y al oír esto, la pavera dice:  
 -Pues, ¿qué le pasa?  
 -¡Véte de aquí -dice la madre-, no sea que se ponga peor!  
 Y dice la reina:  
 -Le voy a hacer un merengue.  
 Ha saltao la pavera:  
 -¿Quiere que se lo haga yo?  
 Dice la reina:  
 -¿Porque se ponga peor?  
 Y saltó la pavera:  
 -Porque se ponga mejor.  
 Conque dice la reina:  
 -pues, házsele, y no diremos que tú le has hecho.  
 Metió el reloj, la pulsera y el anillo en el merengue. Ha  
 llegao su madre a dársele. Al partirle con el cuchillo,  
 ha llamado a su madre:  
 -¿Quién ha hecho el merengue?  
 -Yo.  
 Saltó él:  
 -¡No pue ser!  
 Dice otra vez:  
 -Pues, ¿quién lo ha hecho?  
 -¡La pavera!  
 -Diga usted que entre.  
 Ha entrao con el traje de terciopelo negro. Y le dice  
 ella:  
 -¿Tal noche no me regalastes el reloj?  
 Dice:  
 -Sí. Y, ¿Cómo me decías que eras del pueblo del Escobazo?  
 -Porque subí a la cocina -dice-, y tu madre me tiró la  
 escoba.  
 Volvió otra vez a salir. Se puso su traje blanco como la  
 nieve, que no le había como el suyo. Ha entrao y dice:  
 -¿Tal noche no me regalastes una pulsera?  
 Dice:  
 -Sí. Y, ¿cómo me decías que eras del pueblo del Tenazazo?  
 Dice ella:  
 -Porque yo subí a la cocina y tu madre me las tiró.  
 Volvió otra vez a salir y volvió con el traje negro. Y le  
 dijo:  
 -¿Tal noche no me has regalao el anillo?  
 -Sí -dice-. ¿Cómo me decías que eras del pueblo del  
 Badilazo?  
 -Porque como subí yo a la cocina -dice-, pos tu madre me  
 tiró el badil.  
 Dice:  
 -Tú serás mi esposa.  
 Ha sido cuando su madre ha entrao y dijo que cómo no se  
 había declarao a ellos de la familia que venía.

Se arregló la boda y trataron de convidar a su padre y sus hermanas. Y lo primero que dijo la pavera fue:

-A mi padre hay que ponerle la comida sin sal.

Ya estando en la mesa todos los convidados, se sirvió la comida. Y ella observó que su padre no comía. Se ha dirigido a su padre:

-Padre, ¿cómo no come usted?

Y dijo el padre a la hija:

-Hija, una cosa sin sal no se pue comer.

Y dice ella:

-Pues, ¿qué le decía yo a usted? Mi hermana mayor le decía que le quería como su vida; la segunda que como su alma. Y yo le decía que como la sal en el agua. Por eso yo le quería más que ninguna, porque la comida sin sal no se pue comer.

-Es verdad, hija mía -dijo el rey-. Ahora me convences: una cosa sin sal no se puede comer. Tú me querías más que ninguna.

Tordesillas, Valladolid.



### 2.2.3.- Como la sal en el agua (E 124)

Era un rey y tenía tres hijas. Y un día estaban comiendo, y fue y dijo a la mayor:

-Dime, hija, y ¿cómo me quieres?

-Yo, padre, ¡como a mi vida!

Y va y dice a la segunda:

-Y tú, ¿cómo me quieres?

-Yo, padre -dice-, ¡como a mi alma!

Y llega a la más chiquitita y va y la dice:

-Y tú, ¿cómo me quieres?

-Yo, padre, como a la sal en el agua.

Y desde aquel día, como la mayor había dicho "como a mi vida", y la segunda había dicho "como a mi alma", les pareció que la pequeña no le quería, porque había dicho "como a la sal en el agua". Y ellas la empezaron a despreciar; no la hacían caso ni nada. Y un día, viendo ella que era despreciada por todos, recogió su ropa y se marchó de casa.

Y en el campo, pues encontró a una mujer que estaba guardando pavos. Y la dijo que si quería cambiar un vestido de ella -de la pavera- por el de ella. Y el de ella, como era de raso -todo bordado y todo-, pues fue y lo cambió en seguida por el suyo la pavera. Y fue andando y llegó al palacio del rey de un país vecino. Preguntó que si hacía falta alguna pavera. Como la vieron tan jovencita y tan guapa, pues dijeron que sí. Y la echaron a cuidar los pavos.

Y aquel rey tenía un hijo, y quería casarse. y fue su padre y dio unos bailes en su casa y invitó a todos los hijos de todos los reyes para que fueran al baile para que su hijo escogiera novia. Y la pavera, pues se enteró y fue y se vistió ella con un traje de ella que llevaba y subió al baile.

no hizo más que verla el hijo del rey y en seguida pues la sacó a bailar. La dijo que era muy guapa, que él se quería casar con ella y tenía que ir con ella a casa. Y fue la pavera y antes de que el hijo del rey se diera cuenta, desapareció del baile. Por más que la buscaba, no sabía por dónde se había ido.

Y a la noche siguiente, pues se puso otro vestido mucho más elegante, y mucho más guapa estaba ella. Así que la vio el hijo del rey, en seguida se fue a ella, la dijo que adónde se había ido, que no la había visto marcharse y que él se había quedao pues muy desconsolao. Pero que ya que no había podido ser aquella noche, que sería ésta. Y fue ella y hizo lo mismo. Antes de que terminara el baile, pues ella se bajo y desapareció del baile.

Y ya dijo el hijo del rey que si iba al baile el día siguiente, que tenía que saber quién era. Y a la otra noche se puso ella otro traje mucho más elegante y se subió al baile. Y en seguida el hijo del rey se fue a ella. Y según estaba bailando con ella, pues la metió un anillo en el dedo y la dijo que esa noche tenía que ir con ella por fuerza. Y puso dos centinelas en la

escalera. Y ella, pues volvió a hacer lo mismo. Antes de que vinieran los centinelas por dónde se iba a meter, les cegó los ojos con un puñado de arena. Mas como no supieron por dónde se había ido ni nada, se quedaron sin saber de quién se había enamorado el hijo del rey.

Y él enfermó de pena. Y iban a verle, pues, todos los médicos de todas las partes, pues él era el hijo del rey. Ya dijeron que no le encontraban nada; no sabían lo que tenía. Pero que se moriría.

Al ver la pavera tan apenada a la reina, la dijo que qué la pasaba. Y dijo que su hijo, que estaba muy malito, que decían los médicos que se moría de pena. Y no sabían de lo que era. Y dijo la pavera que si la dejaba ella hacerle un remedio para su hijo. Y la dijo la reina que ella sabría de cuidar los pavos, pero no de cuidar a su hijo.

Y tanto insistió la pavera el quererle hacer el remedio que la reina cedió. Y le hizo un bizcocho. Y en medio del bizcocho pues le metió el anillo que él le había metido en el dedo. Al llevar la reina el bizcocho a su hijo, insistió en que le comiera. Y al irle a partir, salió el anillo. Y dijo el hijo del rey:

-¡Ay, madre, ya estoy bueno! ¿Quién me ha hecho este bizcocho?

Dijo su madre:

-Yo, hijo, yo.

-No, madre, no -dijo-. Usted no me ha hecho este bizcocho. Dígame quién me lo ha hecho, que con ella me caso.

-¡Jesús, hijo, tú casarte con la pavera!

-Pues, ¿ha sido la pavera?

-Sí -dice la reina.

Dice:

-Pues, llámela usted; pues con ella me caso.

La llamaron a la pavera. Y la reina dijo que se tenía que casar con su hijo. Y dijo ella que bueno; pero que tenían que convidar a todos los reyes a la boda.

Y entonces era costumbre de dar un caldo en las bodas. Y dijo la pavera que al rey Fulano se le pusieran sin sal el caldo. Y ya estaban todos en la mesa tomando el caldo y aquel rey, pues dio un suspiro muy grande y empezó a llorar. Y dijeron que qué le pasaba. Dijo él que como en su vida había echao de menos la sal en nada, no sabía lo que valía. Y que en una ocasión había despreciado él a su hija porque le preguntó que cómo le quería, y le dijo que "como la sal en el agua". Y que aquello les pareció a ellos un desprecio. Y ahora veía que era lo que más se puede querer, lo más necesario.

Y fue cuando la pavera se presentó a él y dijo que era ella su hija. Al ver su padre lo que le quería y todo, ya se abrazaron. Le perdonó ella, y celebraron la boda de reyes. Y colorín colorete, por la chimenea un cohete; y por el portal siete.

Medina del Campo, Valladolid.

## 2.2.4.- Como la vianda quiere la sal (RA 34)

Había una vez un rey que tenía tres hijas. Un día las llamó a las tres y les preguntó que cuánto le querían. La mayor le dijo:

-Yo, más que a mi corazón.

Y la del medio:

-Yo, más que a la niña de mis ojos.

Por último, la más pequeña contestó:

-Pues yo, más que la vianda quiere la sal.

Al rey le disgustó mucho esta respuesta y mandó a unos criados que se la llevasen al monte y allí la mataran, le sacaran los ojos y le cortaran un dedo meñique, y se los trajeran. Los criados se la llevaron, pero como les daba compasión de la niña y sólo le cortaron el dedo meñique. Mataron una perra, le sacaron los ojos, y se los presentaron al rey, junto con el dedo, como prueba de que habían cumplido sus órdenes.

La niña, cuando se vio en el monte sola, se puso a andar, venga a andar, sin saber a dónde dirigirse, hasta que en la mitad de un camino se encontró con un pastor, que estaba allí muy mal vestido. Comprendiendo que no podía ir a ninguna parte vestida como estaba de princesa, la niña le ofreció al pastor comprarle la ropa que él llevaba. El pastor le dijo que bueno y entonces la niña se disfrazó de pastor, guardando en un lío sus trajes. Siguió su marcha y así llegó a un palacio donde buscaban un pavero. Se ofreció ella para hacer este oficio y se lo dieron. Le preguntaron que cómo se llamaba y ella dijo que "Juanón", por lo que ya le llamaban "Juanón el de los pavos". Desde entonces se encargaba todos los días de sacar los pavos al campo, pero, como se aburría de estar siempre sola, se llegaba a un pozo que había por allí cerca, se quitaba la ropa de pavero y se ponía sus vestidos de princesa, recreándose en mirar su retrato en el agua del pozo. Los pavos, que la veían tan hermosa, se le quedaban mirando fijamente y ella les decía:

-Paví, paví, paví, si el hijo del rey me viera, ¿se enamoraba de mí?

Y todos los pavos contestaban:

-Sí, sí, sí. Sí, sí, sí.

Y como son tan tontos seguían mirando a la niña fijamente, y hasta se olvidaban de comer, de modo que todos los días se moría uno, el más viejo; y todas las tardes, al volver al palacio llevaba el pavero un pavo muerto bajo el brazo, por lo que le reñían mucho. Pero el rey no parecía darle mucha importancia.

La niña, temiendo ser reconocida si estaba mucho tiempo a la luz, cuando volvía del campo y se sentaba cerca de la lumbre, se rascaba con mucha fuerza y se echaba sal. Luego, como si los sacase del pecho, echaba a la candela puñados de sal, que restallaban como si fueran piojos, por lo cual todos gritaban de asco:

-¡Al rincón, Juanón, al rincón!

Y él se iba al rincón, donde corría menos riesgo de que descubriesen que era mujer y no hombre.

Pero ocurría que al hijo del rey ya le estaba chocando que todos los días se muriera un pavo y dio en pensar si el pavoro no les haría alguna cosa. Así que decidió espiarlo y un día se escondió detrás de un árbol para no perder de vista al pastor. La princesa, no recelando de nada, se llegó al pozo y empezó a cambiarse de trajes, como de costumbre, y vio el príncipe todo lo hermosa y deslumbrante que era. Y el príncipe quedó enamorado de ella, hasta el punto de pensar que tenía que casarse con ella inmediatamente. Pero al no saber quién era, y como los príncipes tienen que casarse con princesas, volvió a su casa muy preocupado.

Entonces se metió en su habitación y decidió hacerse el enfermo, diciendo que no tenía ganas de comer y que sólo quería que le trajesen una taza de caldo, pero que se lo tenía que traer Juanón el de los pavos, La madre se escandalizó mucho al enterarse de esto, y le decía al príncipe:

-Pero, hijo, ¿cómo se te ocurre semejante cosa? Ese muchacho, tan torpe, que todos los días se le muere un pavo, y tan piojoso, que hasta los gañanes lo apartan del fuego...

-Nada, nada, tiene que ser él -decía el príncipe-. Si no, no como.

Y la madre no tuvo más remedio que aceptar, creyendo que era un capricho, y mandó llamar a Juanón el de los pavos, que subiera con una taza de caldo. La cocinera le dijo que se arreglase un poco, porque no podía entrar de aquella manera en la cámara de un príncipe.

Cuando Juanón entró en la cámara con la taza de caldo, le temblaban hasta las piernas. El príncipe le mandó que se acercara y se sentase en la cama. Al momento le cogió de una mano y le confesó que sabía quién era, porque le había visto desnudarse en el pozo. Entonces ella no tuvo más remedio que contarle su historia, cómo su padre la creía muerta, y si se enteraba de que vivía seguramente la mandaría matar otra vez.

El príncipe se puso muy contento de saber que era una princesa, porque así sería más fácil que sus padres consintieran en la boda, y aunque ella no pudiera aportar nada a su reino, por lo pobre que era.

Pocos días después se celebró la boda, a la cual convidó el príncipe a todos los reyes de los reinos próximos, entre los cuales estaba el padre de su novia. Llegó éste y no reconoció a su hija, por el tiempo que había pasado. La princesa lo distinguió más que a los demás convidados, pero hizo que de todo lo que se iba a comer en el banquete hiciesen una parte sin sal, y esto fue lo que le sirvieron a su padre. Este no comía de nada, y entonces el príncipe le preguntó cuál era la razón de que no probase bocado, a lo que el padre de la princesa contestó:

-Porque nada tiene sal, y ahora comprendo lo mucho que me quería mi hija la más pequeña.

-¿Y cuánto daría usted por recuperar a su hija? -preguntó entonces la princesa.

-Mi reino entero -contestó el rey con lágrimas en los ojos.

A todo esto, la princesa se le había ido acercando y le había puesto sobre un hombro la mano a la que le faltaba el dedo meñique. El rey se quedó mirando la mano y luego a ella, que le dijo:

-Pues ya me estáis nombrando vuestra heredera, porque yo soy vuestra hija.

El rey comprendió que era verdad y de la emoción perdió el conocimiento y se cayó al suelo. Pero cuando se recuperó, cumplió lo prometido, después de hacerse perdonar y de llorar amargamente, y los príncipes vivieron muchos años reinando en los dos reinos, y yo fui y vine y no me dieron ni para unos botines.

2.2.5.- Como a la sal (IC 54)

Había una vez un Rey que tenía tres hijas: una morena, una castaña y una rubia. La primera era feucha, la segunda más o menos, y la más pequeña era la más buena y hermosa. Y las dos mayores le tenían envidia. Ese Rey tenía tres tronos: uno blanco, uno rojo y uno negro. Cuando estaba contento usaba el blanco, cuando estaba más o menos usaba el rojo, cuando estaba irritado el negro. Un día fue a sentarse en el trono negro, porque estaba enojado con las dos hijas mayores. Ellas empezaron a fastidiarlo con sus zalamerías.

-Señor padre -le dijo la mayor-, ¿habéis descansado bien? ¿Es porque estáis enojado conmigo que os veo en el trono negro?

-Sí, contigo.

-¿Pero por qué, señor padre?

-Porque no me amas.

-¿Yo? Yo os amo, señor padre, claro que sí.

-¿Cuánto?

-Como al pan.

El Rey resopló un poco, pero no dijo nada porque estaba muy complacido con esa respuesta.

Vino la hija segunda.

-Señor padre, ¿habéis descansado bien? ¿Por qué estáis en el trono negro? ¿No estaréis enojado conmigo, verdad?

-Sí, contigo.

-¿Pero por qué conmigo, señor padre?

-Porque no me amas.

-Pues claro que os amo...

-¿Cuánto?

-Como al vino.

El Rey farfulló algo entre dientes, pero se veía que estaba satisfecho. Vino la más pequeña, muy sonriente.

-Oh señor padre, ¿habéis descansado bien? ¿En el trono negro? ¿Por qué? ¿Os habéis enojado conmigo, tal vez?

-Sí, contigo. Porque tú tampoco me amas.

-Pero yo sí que os amo.

-¿Cuánto?

-¡Como a la sal!

Al oír esta respuesta, el Rey montó en cólera.

-¡Como a la sal! ¡Como a la sal! ¡Ah, desgraciada! ¡Fuera de mi vista, que no quiero volver a verte! -y dio orden de que la llevaran a un bosque y le dieran muerte.

Su madre la Reina, que realmente la amaba, en cuanto supo la orden del Rey se devanó los sesos para hallar el modo de salvarla. En el Palacio Real había un candelero de plata así de grande, donde Zizola (así se llamaba la hija menor) cabía sin dificultad, de modo que la Reina la escondió ahí dentro.

-Ve a vender este candelero -le dijo a su criado de confianza-, y cuando te pregunten cuánto cuesta, si es gente pobre diles un precio alto, si es un gran señor dáselo por nada.

Abrazó a su hija, le hizo mil recomendaciones, y en el candelero pusieron higos secos, chocolate y bizcochos. El criado llevó el candelero a la plaza y, cuando le preguntaban el precio, a los que no le caían bien les pedía un despropósito. Finalmente, pasó el hijo del Rey de Torralta, examinó el candelero de arriba abajo, y luego preguntó cuánto costaba. El criado le pidió un precio irrisorio y el Príncipe hizo llevar el candelero a palacio. Lo instaló en el comedor y todos los que iban a comer se deshacían en elogios.

Por la noche el Príncipe iba a conversar afuera; como sin embargo no quería que nadie se quedara esperándolo, los criados solían dejarle la cena preparada y se iban a acostar. Cuando Zizola se dió cuenta de que no había nadie en la sala, salió del candelero, se comió toda la cena y volvió a su escondite. Llegó el Príncipe, no encuentra nada para comer, toca todas las campanillas y empieza a injuriar a los criados. Ellos no se cansaban de jurarle que habían dejado la cena lista, que debía de habérsela comido el perro o el gato.

-Si vuelve a pasar, os despido a todos -dijo el Príncipe; mandó que le sirvieran otra cena, comió y se fue a dormir.

A la noche siguiente, pese a que todo estaba cerrado con llave, ocurrió lo mismo. Parecía que los gritos iban a derrumbar la casa; luego dijo:

-Vamos a ver mañana por la noche.

¿Y qué hizo al día siguiente por la noche? Se ocultó bajo la mesa, cubierta con un mantel que llegaba hasta el suelo. Llegan los criados, ponen los platos con todos los manjares, hacen salir al perro y al gato y cierran la puerta con llave. Apenas se retiran, se abre el candelero y sale la bella Zizola. Se acerca a la mesa y se pone a comer a manos llenas. Sale el Príncipe, la agarra de un brazo, ella trata de escapar pero él se lo impide. Entonces Zizola cae de rodillas y le cuenta su historia de cabo a rabo. El Príncipe ya se había enamorado ardentemente. La calmó y le dijo:

-Bien, por lo pronto te digo que serás mi esposa. Ahora vuelve dentro del candelero.

Cuando se acostó, el Príncipe no pudo cerrar un ojo en toda la noche, a tal punto estaba enamorado; y por la mañana ordenó que trasladasen el candelero a su cámara, porque era tan bello que de noche quería tenerlo cerca. Luego dio orden de que le llevasen raciones dobles de comida a su cámara, porque tenía hambre. Así le llevaron el café, y luego el desayuno, y el almuerzo, todo doble. En cuanto le traían las bandejas, cerraba la puerta con llave, hacía salir a su Zizola y comían juntos con gran alegría.

La Reina, que estaba sola en la mesa, se puso a suspirar: -¿Pero qué tendrá mi hijo contra mí que no baja a comer conmigo? ¿Qué le habré hecho?

El siempre le decía que tuviera paciencia, que quería estar solo; hasta que un buen día le dijo:

-Quiero tomar mujer.

-¿Y quién es la novia? -dijo la Reina muy contenta.

-¡Quiero casarme con el candelero! -dijo el Príncipe.

-¡Caramba, mi hijo se ha vuelto loco! -dijo la Reina tapándose los ojos con las manos.

Pero él hablaba en serio. La madre trataba de hacerlo entrar en razón, de hacerle pensar en lo que diría la gente, pero él seguía en sus trece: dio orden de preparar la boda en un plazo de ocho días.

El día acordado un gran cortejo de carrozas salió de palacio, y en la primera iba el Príncipe acompañado por el candelero. Llegaron a la iglesia y el Príncipe hizo trasladar el candelero frente al altar. Cuando llegó el momento, abrió el candelero y entonces salió Zizola, vestida de brocado, con tantas piedras preciosas en el cuello y las orejas que irradiaba esplendor por todas partes. Celebradas las bodas y de vuelta en palacio, contaron a la Reina toda la historia. La Reina, que era una pícaro, dijo:

-Dejadlo de mi cuenta que a ese padre le quiero dar una lección.

Así pues, organizaron el banquete de bodas e invitaron a todos los Reyes de la vecindad, incluido el padre de Zizola. Y la Reina hizo preparar una comida especial para el padre de Zizola, con todos los platos sin sal. La Reina anunció a los invitados que la novia no se encontraba bien y no podía asistir al banquete. Se pusieron a comer; pero la sopa del Rey era insípida, de modo que se puso a mascullar: "Este cocinero, este cocinero se olvidó de salar la sopa". Y se vio obligado a dejarla en el plato.

Después vino el guiso, también sin sal. El Rey dejó el tenedor a un lado.

-¿Por qué no coméis, Majestad? ¿No os gusta?

-Oh, sí, esta muy bueno, muy bueno.

-¿Y por qué no coméis?

-Es que no me siento muy bien.

Intentó llevarse a la boca un pedazo de carne, pero por más que masticaba no se lo podía tragar. Y entonces recordó la respuesta de su hijita, que lo quería tanto como a la sal, y fue presa del remordimiento y el dolor, y poco a poco rompió a llorar, diciendo:

-¡Ay, desgraciado de mí, qué hice!

La Reina le preguntó qué le ocurría, y él empezó a contar toda la historia de Zizola. Entonces la Reina se levantó y mandó llamar a la novia. El padre la abrazó y lloró y le preguntó cómo había llegado allí. Le parecía como si hubiese resucitado. Mandaron llamar también a la madre y reiniciaron la boda con una fiesta todos los días, y creó que todavía siguen bailando.

(Bolonia)



## 2.2.6.- Piel de vieja (IC 70)

Había un Rey con tres hijas mujeres. Fue a la feria y antes de partir preguntó a las hijas qué regalo querían. Una pidió un pañuelo, otra un par de botitas, la tercera un cartucho de sal. Las hermanas mayores, que no podían ver a la más pequeña, le dijeron al padre:

-¿Sabéis por qué os pidió sal, esa bribona? Porque os quiera salar el pellejo.

-¡Ah, sí! -dijo el padre-. ¿A mí quiere salarme el pellejo? Pues yo la echo de casa -y así lo hizo.

Abandonada a su suerte, con su nodriza y un saquito de monedas de oro, la pobre muchacha no sabía adónde ir. Todos los jóvenes que encontraba la molestaban, y entonces la nodriza tuvo una idea. Llegaron al funeral de una vieja muerta a los cien años, y la nodriza le preguntó al sepulturero:

-¿Nos vende la piel de la vieja?

Tuvo que regatear un buen rato; luego el sepulturero cogió un cuchillo, despellejó a la vieja arruga por arruga y les vendió la piel entera, con la cara, los cabellos blancos, los dedos con las uñas. La nodriza la hizo curtir, le cosió un forro de batista y cubrió a la muchacha con la piel. Y todos se quedaban mirando a esa vieja centenaria que hablaba con voz argentina y caminaba con toda desenvoltura.

Se encontraron con el hijo del Rey.

-Esa mujer...-le dijo a la nodriza-, ¿cuántos años tiene esa vieja?

-Pregúnteselo usted -dijo la nodriza.

-Abuelita, ¿me oye abuelita? -dijo él-. ¿Cuántos años tiene?

-¿Yo? -dijo muy alegre la muchacha-. ¡Ciento quince!

-¡Cáspita! -exclamó el hijo del Rey-. ¿Y dónde nació?

-En mi aldea.

-¿Y sus padres?

-Son mi papá y mi mamá.

-¿Y a qué se dedica?

-¡A salir de paseo!

El hijo del Rey se divertía.

-Traigamos a esta viejecita a palacio -dijo al Rey y a la Reina-. Mientras viva, nos alegrará.

Y así la nodriza dejó a la muchacha en el Palacio Real, donde le dieron un cuarto en el entresuelo. El hijo del Rey, cuando no tenía nada que hacer, iba a charlar con la vieja y a divertirse con sus respuestas.

Un día, la Reina le dijo a Ojos Podridos (la llamaban así porque esa piel de vieja tenía los ojos llenos de legañas):

-¡Qué lástima que con esos ojos ya no pueda hacer ninguna labor!

-Pues -dijo Ojos Podridos-, ¡ide joven sí que sabía hilar bien!

-Bien -dijo la Reina-, trate de hilar este poco de lino, a ver si consigue hacer algo.

Cuando se quedó a solas, la vieja se encerró con llave, se quitó la piel, e hiló el lino que era una maravilla. El hijo del Rey, la Reina y toda la Corte se quedaron boquiabiertos al ver que una vieja decrepita, temblorosa y medio ciega había podido realizar semejante labor.

La Reina hizo la prueba de darle a coser una camisa. Y ella, en cuanto estuvo sola, cortó y cosió la camisa con pespunte, y recamó el petillo con florecitas de oro tan bien terminadas que causaban asombro. Los demás no sabían qué pensar. Pero el hijo del Rey sospechaba que había gato encerrado, y en cuanto la vieja se metió en su cuarto fue a espiar por el ojo de la cerradura. ¿Y qué vio? La vieja se quitaba la piel y debajo aparecía una muchacha joven y hermosa como un ojo de sol. El hijo del Rey, sin pensárselo dos veces, derribó la puerta y abrazó a la muchacha, que pudorosamente intentaba cubrirse.

-¿Quién eres? -le decía-. ¿Por qué te disfrazaste así? Y la muchacha le contó que también ella era hija de Rey, que la habían echado de casa y maldecido.

El hijo del Rey fue en seguida a ver a los padres y les dijo:

-¿Sabéis? He encontrado una hija de Rey para casarme. Se pregonaron los festejos de la boda y fueron invitados todos los Reyes vecinos y alejados. Vino también el Rey padre de la novia, pero no la reconoció con esos velos y esas guirnaldas. La novia le había hecho preparar la comida aparte, toda sin sal menos el asado. Sirvieron la sopa. Todos los invitados comían, pero el padre de la novia probó una cucharada y basta. Sirvieron la carne hervida y el padre apenas la probó. Sirvieron el pescado y el padre lo dejó todo en el plato. "No tengo hambre, decía". pero cuando llegó el asado le gustó tanto que repitió tres veces. Entonces la hija le preguntó por qué los otros platos apenas los había tocado, y el asado sí, y el rey dijo que no sabía por qué, pero el asado le había parecido sabroso y el resto insípido.

- ¿Os dais cuenta de lo desagradable que es la comida sin sal? -dijo la hija-. Por eso vuestra hija pidió sal cuando fuisteis a la feria, y esas pérdidas de mis hermanas os dijeron que era para salaros el pellejo... Entonces el padre reconoció a su hija, la abrazó, la pidió perdón y castigó a las hermanas envidiosas.

(Montale Pistoiense)

## 2.2.7.- La pastora de gansos del manantial (G 179)

Erase una vez una ancianita que vivía con su rebaño en un desierto entre montañas y tenía una casita allí. El páramo estaba rodeado de un gran bosque y cada mañana cogía la anciana su bastón y se iba renqueando al bosque. La anciana estaba siempre muy ocupada, más de lo imaginable para edad tan avanzada, recogía hierba para sus gansos, cortaba toda la fruta silvestre que alcanzaba con las manos y se lo llevaba todo a casa a la espalda. Cualquiera hubiera podido pensar que el gran peso la haría doblarse hasta el suelo, pero ella llegaba bien a casa. Cuando alguien se tropezaba con ella, lo saludaba amablemente:

-Buenos días, paisano, hoy tenemos buen tiempo. No te asombres de que cargue con la hierba, que todos tenemos que llevar nuestra carga a la espalda.

Sin embargo, la gente no se encontraba por gusto con ella y preferían dar un rodeo; cuando pasaba un padre con su hijo por su lado, le decía en voz baja:

-Ten cuidado con la vieja, que no es tan inocente como parece; es una bruja.

Una mañana iba un hombre apuesto por el bosque. El sol brillaba, los pájaros cantaban, un airecillo fresco rozaba el follaje y él se sentía feliz y contento. Todavía no se había encontrado con nadie, cuando de pronto vio a la vieja bruja, arrodillada en el suelo, segando hierba con una hoz. Había recogido ya un buen montón y al lado había dos cestos llenos de peras y manzanas silvestres.

-Pero, abuelita, ¿cómo puedes cargar con todo eso?

-Tengo que hacerlo, querido señor -contestó-. Los hijos de los ricos no lo necesitan, pero entre los campesinos se dice:

"No te vuelvas todavía  
que tu chepa está torcida."

-¿Queréis ayudarme? -prosiguió ella, cuando él se paró a su lado-. Aun tenéis la espalda recta y piernas jóvenes. Mi casa tampoco está demasiado lejos: ahí, detrás de las montañas en una pradera. Veréis qué pronto llegamos.

El joven sintió compasión de la anciana.

-Mi padre no es desde luego un campesino -contestó él-, sino un rico conde, pero para que veáis que no son los campesinos los únicos que llevan cargas, os llevaré vuestro fardo.

-Os lo agradezco -dijo ella-. Tendréis que andar por lo menos una hora, ¿pero qué es eso para vos? También tendréis que llevar las manzanas y las peras.

Al joven conde le pareció un poco alarmante, cuando oyó hablar de una hora de camino, pero la anciana ya no lo soltó, le puso el fardo a la espalda y le cargó los dos cestos en el brazo.

-Como véis, no pesa mucho -dijo ella.  
-¿Que no pesa? ¡Ya lo creo que pesa! -contestó el conde con cara de aflicción-. Este fardo pesa como si tuviera piedras, y las manzanas y las peras parecen de acero; casi no puedo respirar.  
Y sintió deseos de dejarlo todo, pero la anciana no se lo permitió.

-Fíjense -dijo burlona-, el señor no es capaz de llevar lo que ha llevado la anciana. Con bonitas palabras es fácil ayudar, pero cuando la cosa se pone seria, ya quiere poner pies en polvorosa. ¿Pero que hacéis ahí parado? -siguió diciendo-. Vamos, moved esas piernas, que nadie va a quitaros el fardo.

Mientras fue por terreno liso, todavía pudo aguantar la carga, pero en cuanto llegaron a los montes y tuvo que subir y las piedras rodaban bajo sus pies, como si estuvieran vivas, ya fue demasiado para sus fuerzas. Las gotas de sudor le corrían por la frente y le caían, ya calientes, ya frías, por la espalda.

-Abuelita, no puedo más; quiero descansar un poco.  
-Pero no aquí -contestó la vieja-. Cuando lleguemos ya tendréis tiempo de descansar, pero ahora tenéis que seguir adelante. Quién sabe para qué puede servir todo esto.

-¡Eres una vieja sinvergüenza! -dijo el conde.  
E intentó tirar el fardo, pero se esforzó en vano, pues estaba tan firmemente sujeto a sus espaldas como si le hubiera crecido en ellas.

Se dio la vuelta y se revolvió, pero no pudo librarse de él. La vieja se rió y saltaba gozosamente con su bastón:  
-No os enfadéis, querido señor -dijo-. os estáis poniendo colorado como un pimiento. Llevad vuestra carga con paciencia, que cuando lleguemos a casa os daré una buena propina.

¿Qué podía hacer? Tuvo que consolarse con su suerte y seguir pacientemente tras la anciana.  
Ella parecía volverse más ligera cada vez y a él le pesaba cada vez más la carga. De pronto dio un salto y se sentó encima del fardo y, aunque era delgadísima, pesaba más que las mozas campesinas más robustas. Al joven le temblaron las rodillas, pero cuando se paraba, la anciana le daba con una vara y con ortigas en las piernas. Lamentándose continuamente subió el monte y al fin llegó a la casa a punto de desplomarse. Cuando los gansos vieron a la anciana, levantaron las alas, y con los cuellos en alto, le salieron al paso, gritando:

-¡Cuac, cuac!  
Detrás del rebaño, con una vara en la mano, iba una mujer ya entrada en años, grande y fuerte, pero fea como la muerte.

-Madre -le dijo la anciana-, ¿os ha pasado algo? Habéis estado mucho tiempo fuera.

-Dios me guarde, hija mía -contestó-. No me ha pasado nada malo; al contrario, el amable señor me ha traído la carga, fíjate, y cuando yo estaba cansada, me ha cargado a la espalda. El camino no es largo y nos hemos divertido gastándonos bromas uno a otro.

Finalmente se bajó, le cogió al hombre el fardo de la espalda y los cestos del brazo, lo miró cordialmente y dijo:

-Bien, ahora sentaos en el banco ante la puerta y descansad. Os habéis ganado con creces vuestra recompensa, que no faltará.

Luego dijo a la pastora de gansos:

-Ve a casa, hija mía, que no está bien que te quedes a solas con un joven; él podría enamorarse de tí, y no hay que echar leña al fuego.

El conde no sabía si reír o llorar.

"Vaya un tesoro -pensó-. Aunque fuera treinta años más joven, no lograría ablandar mi corazón."

Mientras tanto, la anciana acariciaba y mimaba a sus gansos como niños y luego entró con su hija en casa.

El joven se estiró en el banco, bajo un manzano silvestre. El aire era tibio y suave, alrededor se extendía una suave pradera llena de primulas, tomillos silvestres y miles de flores diversas; por el medio discurría un arroyo claro en el que brillaba el sol, y los blancos gansos iban y venían o se lavaban en el agua.

-Verdaderamente se está bien aquí -dijo-, pero estoy tan cansado, que no puedo tener los ojos abiertos; voy a dormir un poco. Si es que no viene ningún golpe de aire que se me lleve las piernas, pues las tengo más secas que yesca.

Cuando había dormido un rato, llegó la vieja y lo despertó.

-Levántate, aquí no puedes quedarte. reconozco que te lo he puesto un poco difícil, pero no te ha costado la vida. Ahora quiero darte tu recompensa. Dinero y felicidad no necesitas: aquí tienes otra cosa.

Y diciendo esto le puso en la mano una cajita tallada en una esmeralda.

-Cuidala bien -añadió-, y te dará suerte.

El conde saltó y, al ver que estaba de nuevo fresco y lleno de fuerzas, dio las gracias a la anciana por el regalo y se puso en camino, sin mirar una vez siquiera a la hermosa hija. Cuando ya había recorrido un trecho, oyó a lo lejos el graznido de los gansos.

El conde anduvo dando vueltas tres días por la espesura salvaje, antes de poder salir de ella. Por fin llegó a una gran ciudad y, como nadie le conocía, fue llevado al palacio real, donde estaban sentados en el trono el rey y la reina. El conde se arrodilló, sacó la cajita de esmeralda y se la puso a los pies de la reina. Ella le dijo que se levantara y que le alcanzara la cajita, pero apenas la había abierto y mirado dentro de ella, cuando cayó como muerta al suelo.

El conde fue hecho prisionero por los sirvientes del rey e iba a ser conducido a la prisión, cuando la reina abrió los ojos y dijo que lo soltaran y que salieran todos, que quería hablar a solas con él.

Cuando la reina se quedó sola, empezó a llorar amargamente:

-¿De qué me sirva todo el lujo y los honores que me rodean, si cada mañana me despierto llena de pena y preocupaciones? Tuve tres hijas. La menor era tan bella, que todo el mundo la consideraba un milagro. Era blanca como la nieve, sonrosada como las flores de las manzanas y su cabello tan brillante como rayos de sol. Cuando lloraba le caían de los ojos no lágrimas, sino perlas y piedras preciosas. Al cumplir quince años, las hizo venir el rey a las tres ante el trono. ¡Tendríais que haber visto la cara que puso la gente cuando vio entrar a la más joven! Era como si saliera el sol. El rey dijo: "Hijas mías, no sé cuándo llegará mi última hora, y hoy quiero determinar lo que voy a dejaros después de mi muerte. Todas me queréis, pero la que más me quiera recibirá lo mejor." Todas dijeron que le querían muchísimo. "¿No podéis expresarme de algún modo -contestó el rey- lo que me queréis? Así veré yo lo que pensáis." La mayor dijo: "Yo quiero a mi padre como al azúcar más dulce." La segunda dijo: "Quiero a mi padre como al traje más hermoso." La más joven, sin embargo, calló. Entonces preguntó el padre: "Y tú, hija querida, ¿Cuánto me quieres?" "No lo sé -contestó ella- y no puedo comparar mi amor con nada." Pero el padre siguió insistiendo para que ella dijera algo. Finalmente dijo: "La mejor comida no me gusta sin sal, así que yo quiero a mi padre como a la sal." Cuando el padre oyó esto, montó en cólera y dijo: "Si me quieres como a la sal, deberá ser pagado tu amor también con sal." Así que dividió el reino entre las dos mayores, y a la más pequeña le ató a la espalda un saco de sal y mandó a dos sirvientes que la llevaran al bosque. Todos intercedimos y pedimos por ella -prosiguió la reina-, pero la cólera del rey era inamovible. ¡Lo que lloró cuando tuvo que abandonarnos! Todo el camino fue sembrado de perlas que fluían de sus ojos. El rey lamentó poco después su dureza, y mandó buscar a la pobre niña por todo el bosque, pero nadie ha podido encontrarla. Cuando pienso que pueden habérsela comido los animales salvajes, no puedo aguantar mi tristeza; a veces me consuelo con la esperanza de que esté todavía viva y de que se haya escondido en una cueva o haya encontrado protección con personas compasivas. ¡Imaginaos, pues, mi sorpresa cuando, al abrir vuestra caja de esmeraldas, ví dentro una perla como las que le caían a mi hija de los ojos! Ya podéis suponer cómo su vista me ha conmovido el corazón. Decidme cómo habéis conseguido la perla.

El conde le contó que la había obtenido de una anciana en el bosque, que a él no le había parecido de confianza y que debía de ser una bruja, pero a su hija no la había visto ni oído. Sin embargo, el rey y la reina tomaron la decisión de buscar a la anciana: pensaban que donde estaba la perla tendrían noticias de su hija.

La anciana estaba en el páramo, sentada ante su rueda de hilar e hilando. Ya se había hecho de noche, y un cabo que ardía en el fogón daba una escasa luz. De pronto se oyó un ruido fuera: los gansos venían a casa de la pradera, dejando oír su ronco graznido. Poco después entró la hija. Pero la vieja no le dió las gracias y meneó un poco la cabeza. La hija se sentó a su lado, cogió su rueda de hilar y retorció el hilo tan hábilmente como una joven. Así estuvieron sentadas durante dos horas, sin hablar palabra una con la otra. Finalmente, algo crugió en la ventana, y dos ojos de fuego miraron hacia dentro fijamente. Era una vieja lechuza que gritó tres veces:

-Hijita, ya es la hora de que vayas a hacer tu trabajo. Ella se levantó y salió. ¿A dónde se dirigió? Avanzando por la pradera en dirección al valle. Finalmente, llegó a una fuente, en la que había tres viejas encinas. La luna entre tanto se había puesto redonda y grande sobre el monte y había tanta claridad que podía encontrarse un alfiler. Ella se quitó una piel que llevaba en la cara, se inclinó ante la fuente y comenzó a lavarse. Cuando estuvo lista, metió la piel en el agua y la colocó en la pradera, para que se blanqueara y se secara a la luz de la luna. ¡Pero cómo se había transformado la doncella! ¡Nunca habéis visto una cosa así! Cuando cayó la trenza gris, se mostraron los cabellos dorados como rayos de sol y se extendieron como si fueran un abrigo sobre su figura. Sus ojos brillaban como las estrellas en el cielo y sus mejillas relucían con un dulce sonrosado como los frutos de los manzanos. Pero la hermosa doncella estaba triste. Se sentó y lloró amargamente. De sus ojos rodaba una lágrima tras otra y, deslizándose entre sus largos cabellos, cayeron al suelo. Allí estuvo sentada y lo hubiera estado más tiempo de no haber sido por un ruido que crugió en las ramas de los árboles cercanos. Saltó como un cervatillo que ha oído el tiro del cazador. La luna se había cubierto en aquel instante con una negra nube, y en un momento la doncella se deslizó dentro de la vieja piel y desapareció como una luz que apaga el viento.

temblando como una hoja de álamo, regresó a casa corriendo. La anciana estaba ante la puerta y la joven quiso contar todo lo que había sucedido, pero la vieja rió cariñosamente y dijo:

-Ya lo sé todo.

La llevó a la habitación y encendió de nuevo una vela, pero no se sentó junto a la rueda de hilar, sino que cogió una escoba y, empezando a barrer y a fregar, dijo a la muchacha:

-Tiene que estar todo limpio y reluciente.  
 -Pero, madre -dijo la joven-. ¿Por qué empezáis tan tarde a trabajar? ¿Qué os pasa?  
 -¿Sabes qué hora es? -dijo la anciana.  
 -Todavía no es medianoche -contestó la joven.  
 -Sí, pero son más de las once. Olvidas -prosiguió la anciana- que hace tres años que llegaste a mi lado. Tu tiempo se ha acabado, y ya no podremos seguir estando juntas.  
 La muchacha se asustó:  
 -¡Ay, querida madre! ¿Queréis echarme? ¿A dónde voy a ir yo? No tengo amigos ni patria a donde dirigirme. He hecho todo lo que habéis querido y siempre habéis estado contenta conmigo; no me echéis de vuestro lado.  
 La anciana no quería decirle a la joven lo que iba a pasar.  
 -Yo no estaré aquí ya mucho tiempo y, cuando me marche, quiero que estén la casa y la habitación limpias -dijo-, así que no me molestes en mi trabajo. Y tú no te preocupes, que ya encontrarás un techo donde vivir, y con la recompensa que voy a darte estarás también contenta.  
 Pero dime sólo qué va a pasar -preguntó la joven.  
 -Te repito que no me molestes en mi trabajo. No sigas hablando. Ve a tu habitación, quítate la piel de la cara y ponte el traje de seda que llevabas cuando llegastes a mi lado. Y luego quédate en tu habitación hasta que te llame.  
 Pero volvamos con el rey y la reina, que habían partido con el conde para buscar a la anciana en el páramo. Por la noche, el conde los perdió de vista en el bosque y tuvo que seguir solo su camino. Al día siguiente le pareció que se encontraba en el camino justo. Siguió andando hasta que se hizo de noche, y entonces se subió a un árbol para pasar allí la noche, pues le preocupaba la posibilidad de perderse.  
 Cuando la luna iluminó la zona, vio de pronto una figura que bajaba por el monte. No llevaba ninguna vara en la mano, pero pudo ver que era la pastora de los gansos, que antes habéis visto en la casa de la anciana.  
 -¡Oh -dijo-, allí viene! Si la otra vez me topé con una bruja, ahora no se me escapará la otra.  
 Pero cuál no sería su asombro cuando, al llegar ella a la fuente, se quitó la piel, se lavó y los cabellos dorados cayeron sobre su rostro. Era tan hermosa como no se pudiera encontrar otra igual en el mundo. Casi no se atrevía a respirar, pero sacó la cabeza entre el follaje todo lo que pudo y la miró sin pestañear. No sé si se inclinó demasiado o Dios sabe qué, el caso es que de pronto se rompió la rama y en el mismo momento la muchacha se metió en la piel, saltó como un cervatillo y, como la luna se ocultó al mismo tiempo, ella desapareció de su vista.



Apenas había desaparecido, cuando el conde descendió de árbol y la siguió con pasos apresurados. No había andado mucho cuando vio en la oscuridad dos figuras que iban por la pradera. Eran el rey y la reina, que habían visto en la lejanía la luz de la casa de la anciana, y se dirigían allí. El conde les contó las cosas maravillosas que había visto en la fuente y ellos no dudaron de que aquella era su hija perdida. Llenos de gozo, continuaron su camino y llegaron pronto a la casita; los gansos estaban a su alrededor, habían metido la cabeza bajo el ala y dormían inmóviles. Miraron por la ventana, y allí estaba la anciana silenciosa, hilando y moviendo la cabeza sin mirar a su alrededor. La habitación estaba muy limpia, como si vivieran en ella los hombrecillos de la niebla, que no llevan polvo en los pies. Pero no vieron a su hija. Miraron durante un rato, hasta que al fin se armaron de valor y llamaron suavemente a la ventana. La anciana parecía estar esperándolos, pues se levantó y dijo:

-Entrad, entrad, que ya sé quiénes sois.

Cuando entraron en la habitación, la anciana dijo:

-Podríais haberos ahorrado este largo camino, si a vuestra hija, que es tan buena y encantadora, no la hubierais arrojado de vuestro lado de forma tan injusta. A ella no le ha perjudicado: durante tres años ha cuidado los gansos; con ellos no ha aprendido nada malo y ha conservado su pureza. Pero vosotros habéis sido suficientemente castigados por la angustia en que habéis vivido.

Luego se dirigió a la habitación y gritó:

-Sal, hijita mía.

Entonces se abrió la puerta, salió la princesa en su atuendo de seda y, con sus cabellos de oro y sus brillantes ojos, parecía un ángel del cielo.

Se dirigió a su madre y a su padre, se les echó al cuello y los besó. Todos lloraron de alegría, como no podía ser menos. El joven conde estaba a su lado, y cuando ella lo vio, se puso colorada como una rosa de los musgos; ella, sin embargo, no supo por qué.

-Querida niña -dijo el rey-, mi reino ya lo he dado. ¿Qué puedo darte a ti?

-Ella no necesita nada -dijo la anciana-. Yo le regalo las lágrimas que ha llorado por vosotros: son perlas finas más hermosas que las que se encuentran en el mar, y más valiosas que todo vuestro reino. Y en recompensa por sus servicios le regalo mi casita.

Y, en diciendo esto, la anciana desapareció de su vista. Crujieron un poco las paredes y, al darse la vuelta, vieron que la casita se había transformado en un soberbio palacio, y estaba servida una mesa real y los sirvientes iban de un lado a otro.

La historia continúa, pero a mi abuela, que es quien me la ha contado, le flaqueaba la memoria y olvidó el resto.

Creo que la hermosa princesa sigue casada con el conde y que se han quedado en el palacio y que han vivido felizmente todo el tiempo que Dios ha querido. Si los gansos blancos como la nieve que había en la casita eran simples jóvenes (no hay que tomárselo a mal a nadie) que la anciana había raptado, y ahora han vuelto a su apariencia humana y se han quedado como sirvientes con la joven reina, eso ya no lo sé con exactitud, pero creo que sí. Sin embargo, una cosa es cierta: que la anciana no era una bruja, como creía la gente, sino un hada con buenos pensamientos. Muy probablemente es la misma que, cuando nació la princesa, le concedió el don de llorar perlas en vez de lágrimas. Hoy esto ya no pasa; si no, los pobres podrían llegar a ser ricos.

2.2.8.- Como la vianda quiere a la sal (Es 107)

Un rey tenía tres hijas. Un día se encerró en un cuarto con las tres hijas. Y a la mayor le habló primero y le preguntó que cuánto le quería. Y ella le respondió que le quería como a sí misma. Entonces le preguntó a la segunda que cuánto le quería, y ésta le respondió que le quería como a las niñas de su ojos. Le hizo la pregunta a la tercera, y ésta le dijo que le quería como la vianda quiere a la sal. Por haber respondido así el padre mandó que la sacaran al monte y la mataran y le trajeran los pajes los ojos de ella. Empero, como los pajes la conocían bien y la querían mucho, le dijeron:

- No te hacemos nada. Vete por ai donde tu padre no te vea. Y a una perrita que llevaban le sacaron los ojos para entregárselos al padre.

La muchacha se marchó por los montes. Y por fin llegó a un reinado donde el rey tenía sesneta gansos y preguntó si les faltaba una criada. Bajó el rey y le dijo que sí, que le hacía falta una para pastora de gansos. Ella le contestó que estaba bien, que le gustaba mucho cuidar gansos. A la mañana siguiente se fué a pasear con los gansos por la hacienda del rey, y se sentó en una peña a peinarse. Y cuando ella estaba peinándose se le acercó un ganso y dió cuatro vueltas alrededor de ella y cayó muerto a sus pies. Fué ella al palacio con los gansos y le preguntó el rey:

- ¿Qué tal los gansos?.

Y ella le contestó:

- Muy bien, pero uno de ellos dió cuatro vueltas alrededor de mí y cayó muerto, de manera que traigo uno menos.

Entonces al rey le dijo:

- Eso no es nada. Es lo mismo.

Al día siguiente hizo lo mismo. Se marchó con los gansos y le pasó lo mismo. Un ganso dió cuatro vueltas alrededor de ella cuando estaba peinándose y cayó muerto a sus pies. Marchó con sus gansos a casa, y el rey le preguntó otra vez:

¿Qué tal los gansos?

Ella le respondió:

- Muy bien, pero traigo otro menos. No sé qué tiene. Se dan cuatro vueltas alrededor mío y caen muertos.

Le dijo el rey que estaba bien, que era lo mismo. El rey tenía un hijo que tenía veinte años y le dijo al rey:

-Papá, yo voy a ver a la pastora con sus gansos. Esto es imposible. Yo quiero ir a ver lo que hace la pastora con los gansos.

Otro día salió la criada con los gansos, y el hijo del rey se fué tras ella sin ser visto. Vió que la pastora se ponía a peinarse y se quitó la bata que tenía y vió que era una princesa. Y vió también que un ganso dió cuatro vueltas alrededor de ella y cayó muerto a sus pies. El príncipe fué a casa corriendo y dijo a su padre, el rey:

-Papá, tenemos en casa una princesa, una hija de un rey y no una pastora. Yo me voy a casar con ella.

La pastora volvió a casa con los gansos por la tarde y el rey le preguntó como de costumbre:

-¿Qué tal los gansos?

Y ella le contestó:

-Muy bien, pero traigo otra vez uno de menos.

Y el rey le dijo:

-Eso no es nada.

Consultó el padre con su hijo el que quería casarse con la pastora y le dijo que sí, que podía casarse con la princesa. Otro día por la mañana se presentó el hijo y le pidió a la princesa la mano para casarse con ella.

Ella le contestó:

-Yo soy una pobre pastora. ¿Cómo quiere su majestad casarse conmigo?

Pero tanto insistió él que al fin le dió la mano de casamiento con él. Y le puso una condición, que cuando la boda tenían que convidar a un rey de tal reinado.

Se hizo la boda y ella misma tenía que desazonar la comida. Ya estando en la mesa todos los convidados se sirvió la comida. Después de terminada la comida les preguntó la novia a los convidados:

-¿Qué tal estaba la comida?

Y todos respondieron que muy bien, que sólo tenía una falta, que todo estaba un poco soso, que faltaba la sal. Entonces fue ella y se dirigió al padre, que era el rey invitado. Él no la conoció. Y entonces le dijo ella:

-En una ocasión tenía usted tres hijas y las encerró en un cuarto y preguntó a la mayor cuánto le quería y ella le dijo que le quería tanto como a ella misma. A la segunda le preguntó usted que cuánto la quería y ella le dijo que como a la niña de sus ojos. Y a la tercera preguntó usted también que cuánto le quería y ella le dijo que como la vianda a la sal. Entonces usted mandó a los pajes que la mataran, pero ellos no la mataron. Soy yo, su hija.

Al punto cayó el rey desmayado. Muriendo así el rey, la abrazó y dijo:

-Ay, hija mía, he hecho un error muy grande. Perdóname.

-Está perdonado, padre -le dijo su hija-.

El le dió la corona a su yerno y quedaron ellos de reyes.

Soto de la Marina, Santander.

2.2.9.- La zamarra (Es 108)

Éste era un padre que tenía tres hijas . Y una vez tuvo que ir a una ciudad y les preguntó a sus hijas que qué querían que les trajera. Y la mayor le dijo que le trajera un vestido, la segunda le dijo que le trajera unas botas, y la menor le dijo que a ella le trajera una varilla del primer árbol que encontrara. Conque claro, se fué el padre en su viaje y lo primero que encontró fué un árbol y se apeó y cogió una varilla pa llevársela a la hija menor. Y cuando llegó a la ciudad onde iba compro el vestido y las botas y regresó a su pueblo. Llegó y llamó a sus hijas y les entregó a cada una lo que le habían pedido. Y entonces les preguntó qué tanto le querían. Y la mayor dijo que le quería como a su vida, y la segunda le dijo que le quería más que a su vida. Y la menor le dijo que le quería como a un buen cagar.

Y por eso el padre se enfadó con ella y mandó a sus criacos que la llevaran a un monte y la mataran y le sacaran los ojos y la lengua y se losa llevaran. Conque se marcharon los criacos con la niña y cuando llegaron a un monte les dió lástima matarla y la dejaron viva. Y mataron una perra y le sacaron los ojos y la lengua y se los llevaron al padre y le dijeron que ya la habían matao y le habían sacao los ojos y la lengua.

Y la niña se marchó por los mundos con su varilla, que era una varilla de virtud. Y ya llegó ande vivían unos pastores en una cabaña y les rogó que le dieran un vestido de pastora. Y entraron ellos en su cabaña y salieron con una zamarra y le dijeron que eso era todo lo que tenían. Y se puso ella la zamarra y dejó allí su otro vestido y se marchó alante.

Y así vestida con su zamarra y sin peinarse y sucia llegó al palacio de un rey a ver si la recogían pa servir. Y le dijeron que sí, que entrara. Y era muy buena criada y la querían mucho. pero siempre andaba vestida con su zamarra y le decían la Zamarra.

Y el rey de ese reino era soltero y ya estaba en disposición de casarse y su madre la reina le dijo que por tres noches seguidas pusiera bailes pa ver si encontraba novia. Y el rey así lo hizo. Y cuando el rey estaba ya pa marcharse pal baile andaba la Zamarra allí y se acercó y se restregó contra él. Y él, enfadado, le dijo:

-¡Anda, Zamarra sucia, quitate de aquí! Y le dió un pinchazo con unas tenazas en la zamarra.

Y la primera noche que hubo baile fué la Zamarra y se metió en su habitación y cogió su varilla de virtud y le dijo:

-Varilla de virtud, por la virtud que Dis te ha dao dame un traje de seda blanca que no haya otro como él.

Y le dió la varilla el traje que pedía. Y se vistió con el traje de seda blanca y estaba tan hermosa que parecía una princesa. Y entonces le dijo a la varilla:

-Varilla de virtud, por la virtud que Dios te ha dao dame un caballo blanco que no haya otro igual pa ir esta noche al baile.

Y se presentó el caballo blanco y se fué al baile.

Y llegó a baile y el rey se enamoró en seguida de ella y bailó con ella toda la noche. Y antes de que se fuera le regaló una sortija. Y le preguntó de qué tierra era, y ella le dijo:

-Soy de la tierra del tenazaso.

Eso decía pa recordarle el tenazaso que le había dao antes de venirse pal baile, pero él no la entendía. Y ya cuando ella dijo que tenía que marcharse le dijo él que la acompañaría a su casa. Y se subió el en su caballo y ella en el suyo. Pero salió corriendo y no pudo él alcanzarla. Y llegó él a su palacio muy enfadao y le dijo a su madre:

-Este caballo no vale. He venido acompañando a una princesa que estuvo en el baile y me ha quedao atrás y ella se ha escapao sin que yo sepa onde vive. Mañana tengo que llevar otro caballo.

Conque otro día le buscaron al rey otro caballo mejor. Y ya se preparó pa marcharse esa noche pal baile. Y cuando iba a salir del palacio se le acercó la Zamarra y se restregó contra él. Y él, muy enfadao, le pegó una fuerte patada con la espuela y le dijo:

-¡Anda, Zamarra sucia, quitate de aquí!

Y se marchó pal baile.

Y ya se fué la Zamarra y se metió en su habitación y cogió su varilla de virtud y le dijo:

-Varilla de virtud, por la virtud que Dios te ha dao dame un traje de seda azul que no haya otro como él.

Y la varilla le dió el traje y se vistió y estaba más hermosa que antes. Y ya fué y le pidió a la varilla de virtud un caballo bayo más ligero que el de la noche anterior. Y así se fué al baile.

Y el rey ya la estaba esperando y en seguida se puso a bailar con ella. Y estaba más enamoraó que nunca. Le preguntó otra vez de qué tierra era y esta vez le dijo:

-Yo soy de la tierra del espuelazo.

Pero él nada entendía. Y esa noche le regaló unos pendientes. Y cuando ya era tarde dijo ella que tenía que irse. Y le dijo él que él la acompañaría a su casa. Y salió con ella y se subieron en sus caballos. Pero al momento que ella montó echó a correr, y él por mucho que corrió no la pudo alcanzar. Y llegó a su palacio otra vez muy enfadao y le dijo a su madre:

-Este caballo no vale. Otra vez ha corrido más el caballo de la princesa y no la he podido alcanzar.

Y su madre le dijo:

-Mañana buscaremos otro mejor.

Otro día ya iba a haber el último baile. Le buscaron al rey el caballo mejor y más ligero del reino. Y ya estaba pa marcharse al baile el rey cuando llegó por allí la Zamarra y se restregó a él. Y cogió él el badil y le dió con él un fuerte badilazo y le dijo:

-¡Anda, Zamarra sucia, que nunca te has de quitar de encima!

Y se marchó pal baile.

La Zamarra se fué entonces a su habitación y le dijo a la varilla de virtù:

-Varilla de virtù, por la virtù que Dios te ha dao dame un traje de estrellas y brillantes que no haya en el mundo otro como él. Y dame un coche con todas las músicas del mundo tirao por caballos de los más hermosos y corredores del mundo. Y dame seis damas que me acompañen a baile vestidas con trajes hermosos y ricos.

Y la varilla de virtù le dió todo lo que pedía. Y se vistió con su traje de estrellas y brillantes y estaba tan hermosa que no había en el mundo princesa más hermosa que ella. Y se montó en su coche y se marchó pal baile.

Ya el rey estaba esperando y mucho se sorprendieron todos cuando la vieron ir llegando en aquel lujoso coche y acompañada de tantas damas tan elegantemente vestidas. Y el rey salió a ayudarle a bajar del coche y entró con ella al baile. Y esa noche ya estaba loco con ella y le regaló un alfiler de brillantes y perlas. Y le dijo que le hiciera el favor de decirle de qué tierra era, y ella le dijo:

-Yo soy de la tierra del badilazo.

Pero él nada entendía. Y cuando ya era tarde dijo ella que se tenía que ir. Y salió el rey y le dijo que él la acompañaría. Y se montó en su caballo pa acompañarla, pero el coche salió corriendo y no lo pudo alcanzar.

Y llegó el rey a su casa enfadao y fatigao y le dijo a su madre:

-Estos caballos no valen. Se ma ha escapao otra vez la princesa.

Y tan enamorao estaba el rey de la princesa del baile que cayó malito en la cama. Y ya ni quería comer. Conque ya dice la Zamarra un día a la madre:

-¿Me deja usted hacerle un bollo al rey?

-¡Anda, sucia! ¡Qué has de hacer tú! -le contesta la reina-

Pero tanto le estuvo rogando que al fin la reina consintió. Y fué la Zamarra y hizo un bollo y metió en él la sortija. Y cuando se lo trajo la reina al rey lo partió y halló la sortija. Y le dijo a su madre:

-¿Quién ha hecho este bollo?

Y la madre no se lo quería decir. Y ya le rogó él que le dijera y le dijo ella que la Zamarra era la que se lo había hecho. Y dijo entonces el rey:

-Dígale usted que me haga otro.

Y le hizo otro bollo y metió en él los pendientes. Y cuando partió el rey el bollo encontró los pendientes y dijo:

-¡Ay, que esto me da la vida! Diga usted a la Zamarra que me haga otro bollo.

Y fué ella y hizo otro y metió en él el alfiler. Y se lo llevaron al rey y cuando lo partió y halló el alfiler le dijo a su madre:

-Madre, llámeme usted a la Zamarra, que quiero hablar con ella.

Y cuando la reina fué a llamar a la Zamarra, ya ella venía vestida con su traje de seda blanca con el que había ido al baile la noche primera. Y el rey la reconoció y dijo:

-Ésta es mi novia y ésta ha de ser mi esposa. Y dispusieron las bodas y se casaron.

Y pa celebrar las bodas tuvieron un banquete. Y la Zamarra le dijo al rey:

-Sólo un favor te pido, y es que me permitas invitar a mi padre al banquete.

Y dijo el rey que estaba bueno. Y invitaron al padre de la Zamarra al banquete sin decirle que se casaba su hija porque él la creía muerta. Y vino al banquete y le echaron jalapa en la comida. Y por la noche le dieron pa dormir una habitación sin ventanas, ni retrete, ni nada. Sólo le dieron un orinal muy pequeñito.

Conque se fueron todos a acostar. Y el padre de la Zamarra se fué también a dormir. Y a media noche le dieron unos dolores fuertes de vientre. Y se levantó muy deprisa y buscó el orinal. pero como era pequeño en un momento lo llenó. Y ya le vino otro fuerte dolor de vientre y dice:

-Pero, ahora, ¿qué voy a hacer, si ya el orinal está lleno?

Y venga un fuerte dolor de vientre y venga otro, hasta que ya el pobre no pudo aguantar y empezó a vaciarse en las sábanas y en el suelo y por todas partes. Y en sus apuros decía:

-¡Ay, Dios mío! ¿Qué hago yo ahora? ¡Ay, que matara yo a mi hija porque me dijo que me quería como a un buen cagar! Y ahora veo que no hay cosa en el mundo como un buen cagar.

Y la hija, que estaba oyendo todo en otro cuarto, salió y le preguntó qué le pasaba. Y él, todo avergonzado y engrudado, le contó lo que le pasaba y lo que había hecho con su hija porque le había dicho que le quería como a un buen cagar. Y ella le dijo:

-Pero, ¿sabe usted que de veras la mataron?

Y el pobre padre contestó:

-¡Ay, sí, que me llevaron la lengua y los ojos que le sacaron!

Y ella entonces le dijo:

-Pues no es verdad, que aquí tiene usted a su hija, que le quiera a usted como siempre le ha querido.

Cuenca, Cuenca.



### 3.- Niña perseguida por la madre

#### 3.1.- "La Bella Venecia" (Tipo 709)

(Madre persigue por celos)

##### 3.1.1.- Blancanieves (E 142)

(No se transcribe por ser prácticamente igual que la muy conocida versión de los Grimm)

##### 3.1.2.- La mala madrastra (E 144)

Este era un padre que tenía una hija. Enviudó y se casó con otra que tenía dos hijas. Y la madrastra no la quería a la andada porque era muy guapa, y ella y sus hijas eran muy feas. Y la tenían mucha envidia.

Ya un día dijo su madrastra que había que sacarla de casa y matarla, y se lo dijo a su padre. Y su padre -usted vería cómo se puso de que dijo que había de echar a su hija fuera de casa y matarla. Ya el hombre, por tener paz, tuvo que otorgar a ello. Buscaron dos hombres, y los dijo la madrastra que la tenían que matar y la tenían que traer la lengua y los ojos.

La sacaron a un monte. Y los hombres -los daba lástima de matarla. Y llevaban un perrito. Y mataron al perro y la llevaron a la madrastra la lengua y los ojos del perro, haciéndola ver que eran de la muchacha. Y la dejaron que fuera por aquel monte.

Y ya la pobre llevaba muchos días por el monte solita. Y ya, andando, andando, andando, llegó a una cueva donde ella se refugiaba para dormir, crecas de otra cueva de unos ladrones muy ricos. Y para entrar o salir los ladrones decían: "¡Abrete, peregil!"; y para cerrarse: "¡Ciérrate, hierbabuena!"

Como estaba su cueva tan cerca de la de los ladrones, observaba lo que decían. Y ya, un día que salieron a robar, fue ella y dijo:

-¡Abrete, peregil!

Y se abrió la cueva. Entró ella y dijo:

-¡Ciérrate, hierbabuena!

Y se cerró. Y vio que había allí mucho que comer y muchas alhajas. Y cada uno tenía una cama. Les guisó la comida y, de que comió lo que quiso, les hizo las camas, fregó, barrió, y toda la casa la dejó arreglada. Y se volvió a salir.

Por la tarde vinieron los ladrones y, de que vieron que todo estaba hecho, dijeron que alguna persona había entrado. Y dijo el capitán que al otro día había que quedarse uno para ver qué persona era.

Al otro día volvieron a salir los ladrones, y se quedó uno. Y se quedó dormido. Pero la niña, desde su cueva, los vio salir y los contó. Y vio que se había quedado uno. Y ese día no fue a la cueva. pero el día anterior un gallego la estuvo observando a la mujer, y ahora, al ver que no iba ella, claro, fue y dijo:

-¡Abrete, perejil!

Se abrió la cueva y entró.

-¡Ciérrate, hierbabuena!

Y volvió a cerrarse. Y de que comió lo que le pareció, ya no se acordaba de decir ni perejil ni hierbabuena. Se puso a la puerta de la cueva a decir:

-¡Abrete, berceira! ¡Por vide no rincordo! Pos, ello cosa de huerta es. ¡Abrete, patateira! ¡Por vide no rincordo! Pos, ello cosa de huerta es.

A las voces que el gallego daba, despertó el centinela que estaba dormido. Salió y, de que vio que era él, le dio una paliza de palos y le echó fuera la cueva.

Vinieron los compañeros y los dijo:

-¿A que no sabéis quién era el que ha entrado en la cueva? Un gallego que le he pillado.

-¿Qué le has hecho? -le dijo el capitán.

-Pos darle una pareja de palos que le he medio matao. Y le he echao fuera de la cueva.

Al otro día siguiente se fueron otra vez. Y volvió la señora que había entrado allí antes. Y hizo la misma operación que había hecho antes. Y de que despachó, pues se volvió a marchar.

Y vinieron los ladrones por la noche, y vieron que todo estaba hecho como el primer día. Y ya dijo el capitán:

-Esto es que entra aquí alguna persona, que tiene que ser alguna mujer. Hay que quedarse uno pa saber quién es el que entra.

Y al otro día al marcharse los ladrones, se quedó uno de centinela. Y se quedó dormido. Y esta vez la chica no los vio salir y volvió a la cueva como el día anterior. Y como no metía voces como el gallego, pues de que hizo la misma operación que había hecho antes, se volvió a marchar como los días anteriores, y nadie la vio.

Cuando despertó al centinela, ya vio que estaba hecho todo como antes. Ya vinieron los otros:

-¡Vaya! ¿Ha encontrado usted quién entra? -preguntó el capitán.

-No, señor.

-Pues, ¿cómo? ¿Usted se ha quedado dormido?

-No, señor, y no he visto a nadie.

-Pues a mí no me niegue usted que no se queda usted dormido, porque tenía que haber visto usted quién era. Pues, mañana -dijo el capitán- me quedará yo.

Conque, ¡claro!, al otro día la señora volvió a entrar a hacer la misma operación que había hecho antes. Y el capitán la estaba viendo, solo que no la quería decir nada en lo que no terminara de hacerlo todo. Y cuando ya se iba a salir, la suspendió -habló- la dijo:

-No se asuste usted, señora. ¿Cómo es para usted haber entrado aquí? Y cómo es para usted haber venido a estos terrenos?

Ella dijo lo que la había ocurrido con su madrastra y que, dando vueltas por el monte, había encontrado una cuevecita donde refugiarse:

-A orilla de esta cueva de ustedes... Y he visto las operaciones que ustedes hacían para que se abriera y se cerrara la cueva. Y a mí la necesidad del hambre y de la sed me ha hecho entrar.

Entonces la dijo el capitán:

-Pos, desde ahora no pasará usted hambre ni sed. Usted se quedará aquí con nosotros, y nadie se meterá con usted. Estará usted aquí como si fuera usted una hermana nuestra. Ahora vendrán los demás, y ya los daré yo la orden de que ¡cuidad que sean osados a tocarla a usted sobre ninguna cosa! Y si a usted la tocan por casualidad, usted me lo decía a mí, y luego yo haría lo que me pareciera de ellos. Así es que usted esté tranquila, que siguiendo a hacer lo que ha hecho usted anteriormente, aquí estará usted como si fuera hermana nuestra.

Pues ya vinieron los otros a cenar. Y se reunieron, y los dijo:

-Habéis visto como yo ya he encontrado quien nos hacía todo lo que nos hacía falta.

Y se la presentó. Y los dijo:

-Mirar. Esta se queda aquí como hermana nuestra, haciéndonos el servicio como hasta ahora nos le ha hecho. Y sus advierte una cosa. ¡Cuidado conque ninguno de vosotros sus metáis con ella esolutamente para nada, ni la miréis mal! La tenemos que mirar todos como una propia hermana. Porque no creáis que hace poco con que haga las comidas y limpie la casa y nos barra y nos friegue y nos haga las camas. ¡Eso que si alguna vez a alguno de vosotros sus da una idea de metersus con ella para nada, recibiréis el castigo que yo sus dé.

Ahora vamos a otra cosa. La madrastra que la mandó matar estaba creída que la habían matao, porque los hombres que habían buscado pa que la mataran la habían llevado la lengua y los ojos de un perro, y creía que la niña estaba muerta. Los hombres la sacaron al monte; pero los dio mucha lástima de matarla. Y llevaban un perrito. Y lo mataron y la llevaron a la madrastra la lengua y los ojos del perro para hacerla ver que eran los ojos de ella y la lengua. Y ella estaba creída que ya no existía en el mundo. Más tenía un espejo, que le preguntaba:

-Espejito, ¿hay otra más guapa que yo?

El espejito la dijo que sí, que su andada era más guapa que ella. Se puso furiosa y empezó a buscar a ver si encontraba una hechicera para que la dijera dónde estaba. Y la encontró. Y ya, como las hechiceras dicen que todo lo saben, pos fue a dar a la cueva donde estaba. Y estaba la niña en la puerta tomando el sol, como de costumbre lo hacía.

Los ladrones, como la tenían ya como una hermana, la cogieron mucho cariño. Todos la querían mucho. La vestían de lo mejor que había; la llenaban de aderezos, alfileres, cruces, su cuello. Y en todos los dedos de las manos -pos los tenían llenos de anillos.

Y la hechicera llevaba un anillo que, metiéndoselo en el dedo del corazón, se quedaba muerta. Y la ofreció la madrastra que si la podía matar a la andada, la daría lo que la pidiera.

Y ya, pues, empezó a decirle que cómo era para estar allí. Y la empezó a tentar las manos y a decirle que ella era una viejecita anciana y que era también sola y que no tenía a quién volver los ojos. Y ya empezó, pues, a sacar los anillos que tenía la muchacha en el dedo corazón. Y ella, como muy zalamera, diciéndola que qué bonitos eran, que cuánto valor tenían. Y estando así, se descuidó la señora y la metió en el dedo corazón el anillo que ella llevaba, y se quedó muerta instantánea.

Y vinieron los ladrones. Y cuando vinieron y la vieron muerta, todos lloraban como madalenas. No sabían ni lo que hacer, de locos que se pusieron al verla muerta. Y ya dispusieron o acordaron de hacer una caja muy preciosa para meterla en ella. Y en vez de enterrarla, echarla un río abajo, porque no querían ni que se la comiera la tierra, de lo mucho que la querían.

La echaron, pues, el río abajo. Y un día el hijo del rey salió a caza. Y fue a un sitio donde vio la caja. Y fue y la sacó del río, aunque con mucho trabajo. Y la abrió, y vio que era una joven, lo más bella que él había visto en la vida. Como pudo, se lo cargó él al hombro y la llevó al palacio. Y sin verle a nadie, la metió en su habitación.

Y el hombre, pues tanta pena cogió de que la vio muerta, que no salía de casa nada. No le podían hacer salir, ni sus padres ni nadie. Y ya un día, pues se entretuvo en quitarla los anillos y enterarse de ellos, porque eran muy buenos. Hasta que llegó al del dedo corazón... Y se lo sacó y, en el momento en que se le sacó del dedo, pues volvió en sí y se puso viva como estaba antes. Y empezó:

-¿Ande están mis hermanos? ¡Yo quiero mis hermanos!

Y, ¡claro!, el hijo del rey todo se suspendió, y la preguntó:

-Señorita, ¿por quién clama usted, que no la entiendo? Usted explíquese a mí todo lo que le pase.

Empezó a explicarle ende sus principios, y ya, pos intentó casarse con ella.

Entraron en relaciones, y ya le dijo ella ánde estaba la cueva y que ella quería ver a sus hermanos, que aunque no eran hermanos, la querían más que si lo hubiesen sido; y que ella deseaba dirlos a ver pa que supieran que era viva.

Y fueron los dos a verlos. Y los ladrones, al verla viva, creo que los faltaba el juicio y todo. Y ellos ya conocían que era el hijo del rey. Y abrazándole y queriéndole mucho... Basta que había ido a presentársela. Se encontraban llenos de alegría.

y ya él los dijo que si era gusto de ellos, que se quería casar con ella. Los ladrones, muy gustosos, le dijeron: -El gusto de usted es el nuestro.

Ya se marcharon otra vez a palacio. Y fue cuando se lo dijo a sus padres, antes de presentársela a sus padres: que diendo él a caza, se había encontrado con esa caja, y que iba el río abajo; y la pudo sacar del río y la abrió; de que vio que era una dama tan bonita y muy bien vestida, se la cargó al hombro y la llevó a su habitación, en donde nadie la vio.

-Y como decían ustedes que estaba muy triste, que qué me pasaba, yo les decía que nada. Hasta que ya un día empecé a sacarla los anillos que tenía en los dedos. Y fui a sacarla el anillo que tenía en el dedo corazón, y se puso viva. Y ya tanto cariño la he tomado que pienso casarme con ella. Creo no me quitarán ustedes el gusto. Y ahora se la presentaré a ustedes. Verán qué preciosa es.

Y se la presentó. Y sus padres -muy contentos. Los gustó mucho la joven. Y ya digeron hicieran las diligencias pa casarsen -que se casaran lo antes posible.

Entonces ella empezó a contar lo que la había ocurrido -desde su madrastra hasta echarla el río abajo.

Dieron parte a los ladrones de que se iban a casar, y todos fueron como si fueran hermanos propios. Y luego ya el hijo del rey no consintió de que fueran ladrones ni que etuvieran solos en esos montes -que a todos los puso con un ascenso mu grande y los llevó a su palacio. Y en su palacio, sin salir de él, los colocó. Allí estuvieron todos, en compañía, como si fueran propios hermanos. Y ya no hay más.

Sepúlveda, Segovia.

### 3.1.3.- Blancaflor (E 143)

Pues ésta era una reina que estaba embarazada. Y estando cosiendo un día en un balcón se picó en un dedo. Y viendo la sangre en la nieve, dice:

-La sangre con la nieve, ¡qué bonita está! Cuando dé a luz, pondré a la hija Blancaflor.

Y al tener la hija seis años, murió la madre. Y su padre se casó de segundas nupcias. La niña fue creciendo, creciendo y llegó a ser muy guapa.

La madrastra tenía un espejo mágico que hablaba. Y un día le preguntó:

-Espejo mágico, ¿quién es más guapa, la Blancaflor o yo?

Y le contesta el espejo:

-Tú superas; pero supera la Blancaflor.

La madrastra, como tenía envidia de la niña, determinó matarla. Llamó a un críaco y le dijo que la cogiese y la matase y la trajese la lengua. Y el críaco la llevó al monte; pero como él la había visto nacer, no quiso matarla. Y la dijo:

-Dios te valga y tu fortuna.

Y la dejó en el monte. Y mató a un perro y le sacó la lengua y se la entregó a su madrastra.

La niña fue andando, andando por el monte, y por fin llegó a la casa de los siete enanos. Y al entrar vio que tenían su mesa puesta, con sus vasos y su comida. como no veía a nadie por allí, comió de cada plato un poquito y de cada vaso bebió un poquito. Y después fue y se echó en una cama, rendida de las fatigas del día. Y se quedó dormida.

Han llegao los siete enanos:

-¡Da mi vaso han bebido!

-¡Y del mío también!

-¡Y de mi plato han comido!

-¡Y del mío también!

-¡Alguien tiene que haber entrado!

Y con el ruido despierta la niña y salió donde estaban los siete enanos.

-¡No me maten ustedes!

-Pero, ¿qué haces tú aquí?

Entonces les contó ella su historia. Y por fin la dicen los enanos:

-Mira, te quedarás con nosotros y serás nuestra criada. pero ten mucho cuidado. A todo el que venga no le abras en lo que no vengamos nosotros.

A los pocos días la madrastra habló otra vez con el espejo mágico:

-Espejo mágico ¿quién es más guapa, la Blancaflor o yo?

Y la contestó;

-Tú superas; pero supera la Blancaflor.

pues la madrastra se puso furiosa y determinó salir en busca de la niña para matarla. Se vistió de quinquillera y llegó a la casa de los enanos. La niña estaba en una ventana:

-¡Oye, niña, mira! ¡Baja! ¡Qué peinetas y qué corsés!  
Y enseñándole un corsé le dijo:

-¡Sigún eres de guapa, vería qué bien te estaba!

La dijo la niña:

-No puedo abrir.

Pero atanto ruego, su madrastra la hizo bajar. Y abrió. Y la madrastra la puso un corsé. Y al ponérselo, lo apretó tanto que la juntó las costillas con el pecho.

Cuando han llegao los siete enanos, se han encontrado con ella tirada en el suelo. Creyeron que gente de sospecha habrían matao a la niña. La han registrao cuando ven que tenía un corsé muy apretado y que tenía oprimidas las costillas con el pecho. Soltaron el corsé, y la niña da en sí. Y la dijeron:

-No vuelvas a abrir. En lo que no vengamos nosotros, no abras a nadie.

A los dos o tres días la madrastra empieza otra vez con el espejo mágico:

-Espejo mágico, ¿quién es más guapa, la Blancaflor o yo?

-Tú superas; pero supera la Blancaflor.

La madrastra se puso furiosa otra vez y ha vuelto a ir en busca de la niña. Llegó a la casa de los enanos. Y la niña estaba en la ventana cuando ella ha pasao. Y la ha llamao lo mismo que la otra vez:

-Oye, niña, baja, que tengo unas peinetas muy bonitas. Y tú, como eres tan guapa, verás que bien te están.

-No puedo abrir.

Pero a tanto ruego, su madrastra la hizo bajar. Y la niña abrió otra vez. y la madrastra la clavó dos peinetas por la cabeza.

Cuando han llegao los siete enanos, se han encontrao con ella echada por el suelo como la otra vez. Y la sacaron las peinetas y volvió en sí. Y la dijeron otra vez:

-¡No vuelvas a abrir! ¡Que ésta es tu madrastra, que te quiere matar!

Al siguiente día habló otra vez la madrastra con el espejo mágico:

-Espejo mágico, ¿quién es más guapa, la Blancaflor o yo?

-Tú superas; pero supera la Blancaflor.

A los tres días después, su madrastra fue con una canasta manzanas a casa de los enanos. Y esta vez la niña no estaba en la ventana. Y ha llamao a la niña:

-¡Oye, niña, mira! ¡Baja!

La niña salió a la ventana diciendo que no podía abrir.

-Mira, ¡qué manzanas traigo! Mira, te daré una.

Y al no poder bajar a abrir, a tanto porfiarla, se aproximó a la ventana -la niña con la mano por la ventana, y la madrastra alargándola con la mano de ella la manzana.

Y la manzana la vino a envenenar.

Cuando han llegao los siete enanos, se han encontrao con ella tirada en el suelo. Creyéndola muerta, han tratao los siete enanos de hacerla un pantión en una caja de cristal. Y metieron con ella muchas flores. Y con unos claveles a la nariz, vino la niña a resucitar.

Y todos los enanos alrededor de ella llenos de alegría.  
Entonces los enanos recordaron de llamar a su padre. Le  
contaron todo lo que había pasado y le dijeron:  
-Según ha hecho la madrastra con la niña, hay que hacer  
con la madrastra.  
Lo cual el señor dio el poder: la arrastraron y hizón mil  
judiadas con ella, diciéndola:  
-Todo el castigo que se te está dando a tí -lo que  
hicistes con la pobre niña!  
Y ya se acabó.

Tordesillas, Valladolid.



3.1.4.- Blancaflor (E 145)

Eran dos hermanos que se quedaron sin madre. Y la niña era muy guapísima y se llamaba Blancaflor. Entonces su padre se casó con una mujer que era muy envidiosa y luego, en cuanto vio a la niña, pues tenía mucha envidia de ella. Todo su afán era ganar a Blancaflor de guapa. Llegó a tenerla hasta días enteros sin comer, para que así perdiera la hermosura. Y tenía ella un espejo mágico. Cuando la veía un poco lacia y un poco marchitada, cogía el espejo y decía:

-Espejito mágico, ¿quién es más guapa, Blancaflor o yo?

Y el espejo la decía:

-Tú estás muy bien; pues aún es más linda Blancaflor que tú.

Entonces le tiraba contra el suelo y se ponía furiosa con él. Y luego la quitaba todos los vestidos a Blancaflor y la mandaba incluso a por hierba y todo. Y entonces ella se ponía muy maja -todo lo que había visto en Blancaflor se ponía ella-, cogía el espejo otra vez y decía:

-Espejito mágico, ¿quién es más guapa, Blancaflor o yo?

Y la decía el espejo:

-Blancaflor está muy estropeada, pero aún te gana.

Entonces ya empezó ella a inducirle al padre de Blancaflor y a decirle que era muy mala, que debían echarla de casa, que si no, ella se tendría que marchar. Entonces ya decidieron mandarla a ella con el hermano a un bosque y allí que la matara. Y le dijo:

-Mira, me traes la asadura y la lengua, para cenar yo esta noche.

Entonces el hermano la llevó, diciéndola que la llevaba a la fiesta de un pueblo inmediato. Ya cuando iban andando tanto y iban tan lejos, la niña se echó a llorar y le dijo:

-Pero hermanito, ¿adónde me llevas?

Y la dijo:

-Pues mira, hermanita, nuestra madrastra me ha encargao que te mate y la lleve la asadura tuya y la lengua para cenar esta noche.

Entonces vieron un perrito que había por allí, y la dijo el hermano:

-Pero mira, mataré ese perrito, le saco la asadura y la lengua y ¡se lo llevo a nuestra madrastra! Y a tí te dejo ahí en un árbol. (En una encina, porque en el monte había encinas.)

Entonces el niño así lo hizo; mató al perro, le sacó la asadura y la lengua, la dejó a su hermana bien colocada en la encina para que los lobos ni nada la vieran y se fue para casa.

Cuando llegó y dio a su madre la asadura y la lengua, fue y dijo al espejito:

-Espejito mágico, ¿quién es más guapa ahora, Blancaflor o yo?

Y el espejo la dijo:

-Tú, porque Blancaflor, no sé dónde está.

Entonces ella se puso muy contenta, bailó y todo.

La niña siguió en la encina, toda la noche quieta. A media noche vio que estaba esa encina encima de la casa de unos ladrones. Y llegaron los ladrones y, como hacía muy bueno, se pusieron debajo de la encina a repartir lo que habían robao. Entonces empezaron a decir:

-Para tí. Para mí.

Y dijo ella:

-Y, ¿para mí?

Y ellos, al oír la voz, callaron; pero al poco rato comenzaron otra vez:

-Para tí. Para mí.

Dice ella:

-Y, ¿para mí?

Y callaron ellos un ratito.

Y así lo volvieron a hacer varias veces. pero en vista de que no podían terminar, dijeron:

-Bueno, nos vamos a acostar y mañana ya podremos repartir.

Y se acostaron.

Al siguiente día salieron todos los bandidos. Y ella, desde la encina, los contó mientras salían. Contó hasta doce y dijo:

-Vaya, pues van doce.

Cuando ya comprendió que iban muy lejos, bajó de la encina y entró en la casa, porque vio que la habían dejao abierta. Vio que tenían todas las camas tiradas y todo muy sucio, sin hacer nada. Entonces ella les hizo las camas, les limpió todo y les hizo la cena. Ya cuando iba siendo de noche, se subió otra vez a la encina. Y vinieron los bandidos por la noche. Y al llegar y ver todo tan arreglao y la cena hecha y todo, empezaron a mirar por toda la casa a ver si había alguien en casa. Ya, en vista de que no encontraban a nadie, dijeron:

-Bueno, pues mañana nos quedamos uno para así ver quién entra a hacerlo.

Al día siguiente salieron todos, y ella, desde la encina, los contó y vio que nada más iban once. Y entonces aquel día no bajó. Se estuvo todo el día en la encina. Y vinieron los bandidos por la noche, y el que se había quedado les dijo que ni había visto a nadie ni que había ido nadie. Entonces ya, al siguiente día, fueron todos y al contarlos y ver que iban doce, se bajó enseguida y entró. Les hizo todo; pero como tenía mucha hambre, porque el día antes no había comido ni bebido, comió y bebió y despues se echó a dormir un poco en una cama. Pero como estaba muy cansada de estar tanto en la encina, vinieron los bandidos y todavía no había despertao.

Entonces, al entrar y verla, pues dijeron:

- ¡Oy, que niña más guapa hay en nuestra cama.

Uno de los ladrones se acercó a despertarla, y le dijeron los otros:

- ¡No despertarla!. Si la despertamos se asustará.  
Entonces se quedaron todos al lado de la cama de la niña y, cuando despertó, la dijeron que no se asustara, que no la pasaría nada y que si ella quería, que se quedaría a vivir con ellos. Y cuando ella les contó lo que la había pasado, la dijeron:

-Pues nunca mejor. Nosotros no tenemos a nadie. Te quedas aquí. Tú nos harás las cosas mientras nosotros vamos por ahí. pero ten cuidado de estarte siempre encerrada. Y aunque llame alguien, no abras.  
Bueno, pues así lo hicieron.  
Ya la madrastra cogió el espejo mágico un día y le dijo:  
-Espejito mágico, ¿quién es más guapa, Blancaflor o yo?  
Y la dijo:  
-Blancaflor, que está muy guapa y vive con unos ladrones. Entonces la madrastra se puso muy furiosa y decidió ir a buscarla. Y se vistió de quinquillera y fue adonde estaba la casa de los ladrones. Y estaba ella sentada al balcón al sol y la dijo:  
-Señorita, cómprame usted un corsé, que se lo vendo.  
Dijo ella:  
-No señora, no me le sé poner.  
Y dijo la madrastra:  
-Abrame y cómpremelo, que yo se lo pongo.  
Fue y abrió, y, al ponérsele, la apretó tanto que la quitó la respiración y ya cayó al suelo sin sentido. Entonces la madrastra se fue muy contenta. Y vinieron los ladrones y, al verla en el suelo, empezaron a mirarla y decir:  
-Pobre Blancaflor, ¿qué la habrá pasado?  
Pero al ir a levantar, vieron que tenía un corsé muy apretao, muy apretao. Se lo quitaron, y al poco rato recobró el conocimiento. Entonces la dijeron que qué la había pasado. Y al decirles ella que había sido una quinquillera, la dijeron que no volviera a abrir a nadie, que ya se lo habían advertido.  
Entonces la madrastra cogió el espejito mágico y le dijo:  
-Espejito mágico, ¿quién es más guapa, Blancaflor o yo?  
Entonces la dijo el espejo:  
-Blancaflor, que vive con los ladrones y la quieren mucho.  
Entonces la madrastra se puso muy furiosa y le tiró contra el suelo y se volvió a buscar a Blancaflor. Y fue como una pobre pidiendo. Y estaba ella peinándose al balcón. Y la dijo:  
-Señorita, ¿quiere usted que la peine yo?  
-No, señora -dice-, me peino siempre yo sola.  
-¡Vamos, andel! ¡Déjeme! Yo la peino muy bien.  
Y dijo ella:  
-No, me han dicho los ladrones que no abra a nadie.  
Y entonces dijo la vieja:  
-Yo ningún mal la voy a hacer. Abrame, que la peino.  
Y entonces le abrió, y se puso a peinarla. Y al estarla peinando, la clavó un agujón que llevaba y se lo clavó en la cabeza. Y se volvió paloma.

Vinieron luego los ladrones y la buscaron por toda la casa, llamándola, y no la encontraron; pero ya vieron una palomita que andaba por el tejado revoloteando. Y la cogieron y la empezaron a manosear y dijeron:

-¡Qué guapa palomita!

Y entonces vieron que tenía un agujón en la cabeza, y, al quitárselo, quedó otra vez convertida en Blancaflor, que les contó lo que la había pasado. Y la volvieron a advertir que no abriera más que a ellos.

Y entonces la madrastra se miró al espejo y le dijo:

-Espejito mágico, ¿quién es más guapa, Blancaflor o yo?

Y el espejo la dijo:

-Blancaflor, que aún vive con los ladrones.

Y entonces ella se puso cada vez más furiosa. Y juró que había de matarla. Y fue y se fue vendiendo peras, y llevaba una envenenada. Y llegó allá, y estaba Blancaflor en el balcón tomando el sol, y la dijo:

-Señorita, ¿me compra usted peras?

-No, señora -dice.

-¡Ande! -dice-. ¡Abrame usted, que la gustarán!

Y dijo ella que no, que no abría, que la habían dicho los ladrones que no abriera a nadie. Entonces la vieja cogió la pera que llevaba envenenada y se la echó, y la dijo:

-¡Cómala usted!

Y dijo ella:

-No, me puede pasar algo.

Y la vieja la dijo:

-Yo como otra.

Entonces Blancaflor la comió. Y ya, pues cayó envenenada. Cuando fueron los ladrones y la vieron ya muerta, la dieron tierra.

Y ya la madrastra, pues se miraba al espejo todos los días y le decía:

-Espejito mágico, ¿quién es más guapa, Blancaflor o yo?

Y el espejo la decía:

-Tú, porque Blancaflor se ha muerto.

Y ya, pues, vivió ella muy feliz, y ya se acabó.

Sieteiglesias, Valladolid.

### 3.1.5.- La peña de los enamorados (RA 40)

Era una isla que le llamaban "La peña de los enamorados". Allí vivían un conde y una condesa, que era la más guapa de la isla. La condesa tuvo una hija, y cuando los habitantes de la isla iban a verla, todos decían: "Guapa es la madre, pero más guapa es la hija."

La madre le tomó envidia, y mandó a dos criados que se llevaran a la niña a un monte y la mataran. Ninguno de los criados quería matarla. Llevaban un perro y le sacaron los ojos, dejando a la niña viva en el monte. La niña, encontrándose sola en el monte, se refugió en una peña. Subiéndose a un árbol vio que llegaban siete bandidos. El capitán dijo:

-Abrete, rosa.

-Ciérrate, clavel.

Al otro día, cuando salieron los siete bandidos, dijo la niña: "Abrete, rosa." "Ciérrate, clavel." Se lo encontró todo muy desordenado. Lo limpió y lo arregló todo, diciendo de nuevo: "Abrete, rosa" y "Ciérrate, clavel".

Los bandidos, cuando abrieron la peña, se quedaron admirados. Todos los días alguien hacía la misma faena. Pero un día dijo el capitán:

-Hoy, cuando salga, me voy a volver a ver quién es el alma quemá que entra aquí.

El capitán se quedó sorprendido, cuando entró y vio a la niña.

-¡Hija mía! ¡Eres más guapa que la condesa de la peña de los enamorados!

Cuando los demás bandidos llegaron, dijo el capitán:

-Esta es nuestra hermana. Cada uno le tendrá que hacer un regalo.

Unos le dieron pulseras y otros anillos. La miraban como a una hermana propia. Allí estuvo diez años y tenía cuanta riqueza había en la isla.

Un día se enteró la madre de que había una mujer más guapa que ella, pero no sabía el lugar donde estaba. El conde buscaba a su hija desde que se la llevaron, pero nunca la encontró.

La madre, enterada y llena de envidia, llamó a una gitana:

-Te doy una bolsa de oro, siempre que me traigas la cruz que le puse a mi hija en el cuello.

La gitana era una hechicera. Se llevó dos días dando vueltas al sitio con un anillo de oro que estaba encantado con la insignia de la condesa. Un día los bandidos le dijeron a la niña que podía salir un ratito afuera de la peña para distraerse. Y le dijo la gitana:

-¡Hija de mi alma, qué tiempo llevo buscándote! Toma un anillo de oro, que es más brillante que los que tú tienes.

-No, señora, tengo muchos anillos, que me dan mis hermanos.

-Pero éste es mucho mejor. Dime cuál es el secreto de la peña de los enamorados.

La niña contestó:

-No venderé nunca a mis hermanos ni diré nunca el secreto de la peña.

Poniéndole la gitana el anillo de la condesa, en el acto quedó paralizada, como muerta. La gitana cogió la cruz, y dejando a la niña abandonada en la puerta de la peña, le llevó a la condesa la cruz de su hija. Le dijo que la había matado y que le diera la bolsa de oro.

Los bandidos, cuando llegaron y la vieron muerta, lloraban, y dijo el capitán que tenían que buscar quién había hecho ese crimen. Salieron aquella noche por un vestido blanco para vestirla. Fueron a la casa de la condesa y robaron un vestido blanco que tenía la cruz de la niña. los bandidos la vistieron y la pusieron en la puerta del conde.

El conde, cuando vio aquello, no sabía si era su hija o no era. Pero había que enterrarla en el mejor lugar del cementerio de la isla.

El conde, cuando iban a enterrarla, dijo:

-Vamos a ver a quién pertenecieron tantos anillos.

Al sacarle el anillo con la insignia de la condesa, la niña volvió en sí y dijo:

-Este es mi padre.

Y dijo el padre:

-Esta es mi hija. Dime el secreto de donde has estado.

-No lo diré mientras usted no consiga el indulto de mis hermanos.

Como el conde era el rey de la isla consintió en darle el indulto. Al otro día salieron para la peña, diciéndole la niña al padre:

-Voy a entrar a ver a mis hermanos.

Al llegar la niña dijo: "Abrete, rosa", y el conde vio a los siete bandidos con los trabucos preparados.

-No tiréis, hermanos, estáis indultados -dijo la niña.

Los bandidos abrazaron a la niña, pues se habían creído que estaba muerta.

Fueron al palacio del conde. El conde llamó a los sirvientes viejos, los cuales declararon que la condesa les había mandado que matasen a la niña, pero ellos no la habían querido matar.

El conde perdonó a los criados. A la mujer la metió en un subterráneo. Encargó a los bandidos que encontraran a la gitana y la metió en el mismo subterráneo donde estaba la condesa, siendo la hija la más guapa de la isla.

### 3.1.6.- El espejito mágico (A 211)

En cierto reino, en cierto país, vivía un mercader viudo en compañía de un hijo, una hija y un hermano... Una vez que se disponía a partir hacia tierras lejanas con su hijo para comprar toda clase de mercancías, llamó a su hermano y le habló así:

-Querido hermano, a tu cuidado dejo mi casa entera y mi hacienda y te ruego muy encarecidamente que atiendas a la educación de mi hija, con severidad y sin consentirle ningún capricho. Y se puso en camino después de despedirse de su hermano y de su hija.

La hija del mercader era ya una moza, tan bella que habría sido imposible encontrar otra igual, ni aún recorriendo el mundo entero. Precisamente esa hermosura inspiró al tío de la muchacha una idea pecadora que no le daba sosiego ni de día ni de noche.

-Si no pecas conmigo -acosaba a la muchacha-, despidete de la vida: te mataré aunque sea mi perdición.

Un día que fue la muchacha al baño, su tío la siguió; pero, en cuanto traspuso la puerta, ella le empapó de pies a cabeza con una palangana de agua hirviendo. Tres semanas hubo de pasarse en cama y, cuando al fin se repuso mal que bien, un odio feroz había hecho presa en su corazón. Obsesionado por la idea de vengarse, le escribió a su hermano una carta diciéndole que su hija se había descarrariado, que rodaba de casa en casa, se pasaba las noches fuera y no le obedecía a él...

El mercader se puso furioso al recibir aquella carta y le habló así a su hijo:

-Mira: tu hermana ha deshonrado nuestra casa. No quiero perdonarla. Vuelve tú inmediatamente, despedaza a la malvada en trocitos pequeños y traéme su corazón en la punta de ese mismo cuchillo. ¡Para que las personas decentes no se burlen de nuestro linaje!

El hijo agarró un cuchillo afilado y volvió a su tierra. Una vez en su ciudad, empezó a indagar entre unos y otros, con sigilo y sin descubrirse, la vida que llevaba fulanita de tal, hija de un mercader. Y sólo escuchó alabanzas sobre su bondad, su decencia, su piedad y obediencia para con las buenas gentes. Cuando tuvo todos esos informes fue a ver a la hermana, que se llevó una gran alegría y corrió a él, abrazándole y besándole.

-¡Hermano mío querido! ¡Alabado sea Dios! ¿Cómo se encuentra nuestro amado bátiushka?

-No te alegres tanto, querida hermanita, porque mi visita es de mal agüero. Traigo orden de nuestro padre de despedazarte en trocitos pequeños, arrancarte el corazón y llevárselo en la punta de este cuchillo.

-¡Virgen Santísima! -exclamó la hermana llorando-. ¿A qué viene esa desgracia?

-Ahora lo sabrás -contestó el hermano, y le habló de la carta de su tío.

-¡Yo no tengo ninguna culpa, hermano!

El hijo del mercader escuchó lo que le contó su hermana y luego dijo:

-No llores. Ya sé que no eres culpable y, aunque nuestro padre me ha ordenado que no acepte ninguna disculpa, no te mataré. Lo mejor será que recojas algunas prendas, salgas de esta casa y busques refugio donde puedas. Dios no te abandonará.

Sin pensárselo más, la hija del mercader recogió algunas prendas, se despidió del hermano y salió de aquella casa sin saber adónde iría. El hermano mató entonces a un perro vagabundo, le arrancó el corazón y se lo llevó a su padre en la punta del cuchillo. Al entregárselo dijo:

-Padre: siguiendo tu mandato he matado a mi hermana.

-No quiero saber nada de ella. Una perra no merece otra muerte -replicó el padre.

La linda muchacha anduvo al azar -no sé si poco o mucho- hasta penetrar en un bosque tan frondoso y oscuro que los altos árboles apenas dejaban ver el cielo. Caminando por aquel bosque fue a parar a un calvero donde se alzaba un palacio blanco rodeado por una verja verde.

-¿Y si entrara en este palacio? -se dijo la muchacha-. Quizá no me pase nada, porque también tiene que haber gente buena en el mundo...

Entró, pues, en los aposentos y no encontró ni alma viviente. Iba a marcharse ya cuando llegaron de pronto al galope dos recios bogatires que entraron en el palacio y, al ver a la muchacha, la saludaron:

-¡Hola, bonita!

-¡Hola, honorables paladines!

-Mira -le dijo uno de los bogatires al otro-: nos quejábamos de que no teníamos a nadie para gobernar nuestra casa, y Dios nos manda a una hermanita.

Dejaron los bogatires que la hija del mercader se quedase a vivir en el palacio, la reconocieron por hermana suya y, entregándole las llaves, pusieron en sus manos el gobierno de toda su hacienda. Luego desenvainaron sus afilados sables y, apoyando cada uno la punta del suyo en el pecho del otro, pronunciaron estas palabras:

-Si uno de nosotros se atreve a ofender a nuestra hermana, este sable le dará muerte sin compasión.

De esta manera se quedó a vivir la linda muchacha en casa de los dos bogatires. Mientras, el padre hizo sus compras en otros países, volvió a su tierra y, al cabo de algún tiempo, tomó esposa por segunda vez.

La mujer con quien se casó era muy bella y poseía un espejito mágico que, con solo mirarse en él, permitía ver lo que ocurría en cualquier parte.

Un día que los bogatires iban a salir de caza, le recomendaron a su hermanita:

-No abras a nadie hasta que volvamos.

Precisamente por entonces se le ocurrió a la mujer del mercader mirarse en el espejito y decir mientras contemplaba su belleza:

-No hay nadie más hermosa que yo.

A lo que el espejito replicó:



-Eres hermosa, es verdad. Pero más hermosa todavía es tu hijastra, la que vive en el palacio de los dos bogatires en el bosque.

Disgustada por aquellas palabras, la madrastra llamó inmediatamente a una malvada vieja que conocía y le ordenó:

-Toma este anillo blanco y ve al palacio blanco que hay en medio del bosque oscuro. En ese palacio vive mi hijastra. Salúdala y entrégale este anillo, diciéndole que se lo envía su hermano.

La vieja tomó el anillo y fue adonde le habían mandado. La linda muchacha la vio cuando llegó al blanco palacio y corrió a su encuentro, deseosa de saber lo que pasaba por su tierra.

-¡Hola, abuelita! ¿Cómo te ha traído Dios hasta aquí? ¿Están todos buenos en casa?

-Están buenos, sí. Precisamente me ha mandado tu hermano a saber cómo te encuentras tú y a traerte este anillo. Mira que bonito es...

La muchacha se llevó una alegría tan grande que no se podría ni contar. Hizo pasar a la vieja a los aposentos, la agasajó con los manjares y las bebidas mejores que tenía y le rogó que transmitiera a su hermano sus recuerdos más cariñosos. Al cabo de una hora aproximadamente se marchó la vieja renqueando. La muchacha se quedó un rato admirando el anillo, hasta que se le ocurrió probarse: nada más ponérselo en el dedo, cayó al suelo sin vida.

Regresaron los dos bogatires y, al entrar en los aposentos, se extrañaron de que su hermanita no acudiera a recibirlos. Penetraron en la habitación, y allí la encontraron muerta. ¡Qué pena tan grande la de los bogatires! La muerte se había llevado, de pronto, lo más hermoso que tenían...

-Vamos a amortajarla con un traje nuevo antes de depositarla en el ataúd -dijeron.

Iban a amortajarla ya cuando uno descubrió el anillo que tenía puesto.

-¿Vamos a enterrarla con este anillo? -se preguntó-. Mejor será que se lo quite y me lo quede de recuerdo.

No hizo más que quitarle el anillo cuando la linda muchacha abrió los ojos, exhaló un suspiro y volvió a la vida.

-¿Qué te ha ocurrido, hermanita? ¿Ha venido alguien a verte? -preguntaron los bogatires.

-Efectivamente. Ha venido una vieja que yo conocía de mi tierra y me ha traído un anillo.

-¡Pero qué desobediente eres! ¿No te hemos dicho que no dejes entrar a nadie en nuestra ausencia? No vuelvas a hacerlo nunca más.

Al cabo de algún tiempo se miró en su espejito la mujer del mercader y se enteró de que su hijastra seguía viva y tan hermosa. Llamó otra vez a la vieja, le dio una cinta y le dijo:

-Ve al palacio blanco donde vive mi hijastra y dale esa cinta de regalo. Dile que se la manda su hermano.

De nuevo llegó la vieja donde estaba la linda muchacha, le contó un montón de historias y le dio la cinta. La linda muchacha se alegró mucho, se ató la cinta al cuello y al instante cayó muerta sobre su lecho.

Volvieron los bogatires de caza, encontraron a su hermanita muerta, quisieron amortajarla conropas nuevas y, nada más desatarle la cinta del cuello, ella abrió los ojos, exhaló un suspiro y recobró la vida.

-¿Qué te ha ocurrido, hermanita? ¿Ha vuelto esa vieja?

-Sí. Ha venido una vieja que yo conocía de mi tierra y me ha traído una cinta.

-¿Pero cómo eres así? ¿No te hemos dicho que no dejes entrar a nadie en nuestra ausencia?

-Perdonadme, queridos hermanos. No he podido resistir la tentación de tener noticias de casa...

Pasaron unos días, se miró otra vez al espejito la mujer del mercader, y de nuevo descubrió que estaba viva su hijastra. Llamó a la vieja:

-Toma este cabello -le dijo-. Ve donde está mi hijastra y arréglatelas para que se muera.

La vieja aprovechó un momento en que los bogatires habían salido de caza para acercarse al palacio blanco. La linda muchacha la vio desde su ventana y no pudo resistir la tentación de salirle al encuentro.

-Hola, abuelita. Dios te guarde.

-Hasta ahora me conserva la salud, preciosa. Andando por el mundo he llegado hasta aquí a ver cómo estás.

La linda muchacha la hizo pasar a su aposento, la agasajó con toda clase de manjares y bebidas, le preguntó por sus familiares, le dio recuerdos para su hermano...

-Está bien. Se los daré sin falta, ahora que o pienso: tú no tendrás aquí a nadie que te asee la cabeza. Ven que te rebusque yo.

-Sí, abuela. Gracias.

La abuela se puso a rebuscarle en la cabeza y aprovechó para trenzarle en su propio pelo el cabello mágico. Y en el mismo instante en que lo trenzó quedó muerta la linda muchacha. La vieja sonrió malignamente y se apresuró a marcharse antes de que la descubriera ni la viera nadie allí.

llegaron los bogatires, entraron en el aposento y se encontraron muerta a su hermana. Estuvieron mucho tiempo buscando si no habría alguna prenda ajena en su tocado, pero no encontraron nada. Entonces hicieron un féretro de cristal, tan lindo que nadie podría imaginárselo más que en sueños, ataviaron a la hija del mercader con un vestido resplandeciente, como el de una novia que va a casarse, y la depositaron en el féretro de cristal. Llevaron el féretro al centro de un gran salón, levantaron encima un baldaquín de terciopelo rojo con borlas de brillantes y flecos de oro y colgaron doce lámparas en doce columnas de cristal. Los bogatires lloraron luego amargamente, embargados de tremendo dolor.

-¿Para qué vamos a seguir en este mundo? -se dijeron-. Mejor será que nos quitemos la vida.

Se abrazaron, se despidieron el uno del otro, salieron a un balcón muy alto y, agarrados de las manos, se lanzaron al vacío. Pegaron contra unos riscos muy agudos y así dejaron de existir.

Transcurrieron muchos años hasta que un zarévich, yendo de caza, penetró en aquel bosque frondoso. Soltó a los perros en distintas direcciones, se apartó de su séquito y avanzó él solo por un sendero casi borrado. Al cabo de un rato desembocó en un calvero donde se alzaba un palacio blanco. El zarévich echó pie a tierra, subió por la escalinata y comenzó a recorrer los aposentos. Los encontró ricamente amueblados, pero sin el calor que presta a las cosas la mano humana: todo se veía desaseado y abandonado desde hacía mucho tiempo. En uno de los salones encontró un féretro de cristal y, dentro del féretro, una doncella muerta, pero de belleza sin igual, con las mejillas sonrosadas y los labios sonrientes lo mismo que si estuviera dormida.

Se aproximó el zarévich, contempló a la doncella y allí se quedó como si le retuviera una fuerza invisible. Desde por la mañana hasta por la noche permaneció en el mismo sitio, con el corazón palpitante, sin poder apartar la mirada, bajo el hechizo de aquella belleza maravillosa, inaudita, imposible de igualar en el mundo entero.

Mientras tanto, los cazadores de su séquito andaban buscándole hacía ya mucho tiempo: dieron batidas por el bosque, hicieron sonar los cuernos de caza, le llamaron a voces... Pero el zarévich continuaba junto al féretro de cristal sin oír nada. Sólo se recobró viendo que se espesaban las tinieblas después de ponerse el sol. Entonces le dio un beso a la doncella dormida y se marchó.

-¡Alteza! -exclamaron los cazadores-. Estábamos inquietos sin saber dónde os hallabais.

-Me había extraviado persiguiendo a un animal.

Al día siguiente, apenas amaneció, se dispuso el zarévich a salir de caza. penetró al galope en el bosque, se apartó de su séquito y llegó, por el mismo sendero, al palacio blanco. De nuevo se pasó el día entero junto al féretro de cristal sin apartar los ojos de la hermosa doncella muerta y no regresó a su casa hasta muy entrada la noche.

Lo mismo sucedió al tercer día, al cuarto... y así una semana entera.

-¿Qué le habrá ocurrido a nuestro zarévich? -se preguntaban los señores que cazaban con él-. Debemos estar al tanto y cuidar de que no le pase nada.

Conque el zarévich salió de caza, soltó a los perros por el bosque, se alejó de su séquito y se encaminó hacia el palacio blanco.

Los demás cazadores le siguieron inmediatamente, llegaron al calvero del bosque, entraron en el palacio, en uno de cuyos salones vieron el féretro de cristal con la doncella muerta y al zarévich a su lado.

-¡Con razón os habéis pasado una semana entera rondando por el bosque, alteza! Tampoco nosotros podremos ahora movernos de aquí hasta la noche.

Rodearon el féretro de cristal y, maravillados por la belleza de la doncella, estuvieron contemplándola, sin moverse, desde por la mañana hasta por la noche. Cuando oscureció totalmente, les dijo el zarévich a los señores de su séquito:

-Hacádme un gran favor, hermanos: tomad el féretro con esta doncella muerta y llevadlo a mi dormitorio; pero con sigilo y en secreto, para que nadie se entere. Sabré recompensaros con oro como nadie os recompensaría.

-Podéis recompensarnos si tal es vuestro deseo, pero también sin recompensa estamos dispuestos a servirlos. Con estas palabras, los cazadores levantaron en andas el féretro de cristal, lo acomodaron sobre unos caballos y lo condujeron al palacio del zar, depositándolo en el dormitorio del zarévich.

Desde aquel día dejó de interesarse el zarévich por la caza. No salía de palacio y permanecía en sus aposentos contemplando a la bella muchacha.

-¿Qué le sucederá a nuestro hijo? -se preguntaba la zarina-. lleva no sé cuánto tiempo metido en palacio, sin salir de sus aposentos ni dejar que entre nadie. ¿A qué se deberá esa melancolía? ¿Estará enfermo? Iré a verle.

Entró la zarina en los aposentos de su hijo y vió el féretro de cristal. Enterada de todo lo ocurrido, ordenó inmediatamente que la doncella fuera sepultada con el debido ceremonial en la tierra húmeda, nuestra madre.

El zarévich salió al jardín sollozando, cortó las flores más bellas que encontró y las llevó a su cuarto para adornar los cabellos de la bella muerta. Pero, cuando se puso a peinar su trenza dorada, el cabello mágico se desprendió. La linda doncella abrió los ojos, exhaló un suspiro y se incorporó en el féretro de cristal diciendo:

-¡Cuánto tiempo he dormido!

Loco de alegría, el zarévich la tomó de la mano para conducirla delante de sus padres.

-Amado bátiushka, querida mátushka: esto ha sido un don del Señor y yo no podría vivir ni un minuto sin ella. Os ruego que me permitáis tomarla por esposa.

-Está bien, hijo. Nosotros no nos oponemos a los designios de Dios. Además, quizá no haya una belleza igual en el mundo entero.

Como los zares no encuentran impedimentos para esas cosas, el mismo día se celebró la boda, seguida de un gran banquete.

Casado con la hija del mercader, el zarévich vivía en el séptimo cielo.

Al cabo de cierto tiempo quiso la recién casada ir a su tierra y visitar a su padre y a su hermano. Al zarévich le agradó la idea y fue a pedirle venia a su padre.

-Está bien -dijo el zar-. Marchaos cuando queráis, queridos hijos. Pero tú, zarévich, irás por tierra dando un rodeo y aprovecharás la ocasión para recorrer todos nuestros feudos y observar si reina el orden en ellos. En cuanto a tu esposa, irá en barco por el camino más corto. se preparó un barco para la travesía, se compuso la tripulación y se nombró a un general para mandarla. La zarevna subió al barco, que se hizo a la mar, mientras el zarévich partía por tierra.

Viendo a la zarevna tan hermosa, el general en jefe se prendó de su belleza y empezó a enamorarla. "¿Por qué he de temer nada? -pensó-. Ahora está entre mis manos y puedo hacer lo que quiera." -Dame tu amor -le dijo a la zarevna- o te arrojaré al mar.

La zarevna le volvió la espalda, sin contestarle, anegada en lágrimas. Pero un marinerito que había escuchado la amenaza del general en jefe se acercó a ella por la noche con estas palabras:

-No llores, zarevna. Vamos a cambiar nuestras ropas y tú sube a cubierta mientras yo me quedo en el camarote. De esta manera, el general me arrojará al mar a mí, pero no me importa. Ya me las arreglaré para llegar a nado hasta tierra ahora que no está lejos.

Así lo hicieron, y la zarevna subió a cubierta vestida con la ropa del marinerito, mientras éste se acostaba en su cama. Por la noche penetró el general en jefe en el camarote, agarró al marinerito y lo arrojó al mar. El marinerito se puso a nadar y llegó a tierra por la mañana. Cuando el barco atracó, la zarevna se mezcló con los marineritos que descendían a tierra. Corrió al mercado, se compró la ropa adecuada y, vestida de pinche, se puso a servir en casa de su padre.

Poco después llegó el zarévich a casa del mercader.

-Salud te deseo, bátiushka. Has de saber que soy tu yerno, pues me he casado con tu hija. ¿Pero dónde está ella? ¿Acaso no ha llegado aún?

Entonces se presentó al general en jefe a informar:

-Alteza, ha sucedido una desgracia. Estaba la zarevna en cubierta cuando estalló una tempestad, el barco empezó a cabecear, a ella le dio un mareo y, antes de que pudiéramos impedirlo, cayó al mar y se ahogó.

El zarévich se llevó un gran disgusto y lloró amargamente, pero no era posible sacarla del fondo del mar. Sería ése su destino... De modo que pasó unos días en casa de su suegro y luego ordenó a su séquito que se preparase para el regreso.

El mercader dio un gran banquete de despedida. Acudieron otros mercaderes, boyardos y todos los familiares. Entre ellos estaban el hermano del mercader, la vieja malvada y el general en jefe.

Los invitados comieron, bebieron y se solazaron hasta que dijo uno de ellos;

-Honorables caballeros: no hacemos más que beber, y, eso no conduce a nada bueno. Mejor será que nos pongamos a contar cuentos.

-¡Muy bien, muy bien! -gritaron desde todas partes-. ¿Quién empieza?

Entonces resultó que uno no sabía, que el otro no tenía gracia, que al tercero se le había ido la memoria con el vino... ¿Qué hacer? Un dependiente del mercader encontró la solución:

-Tenemos en la cocina -dijo- un pinche nuevo que ha recorrido muchas tierras extrañas, ha visto cosas sorprendentes y es un verdadero artista en eso de contar cuentos.

El mercader hizo que compareciese el pinche.

-Quiero que distraigas a mis invitados -le dijo.

-y qué debo contar: ¿un cuento o un suceso real?

-preguntó la zarevna-pinche.

-Un hecho real.

-Vaya por un hecho real. Pero con una condición: al que me interrumpa le pegaré con la espumadera en la frente.

Todos dijeron que estaban de acuerdo, y la zarevna comenzó a referir cuanto le había sucedido a ella.

-Un mercader que tenía una hija emprendió un viaje al otro lado de los mares y le encomendó a su propio hermano que cuidara de la muchacha. Pero, seducido por la belleza de su sobrina, el tío no la dejaba ni un minuto tranquila...

Dándose cuenta de que se refería a él, interrumpió el tío:

-¡Eso no es cierto, caballeros!

-¡Ah! Conque no es cierto, ¿eh? Pues toma un espumaderazo en la frente.

Siguió el relato, tratando de la madrastra y del espejito mágico al que hacía preguntas, tratando también de la malvada vieja que se presentó varias veces en el palacio blanco de los bogatires...

-¡Valiente tontería! -gritaron a una la viela y la madrastra-. Eso no puede ser.

La zarevna les pegó en la frente con la espumadera y siguió contando cómo había estado acostada en el féretro de cristal, cómo la descubrió el zarévich, le devolvió la vida y la hizo su esposa y cómo había partido ella a visitar a su padre.

El general barruntó que las cosas se ponían feas para él y rogó al zarévich:

-Permitidme que me retire: tengo un fuerte dolor de cabeza.

-No será nada. Espera un poco. pasó la zarevna a contar lo que había hecho el general, y tampoco él pudo reprimirse.

-¡Todo eso es mentira! -exclamó.

La zarevna le pegó con la espumadera en la frente y, despojándose de las ropas de pinche, se volvió hacia el zarévich.

-Yo no soy un pinche, sino tu esposa.

El zarévich se llevó una gran alegría y el mercader también. Corrieron a abrazarla, a besarla y luego formaron un tribunal. A la vieja malvada y al tío de la zarevna los fusilaron a la puerta de la ciudad. La madrastra hechicera fue atada a la cola de un potro que echó a galopar por los campos esparciendo sus huesos por los matorrales y los barrancos. Al general lo deportó el zarévich y designó en su lugar al marinero que salvó a la zarevna. Desde entonces, el zarévich, su esposa y el mercader vivieron largos años felices.

### 3.1.7.- Blancanieves (G 53)

(No se transcribe esta versión por ser muy conocida y de fácil acceso)

3.1.8.- La Bella Venecia (IC 109)

Había una vez una madre y una hija que tenían una posada donde solían alojarse el Rey y los Príncipes que iban de paso. La posadera se llamaba la Bella Venecia, y cuando los viajeros se sentaban a la mesa ella les daba charla:

-¿De dónde viene?

-De Milán.

-¿Y has visto alguna más bella que yo, en Milán?

-No, más bella que usted no he visto ninguna.

Después arreglaban cuentas.

-Serían diez escudos, pero usted déme cinco -decía la Bella Venecia, porque a todos los que le decían que no habían visto una más bella les cobraba la mitad.

-¿De dónde viene?

-De Turín.

-¿Y ha visto alguna más bella que yo, en Turín?

-No, no he visto ninguna más bella que usted.

Y en el momento de arreglar cuentas:

-Serían seis escudos, pero usted déme tres.

Un día la posadera formulaba a un viajero la pregunta de costumbre:

-¿Y ha visto alguna más bella que yo?

En este momento pasó su hija por la sala, y el viajero repuso:

-Sí que la he visto.

-¿Y quién es?

-Su hija.

Esa vez, la Bella Venecia, al arreglar las cuentas, le dijo:

-Serían ocho escudos, pero usted págume dieciséis.

Por la noche la posadera llamó al marmitón:

-Ve a la orilla del mar, construye una cabaña que tenga una sola ventana, pequeña pequeña, y encierra allí dentro a mi hija.

De modo que la hija de la Bella Venecia estaba noche y día encerrada en esta cabaña junto al mar, y oía el rumor de las olas pero no podía ver a nadie salvo al marmitón, que todos los días venía a traerle pan y agua. Pero pese al encierro la muchacha era cada día más bella.

Un forastero que cabalgaba a orillas del mar vio esa cabaña toda cerrada y se acercó. Pegó el ojo al ventanuco y en la oscuridad vio la cara de la muchacha, la más hermosa que jamás hubiese visto. Un poco asustado, espoleó el caballo y partió a la carrera.

Al caer la noche se detuvo en la posada de la Bella Venecia

-¿De dónde viene? -le preguntó la posadera.

-De Roma.

-¿Ha visto a una más bella que yo?

-Sí que la he visto -dijo el forastero.

-¿Y dónde?

-Encerrada en una cabaña a orillas del mar.



-Aquí tiene la cuenta: son diez escudos pero págue me treinta.  
Por la noche la Bella Venecia preguntó al marmitón:  
-Oye, ¿quieres casarte conmigo?  
El marmitón no podía creer lo que oía.  
-Si quieres casarte conmigo, tendrás que llevar a mi hija al bosque y matarla. Si me traes sus ojos y una botella llena de su sangre, me casaré contigo.  
El marmitón quería casarse con la patrona, pero no le hacía ninguna gracia asesinar a esa muchacha dulce y hermosa. Entonces llevó a la muchacha al bosque y la abandonó, y para mostrar los ojos y la sangre a la Bella Venecia mató a un cordero, que es sangre inocente. Y la patrona se casó con él.  
La muchacha, sola en el bosque, lloró, gritó, pero nadie la oía. Al caer la noche vio una lucecita en la distancia: se acercó, oyó a mucha gente de charla y llena de miedo se escondió detrás de un árbol. Era un lugar rocoso y desierto, y doce ladrones se habían detenido frente a una piedra blanca.  
-¡Abrete, desierto! -dijo uno de ellos, y la piedra blanca se abrió como una puerta. Tras ella todo estaba iluminado como un gran palacio. Los doce ladrones entraron y el último dijo:  
-¡Ciérrate, desierto!  
Y la piedra se cerró a sus espaldas. La muchacha se quedó esperando oculta detrás del árbol. Al cabo de un rato una voz dijo desde adentro:  
-¡Abrete, desierto!  
La puerta se abrió y los doce ladrones salieron en fila, y el último dijo:  
-¡Ciérrate, desierto!  
Cuando los ladrones se hubieron alejado, la muchacha se acercó a la piedra blanca y dijo:  
-¡Abrete, desierto!  
Y el portal iluminado se abrió. Entró y dijo:  
-¡Ciérrate, desierto!  
Allí dentro había una mesa servida para doce, con doce platos, doce panes y doce botellas de vino. Y en la cocina había un espetón con doce pollos para asar. La muchacha hizo una limpieza general, preparó las doce camas, asó los doce pollos. Y como tenía hambre comió un ala de cada pollo, mordisqueó una corteza de cada pan y bebió un dedo de vino de cada botella. Cuando oyó que regresaban los ladrones, se escondió debajo de la cama. Los doce ladrones, al encontrar todo limpio, las camas hechas, los pollos asados, no supieron qué pensar. Luego advirtieron que a cada pollo le faltaba un ala, a cada pan una corteza, a cada botella un dedo de vino, y dijeron:  
-Aquí debe de haber entrado alguien.  
Y decidieron que al día siguiente uno de ellos se quedaría de guardia.

Se quedó el ladrón más pequeño, pero se puso de guardia fuera, y entre tanto la muchacha salió de debajo de la cama, lo arregló todo, se comió las doce alas de pollo, las doce cortezas de pan y se bebió los doce dedos de vino.

-¡Eres un inútil! -dijo el jefe cuando comprobó que habían vuelto a visitar la casa, y puso de guardia a otro. Pero éste también se quedó fuera, mientras que la muchacha estaba dentro, y así, tratándose cada vez de estúpidos, todos los ladrones hicieron guardia durante once días consecutivos sin descubrir a la muchacha.

El duodécimo día quiso montar guardia el jefe; y en lugar de quedarse fuera se quedó dentro y vio que la muchacha salía de debajo de la cama. La agarró del brazo.

-No tengas miedo -le dijo-. Ya que estás aquí, quédate. te trataremos como a una hermana.

De modo que la muchacha se quedó con los ladrones. Hacía las tareas de la casa, y ellos cada noche le traían joyas, monedas de oro, anillos y pendientes.

Al ladrón más pequeño le gustaba vestirse como gran señor para sus depredaciones y parar en las mejores posadas. Así una noche fue a comer a la posada de la Bella Venecia.

-¿De dónde viene? -le preguntó la posadera.

-Del linde del bosque -dijo el ladrón.

-¿Y ha visto alguna más bella que yo?

-Sí que la he visto -dijo el ladrón.

-¿Y quién es?

-Una muchacha que vive con nosotros.

Así la Bella Venecia comprendió que su hija seguía con vida.

A la posada iba todos los días una vieja que pedía limosna, y esta vieja era una bruja. La Bella Venecia le prometió la mitad de sus riquezas si lograba encontrar a su hija y matarla.

Un día la muchacha, cuando los ladrones habían salido, estaba cantando en la ventana. Pasó una vieja y le dijo: -¡Vendo alfileres! ¡Vendo alfileres! ¿Me dejas pasar, niña? Te enseñaré un alfiler para el pelo que es una maravilla.

La hizo pasar, y la vieja, simulando que le probaba un alfiler para el pelo, se lo clavó en el cráneo. La muchacha murió.

Cuando los ladrones volvieron y la encontraron muerta, pese al corazón de piedra que tenían se echaron a llorar. Eligieron un gran árbol de tronco hueco y la sepultaron en el tronco.

El hijo del Rey estaba de caza. Oyó el ledrido de los perros y los siguió; todos asaltaban el tronco de un árbol con las uñas. El hijo del Rey miró en su interior y encontró una bellísima muchacha muerta.

-Si estuvieras viva me casaría contigo -le dijo el hijo del Rey-, pero aunque estés muerta no quiero separarme de ti.

Hizo sonar el cuerno, reunió a sus cazadores y la hizo llevar al Palacio Real. Mandó que la encerraran en un cuarto sin que la Reina, su madre, se enterara de nada, y se pasaba los días en ese cuarto admirando la belleza de la muerta.

La madre empezó a sospechar y un día apareció en el cuarto por sorpresa.

-¡Ah, por eso no querías salir! ¡Pero está muerta! ¿Para qué la quieres?

-¡Muerta o no, no puedo vivir sin ella!

-¡Por lo menos que la peinen! -dijo la Reina, y mandó llamar al Peluquero Real. El Peluquero Real empezó a peinarla y el peine se le rompió. Cogió otro peine y también se le rompió. Así rompió siete peines uno tras otro.

-¿Pero qué tiene esta muchacha en la cabeza? -preguntó el Peluquero Real-. Voy a echar un vistazo.

Y palpó una cabeza de alfiler. Tiró muy despacito, y a medida que extraía el alfiler la joven recobraba el color. Al fin abrió los ojos, suspiró, respiró, dijo: "¡Oh!" y se puso de pie.

Se celebraron las bodas. Se daba de comer hasta en la calle. El que quiso comer comió y el que no quiso no comió.

¡Ah Señor!

Una gallina a cada pecador!

Y a mí que cometí muchos pecados

Una gallina y además un pavo!

{Abruzos}

3.1.9.- Blanca Flor (Es 115)

Ésta era una madre que era muy guapa, muy guapa; la mujer más guapa que podía existir en el mundo. Y tenía una niña que se llamaba Blanca Flor. Y la madre tenía un espejo y todos los días se miraba en el espejo y le preguntaba:

-Espejo mío, ¿hay en el mundo una mujer más guapa que yo?  
Y el espejo siempre le contestaba:

-No; tú eres la mujer más guapa que hay.

Güeno, pues así pasó por mucho tiempo. Le preguntaba todos los días al espejo si había una mujer más guapa que ella y el espejo siempre le contestaba que no, que ella era la más guapa que había.

Güenp, conque ya la niña fué creciendo, fué creciendo, y si guapa era la madre, más guapa, mucho más guapa era la niña. Y ya un día cuando Blanca Flor era mayor coge la madre el espejo y le pregunta:

-Espejo mío, ¿hay en el mundo una mujer más guapa que yo?  
Y le contesta el espejo:

-Sí, Blanca Flor, tu hija, es más guapa,  
Y la madre, llena de envidia y de rabia con su hija, se determina a matarla. Y va y dice:

-¿Cómo apañaré pa matar a Blanca Flor pa qu no haiga en el mundo mujer más guapa que yo?

Y ¿qué hace? Pues va y convida a su hija a que vaya a paseo con ella por la desa y lleva consigo un libro diablórico pa poder matarla. Y le dice a Blanca Flor:

-Oye, hija, mira que ya que está el día tan bonito vamos a dar un paseito por la desa.

Conque van a dar el paseo y cuando llegan ande había una peña muy alta se sientan al pie a descansar. Y coge la madre el libro diablórico y lo abre en cierto lugar y al punto se abre una trampa y cae Blanca Flor y es sepultada dentro de la peña.

Güeno, pues la madre se va a su casa muy contenta creyendo que su hija está muerta. Y llega y le pregunta a su espejo:

-Espejo mío, ¿hay en el mundo una mujer más guapa que yo?  
Y como la niña estaba sepultada bajo tierra, el espejo le contestó:

-No, tú eres la más guapa que hay.

Y estaba la madre ya muy contenta.

Pero vamos que Blanca Flor estuvo rogándole tanto a la Virgen Santísima que la Virgen la sacó de la cueva y la puso a flor de tierra. Y cuando Blanca Flor estaba ya a flor de tierra cogió camino alante y ya llegó ande había una fuente y un árbol muy alto. Y se subió al árbol pa ver qué devisaba y ya vido cerca de allí un castillo ande vivían doce ladrones. Y los vido llegar por la tarde y los contó cuando entraron: "uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce". Y dijo Blanca Flor:

-Güeno, pues en esta casa seguramente hay comida y todo.  
Mañana voy a ver si hallo que comer allí.

Y al otro día se subió al árbol y los vido que salieron del castillo y los contó: "uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce", y bajó entonces del árbol y fué al castillo. Y entra y ve todo lo que hay allí y come de todo lo que halla, y va entonces y ve que todo está en desorden y arregla las camas y barre y limpia todo y se va. Conque por la tarde llegan los ladrones y ven todo muy arregladito y todo y dicen:

-Aquí ha venido una mujer.

Y dice el capitán:

-Mañana me quedo yo pa ver si cojo a la que viene al castillo.

y al otro día salen los once ladrones y se queda el capitán pa pillar a la niña. Y Blanca Flor desde el árbol los vido salir y los contó: "uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once", y como ve que sólo once han salido dice:

-Se ha quedao uno. Hoy no voy al castillo.

y aquél estuvo todo el día esperando, pero nada. La niña no fué al castillo. Y llegan aquéllos por la tarde y le preguntan:

-Güeno, y ¿qué tal? ¿Ha venido alguien al castillo?

Y ya les dijo él que no, que no había venido naidien. Conque entonces les dice el capitán:

-Mañana vamos a salir todos como siempre, pero en vez de venir por la tarde vamos a venir a medio día y así cogemos al que venga.

Y al otro día muy de mañana salieron todos, y la niña desde el árbol los vido y los contó: "uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce", y muy contenta dice:

-Güeno, hoy si voy al castillo a comer y a arreglar la casa.

Y baja del árbol y val al castillo y anda por todas las habitaciones viendo todo y entra a la cocina y come de todo lo que encuentra. Y después se pone a hacer las camas y a barrer y a asar toda la casa. Y cuando menos esperaba van llegando aquellos ladrones a medio día y entran todos y la cogen. Y cuando la vieron tan bonita dice el capitán:

-No tocarla, que todos vamos a ser sangre. Ella será nuestra hermana y vivirá aquí con nosotros y nosotros todos seremos sus hermanos y todos seremos sangre.

Conque ya se quedó Blanca Flor en el castillo de los ladrones viviendo con ellos y muy contenta.

Y vamos ahora a la madre. Ya que había pasao algún tiempo que Blanca Flor estaba en la casa de los ladrones fué un día y cogió el espejo y le dijo:

-Espejo mío, ¿hay en el mundo una mujer más guapa que yo?

Y le contesta el espejo:

-Sí, tu hija Blanca Flor, que está en la casa de los ladrones, es más guapa.

Conque la madre se llenó de envidia y de rabia otra vez y dice:

-Tengo que matar a Blanca Flor.  
Y va y ve a una bruja pa que le ayude a matala. Y le dice:  
-¿Cómo apaño pa matar a Blanca Flor, que está en el castillo de los ladrones?  
Y ya discurre la bruja ir a visitar a Blanca Flor y llevale una camisa bordada y hechizada pa embrujala. Conque sale la bruja con la camisa bordada muy bien y llega al castillo cuando Blanca Flor está sola y llama. Y sale Blanca Flor y le dice:  
-¿Quién es usté?  
Y le dice la bruja:  
-Anda, Blanca Flor, que soy tu agüela. He venido a verte y a traerte este regalito. ¡Mira que camisa más mona que te he bordao yo misma!  
Y aquélla la cree y va y se pone la camisa y en seguida cae privada, como muerta. Y la bruja se escapa y la deja. Llegan entonces los ladrones y la hallan muerta. Y se ponen muy tristes y empiezan a discurrir a ver qué hacen con ella. Y ya dice el capitán:  
-Vamos a hacer una caja muy bonita y la vamos a meter en la caja y ponerla en algún sitio a flor de tierra.  
Y fueron y hicieron una caja muy bonita, muy bonita, y la metieron en ella y llevaron la caja y la pusieron en la carretera cerca del palacio.  
Y un día pasó por allí el rey y vido la caja y se acercó a ver lo que contenía y cuando vido que era una joven muy hermosa, muy hermosa, mandó que la llevaran al palacio. Y secretamente, sin que lo supieran sus padres, la metió en su habitación. Y como todos los días la estaba mirando se enamoró de ella y dijo que aunque esa joven estuviera dormida sólo con ella se casaba y que con otra no se casaba. Y tan enamorao estaba de ella que se puso malito. Y vinieron los médicos a velo y les dijeron a los padres que el príncipe estaba malo de amores. Y los pobres padres decían:  
-Pero ¿de quién estará enamorao nuestro hijo?  
Y le preguntaban, pero él no decía nada. Callaba y no decía la causa de su pena.  
Y en ésas tanto entraban y salían de sus habitaciones que un día la madre del príncipe se encontró con la caja que tenía escondida él y fué a ver cuando encuéntrase con la joven. Y va y le pregunta a su hijo que si qué mujer es ésa. y entonces el hijo confiesa y le cuenta a su madre todo. y la madre le dice:  
-pero hijo, si esa muchacha está muerta no tenemos más remedio que enterrala.  
Y viene el padre y los otros personajes del palacio y todos dicen que tienen que enterrar a la joven.  
La llevan a la iglesia y allí la dejan por la noche pa enterrala otro día. Y el sacristán cuando ya se fueron todos por la noche ve que tiene unos sarcillos muy ricos y dice:  
-Ya que la van a enterrar ¿de qué le van a servir esos sarcillos?

Y va y se los quita. Y al quitárselos ve que lleva también un collar de oro y dice:

-Ya que le he quitao los sarcillos, pues le quitaré ese collar que vale mucho más.

Y le quita también el collar. Pero cuando le quitaba el collar ve la rica camisa de seda bordada y dice:

-Güeno, pues ya que le he quitao los sarcillos y el collar lo mismo da que le quite también esa camisa de seda bordada.

Y va y le quita la camisa. Y al momento se levanta aquélla en su caja. Y el sacristán quiere salir huyendo, pero ella le habla y le dice:

-No huyas, que yo soy persona viva. Ve y llama al rey y dile que quiero hablar con él.

Conque entonces es cuando va el sacristán y le cuenta todo al rey. Y vienen todos y la hallan viva y se la llevan al palacio. Y allí les cuenta ella cómo ha sido todo y cómo su madre la quiso matar en la cueva de la peña y cómo la bruja le puso la camisa embrujada y la dejó privada. Y el príncipe entonces le dijo a su padre:

-Padre, ésta es mi novia y con ella me quiero casar.

Conque el rey mandó arreglar torneos y fiestas y se hicieron las bodas. Y a la madre la metieron en una caldera de azaito hirviendo y allí murió, y a la bruja la quemaron viva en una hoguera y esparramaron las cenizas por todo el pueblo.

Villaluenga, Toledo.

3.1.10.- La madre envidiosa (Es 116)

Ésta era una madre posadera que era muy guapa y que tenía una hija muy guapa, más guapa aún que la madre. Y a todos los arrieros que llegaban a la posada la madre les preguntaba:

-¿Han visto ustedes una mujer más guapa que yo?

Y ellos decían:

-Sí, la hija de usted es más guapa que usted.

Y la madre se enfadaba mucho y decía:

-¡Cómo ha de ser esa cochina, marrana, guarra, más guapa que yo!

Y ya fué un día a ver a una hechicera pa hacerla la pregunta. Y la preguntó:

-¿Ha visto usted una mujer más guapa que yo?

Y la hechicera la dijo:

-Sí, su hija de usted es mucho más guapa que usted.

Y dijo entonces la madre:

-¡Cómo ha de ser esa cochina, marrana, guarra más guapa que yo! La voy a matar.

Y la mandó encerrar en una habitación. Y a los pocos días volvió la vieja hechicera a pedir a la casa de la madre y la volvió a preguntar si había visto una cara más guapa que la de ella.

Y la vieja hechicera la contestó:

-Señora, si guapa es usted, más guapa es la que está encerrada en la habitación.

Y cuando se fué la hechicera la madre mandó sacar a su hija de la habitación y les mandó a los criados que la llevaran al monte y la mataran. Y ellos la llevaron al monte, pero les dió lástima matarla y la dejaron sola y se volvieron y la dijeron a la madre que la habían matao. Y para que la madre lo creyera mataron una perra y le sacaron los ojos y se los entregaron, diciéndole que eran los ojos de la hija.

Y la niña se marchó sola por el monte y llegó a una casa de ladrones. Y como vió los platos sin fregar y la casa sin barrer se puso a fregar y a barrer y limpiar todo muy bien. Y cuando la niña vió venir a los ladrones se escondió detrás de la puerta pa que no la vieran. Pero cuando llegaron ladró una perrita que tenían y decía:

-¡Gua, gua, guá, detrás de la puerta está!

Y fueron los ladrones y miraron detrás de la puerta y la hallaron. Y ya le preguntaron quién era y qué hacía allí. Y cuando ella les contó cómo había venido allí dijo el capitán de los ladrones que no se metieran con ella pa nada y que se quedaría con ellos pa cuidar de la casa.

Y a los tres o cuatro días pasó por allí la vieja hechicera pidiendo. Y la mocita la dijo que no hacía falta que anduviera pidiendo, que cuando no estuvieran allí los ladrones que viniera a comer y a vivir con ella. Y era que la niña no sabía que era bruja. Y venía a comer y a vivir con ella y eran compañeras.



Y un día ya fué la vieja hechicera a pedir otra vez a la posada y la madre la dijo:

-¿Ha visto usted una cara que sea más guapa que yo?

Y la hechicera la dijo:

-Si guapa es usted más guapa es la que está en la casa de los ladrones, que es su hija.

Y ya fué la madre y compró unos zapatos hechizaos y se los dió a la hechicera pa que se lo llevara a su hija. Y fué la hechicera a ver a la mocita y salió esta y la dijo:

-Mira que regalito te traigo.

Y ella no lo quería coger. Y entonces fué la hechicera y se los puso y al momento quedó la mocita como muerta, y se marchó la hechicera y la dejó en el suelo tendida.

Y por la noche llegaron los ladrones y la hallaron muerta en el suelo. Y como la querían mucho todos empezaron a llorar. Y ya la hicieron una caja de cristal y la metieron en ella pa que la viera todo el mundo. Y como no sabían donde ponerla ya la llevaron y la echaron en el mar. Y andaba por ai el rey y vió que venía una caja muy bonita el mar abajo. Y les dijo a sus criaos que si se atrevían a cogerla. Y la sacarn los criaos y vieron que en ella estaba la niña. Y mandó entonces el rey que llevaran la caja al palacio. Y el rey, que era joven y estaba en disposición de casarse, metió la caja en su habitación y mandó que no entrara nadie en ella.

Y un día dejó el rey la puerta abierta y entró una criada e la habitación y vió a la mocita guapa que estaba dentro de la caja y lo que más le llamaba la atención eran los zapatos. Y fué la criada y llamó a la reina madre y vino y las dos estuvieron mirando a la mocita que estaba en la caja. Y ya fué la criada y le quitó uno de los zapatos y la mocita se sentó. Y le quitó el otro y la mocita volvió en sí. Y al ver eso la reina y la criada soltaron los zapatos y se escaparon.

Y a poco vino el rey y halló a la mocita viva y la preguntó quién había ido allí y cómo había ella vuelto en sí. Y ella le dijo que cuando ella había vuelto en sí estaban con ella dos mujeres, pero que se habían escapao muy de prisa. Y fué el rey y la preguntó a su madre si ella había ido a su habitación. Al principio ella lo negó, pero al fin le dijo la verdad. Y entonces el rey la dijo que quería casarse con aquella mocita. Y se casó con ella.

Jaraiz de la Vera, Cáceres.

### 3.2.- "Rosina en el horno" (Tipo 510 A)

(Celos madre y rivalida fraterna)

#### 3.2.1.- La fregona (E 119)

Era un padre que enviudó, y le quedó una hija. Se casó con otra que tenía hijas, y no la podía ver la madrastra a la andada, pues era muy guapa la andada. Y la tenían las hermanastras y la madrastra mucha envidia y no la podían ver. La tenían siempre como una fregona, sin salir de casa para nada, llena de suciedad, que ni se podía limpiar ni vestir, porque no la dejaban.

Un día, ella, la pobre, cansada de sufrir, fue al sepulcro de su madre, pidiéndole a Dios que la manifestara en qué estado podía estar su madre. Y rogándole a Dios, le pedía que hiciera un milagro para ver cómo estaba su madre y si la madre podría hacer algo por ella. Ya salió un arbolito en el sepulcro de su madre con un papelito envuelto en donde decía que dijera: "Arbolito florido, préstame un traje, que sea de oro y plata, y de mucho encaje"; el arbolito la concedería todo lo que pidiera.

Como las hermanastras y la madrastra iban a todos sitios sin llevar a ella a ninguna, ya ella acordó de ir al arbolito a pedirle vestidos y un coche para ir a caballo donde ella quisiera. Así es que de que iba la madrastra y las hermanastras, iba ella al arbolito a pedirle que la diera lo que le pidiera. Y así hizo, que todo lo que le pedía se lo concedía. Y ya después que se iban las hermanastras y la madrastra, iba corriendo a pedir al arbolito:

-Arbolito florido,  
préstame un traje,  
que sea de oro y plata  
y de mucho encaje.  
Y un cochecito  
para llevarme a donde yo le mande.

Ya se lo daba, se vestía y montaba en su coche. Y si estaban las hermanastras y la madrastra en la ilesia, pos ella se ponía ante de ellas. Y no la conocían. Y el coche le dejaba en la puerta de la ilesia, y en cuanto salían del acto de la ilesia, montaba en el coche y se marchaba.

Así es que cuando ellas llegaban a casa, ya estaba ella como estaba en casa, hecha una Puerca Cenicienta. Por manera que ellas no la conocían ni sabían que hacía semejantes actos.

Y diendo varias veces haciendo lo mismo, la vio un hijo de un rey y se enamoró de ella. No pudiendo ser de poder hablar con ella, un día según salió para montar en el coche, se la cayó un zapato. Y el hijo del rey le cogió y la siguió a ver dónde entraba. Y la vio entrar allí en su casa. Y al otro día fue con su zapato y llamó. Y bajó la madrastra y la dijo el hijo del rey:

-Aquí traigo un zapatito, me tengo que casar con ella. La que llevaba este zapatito entró en esta casa ayer.

La madrastra, muy viva, bajó a una hija suya. El zapato la venía pequeño, y la decía a la hija:

-Retírate, como que vas a cualquier parte, y te cuertas los dedos de alante del pie para que te venga el zapato, que cuando seas reina, no has de andar a pie.

Y así hizo y se metió el zapatito. Entonces la montó el príncipe en su caballo y se la llevaba en casa de sus padres a su palacio. Pero había que pasar por el arbolito del sepulcro, y al llegar a él, le dijo:

-Deténte, príncipe amante,  
No sigas más adelante,  
Que el zapato que ésa tiene  
Para su pie no conviene.

Miró el príncipe al pie; vio que lo llevaba lleno de sangre. Volvió su caballo y se la llevó a su madre. Y la dijo:

-El zapatito que ésta tiene,  
para su pie no conviene.

Y fue y bajó a la otra hija, y como el zapato la venía pequeño, la dijo:

-Mira, cuértate el talón para que el zapatito te venga, que cuando seas reina, no has de andar a pie.

Así hizo y se metió el zapato. La cogió el príncipe y la montó a caballo en su caballo, y se fueron en casa de sus padres a su palacio. Y al llegar al arbolito, pos le dijo lo mismo:

-Deténte, príncipe amante,  
No sigas más adelante,  
Que el zapato que ésa tiene  
Para su pie no conviene.

Miró el príncipe al pie. Vio que lo llevaba lleno de sangre. Volvió su caballo y se la llevó a su madre y la dijo que el zapatito no convenía para ese pie, que tenía que tener otra hija que la venía el zapatito. Y la madrastra se negaba a decirle que tenía otra. Y el príncipe la dijo que tenía que tener otra sin más remedio.

Y por fin ella le dijo que no tenía más que otra que no salía de la cocina, que estaba muy sucia y que no la podía presentar. Y él insistía que saliese, que se la presentara. Y entonces fue y se la presentó. Y la puso el zapatito, y la valía. La montó en su caballo y se la llevaba a su palacio. Y al llegar al arbolito le dijo:

-Sigue, príncipe amante,  
Sin detenerte un instante,  
Ya encontraste el piececito  
A que venía el zapatito.

A ella entonces le dijo que tenía que apearse por pedir al arbolito que la diera pa arreglarse un poco, pues, ¿cómo iba a presentarse en palacio con los artes que llevaba, tan sucia y llena de porquería? Y entonces la dijo él que hiciera todo lo que quisiera. Y bajó de su caballo y le dijo el arbolito:

-Arbolito querido,  
préstame un traje  
que sea de oro y plata  
y de mucho encaje.

Ya se le dió, y se arregló. Y montaron otra vez en el caballo y se fueron a palacio, donde, llegando a palacio, ya saludó a los padres de su amante. Ya fijaron fecha pa casarsen y se casaron.

Sepúlveda, Segovia.

### 3.2.2.- Estrellita de oro (RA 33)

Este era un viudo que tenía una hija ya mayorcita y muy guapa. Enfrente de ellos vivía una viuda que también tenía una hija, pero que era muy fea. La viuda le estaba diciéndole siempre a la hija del viudo:

-Oye, María, ¿por qué no vas y le dices a tu padre que se case conmigo? Así tú y mi hija seréis buenas amigas y yo te daré sopita de miel.

María fue y se lo dijo a su padre:

-Padre, cásese usted con la vecina, que me dará sopita de miel.

-No, hija mía -contestó el padre-. Que primero te dará sopita de miel y después sopita de hiel.

La muchacha no se quedó muy conforme, y tanto insistió, que al fin su padre consintió en casarse con la viuda.

Al poco tiempo de vivir juntos la madrastra empezó a maltratar a María. Le obligaba a hacer todas las cosas: ir por agua, lavar, limpiar, y siempre la tenía en la cenicera, mientras que a su hija no la dejaba hacer nada. María se lo dijo a su padre y su padre le contestó:

-Ya te lo decía yo, que primero te daría sopita de miel y después sopita de hiel.

Conque un día mandó la madrastra a la muchacha a lavar una montaña de ropa toda llena de tizne, y sólo con un trocito de jabón. También le dio un puchero de sopa para que comiera y le dijo:

-Cuando vuelvas, tienes que traer toda la ropa muy limpia, dos libras de jabón y el puchero lleno de sopa.

Se fue María muy triste para el río, pero por el camino se encontró a una viejecita que le preguntó:

-¿Por qué vas tan triste, hija mía?

María se echó a llorar y le contó lo que le pasaba.

Entonces la viejecita le dijo:

-Pues tú no te apures. Toma esta cesta y mete en ella la ropa y el jabón. Después te comes la sopa y después miras al cielo. Entonces te concederé tres gracias: que, cuando te peines, caigan perlas; que, cuando te rías, caigan rosas, y que, cuando te metas la mano en el bolsillo, halles siempre dinero.

La muchacha hizo cuanto le había dicho la viejecita. Cuando levantó la cabeza para mirar al cielo, se le puso una estrellita de oro en la frente y, cuando volvió a mirar en la cesta, ya estaba la ropa muy blanca y además había dos libras de jabón. Y cuando se comió el puchero de sopa, éste se volvió a llenar en seguida.

Cogió la niña todas las cosas y se fue a su casa. Cuando la madrastra la vio llegar con todo lo que había mandado y con una estrellita de oro en la frente, le preguntó que cómo había conseguido aquello. Y María se lo contó todo: desde que se encontró con la viejecita hasta que se volvió a la casa. La madrastra, muy envidiosa, llamó a su hija y le dijo:

-Mañana sin falta vas tú con la ropa al río para que vuelvas con una estrellita de oro en la frente. Al día siguiente, la madrastra le dio a su hija un montón de ropa, pero no sucia, sino limpia, y por eso la viejecita se dio cuenta de lo que pasaba. La hija de la madrastra se encontró con ella, y ella dijo todas las cosas equivocadas; que primero tenía que mirar al cielo, luego comerse el puchero y luego meter la ropa y el jabón en el cesto. Así lo hizo la hija de la madrastra, y en cuanto miró al cielo le cayó un rabo de burro en la frente y allí se le quedó. Cuando fue a comer, el puchero estaba vacío; luego la ropa estaba negra y no había jabón por ninguna parte. Así se tuvo que ir a su casa llorando venga a llorar y cada vez más fea, con aquel rabo de burro en la frente.

Cuando la madre la vio llegar, se puso rabiosa y desde ese momento determinó tratar a María cada vez peor y tenerla siempre en la cenicera para que no la viera nadie. Pero la gente ya le decían "Estrellita de Oro"; a la otra "Rabo de Burro", y se reían de ella.

Una vez tuvo que ir el padre a un viaje muy largo y les preguntó a sus hijas que qué querían que les trajera. Rabo de Burro le pidió que le trajera un traje, unos zapatos y un sombrero de plumas. Estrellita de Oro dijo que sólo quería que le trajera una ramita del primer árbol que se encontrara por el camino. Se marchó el padre, y al primer árbol que vio fue y le cortó una ramita y se la guardó. En la ciudad compró todas las cosas que le había pedido su hijastra. Así, cuando volvió, entregó a sus hijas todo lo que le habían pedido. Poco tiempo después se empezó a celebrar en el palacio del rey un gran baile que iba a durar tres noches para que el príncipe pudiera elegir una novia para casarse. Entonces la madrastra arregló muy bien a Rabo de Burro con el traje, los zapatos y el sombrero de plumas, mientras que a Estrellita de Oro le echó lentejas en las cenizas, le dijo que no saliera de allí hasta que las limpiara, y además la dejó encerrada. Pero Estrellita de Oro cogió la rama de árbol que le había traído su padre, y que era la varita de las siete virtudes, y dijo:

-Varita de virtud, por el poder que tú tienes, que vengan los pajaritos a ayudarme.

Al instante se presentaron muchos pajaritos y le limpiaron las lentejas en un momento. Luego le pidió a la varita de siete virtudes un vestido de plata con encajes y unos zapatos de oro para ir al baile. Inmediatamente lo tuvo todo allí; se vistió y se fue por la chimenea.

Cuando llegó al palacio, el príncipe se fijó en ella y le pidió un baile. Luego otro, y así todo el tiempo, de manera que estuvo bailando toda la noche con ella sin hacerles caso a las demás. Se enamoró de Estrellita de Oro y le pidió que se casara con él. Pero Estrellita de Oro le dijo que ya le contestaría, porque era muy tarde y tenía que irse.

El príncipe quiso acompañarla hasta su casa, pero Estrellita de Oro aprovechó un descuido y desapareció.

Al llegar a casa, le dijo a la varita de siete virtudes:  
-Varita de virtud, por el poder que tú tienes, devuélveme a mi anterior estado.

Al momento volvió a quedar con su ropa sucia y todo como antes.

Rabo de Burro y su madre llegaron poco después del baile y venían diciendo:

-¡Ay, qué muchacha más bonita estaba en el baile! ¿Quién será, quién no será?

Y Estrellita de Oro nada decía.

Llegó la segunda noche y volvió a ocurrir todo como la noche anterior, y llegó la tercera y ya el príncipe no quería descuidarse para que Estrellita de Oro no se le escapara. Pero ésta, cuando llegó la hora, echó a correr tan deprisa, que se le cayó un zapato. El príncipe se agachó a cogerlo y, cuando se volvió a levantar, ya no vio a la muchacha. Se puso muy triste y publicó un bando diciendo que se casaría con la que fuera la dueña del zapato.

Fueron sus crisdos por todas partes, probando el zapato a a todas las muchachas, pero a ninguna le estaba bien, a pesar de que algunas se cortaban un dedo y otras hasta dos. Por fin llegaron a casa de Rabo de Burro y ésta se cortó medio pie, pero ni así le vino bien el zapato. Preguntó el príncipe si no abría otra muchacha en la casa, y contestó la madrastra que no, que sólo quedaba la que estaba siempre en la cenicera, pero que era muy fea y muy sucia.

El príncipe dijo que la llamaran y, cuando apareció Estrellita de Oro, ya venía con traje de plata con encajes, y todos se quedaron maravillados. Se probó el zapato y le quedó muy bien. Dijo entonces el príncipe que se casaría con ella, pero que lo esperase allí, porque tenía que volver a recogerla con la comitiva para llevarla al palacio.

Cuando el príncipe se marchó, dijeron la madrastra y su hija:

-A ésta la matamos.

La cogieron y se la llevaron al campo arrastrando y allí, sobre una piedra, la golpearon hasta que la creyeron muerta. Luego le sacaron los ojos y la lengua, y la abandonaron.

Poco después pasó por allí un pastor de ovejas, y cuando se encontró a la niña chorreando de sangre, aunque no estaba muerta, la cogió y se la llevó a su choza, con su mujer. Entre los dos la cuidaron y la limpiaron muy bien. Al cabo de algún tiempo la niña se puso buena, aunque no veía ni podía hablar. Un día se metió la mano en el bolsillo y la sacó llena de dinero y se lo entregó al pastor. Como adivinó la cara de sorpresa que puso el hombre se echó a reír y al momento cayeron muchas rosas. Por señas le dijo al pastor que fuera a venderlas, pero que no las vendiera por dinero, sino por una lengua.

Bajó el pastor al pueblo y se puso a pregonar:

-¡Rosas, vendo rosas!

Rabo de Burro lo oyó desde su casa y dijo:

-¿Rosas en este tiempo? Madre, cómpremelas usted, que ahora nadie las tiene.

Llamaron al pastor y le preguntaron que cuánto valían las rosas. Pero el pastor dijo que no quería dinero, sino sólo una lengua. Rabo de Burro le dijo a su madre:

-¿Por qué no le damos la lengua de Estrellita de Oro, que la tenemos guardada?

Y la madre respondió:

-No, hija. Que eso puede tener resultado.

Pero tanto insistió la hija, que al fin consintió la madre. Volvió el pastor a su choza muy contento y le entregó la lengua a la muchacha. Esta, con ayuda de su varita de virtud, se la puso en seguida y empezó a hablar. Otro día la mujer del pastor estaba peinando a la niña y cayeron perlas. Estrellita de Oro le dijo al hombre que fuera a venderlas, pero que sólo las entregara a cambio de unos ojos.

Otra vez bajó el pastor al pueblo, se puso a pregonar sus perlas, y otra vez Rabo de Burro consuguió de su madre que le comprara las perlas con los ojos de Estrellita de Oro, que también tenían guardados.

Cuando el pastor regresó a su choza y le entregó los ojos a la muchacha, ésta dijo:

-Varita de virtud, por la gracia que tú tienes, que me pongas los ojos como los tenía antes.

Así ocurrió y Estrellita de Oro volvió a ver. Entonces pudo escribirle una carta al príncipe contándole todo lo que había pasado y pidiéndole que viniera a por ella. El príncipe se alegró y se sorprendió mucho, porque las otras le habían contado que Estrellita de Oro se había escapado de la casa para no tener que casarse con él. Fue por ella corriendo, se arreglaron las bodas y se casaron. El príncipe le preguntó después a su mujer que qué castigo quería que les pusiera a su madrastra y a rabo de Burro. Estrellita de Oro dijo que ninguno, porque ella las perdonaba. Pero el príncipe mandó que las detuvieran, que las ahorcaran y que echaran sus cuerpos en una caldera de aceite hirviendo. Y así lo hizo.

Y aquí se acabó el cuento con pan y pimienta, y el que levante el culo se encuentra un duro.



### 3.2.3.- Rosina en el horno (IC 64)

A un pobre hombre se le murió su joven mujer , y él quedó a cargo de una hermosa niña llamada Rosina. Pero como tenía que trabajar y no podía cuidarla eligió otra mujer y la tomó como segunda esposa, y de ella tuvo otra niña, llamada Asunta, que nació feúcha. Las niñas crecieron juntas, no se separaban ni para ir a la escuela ni para salir de paseo, y Asunta siempre volvía a casa llena de hastío.

-Mamá -le decía a la madre-, yo no quiero salir más con Rosina. La gente que nos ve le hace un montón de cumplidos, dice que es hermosa, que es rosada, que es grácil, y a mí me dice que soy negra como un tizón.

-¿Eso qué importa, si eres mora? -le respondía la madre-. Naciste de mí, que soy de tez algo oscura. En eso está tu belleza.

-Piensa lo que quieras, mamá -replicaba Asunta-. De todos modos, con Rosina yo no salgo más.

Viendo cómo la envidia consumía a su hija, la madre, que por ella abría dado los ojos, le dijo:

-¿Pero qué puedo hacer?

Y Asunta:

-Mándale que lleve las vacas a pastar y dale una libra de cáñamo para hilar. Si por la noche vuelve con las vacas hambrientas y sin el cáñamo hilado como corresponde, pégale. Golpe hoy, golpe mañana, se volverá fea.

Aunque un poco a regañadientes, la madrastra se plegó a los caprichos de su hija. Llamó a Rosina y le dijo:

-No hace falta que vuelvas a salir con Asunta. Irás a cuidar las vacas y las llevarás a pastar, y mientras tanto hilarás esta libra de cáñamo. Si vuelves a casa sin haber hilado el cáñamo y sin haber saciado a las vacas, verás lo que es bueno. Cuentas claras conservan la amistad.

Rosina, que no estaba habituada a que la mandaran de ese modo, se quedó muda de estupor. Pero como la madrastra ya empuñaba el bastón, no le quedó otro remedio que obedecer. mSe fue al campo con las vacas, con la rueca llena de cáñamo, y por el camino repetía:

-¡Vaquitas mías! ¿Y ahora que haré para segar la hierba, si tengo que hilar esta cantidad de cáñamo? ¡Alguna tendrá que quedarse con hambre!

Ante esas palabras una de las vacas más viejas volvió el hocico y le dijo:

-No te intranquilices, Rosina: tú siega la hierba y nosotras haremos y ovillaremos todo el cáñamo. Basta con que digas:

Vaquitita, vaquitita,  
Hila hila con la boquita  
Y devana con los cuernecitos,  
Hazme pronto el ovillito.

Rosina regresó cuando ya estaba oscuro, llevó las vacas al establo, bien pacidas; llevaba en la cabeza un buen manojo de hierba, y bajo el brazo un ovillo con una libra de cáñamo hilado. A Asunta, cuando vio eso, la rabia se la comía viva. Le dijo a la madre:

-Mañana mándala de nuevo con las vacas, pero dale dos libras de cáñamo, y si no lo hila todo, leña.

Pero también esta vez bastó que Rosina dijese:

Vaquitita, vaquitita,  
Hila hila con la boquita  
Y devana con los cuernecitos,  
Hazme pronto el ovillito,

y por la noche las vacas estaban saciadas, el haz de hierba recogido, y las dos libras de cáñamo hiladas y ovilladas.

-¿Pero cómo -le preguntó Asunta, verde de amargura- logras hacer tantas cosas en un solo día?

-¡Qué le voy a hacer! -le dijo Rosina-, siempre se encuentran criaturas amables. me ayudaron mis vaquitas. Asunta corrió en seguida a ver a su madre.

-Mamá, mañana que Rosina se quede a trabajar en casa, que yo voy con las vacas, y me llevaré también cáñamo para hilar.

Su madre accedió y Asunta se fue con las vacas. Llevaba una varita en la mano, y para hacerlas caminar les daba azotes en la rabadilla y en la cola. Cuando llegó al prado, puso el cáñamo en los cuernos de las vacas. Y las vacas, como si nada.

-¡Vamos! ¡Por qué no hiláis! -gritaba Asunta, y les asestaba un latigazo. Las vacas empezaron a mover los cuernos y enredaron todo el cáñamo, tanto que quedó una maraña de estopa.

Asunta no podía consentirlo y un día le dijo a su madre:

-Mamá, tengo ganas de comer rapónchigos. Que esta noche vaya Rosina a recogerlos en el terreno de ese campesino. Su madre, para contentarla, ordenó a Rosina que fuera a recoger rapónchigos a la propiedad del campesino.

-¿Cómo? -exclama Rosina-. ¿Quieres que vaya a robar? Pero eso es algo que yo no he hecho nunca. ¡Sin contar con que el campesino, si ve que alguien entra en su propiedad de noche abre fuego desde la ventana!

Eso era precisamente lo que esperaba Asunta, y le dijo, porque también a ella ahora le daba por mandarla:

-Sí, sí, tienes que ir. ¡Si no, leña!

Así fue que Rosina, al llegar la noche, se puso en marcha, y se encaramó a la cerca y entró en el terreno del campesino, y en lugar de rapónchigos encontró un nabo. Agarró el nabo para arrancarlo, tiró y tiró, y finalmente lo sacó de raíz y dejó al descubierto un nido de sapos con cinco sapitos chiquitos chiquitos.

-¡Uy, qué lindos! -dijo Rosina, y se os puso en el regazo, haciéndoles muchos mimos; pero uno se cayó al suelo y se rompió una patita-. ¡Oh, perdóname, sapito, no lo hice a propósito! -le dijo.

Los cuatro sapitos que había acunado en su falda viéndola tan gentil, le dijeron:

-Linda muchacha, tú eres muy gentil y queremos recompensarte. Que te conviertas en la más bella del mundo y resplandezcas como el sol, aún cuando esté nublado. Y así sea.

Pero el que se había caído gruñó:

-Yo no la encuentro tan gentil. ¡Por su culpa me he roto la pata, podría prestar más atención! Que apenas vea un rayo de sol se transforme en serpiente, y que nunca pueda volver a convertirse en mujer si no entra en un horno caliente.

Rosina volvió a casa medio alegre y medio asustada; y alrededor de ella se veía como un pleno día pese a la oscuridad, porque su belleza irradiaba mucha luz. La madrastra y la hermanastra, cuando la vieron aún más bella, al punto que resplandecía como el sol, se quedaron boquiabiertas. Y ella contó todo lo que le había pasado en el campo de rapónchigos.

-Yo no tengo la culpa de todo esto -concluyó-. Al menos tened la caridad de no mandarme al sol, si no, me convierto en serpiente.

De ahí en adelante Rosina nunca salía de casa cuando había sol, sino sólo después del atardecer, o cuando el cielo estaba nublado. Y pasaba los días junto a la ventana, a la sombra, trabajando y cantando. De esa ventana surgía una gran cavidad que se veía desde lejos. Un día pasó por el camino el hijo del Rey. La luminosidad le llamó la atención, alzó los ojos y vio a Rosina. "¿Quién puede ser esa beldad encerrada en esa casucha de campesinos?" Y entró en la casa. Así se conocieron, y Rosina le contó toda su historia, y la maldición que pesaba sobre su cabeza.

El hijo del rey dijo:

-A mí no me importa lo que pueda suceder en el futuro: eres demasiado bella para estar en esta casucha. He resuelto convertirte en mi esposa.

-Majestad -intervino la madrastra-, tened cuidado. Os metéis en un buen lío. Reflexionad un poco sobre el hecho de que en cuanto la toque un rayo de sol se convertirá en una serpiente.

-Esto no es cosa suya -dijo el hijo del Rey-. Lo que a mí me parece es que usted a esta muchacha no le tiene cariño. Pero yo le ordeno que me la envíe a palacio: yo mandaré una carroza totalmente cerrada para que el sol no la toque durante el viaje. En cuanto a ustedes, de ahora en adelante por cierto que no les faltará el dinero. Adiós. Quedamos así.

Como no podían desobedecer al hijo del Rey, la madrastra y su hija apretaron los dientes y de mala gana iniciaron los preparativos para la partida de Rosina. Finalmente llegó la carroza, una de esas carrozas antiguas, totalmente cerrada, con sólo una abertura en la parte superior. En la parte de atrás iba un cazador muy emperifollado, con la espada colgando.

Rosina entró en la carroza y la madrastra subió con ella para acompañarla. Pero, antes de salir, había llevado aparte al cazador y le había dicho:

-Caballero, si quieres una buena propina, abre la mirilla de la carroza cuando le dé el sol.

-Sí, señora -había respondido el cazador-, como usted ordene.

La carroza corría y corría, y cuando a medio día el sol cayó a plomo sobre el techo, el cazador abrió la mirilla y un rayo dio en la cabeza de Rosina, que en el acto se convirtió en serpiente y huyó silbando por el bosque.

El hijo del Rey, al abrir la carroza y no encontrar a Rosina, en cuanto se enteró de lo ocurrido quiso matar a la madrastra. Estaba triste y asustado, pero tanto le dijeron y repitieron que ése era el destino de Rosina, y que si no hubiese ocurrido esta vez habría sido en otra ocasión, que terminó por calmarse, si bien quedó afligido y desconsolado.

Entre tanto los cocineros ya habían puesto toda la comida para el banquete nupcial en los hornos y las hornallas y los espetones, y los invitados ya estaban sentados a la mesa. Cuando supieron que la novia había desaparecido, pese a todo pensaron: "¡Ya que estamos, el banquete hagámoslo igual!". Y los cocineros recibieron órdenes de calentar el horno. Un cocinero estaba a punto de echar un haz de leña en el horno prendido cuando vio allí dentro una serpiente enroscada. No tuvo tiempo de sacarla, porque el haz ya se había encendido. El cocinero seguía mirando la boca del horno para ver la serpiente, y hete aquí que de pronto sale una muchacha sin vestidos, fresca como una rosa y más resplandeciente que el fuego y que el sol. El cocinero se quedó petrificado, y luego empezó a gritar:

-¡Venid! ¡Venid! ¡Ha aparecido una muchacha en el horno!  
Ante ese grito, el hijo del Rey se precipitó en la cocina seguido por toda la Corte. Reconoció a Rosina, la estrechó en sus brazos, y así se celebraron las bodas y a partir de entonces Rosina vivió feliz y contente y sin soportar los desaires de nadie.

(Montale Pistoiese)

### 3.2.4.- El zapatito de oro (A 292)

Eranse un viejo y una vieja que tenían dos hijas. El padre fue una vez a un burgo y le compró un pez a una de las hermanas y otro pez a la otra. La mayor se comió el suyo, pero la menor fue al pozo y dijo:

-Pececito: ¿qué hago yo contigo? ¿Te como o te suelto?

-No me comas -contestó el pececito-. Echame al agua y algún día te ayudaré.

Soitó la muchacha al pez en el pozo y volvió a su casa. La vieja no le tenía cariño a su hija menor. Hizo que la otra se vistiera con sus mejores galas para acompañarla a misa y a la menor le dejó dos medidas de centeno que debía tener limpio y escogido cuando ella volviera de la iglesia.

La muchacha fue por agua y se detuvo, llorando, junto al pozo. El pececito subió a la superficie y preguntó:

-¿Por qué lloras, hermosa doncella?

-¿Cómo no voy a llorar? -contestó la muchacha-. Mi madre ha hecho que mi hermana se pusiera sus mejores galas, se la ha llevado con ella a misa y a mí me ha mandado limpiar dos medidas de centeno para cuando ella vuelva de la iglesia.

-No llores -dijo el pececito-. Engalánate y ve a la iglesia. El centeno estará limpio a tiempo.

La muchacha se vistió, fue a misa y la madre no pudo reconocerla. Terminado el oficio, la muchacha corrió a su casa. La madre también volvió de la iglesia y preguntó:

-¿Has limpiado el centeno, estúpida?

-Sí, lo he limpiado.

-No sabes qué muchacha tan bonita ha estado hoy en la iglesia -continuó la madre-. Incluso el pope no hacía más que mirarla. Tanto, que casi se distrajo en algunos momentos. En cambio, tú, pánfila, mira los andrajos que llevas puestos...

-Aunque no estuve, yo también lo sé.

-¡Qué vas a saber tú!... -despreció la madre.

Otra vez también hizo la madre que la hija mayor se vistiera con sus mejores galas para acompañarla a misa, y a la menor le dejó tres medidas de grano diciendo:

-Mientras yo rezo a Dios, limpia tú ese grano.

Se marcharon a misa, y la hija menor fue por agua. Se detuvo llorando junto al pozo. El pececito subió a la superficie y preguntó:

-¿Por qué lloras, hermosa doncella?

-¿Cómo no voy a llorar? -contestó la muchacha-. Mi madre ha hecho que mi hermana se pusiera sus mejores galas, se la ha llevado con ella a misa y a mí me ha mandado limpiar tres medidas de grano para cuando ella vuelva.

-No llores -dijo el pececito-. Engalánate y ve también a la iglesia. El grano estará limpio a tiempo.

La muchacha se vistió muy bien, fue a la iglesia y se puso a orar. Incluso el pope no hacía más que mirarla. Tanto, que casi se distrajo en algunos momentos.

También había ido a misa el Zarévich de aquellos lugares. La hermosa doncella le agradó mucho y quiso saber quién era. Por eso, cuando terminó el oficio echó resina por donde tenía ella que pasar. Uno de sus zapatitos se quedó allí pegado y ella volvió a casa.

-Me casaré con la joven a quien pertenezca este zapatito -anunció el zarévich.

Era un zapato todo bordado en oro.

-No sabes qué muchacha tan bonita ha estado hoy en la iglesia -dijo la vieja cuando volvió a casa-. Incluso el pope no hacía más que mirarla. Tanto, que casi se distrajo en algunos momentos. En cambio, tú, pánfila, mira lo andrajosa que estás.

Por entonces andaba el zarévich recorriendo todas las provincias en busca de la doncella que perdió el zapatito, pero no encontraba a ninguna que se lo pudiera poner. Llegó acasa de aquella vieja.

-Que salga tu hija para ver si le sirve el zapato.

-¿Mi hija? Esa, si acaso lo manchará -contestó.

En esto salió la hermosa doncella, el zarévich le probó el zapatito y le estaba bien. Entonces se casó con ella y vivieron felices y en la opulencia.

También yo estuve allí. Todo lo que comí y bebí los labios me mojó, pero en mi boca no entró.

Me dieron un kaftán azul. Llegó un cuervo y graznó: "Mira que kaftán azul, mira que kaftán azul..." Yo entendí: "Tira el kaftán azul", y lo tiré.

Me dieron un bonete y empezaron a empujarme por el cogote.

Me dieron unas botas encarnadas. Llegó un cuervo y graznó: "Unas botas encarnadas, unas botas encarnadas..." Yo entendí: "Esas botas son robadas", y también las tiré.

### 3.2.5.- La Tiznada (A 293)

Erase un barín que tenía una bondadosa mujer y una hija muy linda llamada Masha. Pero su esposa murió y él se casó de nuev con una viuda que tenía dos hijas muy malvadas y crueles. Siempre estaban haciendo sufrir a la pobre Masha, la obligaban a servir las y, cuando no tenía otra faena, le mandaban que estuviera al lado de la estufa sacando la ceniza. Por eso andaba siempre manchada y sucia. Así que le pusieron de mote la Tiznada.

De pronto empezó a decir la gente que el príncipe de aquellos lugares pensaba casarse y que iba a dar una gran fiesta, durante la cual elegiría novia.

Así fue. El príncipe invitó a todo el mundo. También la madrastra se dispuso a ir con sus hijas. Pero no quiso llevar a Masha, por mucho que ella rogó, se negó en redondo.

Conque partió la madrastra con sus hijas a la fiesta que daba el príncipe, dejándole a la hijastra una medida entera de cebada, harina y hollín mezclados para que lo tuviera todo limpio y separado, grano por grano, cuando ella volviera.

Masha salió al porche y se puso a llorar amargamente. Llegaron volando dos palomos, separaron la cebada, la harina y el hollín, luego se posaron sobre sus hombros y la muchacha se encontró vestida de pronto con un traje nuevo, maravilloso y brillante.

-Ve a la fiesta -le dijeron lo palomos-, pero no te quedes allí después de medianoche.

Apenas entró Masha en el palacio, todos se quedaron contemplándola admirados. A quien más le gustó fue al príncipe. En cuanto a la madrastra y sus hijas, no la reconocieron.

Masha disfrutó y se divirtió como las demás jóvenes; pero viendo que pronto iba a ser medianoche, recordó la advertencia de los palomos y escapó corriendo a su casa. El príncipe la siguió para preguntarle quién era, pero ella había desaparecido ya.

Al día siguiente daba otra fiesta el príncipe. Las hijas de la madrastra, muy ocupadas con sus galas no hacían más que regañar a Masha Y darle órdenes.

-¡Eh, Tiznada! Ven a cambiarnos de ropa... Limpia esos vestidos... Prepara la comida...

Masha hizo todo lo que le mandaron. Por la noche se divirtió mucho en la fiesta y escapó a su casa antes de las doce. El príncipe la siguió y estuvo a punto de darle alcance.

Llegó el tercer día, con otra fiesta en el palacio del príncipe. Los palomos vistieron y calzaron a Masha mejor aún que las otras veces. Fue al palacio, disfrutó y se divirtió tanto, que perdió la noción del tiempo. De pronto dieron las campanadas de medianoche. Masha escapó corriendo a su casa, pero el príncipe había mandado untar las escaleras con resina y pez. Un zapatito de Masha se quedó allí pegado.

El príncipe lo cogió y al día siguiente ordenó buscar a su dueña.

Los enviados del príncipe recorrieron la ciudad entera sin encontrar a nadie que pudiera ponerse el zapatito. Por fin llegaron a casa de la madrastra. Tomó ella el zapatito y se lo probó a la hija mayor. No le entraba: tenía el pie demasiado grande.

-Córtate el dedo gordo -le dijo-. Cuando seas princesa, no tendrás que andar a pie.

La hija mayor se cortó el dedo gordo y se calzó el zapato. Los enviados del príncipe iban a conducirla ya a palacio cuando acudieron los palomos y empezaron a zurear:

-Sangra del pie, sangra del pie...

Se fijaron los enviados y, en efecto, rezumaba sangre del zapato.

-No -dijeron-. Esta no es.

La madrastra fue a probarle el zapato a la otra hija, pero lo mismo sucedió con ella.

Los enviados del príncipe vieron a Masha y le pidieron que se probara el zapatito. Ella se lo puso, y al instante quedó vestida con un maravilloso traje. Las hermanastras se quedaron con la boca abierta.

Masha fue llevada al palacio del príncipe y al día siguiente se celebró la boda. Cuando estaba casándose con el príncipe, acudieron volando los palomos y se posaron cada uno en uno de sus hombros.

Pero, a la vuelta de la iglesia, los palomos se remontaron, arremetieron contra las hermanastras y les saltaron un ojo a cada una.

La boda se celebró con gran alegría. Yo estuve allí también, bebí vino, bebí hidromiel, por los mostachos me chorreó, pero en la boca no me entró.



### 3.2.6.- La Cenicienta (G 21)

(No se transcribe por ser una versión muy conocida y de fácil acceso)

### 3.2.7.- La Cenicienta (Perrault)

(No se transcribe por las mismas razones. Esta versión es aún más conocida que la anterior)

### 3.2.8.- Morozco (A 95)

Una madrastra tenía una hijastra y una hija propia. A la suya, hiciera lo que hiciera, siempre estaba acariciándola y diciendo:

-¡Qué lista!

La hijastra, en cambio, por mucho que se afanara, nunca acertaba a contentarla: todo le parecía mal a la madrastra, por todo la reprendía. Y, en realidad, la muchacha era un encanto, que junto a otra persona habría vivido feliz, mientras que al lado de la madrastra no había día que no pasara sin llanto. ¿Pero qué podía hacer? Incluso el viento acaba aplacándose después de soplar mucho. A aquella vieja, sin embargo, cuando empezaba a despotricar, no había quien la parase: todo era buscar faltas y darle a la lengua. Hasta que se le ocurrió echar a la hijastra de casa.

-¡Llévatela! -le dijo a su marido-. Llévatela adonde quieras para que mis ojos no vuelvan a verla ni mis oídos a oírlo. Y no la llesves a casa de ningún pariente donde habrá buena lumbre, sino al campo abierto, donde apriete bien el frío.

Muy triste, el viejo se echó a llorar. Hizo subir a su hija al trineo y quiso abrigoarla con una manta, pero luego no se atrevió. Así condujo a la pobrecita al campo abierto, la dejó sobre un montón de nieve, se santiguó y regresó a su casa a toda prisa para no presenciar la muerte de la hija.

Allí se quedó la pobre, tiritando y murmurando una oración. En esto llegó Morozco, saltando de un lado para otro y de rama en rama al mismo tiempo que contemplaba a la linda muchacha.

-Oye, mocita: yo soy Morozco, el de la nariz roja.

-Bienvenido, Morozco. Se conoce que te ha traído Dios para que recojas mi alma pecadora.

Morozco iba a rozarla ya para dejarla helada, pero le agradaron sus palabras discretas y sintió compasión. Dejó caer a su lado una pelliza. La muchacha se puso la pelliza, encogió las piernas, y allí siguió.

De nuevo llegó Morozco pegando saltos mientras contemplaba a la linda muchacha.

-Oye, mocita: yo soy Morozco, el de la nariz roja.  
-Bienvenido, Morozco. Se conoce que te ha traído Dios para que recojas mi alma pecadora.

Pero Morozco no había venido a recoger su alma, sino que había traído a la linda muchacha un baul grande y pesado, lleno de prendas para un ajuar. Envuelta en su pelliza, la muchacha se sentó encima del baul, tan contenta, tan bonita...

Una vez más llegó Morozco, el de la nariz roja, pegando saltos mientras contemplaba a la linda muchacha. Ella le saludó de nuevo, y él le regaló un traje bordado en plata y oro. Se lo puso, y quedó preciosa con él. Allí siguió sentada y cantando.

En cuanto a la madrastra, estaba ya preparando el velatorio. Hizo un montón de obleas.

-Ve a buscar a tu hija para enterrarla -le dijo al marido.

El viejo se puso en camino. Pero la perrita que estaba debajo de la mesa gritó:

-¡Guau, guau! La hija del viejo vendrá vestida de plata y oro; a la de la vieja no la rondarán los mozos.

-¡Calla, tonta! Toma una oblea y di ahora: a la hija de la vieja la rondarán los mozos, pero de la del viejo sólo traerán los huesos.

La perrita se comió la oblea y volvió a decir:  
-¡Guau, guau! La hija del viejo vendrá vestida de plata y oro; a la de la vieja no la rondarán los mozos.

Por mucho que hizo la vieja -dándole más obleas, pegándola-, la perrita seguía con lo suyo:

-¡Guau, guau! La hija del viejo vendrá vestida de plata y oro; a la de la vieja no la rondarán los mozos.

Rechinó el portón, se abrió la puerta y metieron en la casa un baul grande y pesado. Luego entró la hijastra, resplandeciente de tan bien alhajada. La madrastra se quedó como quien ve visiones.

-Engancha otros caballos -le gritó al marido- y lleva ahora mismo a mi hija al mismo campo y al mismo sitio.

Obedeció el viejo y dejó a la otra hija en el mismo campo y en el mismo sitio.

También llegó Morozco el de la nariz roja, contempló a su visitante, dio unos saltos, pero, como no le oyó decir ni una palabra de agrado, se enfadó y la mató de frío.

-Ve a buscar a mi hija -ordenó la vieja al marido-. Engancha unos buenos caballos, y ten cuidado no vaya a volcarse el trineo y a caerse el baul.

Pero la perrita gritó desde debajo de la mesa:  
-¡Guau, guau! A la hija del viejo la rondarán buenos mozos; de la de la vieja sólo traerán los huesos.

-¡No mientas! Toma un pastelillo y di que vendrá mi hija vestida de oro y plata.

Se abrió el portón, corrió la vieja al encuentro de su hija, y sólo pudo abrazar su cuerpo frío. Rompió a llorar y a lamentarse, pero ya era tarde.

### 3.2.9.- La hija y la hijastra (A 98)

Un hombre viudo y con una hija se casó con una viuda que también tenía una hija. Y así se juntaron dos hermanastras.

La madrastra era odiosa y no dejaba vivir al marido a fuerza de repetirle:

-Lleva a tu hija a la chabola del bosque. Allí hilará más.

¿Qué podía hacer el hombre? Obedeció a la mujer y condujo a su hija a la chabola. Le dejó pedernal y eslabón, hilaza y también un saquito de legumbres secas.

-Aquí tienes para encender fuego. No dejes que se apague. Hazte comida y estáte aquí hilando con la puerta bien cerrada.

Llegó la noche. La muchacha encendió la estufilla, se hizo la cena y, de pronto, apareció un ratoncito y le dijo:

-Moza, mocita: dame una cucharadita.

-¡Ratoncito mío! Has venido a disipar mi aburrimiento. Lo que te daré no es una cucharadita de comida, sino toda la que quieras hasta hartarte.

El ratoncito comió y se marchó. Por la noche irrumpió en la casita un oso.

-A ver, muchacha -dijo-, apaga la lumbre y vamos a jugar a la gallinita ciega.

El ratoncito se subió al hombro de la muchacha y le susurró al oído:

-No temas. Di que sí. Apaga el fuego y escóndete debajo de la estufa mientras yo corro de un lado para otro haciendo sonar una campanillita.

Así lo hicieron. El oso corría detrás del ratoncito sin poderle alcanzar, hasta que se puso a rugir y arrojar leños hacia todas partes sin poder dar con él. Ya cansado, dijo:

-Muchacha, eres maestra en esto de jugar a la gallinita ciega. Por eso, mañana te mandaré una yeguada y un carro lleno de cosas.

A la mañana siguiente le dijo la mujer al marido:

-Ve donde tu hija a ver lo que ha hilado esta noche.

Marchóse el viejo, y la mujer se sentó a esperarle, pensando que sólo traería los huesos de su hija. Pero un perrito dijo:

-¡Guau, guau, guau! La hija viene con su padre. Trae una yeguada entera y un carro lleno de cosas buenas.

-Mientes, chuchó: lo que suena son los huesos al chocar unos con otros dentro del carro.

Rechinó el portón, entraron los caballos al trote en el corral y la hija y el padre detrás, montados en el carro lleno de cosas buenas. A la vieja le brillaron los ojos de envidia.

-¡Valiente cosa! -gritó-. Lleva a mi hija a que pase la noche en el bosque, y verás como trae dos yeguadas enteras y dos carros llenos de cosas buenas.

El viejo llevó a la hija de su mujer a la chabola y también le dejó lo necesario para encender fuego y hacerse la comida. Al anochecer, Natasha se hizo unas gachas. Salió el ratoncito y le pidió una cucharadita. -¡Qué bicho tan asqueroso! -gritó Natasha, y le tiró la cuchara.

El ratoncito escapó corriendo, Natasha se comió todas las gachas, apagó la lumbre y se acurrucó en un rincón para echar un sueño. A media noche irrumpió el oso y dijo:

-¡Eh, muchacha! ¿Dónde estás? Vamos a jugar a la gallinita ciega -la muchacha no contestaba pero le castañeteaban los dientes de miedo-. ¡Ah, estás aquí! Toma; corre con la campanillita, y yo te daré caza.

La muchacha tomó la campanillita, que no paraba de sonar en su mano temblorosa. Lo que hizo exclamar al ratoncito: -Esa moza, mala y altiva, no quedará con vida.

A la mañana siguiente, la mujer mandó al marido al bosque:

-Ve donde mi hija, que traerá dos yeguas enteras y dos carros de cosas buenas.

El hombre se marchó, y la mujer salió a esperarle delante del portón. Pero el perrillo dijo:

-¡Guau, guau, guau! Ahí viene la hija del ama. Sus huesos resuenan dentro de una caja, y el viejo conduce el carro vacío.

-Mientes, chucho: mi hija trae dos yeguas enteras y carros llenos de cosas buenas.

Al llegar al portón, el viejo le entregó a su mujer una cajita. La vieja la abrió, vio los huesos de su hija y empezó a llorar a gritos. Tan furiosa se puso, que del dolor y la rabia se murió al día siguiente.

El viejo vivió feliz el resto de su vida al lado de la hija y de un hombre de bien que aceptó como yerno.

3.2.10.- Las tres gracias por Dios (Es 113)

Era un matrimonio que tenían dos hijos, un varón y una hembra. Y al padre se le ofreció un viaje y les preguntó a sus hijos que si qué querían que les trajera. Y el niño dijo:

-Papá, yo quiero que me traigas un borriquito moruno.

Y la niña dijo:

-Y yo una calandria.

Conque se fué el padre y allá onde andaba halló el borriquito. De la calandria no se acordó, y ya que llegaba a su casa se acordó y volvió y la encontró. Y llegó a casa y los niños estaban muy contentos de ver que les había traído su padre las cosas que le habían pedido. Y al poco tiempo murió la madre. Y el padre quedando viudo llevó a la casa un ama que tenía una niña pequeña. Y poco después murió también el padre y quedaron solos los niños con la mujer y la niña.

Un día le dijo el niño a su hermanita:

-Oye, hermanita, ¿te parece bien que yo vaya a Madrid antes que el caudá se nos termine?

Y la hermanita dijo que podía ir y se fué. Llegó a Madrid y se dirigió a palacio y pidió permiso pa hablar con su real majestá. Y le pidió una colocación y se la dieron. Y el hijo de la reina fué entonces y le dijo a la reina que el único empleo que le podían dar en el palacio era el de cuidar unos pavos y gallinas que tenían. Y se puso a cuidarlos.

Y pasaban días y pasaban días y el hijo del rey le fué tomando cariño al que había cogido y se iba todos los días con él ande andaba cuidando de los pavos y gallinas. Y un día fué el príncipe y le dijo a su madre:

-Madre, me da lástima que este niño esté cuidando pavos y gallinas. Me gustaría darle otro empleo.

Y la reina le dijo:

-Lo único que puede hacer es que siempre vaya dándote compañía.

Y desde entonces ya el niño no tenía más que hacer sino acompañar al príncipe en sus paseos.

Y un día que iban por los jardines paseando le dijo el príncipe al niño:

-Oye, ¿tú tendrás novia?

-Yo, no, señor, ¿y tú?

Y el príncipe entonces le dijo:

-No, yo no me caso hasta que encuentre una novia que tenga tres gracias por Dios.

-Yo tengo una hermana que las tiene -le respondió el niño-.

Y el príncipe entonces le dijo que le escribiera inmediatamente que se viniera al palacio pa casarse con ella si tenía las tres gracias por Dios. Y enviaron la carta. Y la hermanita, como vivía con el ama y la otra hija, no recibió la carta. La que la recibió fué el ama, y cuando vió lo que decía ocultó la carta y fué y le dijo a su hija:

-Mira, que no digas nada a nadie. Te voy a llevar a Madrid a presentarte como la hermana de él y te casarás con el príncipe. Y a su hermana la tiraremos por el río abajo.

Y así lo hicieron como dijeron. Cogieron el coche y se marcharon las tres de la casa. Y al llegar al río la hicieron asomar a ver el agua y la tiraron, y se marcharon solas. Pero la joven pudo salir del agua y se metió entre unas matas. Y allí estaba la pobre niña mojada y estropeada de la caída cuando llegó un pastorcito y la vio y la llevó a su choza, que tenía próxima. Y la mujer del pastor al ver que venía con una muchacha tan bonita empezó a reñir, y la joven al ver que la mujer reñía empezó a llorar y cuando lloraba llovía. Y después se fué a lavar las manos y el agua florecía en rosas y claveles. Y después se fué la joven a peinar y cuando se peinaba echaba perlas de oro. Y cuando la mujer del pastor vio eso ya dejó de reñir y la recibieron bien en la casa porque creían que era la Virgen.

Y la mala ama llegó al palacio del rey con su hija. Y se abrazó la joven al hermanito como si de verdad fuera su hermano. Y él no decía nada, pero estaba muy triste. Y se celebró la boda. Y el hijo del rey entonces la hizo que se lavara las manos y no resultaba la gracia. Y entonces mandaron enterrar a medio cuerpo al hermanito porque decían que era un embustero, y allí le tenían amarrado con una cadena. Y allí sufría, pero no decía nada. Y el príncipe estaba muy triste y no quería ir a ver a la novia.

Y una niña que tenían los pastores veía todos los días a la joven llorar y lavarse las manos y peinarse, y le decía a su mamá:

-Mamá, ¡qué cosa más bonita echa esta mujer del pelo!

Y la pastora, que creía siempre que era la Virgen, se arrepentía de haber reñido con su marido. Y ya que llevaba la joven varios días peinándose reunió una cantidad grande de perlas de oro y les dijo a los pastores:

-Vendan ustedes las ovejas y las vacas y vamos a Madrid a hacer al frente del palacio del rey otro más bonito.

Y así lo hicieron. Se fueron todos pa Madrid y allí enfrente del palacio del rey hicieron un palacio más grande y más bonito. Y allí se fueron a vivir todos.

Y un día se puso la joven a bordar en una soteíta y salió un crialo del rey y colgó en la puerta la jaula onde estaba la calandria de la joven que la mala ama había llevao a palacio. Y al ver la joven la calandria suya dijo:

-¡Hola, calandria mía!

Y la calandria respondió:

-¡Señorita, de buen día!

-Y, ¿mi hermano?

-Al pie del árbol enterrao.

-¡Pobre de mí y de mi hermano desgraciao!

Y se echó allorar. Y pronto empezó a llover y tuvo que salir el criao a meter la calandria. Y al día siguiente salió otra vez el criao con la calandria.

Y salió otra vez la niña a bordar a la soteíta y volvió a saludar a la calandria.

-¡Hola, calandria mía!

-¡Señorita, de buen día!

-Y, ¿mi hermano?

-Al pie del árbol enterrao.

-¡Ay de mí y de mi hermano desgraciao!

Y comenzaba la joven otra vez a llorar y comenzaba a llover y el criao tenía que salir a quitar la calandria. Y así pasó varios días. Hasta que fué un día el criao y le dijo al príncipe:

-A usted, señor rey, ¿qué le parece? Nada más que saco la calandria a la puerta empieza a llover y tengo que quitarla.

Y el rey le dijo:

-Mira, mañana te quedas ai mirando a ver qué es lo que pasa.

Y otro día fué el criao y se escondió detrás de la puerta y vió todo y oyó toda la conversación entre la calandria y la joven y fué y se lo contó todo al rey y al príncipe. Y el rey en seguida mandó que la invitaran a pasar a comer en el palacio. Y ella dijo que sí, que vendría si también podían venir sus padres. Y dijo el rey que podían venir. Y vinieron al palacio del rey. Y luego que ya todos estaban en la mesa el rey mandó poner guardias pa que no se saliera nadie. Y el ama en cuanto vió a la joven la conoció y quería salir, pero no la dejaron. Y se pusieron a comer y pusieron la calandria en la mesa, y empezó a hablar con la joven. Y como la joven le preguntaba a la calandria por su hermano y la calandria le decía que estaba al pie del árbol enterrao lloraba la joven y comenzaba a llover, y mandaron desenterrarlo y venir a comer al palacio. Y allí comieron todos juntos. Y el príncipe muy contento porque ya había salido la primera gracia.

Y después de la comida el príncipe mandó ponerle agua a la joven pa que se lavara las manos. Y se lavó las manos y el agua se florecía de rosas y claveles. Y el príncipe más contento porque ya había salido la segunda gracia. Y entonces le mandó el príncipe peinarse el pelo y al peinarse empezaron a caer perlas de oro. Y ya vió el príncipe que ella tenía las tres gracias por Dios, y que la otra no, y le dijo al rey su padre:

-Esta es mi esposa.

Y se casaron en seguida. Y el rey entonces mandó poner una caldera de aceite a hervir y allí metieron a la madre y a la hija que habían querido hogar a la joven en el río. Y al hermano y a los pastores les colocaron en palacio y todos vivieron mu felices.

San Pedro de Alcántara, Málaga.

6.- "Niña perseguida por el esposo" (Tipo 955)

(Transcribimos únicamente la versión siguiente por su relación directa con este estudio)

6.2.-El asesino sin mano (IC 89)

Había una vez un Rey avaro, tan avaro que a su hija única la mantenía oculta en la buhardilla por temor a que alguien pidiera su mano y él tuviera que darle una dote. Un día llegó un asesino a esa ciudad, y se alojó en la hostería que había frente a la casa del Rey. Empezó a recoger información sobre quién vivía allí.

-Vive un Rey -le dijeron- tan avaro que oculta a su hija en la buhardilla.

¿Y qué hace el asesino? Por la noche se encarama al tejado y abre el ventanuco de la claraboya. La princesa, que estaba acostada, ve que abren la ventana y que hay un hombre de pie en el alféizar.

-¡Al ladrón! ¡Al ladrón! -grita.

El asesino cierra la ventana y escapa por el tejado. Acude la servidumbre, ve la ventana cerrada y dice:

-Alteza, estáis soñando: aquí no hay nadie.

Al día siguiente le pidió a su padre que la sacara de la buhardilla, pero el Rey le dijo:

-Estás soñando. ¿Quién crees que va a entrar por ahí?

La segunda noche, a la misma hora, el asesino abrió nuevamente la ventana.

-¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

También esta vez escapó, y nadie quería creer lo que contaba la Princesa.

La tercera noche, ella sujetó la ventana con una cadena y se puso en guardia cuchillo en mano, sola, mientras el corazón le palpitaba con gran fuerza. El asesino intentó abrir pero no pudo. Introdujo una mano: la Princesa se la cortó de un tajo, a la altura de la muñeca.

-¡Desgraciada! -gritó el asesino-. ¡Me las pagarás! -y escapó por el tejado.

La Princesa mostró al Rey y a la Corte la mano cortada y todos finalmente la creyeron y la felicitaron por su valor; a partir de ese día ya no durmió en la buhardilla. Pasado un tiempo, pidió audiencia al Rey un joven forastero, bien vestido y bien enguantado. El Rey quedó tan complacido con su plática que le cogió simpatía. Hablando de una cosa y de otra, dijo que era soltero, que buscaba una muchacha gentil para casarse con ella, y que estaba dispuesto a aceptarla sin dote, tantas riquezas tenía él por su cuenta. El Rey, al enterarse de que no quería dote, pensó: "Éste es el marido ideal para mi hija", y la mandó llamar. La Princesa se estremeció en cuanto vio al forastero, porque le parecía reconocerlo. Y cuando estuvo a solas con el padre, le dijo:



-Majestad, me parece reconocer en ese hombre al ladrón a quién corté la mano.

-Sueñas -dijo el Rey-. ¿No has visto qué hermosas y enquantadas manos? He aquí un auténtico señor.

Para abreviar el cuento, el forastero pidió la mano de la Princesa, y ella accedió un poco por obedecer al padre y un poco por librarse de su tiranía. Las bodas se hicieron deprisa y corriendo, porque el novio no podía estar mucho tiempo alejado de sus negocios, y el Rey no quería gastar. A la hija le regaló un collar de nueces y una cola de zorra despellejada. Después los novios se apresuraron a partir en carroza.

La carroza se metió en un bosque, y en lugar de avanzar por el camino principa, se internaba cada vez más en la espesura, por senderos tenebrosos. En cierto momento dijo el novio:

-Querida, quitame este guante.

La Princesa le quitó el guante y descubrió un muñón.

-¡Socorro! -gritó, comprendiendo que se había casado con el hombre a quien había cortado la mano.

-Estás en mi poder, ahora -dijo el hombre-. Debes saber que yo trabajo de asesino. Ahora me vengaré del mal que me has hecho.

La casa del asesino estaba en el linde del bosque, a orillas del mar.

-Aquí guardo todas las riquezas de la gente que maté -dijo el asesino, mostrándole la casa-, y tú te quedarás a montar guardia.

La ató a un árbol con una cadena, frente a la casa, y la dejó allí. La Princesa se quedó sola, encadenada al árbol como si fuera un perro, y enfrente veía el mar, surcado de vez en cuando por algún buque. Empezó a hacer señas a un buque que pasaba; del buque la vieron con los catalejos y se acercaron a ver de qué se trataba. Desembarcaron, y ella les contó su historia. La liberaron y la llevaron con ellos, junto con todas las riquezas del asesino.

Era un barco de mercaderes de algodón, y pensaron en ocultar a la Princesa y todas las riquezas debajo de los copos de algodón. El asesino volvió y encontró la casa desvalijada, y vio que su mujer había desaparecido. "Solo puede haber escapado por mar", pensó, y avistó el buque que se alejaba. Abordó un barquito de vela que tenía, muy veloz, y alcanzó el barco.

-¡Todo el algodón al agua! -ordenó-. He de buscar a mi mujer que se ha escapado.

-Usted quiere arruinarnos -le dijeron los mercaderes-. ¿Por qué no hunde la espada en los copos de algodón, para ver si hay alguien escondido?

El asesino se puso a traspasar el algodón con la espada, y en cierto momento hirió a la muchacha escondida, pero al sacar la hoja el algodónenjugó la sangre y la espada salió limpia.

-¿Sabe? -le dijeron los marineros-: hemos visto otra nave cerca de la costa. Ésa de ahí.

-Voy a ver -dijo el asesino-. Bajó del buque cargado de algodón y dirigió su barquito de vela rumbo a la otra nave.

La muchacha, apenas herida en un brazo, fue desembarcada en un puerto seguro. Pero ella no quería saber nada de volver a tierra y continuaba diciendo:

-¡Arrojadme al mar! ¡Arrojadme al mar!

Los marineros entraron en consejo, y uno de ellos, que era viejo, casado y sin hijos, se ofreció para llevarla a su casa con parte de las joyas del asesino. La mujer del marinero era una anciana de buen corazón y se encariñó con la muchacha.

-¡Te cuidaremos como a una hija, pobrecita!

-Sois tan buenos -dijo la muchacha-. Sólo os pido una gracia: quiero estar siempre encerrada en casa y que nunca me vea ningún hombre.

-No te preocupes, pobrecita: a nuestra casa nunca viene nadie.

El viejo vendió algunas joyas y compró seda para bordar, y la muchacha se pasaba las horas bordando. Hizo un bellissimo tapiz, con todos los colores y dibujos del mundo, y la vieja lo llevó a vender a casa de un Rey vecino.

-¡Pero quién hace tan bellas labores? -preguntó ese Rey.

-Una hija mía, Majestad -dijo la vieja.

-¡Puede ser! Pero en verdad no parecen labores propias de la hija de un marinero -dijo el Rey, y compró el tapiz.

Con el dinero que ganaron, la vieja compró más seda, y la muchacha bordó un hermoso biombo. La vieja se lo llevó al Rey.

-¡Pero en serio es vuestra hija la que hace estas labores? -decía el Rey y, poco convencido con las respuestas, la siguió a hurtadillas.

Cuando la vieja estaba a punto de cerrar la puerta de casa, el Rey se adelantó y puso el pie en el intersticio; la vieja lanzó un alarido. La muchacha, que estaba en su cuarto, oyó el alarido y pensó que el asesino había venido a buscarla, y del miedo se desmayó. Entraron la vieja y el Rey y trataron de reanimarla. Abrió los ojos, y al ver que ese hombre no era el asesino volvió en sí.

-¡Pero por qué tienes tanto miedo de que llegue alguien? -preguntó el Rey, a quien esta hermosa muchacha sin duda le gustaba.

-Es mi desgracia -dijo ella, y nada más.

Así que el Rey se habitó a ir todos los días a esa casa, para hacer compañía a la muchacha y verla bordar. Se había enamorado mucho, y terminó por pedir su mano. Los viejos, imaginóloslo, respondieron:

-Majestad, nosotros somos gente humilde...

-No me importa. Es la muchacha que me gusta.

-Yo acepto -dijo ella-, pero con una condición.

-¿Cuál?

-No quiero ver a ningún hombre, salvo a ti y a mi padre -(llamaba padre al viejo marinero)-. Ni verlos ni que me vean.

El Rey accedió. Porque ante todo era celoso y le alegraba que ella no quisiera ver a ningún hombre.

De manera que las bodas se celebraron en secreto, para que ningún hombre la viera. Esta situación no fue del agrado de los súbditos: ¿desde cuando un Rey se casaba sin mostrar la esposa al pueblo? Empezaron a circular los rumores más extraños: "Se ha casado con una mona. Se ha casado con una jorobada. Se ha casado con una bruja", y no solo entre la gente del pueblo, sino entre los altos dignatarios de la Corte. El Rey se vió obligado a decir a su mujer:

-Es necesario que decidas una hora para mostrarte en público y acallar esas voces.

La pobre tuvo que consentir.

-Está bien. Mañana estaré asomada al balcón desde las once hasta mediodía.

A las once la plaza estaba llena como nunca. Había venido gente de todas partes, incluso de los campos más alejados. La esposa apareció en el balcón y en la multitud se elevaron rumores de admiración. Nunca se había visto una Reina tan bella. La Reina, sin embargo, recorría la multitud con la mirada, llena de aprensión. Y en eso, en medio de la multitud, vio la cara de un hombre embozado, todo de negro, un hombre que se llevó una mano a la boca y la mordió en señal de amenaza, y luego alzó el otro brazo y mostró que terminaba en un puñón. La Reina cayó al suelo desvanecida.

La llevaron de inmediato a su cuarto, y la vieja repetía: -¡Vos quisisteis mostrarla! ¡Vos quisisteis mostrarla y ella no quería! ¡Mirad lo que ha pasado!

Acostaron a la Reina en su cama y llamaron a los médicos, pero no sabían qué mal la aquejaba: quería permanecer encerrada y no ver a nadie, y no dejaba de temblar.

En esos días vino a visitar al Rey un rico señor forastero, gran conversador, pródigo en cumplidos y palabras elogiosas. El Rey le preguntó si quería quedarse a comer un plato de sopa. El forastero, que no era otro que el asesino, aceptó de buen grado, e invitó a vino a todo el Palacio Real. Pronto trajeron toneles, barriles y damajuanas, y era todo vino narcotizado. Esa noche, guardias, criados, ministros, todos bebían a más no poder, y más tarde todos estaban roncando vencidos por la borrachera, el Rey en primer lugar.

El asesino recorrió el palacio, se aseguró de que en todas las escaleras, salas y corredores no hubiera sino gente tumbada y durmiendo, y entró con sigilo en el cuarto de la Reina. Ella estaba echada en la cama, con los ojos desencajados, tal como si lo esperase.

-Ha llegado la hora de mi venganza -dijo el asesino hablando en voz muy queda-. Levántate y ve a buscar una palangana de agua para lavarme la sangre de las manos cuando termine de degollarte.

La Reina se levantó y corrió junto al marido.

-¡Despiértate! ¡Despiértate, por caridad!

Pero el marido dormía. Todos dormían, en todo el palacio, y no había forma de despertarlos. Cogió la palangana de agua y volvió.

-Tráeme también el jabón -dijo el asesino, que estaba afilando el cuchillo.

Ella fue, sacudió a su marido una vez más, pero fue inútil. Trajo el jabón.

-¿Y la toalla? -preguntó el asesino.

Ella salió, cogió la pistola del marido dormido, la envolvió en la toalla, y al entregarle la toalla al asesino, le disparó a quemarropa y le metió una bala en el corazón.

El disparo despertó a todos los borrachos; el Rey en primer lugar, y acudieron a ella. Encontraron al asesino muerto y a la Reina finalmente liberada del terror.

(Florencia)

## NOTAS AL ANEXO

(1).- Espinosa dice, a propósito de esta versión mostrada por Puymaigre, que falta el final del cuento (Espinosa 1947, 380).

Si seguimos la explicación de Puymaigre no tiene justificación afirmar tal cosa, sino que esta versión pertenecería a un grupo bastante excepcional de versiones en el que se da el amor incestuoso, se da la mutilación de las manos, pero no aparecen los acontecimientos que son comunes a gran número de ellas: ausencia del marido, parto de la esposa, misivas cambiadas, expulsión de la niña y sus hijos, etc.

(2).- Sobre los manuscritos del romance, las versiones en prosa y los cuentos populares que derivan de él, ver Suchier 1884.

(3).- En esta versión, la heroína no se mutila las manos, pero se corta el cabello y se autolesiona.

Por otra parte, el motivo de la desfiguración (arañarse la cara, cortarse el cabello, asemejarse a una leprosa) la pone en relación con las versiones de la "cenicienta", es decir, aquellas en que la niña se disfraza deliberadamente en forma repugnante para huir del deseo incestuoso paterno (Tipo "María de madera", "Como a la sal")

Esta relación no se le pasa por alto a Däumling (Däumling 1912, 24)

(4).- Se podría comparar esta versión con el romance de Silvana. En ambos el deseo de la niña ronda los límites. Hay una promesa al padre, hay un contacto corporal. Curiosamente, aquí la mutilación no es voluntaria sino el resultado de una orden (Däumling 1912, 37)

Según este autor, la visión de los personajes celestiales que le ordenan a la niña mutilarse, vendría a ser una alegoría de su conciencia interna, cargada de culpabilidad. La mutilación tendría en este caso sentido de penitencia. A la vez que serviría también, como en otras versiones, al propósito de proteger la virginidad de la niña, amenazada por el padre.

Desde este punto de vista, de la mutilación como penitencia, podemos comparar también la presente versión con la leyenda del Papa León, citada por Sébillot.

(5).- Este verbo, *exponer*, aparece con frecuencia en las versiones literarias.

"Exponer" en el sentido de "situar, o dejar abandonado, algo o a alguien a la acción, arbitrio, etc., de agentes externos"

En el sentido en que se dice de un niño que es "expósito"

(6).- Chaucer pone en boca del jurisperito ( o jurista, o corregidor, que da las tres formas se le designa en la traducción que hemos manejado) la conocida leyenda de Constanza. Leyenda que, como queda dicho más arriba está tomada por Chaucer de la *Constanza de Trivet*, según afirma Suchier (Suchier 1884, XXXVIII)

La leyenda de Constanza tiene dos claras variaciones respecto al tipo de "La niña sin brazos": en ella no aparece la mutilación de las manos, ni tampoco la motivación incestuosa

Estos dos motivos no aparecen tampoco, naturalmente, en la *Constanza de Chaucer*.

Como es sabido, los *Cuentos de Canterbury* siguen una estructura narrativa con arraigo en la literatura: una serie de personajes, unidos por diversos motivos, se cuentan, recíprocamente, un determinado número de historias para mejor pasar el tiempo en que van a permanecer juntos. Y previamente al relato de cada cuento, en los de *Canterbury*, hay un "prólogo" en que cada relator hace sus comentarios de todo tipo. El personaje que cuenta la historia de Constanza, el jurisperito, hace primero comentarios jocosos acerca de Chaucer. Luego enumera, en forma prolija todos los amantes famosos, especialmente las mujeres sufridas por causa del amor, de los que se ocupó Chaucer:

"En verdad, Chaucer ha hablado de más amantes que cuantos Ovidio cita en sus antiguas epístolas. ¿Voy a narrar yo lo ya narrado?" (Chaucer 1984, 74)

Y, de pronto, y sin justificación alguna, si nos ceñimos al estricto contenido de la leyenda de Constanza, comienza a decir que Chaucer jamás se ocupó de las historias incestuosas y que él tampoco va a hacerlo.

¿Conocía Chaucer otras versiones paralelas a Constanza en las que el incesto era el motor de la historia?. ¿Nos está poniendo en la pista, mediante esta figura retórica, que en psicoanálisis se llama negación, de lo que está "negado" en el cuento de Constanza?. En cualquier caso, si el incesto no aparece en el cuento, aparece en el prólogo, aunque sea para decirnos que no se va a hablar de él.

El párrafo en cuestión dice así:

"Cierto que nada ha escrito ese autor (Chaucer) sobre el nefando ejemplo de Canacea, que amó contra natura a su propio hermano. Y digo que de esas aborrecibles historias nada quiero saber. Tampoco habla de cómo el infame Antíoco arrebató la virginidad de su hija derribándola en el suelo, lance que atestigua Tirio Apolonio y cuya lectura horroriza al bueno. Y pues, Chaucer, deliberadamente, no quiso describir en sus libros tan antinaturales abominaciones, tampoco yo, si puedo, tocaré ni una sola de ellas. Y así, ¿qué haré para relatar mi cuento?"

(...)

"Y, habiendo platicado así, el jurisconsulto, con grave talante, narró su cuento según vais a oír". (Chaucer 1984, 74-75)

